

Lorenzo G. Acebedo

UNA TUMBA EN AL ÁNDALUS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada

Portadilla

Pórtico. La muerte de Lope

1. Los peligros del agua

2. Carta de paz

3. En la frontera

4. Tres castillos y un león

5. Arrabales

6. Mentiras y sofismas

7. En la medina

8. Sueños de piedra

9. La biblioteca de Alhakén

10. Maldita alborada

11. Hermosa deformidad

12. La máquina sentimental

13. Buscando tumbas

14. El cementerio arrasado

15. La fábula de la oveja

16. Campo de sangre

17. La puente de los trujamanes

18. Conviene que muramos

19. La espada del rey

20. La tumba de Wallada

Coda. El arte de no saber

Créditos

UNA TUMBA EN AL ÁNDALUS

LORENZO G. ACEBEDO

TUSQUETS
EDITORES

PÓRTICO

La muerte de Lope

La muerte de Lope sucede en Córdoba, en la calle y a plena luz del día.

De fondo, el terrible calor de la ciudad en verano. Primero se oye un griterío, hasta que aparece el grupo por el final de la calle. Son muchos, los ve venir y echa a correr. Entiende que van a matarlo y trata de zafarse de ellos metiéndose en uno de esos zocos laberínticos de las medinas árabes. Hay corredores bajo las casas con puestos que exhiben telas y viandas, y regatones que salen a gritar su mercancía al paseante.

Un comerciante en sedas lo ve cruzar ante su tienda por segunda vez, sin resuello y atemorizado, como dudando si esconderse en el interior de algún comercio. Le hace una seña y le ofrece cobijo. Lope entra. Ha bebido más de la cuenta y no entiende nada de lo que le está ocurriendo.

Pero alguno de los perseguidores lo ha visto guarecerse allí y ya no hay modo de librarlo. Irrumpen en la tienda, la revuelven de arriba abajo y lo encuentran escondido en un barril de morera. Lo sacan a la calle y lo acusan a gritos de renegado y de traidor: culpable de haber ayudado a los cristianos a tomar por sorpresa un barrio de la ciudad, culpable de que hayan pasado a cuchillo a los habitantes de aquellos arrabales, culpable de dejar Córdoba entera a punto de caer en manos de los enemigos...

Y tras los gritos, los zarandeos y los insultos lo cosen a puñaladas allí mismo, al sol.

Treinta cuchilladas sucesivas, de frente, por los costados y por la espalda, impiden que caiga al suelo incluso cuando las recibe ya muerto, hasta que la última lo arroja contra el banco que exhibe conos coloridos de especias en una tienda que hay junto a la sedería. Se levanta una nube irisada de polvo de canela, cardamomo, comino, cilantro, clavo..., que luego se posa, poco a poco, sobre su cadáver.

Todo vuelve a ocurrir en mis pesadillas, cada cierto tiempo.

Los peligros del agua

La muerte de Lope me la contó hace muchos años, en una visita que le hice a su casa, mi amigo Yusef, moro de la morería, tal como se la había oído a un mercader de sedas de paso por nuestra villa de San Millán de la Cogolla, el cual, en fin, la había visto con sus propios ojos.

No he sabido olvidar los detalles de lo que me dijo Yusef que le había contado el sedero. Y a este lo conocía, porque había sido yo mismo quien le indicó el camino de la casa de Yusef esa mañana, cuando se coló en la mía preguntando por él.

Algo malo habría hecho Lope —opinaba el aciago mercante—, porque, aunque gritó e insultó a los perseguidores, ni de las acusaciones ni de las cuchilladas se defendió más que alzando su triste muñón, como si la ausencia de brazo lo excusara de la traición o pudiera provocar compasión en la muchedumbre enloquecida.

Después —me dijo Yusef que le había dicho el sedero— arrojaron el cadáver en el callejón que daba a la casa familiar con un cartel mofándose de él.

Si cierro los ojos, puedo verlo tal y como lo imaginé tras conocer el relato de su muerte, y como sigue apareciendo en mis peores sueños: sobre los tablones de un tenderete, con el cuerpo desmadejado y tornasolado de restos de especias y de sangre.

A lo largo de la vida he presenciado cosas terroríficas que luego se han disuelto en el tiempo como azúcar árabe en el vino, pero esa imagen nunca vista no se borra jamás.

Escuché todo el relato de esa ejecución sin saber que la víctima era Lope, pendiente más que nada del pobre Yusef, al que la noticia se la había traído el sedero junto a la de la agonía de un tío suyo, el hombre que lo había adoptado de niño y al que llamaba padre, desahuciado por los médicos y tirado en una cama de su casa en Córdoba. Yusef contaba todo con enorme aflicción, refiriéndose a Lope con el nombre de «Ben Saíd» y como parte de su familia. Solo al evocarlo al final dijo algo que me desconcertó, en ese román mozarábigo con que él y su hija hablaban conmigo cuando no me dejaban practicar el árabe con ellos:

—Ben Saíd era un hombre bueno y sabio, un simple músico incapaz de hacer daño a nadie —me explicó—. De joven vivió una desgracia, renegó de su familia y su religión y se fue de Córdoba. Después, un cristiano salvaje le cortó el brazo, y abandonó la música. Se hizo vagabundo y se dio a la bebida, a vivir solo y a gritar disparates por las calles de las villas que cruzaba.

—Yo también tengo un amigo así, renegado, manco, bebedor y sabio en desvaríos —dije, alucinado, sin saber todavía que hablábamos de la misma persona—: pero se llama Lope Ruiz.

Yusef me miró preocupado.

—Ese era su nombre cristiano —confesó agachando la cabeza—. Perdona, no sabía que lo conocías.

Recuerdo que tuve que sentarme en un banco de obra cubierto de hierba que había en el huerto de Yusef para encajar el mazazo. La dulce hija de Yusef, Aixa, una muchacha a la que quería desde niña, se sentó a mi lado. No conocía a Lope, y le acababan de comunicar también la próxima muerte de un abuelo que no lo era del todo, al

que tampoco conocía y al que, por tanto, no había sabido llorar. Pero tomó una de mis manos entre las suyas y lloró con pequeños sollozos por mí y por su padre, que no habíamos aprendido a hacerlo.

Yo sigo ahora incapaz de echar una lágrima.

Yusef se quedó de pie mirándonos, y estuvimos así algún tiempo. Recuerdo que cuando me levanté y me despedí con una frase inútil de consuelo, el sol ya se había puesto y Aixa llevaba un rato sin llorar.

La fantasma de Lope no me dejó dormir aquella noche. Nada más acostarme, plantó las posaderas sobre mi barriga indefensa y comenzó a parlotear atronándome con su jerigonza tan ilustre como inaudita. Puesto que no habíamos tenido ni entierro ni duelo, acepté de mala gana aquella especie singular de despedida o pesadilla, y me quedé toda la noche tumbado bocarriba, bajo su peso.

Pero ¿qué sabía yo en realidad de mi amigo, el peregrino imposible, el moro que se decía cristiano?

Cuatro tonterías. Nada.

Había entre nosotros mucho afecto y casi ningún conocimiento, más allá de lo poco vivido juntos, por intenso que hubiera sido. De cualquier modo, mi cuerpo se revolvía ante la posibilidad de llegar a admitir ni por un momento que Lope hubiese colaborado en una matanza encarnando el papel de traidor. El de víctima, en cambio, le iba como anillo al dedo, pensaba yo mientras su fantasma alborotaba mis intentos de dormir.

Me di cuenta de que la dificultad para mantener una conversación convencional con él, un vagabundo y un desahuciado, me había hecho suponer algunos disparates. Así que ese ser sin infancia ni juventud en realidad había nacido y vivido en Córdoba... Así que se llamaba Ben Saíd... Así que tuvo una familia y sucedió algo, una

tragedia, que lo llevó a renegar de su religión y abandonar su casa y su pasado.

Lope sostenía que había peleado, como yo, en el bando cristiano de las Navas de Tolosa, y cuando le oí decirlo por primera vez, compartiendo cena en una mesa de una taberna en Silos, pensé que se trataba de un delirio o el deseo de proveerse de un pasado admisible para las gentes entre las que intentaba integrarse con escaso éxito. Pero más tarde supe cómo había perdido el antebrazo, y me acordé de un citarista, moro renegado, que fue mutilado de manera semejante por orden del entonces maestro de campo y luego compañero mío de estudios en Palencia, el monje giróvago Aznar, un diablo al que una y otra vez me he enfrentado en esta vida que pronto se acabará. Aquel músico se hacía llamar «el Halcón», y presumía de ser descendiente de Abderramán el Inmigrante, el primer emir de Al Ándalus. Lope tenía sus mismos ojos azules, claros y brillantes, y cierta pelusa dorada en la calva, como si fuera herencia alicaída de la famosa melena pelirroja del Halcón. ¿Podían ser Lope y aquel músico mutilado la misma persona?

¿Empezaba a conocer a mi amigo después de muerto?

Tanto daba, en realidad —quise pensar entonces y pienso ahora con menor dificultad—: tras un tiempo muertos, todos los hombres nos parecemos bastante.

Al amanecer, sin pegar ojo, decidí quitarme de encima la fantasma de Lope, puse a calentar vino con miel para el desayuno, lo tomé a trompicones mientras me vestía, salí afuera, crucé el huerto, abrí la puerta del cercado y fui al pozo en busca de agua para refregarme el rostro y despejarme antes de acercarme de nuevo a casa de Yusef.

Quería preguntarle todo lo que llevaba rumiando la noche entera: qué desgracia le había ocurrido a Lope para hacerse cristiano y salir

de Córdoba tan joven. Y, si acaso lo sabía, con qué excusa lo llevó la muerte a regresar allí. Y también de qué conocía él mismo a Lope.

Pero, sobre todo, quería preguntarle dónde paraba el mercachifle que le contó la muerte de Lope, porque había cosas que no me encajaban: ni su supuesta traición ni su indolencia para dejarse morir. Yo mismo había conocido al sedero fugazmente el día anterior, y no me había dado buena espina: se me coló sin permiso en casa aprovechando que mi puerta está siempre abierta, y no paraba de husmear por todas partes preguntándome por qué no había alfombras en el suelo, ni manteles en las mesas ni tapices en las paredes. Solo cuando, harto de él, le pedí que se largara de una vez y me dejara en paz, me preguntó por Yusef y le indiqué el camino de su casa.

Absorto en mi recuerdo del sedero, llegué al brocal del pozo, pero el cubo estaba caído dentro y atorado: no había quien lo izara.

Lamenté mi descuido pensando que me lo habría dejado, de nuevo, en el pretil y sin asegurar. No era la primera vez que un animal, intentando beber restos de agua, lo volcaba. Inevitablemente, vinieron a mí las palabras de Cristo:

—¿Cuál de vosotros, en teniendo oveja caída al pozo, no bajara por ella aun siendo día de reposo?

Yo mismo, dije entre mí. No andaba ni con ánimo ni con fuerzas para semejante tarea, y además no era mi día de reposo. Así que me quedé fastidiado y sin idea de qué hacer.

Ahora sé que el destino me estaba ofreciendo la oportunidad de dar media vuelta y meterme en casa cerrando puertas, ventanas y postigos. Si jamás hubiera tenido esa desordenada necesidad de agua tan temprano —ni que fuera el vino del desayuno—, puede que durmiendo, y durmiendo y durmiendo más aún me hubiera librado de los males de aquel día y los siguientes. Pero quería saber, y decidí

continuar con mi determinación. ¿Quién mejor que Yusef, al fin y al cabo, para ayudarme a desatascar el pozo? Tenía que volver a su casa. Éramos vecinos, pero por afinidad habríamos podido ser hermanos.

Como yo, que vivo en una casa de piedra a las afueras de Berceo, apenas a una milla del monasterio, Yusef también vivía a las afueras de la aljama en la que se hacinaba la comunidad mudéjar, extramuros de San Millán. Hace muchos años me lo encontré un día merodeando por el huerto de casa, dando pasos de sonámbulo con una horquilla de fresno, y cuando salí con una cantarilla de vino a pedirle que se sentara conmigo y preguntarle qué se le ofrecía, me dijo:

—Si me pongo a cavar aquí vas a pensar que estoy loco, ¿eh? ¿Me permites hacerte un pozo ahí fuera? —dijo señalando la zona algo alejada del cercado en la que está ahora el pozo.

—Por aquí no hay agua, ya la buscamos mi hermano, mi padre y yo...

Un pozo. Como si nada. Me dejó de piedra. Yusef era zahorí, conocedor del agua viva, experto en sus flujos en acequias para riego de huertas, capaz de alzarla en fuentes y surtidores o encauzarla bajo tierra o represarla en albercas y hasta en pequeños lagos, o de elevarla sobre las casas y las puertas de los cercados de las huertas, capaz incluso de bombearla desde lo profundo o de recogerla y escupirla con cangilones de norias de movimiento terco. Eso le había proporcionado en pocos años alguna riqueza y cierto estatus en la morería.

Unos días antes de que me regalara un pozo sacado de la nada en el mismo huerto de mi casa, le había echado yo una mano con su hija. Aixa había florecido de pronto y sin que Yusef se diese ni cuenta, y era pretendida por el imán del lugar, incapaz de alimentar

a las tres mujeres que ya tenía con los diezmos que les malcobraba a sus fieles. Yusef me explicó, preocupado, los problemas que se le vendrían encima en cuanto lo rechazara. Yo, como preste encargado de las relaciones entre cristianos y mahometanos, conocía bien al imán. Y se me ocurrió contarle un cuento:

—Me dice el abad que andas mirando a la niña de Yusef. Y pide que te comente de buenos modos que él la vio primero.

Fue más que suficiente para que no volviera con la barrila a por agua del huerto de Yusef, y aunque yo no le dije a mi amigo nada de nada, él algo se sospecharía, porque se plantó en mi casa, cavó donde le decían sus saberes de mago y sacó de la nada agua para siempre, que me evitaba bajar medio monte camino del arroyo y subir luego acarreándola.

Sí. Éramos vecinos, pero nos encontrábamos a gusto hablando, como hermanos que se conocen de siempre. Pensando en todo ello me llegué a la casa de Yusef aquella mañana. No me extrañó el silencio, pese a que siempre andaba trabajando desde temprano en alguno de sus ingenios, y temí que el dolor por las últimas noticias lo hubiera dejado postrado en cama. Pero cuando me acerqué y vi la puerta abierta, no me gustó. La mía está siempre así si ando por casa, y a veces me olvido de cerrarla incluso cuando salgo, pero esa no es costumbre mora.

Llamé sin atreverme a entrar, mas Yusef no respondió. Me asomé y vi que por el suelo del amplio zaguán en que Yusef solía trabajar andaban tiradas en desorden sus herramientas, que siempre dejaba, cada una, en su sitio asignado: compases, martillos, tarugos de madera, mapas, planos. Entonces entré llamándolo a voces hasta el huerto.

Allí lo vi. Me acerqué golpeándome la cara para asegurarme de que no era otra pesadilla. El cadáver de Yusef estaba atado al tronco

de la higuera, decapitado, con una enorme mancha de sangre sobre una de las camisas que usaba para dormir. La cabeza había caído de costado al suelo, a su lado, con los ojos abiertos. Le habían mutilado la nariz y las orejas.

Tuve que apartarme al pozo del centro del huerto a vomitar el desayuno y la comida que no había podido digerir la noche anterior.

Cuando salí de mi parálisis, me lancé a la casa gritando ahora el nombre de Aixa. No me estuve a analizarlo, pero dentro todo andaba revuelto como en el zaguán, el contenido de los baúles al pie, rodeándolos, y los muchos códices de Yusef caídos en el suelo ante las estanterías. Tenía ciento o más, qué sé yo, casi tantos como el propio monasterio... Muchos comprados o heredados y no copiados de su mano, me parecía. Y algún diván de poesía andalusí le había pedido prestado alguna vez, aunque la mayoría eran libros sobre ingenios para el agua, regadío de huertos y características de plantas y sembrados que no me interesaban demasiado. Crucé las dos estancias principales y subí a la carrera la escalera. En la habitación de Aixa, los juguetes de madera estaban tirados y la lana del jergón esparcida por el suelo. La ventana había quedado abierta y, enganchado en la jamba, vi un jirón de ropilla suya, que conocía bien porque ella misma la tejía y me enseñaba siempre cada pieza al acabarla.

—¿Tú crees que algún día podré pasear con esta camisola por los jardines del palacio de mi padre en Córdoba?—me preguntaba en árabe con suave voz, en las largas conversaciones en las que se ofrecía, divertida, a ayudarme como maestra a practicar su lengua para que no se me olvidara.

Miré abajo, grité su nombre con fuerza. Nada.

Salí de la casa buscando el rastro de Aixa con el corazón batiéndome las sienes y un nudo en la garganta. Encontré huellas de

pequeñas babuchas que tomaban la dirección de mi casa, y con cierto alivio comprobé que no había otras huellas siguiéndola. Pero la ansiedad no cedía, porque era evidente que, si buscaba mi ayuda, no la había encontrado.

A la altura del bosquecillo de robles cogí una de sus babuchas azules al borde del sendero, y pasados los robles la otra. A partir de ahí había corrido descalza. Para entonces yo también corría. A menos de cien varas de mi casa su rastro se desvaneció como por arte de magia.

¿Había caído sobre ella el asesino de Yusef como un halcón sobre un conejo arrebatándola sin darle ni tiempo a gritar? ¿Dónde estaba yo cuando Aixa me buscaba y me necesitaba? Tirado en la cama y ofuscado en mis propios desvelos y sufrimientos, incapaz de escuchar sus gritos.

Entonces supe dónde iba a encontrarla.

Me recuerdo corriendo con las babuchas azules en la mano. Cuando llegué a mi pozo había buena luz, no como al amanecer, y se podía ver un bulto entre los reflejos del agua.

La llamé como un idiota, pero sin gritar, para no inquietarla si estaba viva. Me descolgué por las hendiduras excavadas en las paredes por su padre para bajar a limpiar el pozo. Tan alterado bajaba que a punto estuve de resbalar y caer. Según me iba acercando, entreveía su cabello negro flotando extendido en finos haces de sombra concéntricos contra el reflejo plateado del cerco de agua.

Saqué primero la cabeza y luego, no sé ni cómo, el cuerpo, que se había atascado con el cubo en uno de los salientes sumergidos de las paredes. Dejé sus restos sobre la hierba y me senté por fin apoyando la espalda en el tronco de la encina. Cerré los ojos.

Imagino que tampoco supe llorar entonces, aunque ahora no lo recuerdo todo. Me sentía culpable.

¿Quién había sido capaz de hacer una cosa así?

El zumbido de las moscas me distrajo del dolor para devolverme a mi profunda alteración. Fui a por una manta para tapar los restos.

Afortunadamente, decidí no fijarme en el rostro, mutilado como el de su padre, y todavía hoy, aunque entre brumas, puedo recordarla viva y en su esplendor casi infantil. Como siempre me sucede ante una muerte, y pese a todas las evidencias, quise pensar que, en el fondo, Aixa no había sufrido. Pero no había resquicios para aceptar una mentira así.

De cualquier modo, lo que más me agobiaba en aquel momento era el cadáver de Yusef que había dejado atado a la higuera de su casa. Cargué mi Lucio con los despojos de aquella pobre muchacha y me encaminé allí sumido en la culpa y la desolación.

Llegué al fin a la casa y desaté el cadáver de Yusef. Mi único propósito era llevar los restos de padre e hija al imán de la morería para que se encargara de su sepelio, consciente de que hasta que no estuvieran enterrados los dos no iba a poder sentarme a masticar mi dolor. Pero mientras vaciaba el carro de Yusef de sus enseres para cargar allí los cadáveres, me di cuenta de que, si los entregaba, nunca iba a poder examinarlos en busca de indicios para averiguar quién había cometido aquel crimen.

Y sabía lo que iba a pasar: sabía que en algún momento se me acabarían la compasión y aquel enorme deseo de hundirme en la oscuridad y el silencio, y que poco a poco llegaría y se impondría el odio, que siempre acude cuando lo llamamos, capaz de acabar de una vez con la serenidad necesaria para seguir viviendo en paz. Sabía también que lo único que acalla el odio es la verdad, y quería

empezar a registrar lo que pudiera de la verdad con mis propios ojos.

Así que me armé de valor para examinar, al menos, el cuerpo de Yusef.

Baste decir que el criminal lo había torturado antes de la muerte en busca de lo mismo que, sin duda, lo llevó después a revolver la casa entera, señal de que no había conseguido arrancarle dónde se hallaba el tesoro. Los dedos de la mano derecha estaban dislocados y quebrados, y le había cortado las orejas y la nariz con un cuchillo o una espada muy afilada, antes de decapitarlo de un tajo, todavía vivo, como mostraba la sangre que le empapaba la pechera de la camisa. Las comisuras de los labios estaban ligeramente desgarradas y ensangrentadas. Había un pañuelo de Yusef enrollado, caído junto a la higuera.

Se trataba de un verdadero especialista en la búsqueda de información, si es que solo era uno, aunque por allí no había rastro de nadie más que de Yusef.

Luego, el lastimoso examen del cuerpo de Aixa, segado en el final de la pubertad, dejó en evidencia que había sido forzada. Tenía moratones en el torso, en las piernas y los brazos. Tenía restos de piel en las uñas. Tenía sangre entre los muslos...

En el hombro izquierdo había, como esculpido y formando un cuadrado, un ornamento de intrincados y sinuosos trazos lineales. Y en el otro hombro, otro motivo semejante, pero diferente en su dibujo. Parecían símbolos complejos, de significado incomprensible para mí. Hasta entonces no había visto nada así inscrito en piel. Solo esos sencillos signos (cruces, estrellas, anclas) que llevan escondidos por el cuerpo algunas mujeres osadas como recompensa a quien encuentre el camino secreto para acariciarlas. O los estigmas con

que los esclavistas infaman el rostro de los ilusos que han intentado fugarse de su rebaño humano.

Pero aquello era el trabajo de un artista, trazado con afán y deleite. Y aunque no sabía nada de inscripciones en la piel, las de Aixa no parecían recientes.

Me extrañaron tanto los dibujos que imaginé que podían esconder alguna información, y decidí copiarlos en un papel, asegurándome de que no erraba los trazos, casi calcándolos. Al hacerlo pude distinguir rasgos de letras árabes en cúfico geométrico, que es el que utilizan los moros para sus decoraciones. Pero eran palabras trucas que parecían volverse sobre sí mismas, ilegibles. Algo que no tenía ningún sentido para mí. Guardé los dibujos.

Cuando acabé las penosas exploraciones, me dirigí a la morería con el carro cargado y cubierto. Llamé a la puerta de la casa del imán y le hice el sucinto relato de lo que me había encontrado en casa de Yusef y en mi pozo. Lo encajó con serio asombro. Puesto que Yusef no tenía familia allí, le pedí al imán que se hiciera cargo del entierro y que tratara de ello con los tres hombres que trabajaban para él y en los que Yusef tenía total confianza.

Antes de irme se me ocurrió preguntarle si se había presentado ante él en los últimos días un comerciante en sedas cordobés, y me dijo que no. Nos interrumpió el grito desgarrador de una de sus mujeres, que se había acercado al carro a curiosear la carga que había debajo de las mantas.

Me fui de allí atolondrado, pensando en el sedero, intentando reconstruir en mi memoria los perfiles de su rostro, la figura y sus no tan claras intenciones cuando se había colado en mi casa el día anterior preguntando por la de Yusef. Me había contado que había viajado a vender sus telas a Pamplona y ahora regresaba a Córdoba,

aunque antes tenía que darle ciertas noticias a Yusef el Cordobés. Entre ellas, como supe luego, la muerte de Lope.

Ahora había que ponerlo al frente de los sospechosos por el asesinato de mis amigos. No tenía aspecto sanguinario, pero ¿quién lo tiene si no es metido en faena? Ningún loco criminal va mostrando su saña a cuantos se cruza, y nunca se sabe de qué madera es el serrín que se apoderará tarde o temprano de nuestro entendimiento.

Con el sedero en la cabeza volví al bosquecillo de robles. Busqué en vano algún rastro más en el lugar en que las huellas de Aixa descalza se desvanecían, y luego en un radio cada vez más amplio, pero no fui capaz de encontrar nada de nada, como si su raptor hubiera sido un espíritu, volara como un pájaro o reptara sobre la hierba como una pequeña serpiente venenosa, sin apenas doblegarla ni rozar el suelo.

No había tampoco rastro de la llegada del depredador a la casa de Yusef o de su partida en persecución de Aixa, o de su llegada con ella al pozo de mi casa. Era evidente que aquel espectro volátil sabía borrar sus huellas con cuidado. Pero pude reconstruir un orden de sucesos que parecía lógico: había entrado de noche en la casa de Yusef, lo había atrapado, había sentido a Aixa escapando, y había atado y amordazado al padre con fuerza, como mostraban las marcas en las comisuras de los labios y el pañuelo caído junto al cuerpo. Después había perseguido a la hija de camino a mi casa, la había violado —por puro deseo o como parte de la cacería—, la había torturado y mutilado y la había arrojado a mi pozo (no conseguía entender por qué, ¿quizá para esconderla?, pero cualquiera que viviera allí iba a encontrar el cadáver por la mañana), para volver por último a por Yusef y torturarlo también en busca de lo que fuera que estuviera buscando.

Con esa reconstrucción de las andanzas del criminal, me llegué al monasterio e informé de todo lo ocurrido al abad dom Juan y al jefe de su guardia, con detalle, como era mi obligación.

—¿Y quién me arregla a mí ahora el surtidor del estanque del claustro, que se estropeó ayer? —me preguntó el abad, como molesto porque ni Yusef ni su asesino se interesaran por las cosas importantes del monasterio.

El entierro partió al día siguiente de la casa de Yusef con su cadáver y el de Aixa envueltos en sábanas blancas atadas con sogas, sobre un carro, y seguido por un puñado de hombres compungidos —los más cercanos a Yusef, los que trabajaban con él— y sus mujeres llorosas. Al entrar en la morería se fueron sumando más y más personas. A muchos los conocía bien, a algunos apenas los había visto. Cualquier otro día, aquellas mujeres estarían ocultas tras las paredes y celosías, casi siempre juntas, a cargo de los niños, la alimentación y la casa, o de sus embarazos y los de las vecinas, y de sus partos y crianzas. Y los hombres andarían dando tumbos, apoyados contra las paredes en las esquinas, hablando sin parar en la plaza.

Acosados a diezmos para el monasterio, los moros merodean siempre en busca de un encargo, miran de soslayo y hoscamente, y, cuando aparecen cristianos para usarlos como herramientas parlantes en sus campos, se agrupan a la espera de que el encargado los escoja tras mirarlos como a bestias, midiéndolos a ojo de buen cubero. Así que luego es fácil sorprenderlos haciendo gestos sospechosos, con movimientos de aire taimado, vengativo, hipócrita y peligroso, como el que tienen siempre los explotados, y

que justifica al fin el miedo y el desprecio con que los tratamos. Aquel día, sin embargo, en procesión, cuando todos nos detuvimos ante la casa del imán, que hacía allí las veces de mezquita, no se distinguían de mí en su tristeza.

Puesto que los cadáveres no pueden entrar en las mezquitas por su impureza (aunque yo no sé qué será eso), el imán salió a la puerta y, tras asegurarse de que todos estábamos mirándole, comenzó su epitafio por Yusef.

Aunque aprendí el árabe en la niñez, jugando con una muchacha de la morería cuya madre trabajaba en el telar del convento con la mía, de entrada no presté ninguna atención al discurso del imán, porque lo consideraba un ignorante, pero al cabo me sorprendió su voz expresiva imponiéndose en la mañana. Y no pude escapar a lo que decía.

—... Yusef nos traía el agua a casa, y el agua es vida que le sobrevive, así que no vamos a olvidarlo. Una vez le pedí que me enseñara a manejar su vara de fresno para encontrar agua, y ¿sabéis lo que me reveló? «La vara solo sirve para concentrarse, el agua la encuentro yo», dijo. «La encuentra mi cuerpo. Todos los cuerpos saben dónde hay agua, solo hay que escucharlos.» Así era Yusef, y lo voy a recordar, lo vamos a recordar cada vez que bebamos, porque el agua de Yusef sigue fluyendo para nosotros. No como el agua estancada, que pronto se convierte en puro veneno.

Como suelen hacer estos sermones de hueca palabrería en los corazones encogidos, el imán estaba logrando conmoverme. Y yo que había pensado que aquel hombre al frente de los fieles mahometanos tenía que ser tan estúpido e insensible como un abad...

—Yusef excavó una vez un pozo para su mejor amigo. Para alguien a quien Yusef quería mucho, pese a que no es de nuestra

sangre, porque era un hombre muy generoso —añadió, llevándome hasta el borde mismo de la lágrima, y dejó después un largo silencio.

Varias miradas se volvieron hacia mí. Entonces me di cuenta de que no eran miradas compasivas.

Llevaba muchos años atendiendo los problemas de la morería en su relación con el monasterio y los habitantes de San Millán. Y había conseguido establecer algunos lazos firmes con ciertas familias, favorecido por el hecho de que el abad me hubiera arrebatado muy pronto la difícil labor de cobrar los diezmos: no se fiaba de mí y hacía bien. Pero había gente que no me abría la puerta y no me miraba con buenos ojos, como era de esperar.

El discurso del imán siguió alabando las virtudes de Yusef. Recordó frases del Corán, y solo al final volvió al agua y al pozo.

—Así que os pido que ahora penséis solo en el agua que fluye, como Yusef fluía entre nosotros. Os pido que no penséis en lo que le han hecho a él y a su hija. Os pido que no penséis en esos pozos con agua estancada, porque el agua estancada acaba siempre convirtiéndose en veneno. Sino que lo recordéis a él, generoso, trayéndonos su agua, que nadie puede quitarnos por mucho que ahora él haya muerto. Que no recordéis ahora, por favor, que la sangre nunca se convierte en agua.

Conocía ese refrán árabe que Yusef mismo me había explicado tiempo atrás: la sangre derramada no se convierte en agua y desaparece, hay que limpiarla. Es una incitación a la venganza contra los extraños que derraman la sangre de la familia.

¿Estaba acusándome el imán de la muerte de Aixa, de su cadáver en mi pozo, y por tanto también de la muerte de su padre? ¿Estaba buscando que me lapidaran ahí?

Mientras la comitiva se ponía en marcha de nuevo, se alzaron algunos gritos. «Perro cristiano» no fue ni mucho menos el peor insulto que se oyó. Movimientos sinuosos, rostros que bisbisean entre sí: no sería aquella la primera insurrección en una comunidad mudéjar de la zona que acababa con un preste muerto. Pensé en el pobre Lope perseguido en el zoco de Córdoba, su cuerpo entre tablones bajo el polvo de especias. ¿Era posible que fuéramos a morir los dos de modo semejante y en tiempos cercanos? Tal y como tenía el ánimo, no es que me preocupara demasiado. Y lo que sí sabía es que correr no me iba a servir de nada. Me dispuse a alzar la voz para comentar un par de cosas que no les vendría mal saber, muchos jamás me habían oído hablar en árabe y eso quizá ayudaría a poner a algunos más de mi lado.

Carta de paz

—*¡Qué vergüenza, si Yusef os viese!*

No fui yo quien habló. Lo hizo por mí una mujer, esposa de la mano derecha de Yusef, y ella misma uno de los más fuertes asideros de muchas mujeres de allí:

—*¡Me apartaré como es mi obligación en el entierro, pero aquí en la calle no vais a poder taparme la boca!* —gritó a los que le pedían silencio.

Y luego acusó a los que me habían insultado, recordándoles que jamás Yusef habría dejado a su cuidado a su hija y mil veces la había dejado al mío.

—*¿Queréis que diga los nombres de todos los que la han pedido por esposa en los últimos dos años sin que Yusef lo aceptara? Podemos empezar por el imán mismo, si os parece bien. Quizá debemos buscar en esa lista al asesino, y no entre los amigos de Yusef que lo querían y respetaban, a él y a su hija.*

Arropada enseguida por los aludidos, que eran también amigos míos, y por alguno más, aquella mujer valiente me salvó, y por eso puedo contar que una de las mayores alegrías de mi vida la tuve cuando, tiempo después, llegó el día en que me presenté en su casa a agradecerle aquellas palabras, a ella y a su marido, con toda la ceremonia que supe montar. Ninguno de los dos revelamos, ni en ese momento ni nunca, que habíamos pasado una larga infancia

juntos, hasta que sus padres le prohibieron salir a la calle para que dejara de vivir la vida silvestre de los niños y le taparon con ropajes el pelo y la piel.

Me salvó, sí: los insidiosos callaron, el imán hizo como que no oía y la comitiva se puso al fin en marcha hacia el almacabra, que es como llaman ellos a sus cementerios.

Y allí me quedé yo, cada vez más necesitado de saber la verdad, y con el imán ya haciendo sin duda compañía al sedero en la lista de sospechosos del crimen.

De buena gana habría salido con mi rucio a la caza del sedero, que, según me confirmaron en la taberna de postas, había partido al amanecer hacia Burgos y con destino a Córdoba en una pequeña caravana de mercaderes de esclavos y especias. Pero no los alcanzaría ni en dos días. Y ya sabía la respuesta del abad a cualquier propuesta para ausentarme de mis obligaciones un tiempo: «No». ¿Cómo convencerlo de que merecía la pena atrapar a un moro asesino de moros o limpiar mi honra ante una comunidad de desharrapados? De ninguna manera.

Y si, de cualquier forma, iba y me enfrentaba al sedero, ¿qué me diría él? Que no era culpable ni sabía quién diablos habría podido matar a Yusef. ¿Y cómo podría demostrar que mentía?

Quería encerrarme en casa, atrancar las ventanas, meterme en la cama. Pero no podía dejar de pasear y de darle vueltas al crimen. Decidí, entonces, sentarme a intentar descifrar los dibujos simbólicos que llevaba Aixa esculpidos en la piel y había copiado. Los desplegué en mi escritorio. Eso me calmó, primero, y consiguió, poco a poco, ocupar todos y cada uno de mis pensamientos.

Tras un buen rato entendí que mi intuición inicial era correcta. Se trataba del trabajo de un artista calígrafo, grabado con una letra cúfica ornamental, bella y minuciosa. Convertí las vueltas geométricas de las letras en una sucesión de palabras sincopadas que no llegaban a formar un texto. Pero, con ayuda de los listados de léxico árabe que guardaba en la memoria acumulados durante mi aprendizaje y mis lecturas, fui despejando y completando las palabras en busca de sentido. Después de diversas tentativas fallidas, descubrí, al fin, dos versos comprimidos en uno de los dibujos. Una vez descifrado el primero, el otro resultó mucho más sencillo.

Para comprenderlos a fondo, tuve que trasvasarlos a cuaderna vía, en recto román. Me salían con más palabras, como suele ocurrir siempre que se traduce: un poema menos comprimido e impactante a la vista, pero muy fácil de grabar en mis mientes:

Para gloria fui hecha, Alá será garante,
y altiva voy mi vía, que yo tracé fragante.

Del sol de mis mejillas doy riendas al amante
y mis besos te ofrezco si vienes suplicante.

No me parecieron los versos más adecuados para grabar en el cuerpo de una muchacha, ni mucho menos. ¿Quién y cuándo lo había hecho? ¿Con qué sentido? ¿Cómo lo permitió Yusef, su padre? ¿O se haría a sus espaldas?

No hay misterio mayor ni más doliente que el que somos los unos para los otros. Pero nada de eso me servía para dar con el asesino de mis amigos. Así que abandoné defraudado mis pesquisas. Salí al huerto, cogí la carretilla y una pala, y sin alejarme mucho de la casa

comencé a llenarla de arena y piedras. Fui hasta el pozo y eché dentro todo lo recogido.

Había que cegarlo.

Pero al tercer viaje estaba extenuado. Decidí entonces encerrarme de nuevo en casa a hacer un poema sobre la vida del mártir Lorenzo, torturado a la parrilla como mi ánimo, con la esperanza de que esa vocación de poeta ermitaño que antes jamás había sentido se apoderaría de mí. Planeé montar en unos días una de esas historias que sacuden el fervor y los bolsillos de los fieles. Pero ni en lo poco que quedaba de mañana ni en buena parte de la tarde, con el entendimiento enmarañado, alcancé a concebir más que un único verso:

Los que ahora somos conviene que muramos.

La mejor prueba para saber si un verso merece la pena es olvidarse de él, para recuperarlo con el tiempo, si acaso ha permanecido prendido en la memoria. El problema es que olvidar es un acto que se lleva mal con la voluntad de hacerlo. Pero entonces llamaron a mi puerta y me olvidé por completo del verso.

Abrí. Era el abad. Venía con un pastor malencarado, sin afeitar, cejijunto y alfeñique, con un sucio casquete de paño a modo de gorra, atado con fuerza bajo la barbilla con dos cinchas que comenzaban anchas, cubriéndole las orejas, y acababan finas en el lazo.

—Carta para el preste Gonzalo de Berceo —dijo dom Juan, como si fuera él el mensajero.

Les di paso con la mejor cara que pude componer, los llevé al huerto, les pedí que se acomodaran en el cenador bajo el techo de caña trenzada que sustenta la umbrosa parra y me dispuse a leer la carta en cuanto me la dieran.

—Morapio no tienes... —se lamentó el pastor, que había puesto sus abarcas con las polainas de cuero, bastante sucias, sobre la banca en la que iba yo a sentarme.

Traje una cantarilla de vino y les serví. El pastor venía con sed. Alzó la copa y se la trasegó en un parpadeo antes de pasarse la manga de paño de la pelliza por los labios. Solo entonces me entregó aquel hombre de pésimos modales la carta, con toda la solemnidad de que fue capaz.

Pensé que con un poco de suerte se trataría de una de esas cartas ominosas que piden matar a los mensajeros, como la que llevó a Almanzor el padre de los siete infantes de Lara. Pero venía con el sello quebrado, sin duda por el abad, así que mis esperanzas se desvanecieron pronto.

—¿De dónde llega? —pregunté, por preguntar algo.

—De Córdoba —dijo el abad adelantándose al pastor.

Palabra mágica donde las hubiera en ese momento. Tuve un presentimiento esperanzador, pese a que nada bueno podía esperar viniendo del abad. Desenrollé la misiva, que estaba en pergamino de cordero nonato, como si fuera para el abad mismo.

Venía, en efecto, dirigida a mí. Miré antes de nada las firmas.

¿Qué era eso? ¿Una broma?

Los nombres, las rúbricas y el sello del anillo de tres famosos prelados estaban bien claros al pie: dom Gonzalo, obispo de Cuenca; dom Martí, de Salamanca, y dom Juan de Soria, el de Osma.

Leí las palabras en tropel. Era un requerimiento para que viajara a Córdoba con el fin de buscar un libro escrito en árabe que llevaba el pomposo nombre de *Códice Wallada*.

Al parecer, el *Códice Wallada* incluía entre otros libros muy valiosos un opúsculo titulado «El bastón de Dios», que iba a acabar con las guerras de una vez por todas, ahí es nada. Y a imponer al

tiempo, por si fuera poco, la religión de Cristo: en los reinos ibéricos, primero, y después en el Reino de Jerusalén y en todo el orbe conocido, desde donde sale el sol hasta el ocaso.

Una suerte de Evangelio de la Paz. El Santo Grial de la literatura.

Parecía, efectivamente, una niñería firmada por tres patanes. ¿Habían vuelto acaso los tiempos primitivos de iluminación?

La carta concluía ordenando que me presentara en Córdoba sin dilación para encontrar, primero, el *Códice Wallada*, y traducir a román, después, «El bastón de Dios».

¿Acaso no había gente capaz de hacer eso por allí? ¿Acaso lo querían en cuaderna vía los señores obispos? ¡Qué sandez!

Al tiempo que leía pensaba en cómo debía reaccionar. ¿El abad me había tendido una trampa tras enterarse de que había estado preguntando por un viajero a Córdoba en la taberna de postas? Demasiado rebuscada para tratarse de una broma suya. Pero, si en el fondo la carta era, además de disparatada, cierta, ¿a santo de qué esos obispos que no me conocían me proponían a mí para buscar un código árabe en Córdoba? ¿Me pedían ayuda quizá inspirados directamente por el propio papa Gregorio, que no era improbable que a su vez hubiera recibido alguna sugerencia de lo más alto?

—¿Córdoba ha caído en manos cristianas? —pregunté.

No estaba intentando ver si era seguro meterse en Córdoba o no. Mi ánimo devastado no era capaz de plantearse asuntos tan razonables en ese momento. Quería saber si esa historia de la traición de Lope que había propiciado la toma de un barrio tenía algún viso de verosimilitud.

—No, al menos cuando yo salí con el recado —contestó parco aquel mensajero disfrazado de pastor.

Enrollé la carta y se la devolví.

—Es una pena, pero no puedo ir a Córdoba ahora —dije.

Es lo que me dictó el instinto. Si quería asegurarme de que el abad permitiese que fuera allí, tenía que mostrar mi oposición de entrada.

Tuvimos un largo forcejeo, que desembocó en el final previsto. Le dije al abad que andaba torcido con mi propio duelo por la pérdida de tres grandes amigos. Le dije que me había arruinado porque el monasterio no me había satisfecho el pago de mi último poema (ni del primero tampoco, si a eso íbamos, pero me contuve). Le dije que Córdoba era zona fronteriza y llena de peligros para un monje, más aún si andaban por allí tropas castellanas y leonesas. Le dije que en nuestra morería había un asesino peligroso para la convivencia armónica de cristianos y mahometanos, labor en la que yo representaba al abad mismo. Le dije, por último, que el imán estaba acusándome del crimen a voz en cuello. ¿Quería, en fin, que se posibilitara una rebelión de quienes, entre sus siervos, mayor riqueza y con menos exigencias daban al tesoro de su comunidad monástica?, ¿y en mi ausencia?

—Saldrás con Alvar Colodro, y a sus órdenes, mañana mismo, para cumplir la encomienda de localizar, copiar y traducir ese *Códice* «*Wayada*» —sentenció el abad con gesto de hastío, refiriéndose al gañán aquel como si fuera una autoridad de apellido ilustre.

Después se sirvió otro vino para él solo, como había hecho ya su acompañante.

—Se pronuncia «Wal-lada» —le corregí, que es una de las cosas que más fastidian a un abad.

Entonces, más por extrañeza real que por ganas de seguir discutiendo, le pregunté por qué me habían elegido a mí. ¿De verdad no había un solo cristiano en Córdoba y alrededores que supiera traducir del árabe?

—No sé qué habrán visto en ti los obispos —respondió—. Pero parece que es un libro que no todo el mundo puede leer. Tú sabrás de quién te has ganado la confianza.

Suspiré como si estuviera desesperado. Y luego me serví y bebí yo también un buen trago, temeroso de que entre ambos se acabaran mi cantarilla sin dejarme ni catarla.

El vino me regaló un instante de paz. Al fin y al cabo, necesitaba alejarme de mi casa y de su infausto pozo. E iba a poder buscar la tumba de mi amigo Lope y sentarme un rato allí a recordarlo.

—Lo que no acabamos de entender, ni yo ni la guardia, es por qué la tiraste a tu propio pozo... —me susurró al oído en la puerta don Juan, cuando el pastor ya había salido—. Pero tú sabrás. De eso en breve no va a quedar ni rastro. Si te portas bien, puedes despreocuparte.

Y se fue.

Alvar Colodro volvió al amanecer con gélido semblante, montado a pelo en un caballo blanco, con otros tres que llevaba sujetos con cuerda a su brazo, uno alazán, otro pío y el tercero negro, todos de planta andalusí. Encaramado a su noble bestia, se acentuaba más aún lo mequetrefe y malencarado que era. Quizá, además de pastor de cabras, se daba mañas de ladrón de caballos. ¿O se proponía que viajáramos solos, sin descanso, con montura más fresca a cola, y en relevo? No me pareció mal. Así alcanzaríamos antes al sedero, para el que tenía unas cuantas preguntas. La curiosidad impertinente siempre ha sido mi punto débil, por más que tenga comprobado que todo mal nos acaba atrapando por no saber quedarnos tranquilos en

casa, sentados junto al fuego y con la puerta atrancada. Para sobrevivir hay que aprender a entretenerse solo.

—No tengo silla para un caballo así —le avisé.

—Rechazan cincha estas bestias —dijo.

Como un idiota pensé que podría resistir el viaje a pelo, de muchacho montaba siempre sin aparejo. Si bien no es menos cierto que por entonces alcanzaba de una pedrada a los conejos y el único miedo que me daban las mujeres era el de que se quedaran con el tocino de mi merienda.

Pero cuando, en vez de tomar hacia San Millán para subir luego al Camino Francés, Alvar enfiló por una cañada hacia el sur como si no estuviera ahí mismo la sierra de la Demanda, me pareció demasiado: le dije que por ahí no conseguiría ni hartito de vino llegar a Burgos.

—No vamos por Burgos. Sígueme, que por aquí he venido y atajamos nuestros buenos días.

—¿Y dónde calculáis que vamos a hacer noche entonces, mi señor Alvar Colodro? —le pregunté sin lograr reprimir la burla.

En muchas leguas no había por allí más que campo, montaña alta y todo al sol.

—Haremos noche donde se nos haga de noche —contestó sin darse la vuelta para contemplar la cara que se me había quedado.

Me supe en presencia de otro de esos mareantes sabios rústicos y con redaños que llaman puño a la mano cerrada, pan al pan, y al vino, vino. Sin duda el apellido Colodro indicaba lo que tenía en la cabeza para pensar: un zapato de madera en vez del serrín habitual. Fueron inútiles todos mis consejos, argumentos y ruegos. Se le había metido, en el diminuto espacio que sus cejas dejaban entre sí (por cortesía o reverencia hacia la nariz, sería), la formidable idea de que se podía recorrer Castilla entera monte a través hasta Al Ándalus, y no hubo forma de desviarlo un ápice de su disparate

visionario. Adiós a toda paz y todo descanso y adiós al interrogatorio del sospechoso mercader de sedas.

La refinada crueldad del abad me había puesto a las órdenes no tanto de un simple, que lo era, como de un loco de remate, decidido a renunciar a una posada, un jarro de vino, un jergón de paja y hasta a una improbable posadera complaciente y codiciosa. Y si bien a todo se puede renunciar, la imprudencia es en el viaje un mal sin solución, y lo más probable era que en menos de una semana los dos estuviéramos descansando entre zarzas, como alimento de fieras, lo cual, por alguna razón, no me atraía. La muerte pertenece a la clase de asuntos que siempre se pueden dejar para otro día, como la limpieza de las ollas, remendar la ropa y perdonar a los que nos ofenden.

El único consuelo que encontré es que el mismo peligro que iba a correr mi vida en ese viaje, sumado al interés por la observación siempre provechosa de un ejemplar loco de nuestra especie humana, iba a ayudarme a llevar el duelo por mis amigos en aquellos días.

Pasé la primera noche casi entera en vela, con buena parte del Zodiaco danzando sobre mí, y sorprendentemente protegido de alimañas por los ronquidos espantables de mi superior, aunque completamente desvelado por la misma razón: Alvar tenía el sueño de los vigilantes, con ronquido tan desparejo como atronador, que de repente se quebraba en silencios interminables para volver a comenzar su rugido, con el triple de fuerza, justo cuando ya lo daba por muerto de asfixia.

Desperté ya de día y sin haber pegado ojo. Alvar había desaparecido, y por un momento pensé que me habría abandonado a mi suerte, pero lo cierto es que una especie de horno de obra con chimenea que había montado antes de acostarnos funcionaba a todo

trapo, y los cuatro caballos seguían amarrados ahí al lado. Aún no me había puesto en pie cuando apareció con una robusta liebre tomada de las orejas, la desnucó, la despellejó con eficacia y la metió en su horno aderezándola con no sé qué ramilletes que había escogido por ahí. Alfeñique pero resolutivo. Nos habíamos acostado tras compartir un bocado de pan que le quedaba apenas, así que nunca había desayunado tan succulentamente.

Alvar viajaba sin hablar, con los cinco sentidos en el camino, y yo, que en vano comenzaba disquisiciones de varia lección para amenizar el viaje, no conseguí que abriera la boca si no era para bostezar o regoldar con esa furia volcánica que le provocaba de inmediato la digestión de cualquier alimento.

En la cuarta mañana desperté con la chimenea crepitando, pese al calor que hacía, y de nuevo solo y a la intemperie. Vi que esta vez faltaba un caballo y seguí su rastro. Me interesaba averiguar cómo diablos hacía Alvar para cazar sin flecha y sin honda unos almuerzos casi siempre veloces como liebres o esquivos como lagartos o serpientes. Lo imaginaba experto en localizar madrigueras y en saltos sigilosos y acrobáticos.

Seguí las huellas por una loma rocosa, y oí un relincho: andaba cerca. En la cima asomé la cabeza entre dos peñas.

Menudo susto.

Sobre una piedra plana, desnudo, sudoroso y jadeante, Alvar luchaba a brazo partido —o eso me pareció al principio— con una cabra de gran tamaño a la que había tumbado bocarriba... Hasta que me di cuenta de la verdad y conseguí asimilarla: estaba fornicando con ella bajo la mirada atenta de su corcel, parado allí mismo, y de la propia presa, que no había conseguido escapar pese a hallarse en su terreno. Dios sabe cómo la habría cazado a caballo por esas peñas.

Me quedé como alma hechizada que pasea por el infierno, incapaz de apartar la vista, hasta que conseguí arrancarme de allí.

Volví a nuestro campamento como un niño asustado, y comprobé que las desdichas vienen ensartadas como negras perlas de un collar del que somos el hilo: se me había acabado el vino, que había cogido en pequeña cantidad confiando en ir reponiéndolo en las postas. Mi primer impulso fue tomar mis dos caballos y regresar a San Millán. Pero lo cierto es que no sabía ni dónde estaba ni, mucho menos, cómo volver a casa.

Si era capaz de forzar a una cabra, ¿por qué iba a respetar a un indefenso cura de pueblo?

Cuando regresó, Alvar cargaba con la cabra muerta.

—Con esto tenemos para una semana —dijo.

Y se puso a desollarla.

Alegando que tenía mal estómago, le pedí que no contara conmigo para el almuerzo y me alejé.

Ni pisamos pueblo ni nos cruzamos con nadie más allá de una pareja de labriegos podando en verde un campo de vides altas con un campanario al fondo que bien podría ser de alguna población de Guadalajara o de Toledo, pero a la que Alvar no hizo ni amago de acercarse, pese a que llevábamos ya siglos sin vino.

—Eso es Cobeña, donde nací —me dijo—. Ahí no entro yo ni con los pies por delante.

Agradecí que no me explicara por qué no podía volver a su pueblo.

Alvar cabalgaba por el monte como si recorriera su casa, cruzaba ríos y cordilleras como quien va con los ojos cerrados de la cama al hogar, localizando a la primera el vado, la puente, la garganta o la colada más remota, por rutas que de tan apartadas nos mantenían

al menos a salvo de malos encuentros, más abundantes cuanto más se acerca uno a una zona de frontera.

Una buena tarde, descendiendo ya de Sierra Morena, llegamos a un cúmulo de ruinas esparcidas por la loma de una montaña, lo más parecido que vimos a población alguna. Poco después me enteraría de que aquello había sido una ciudad de historia efímera, llamada Azahara, fundada por un califa y destruida por el siguiente.

—Allí está Córdoba, a dos leguas —me dijo, señalando a naciente—. Mañana llegamos.

No se veía nada, pero sí se sentía ya el calor que siempre identificaré con Córdoba, como si estuviéramos en el borde de una sartén y a punto de zambullirnos en el aceite hirviente.

Hice cálculos: si llevábamos dieciocho días de viaje, a falta de uno, y desde San Millán a Córdoba hay veinte jornadas en verano y sin que medien catástrofes, habíamos ahorrado exactamente una jornada gracias a los atajos de Alvar. Iba a burlarme de él, pero decidí no hacerme mala sangre y me dejé llevar por la alegría de estar a tan poco de tomarme un vino. Mientras él preparaba sus hornos y buscaba forraje para los caballos, paseé por unos jardines tomados por la maleza, con estanques cubiertos de arena pero repletos de frutales de los que escogí algún melocotón, y no pocos albaricoques, brevas y ciruelas.

Aquella noche, en medio de tanta desolación de escombros, mampuestos y cascote, dormí como un califa en la ciudad que va a abandonar al amanecer por puro capricho.

Pero no fue tan bueno el amanecer. Me despertó una patada que me hizo rodar por el suelo en cuesta un par de varas.

En la frontera

El que me había pegado la patada no tenía buena pinta, por más que sonriera con cara feliz mostrando la falta de numerosos dientes. Traía, con desenvoltura, una espada jineta en la mano, un turbante enorme atado a la cabeza, la barba crecida y sucia en extremo afeándole el rostro, el torso desnudo y las piernas enfundadas en unos bombachos plateados que relucían al sol de la mañana, embutidos al final de la pernera en las botas de cuero de cuya dureza tenía constancia mi costado. Tras él, cinco jinetes estudiaban mi reacción con cierta apatía, armados hasta los dientes de arcos, machetes, hachas y mazas.

Un grupo de amigos en un almuerzo campestre o de romería a la ermita del santo no me parecieron. Había allí mastuerzos de todos los colores y procedencias. Uno de ellos, lampiño pero con una cola de caballo que se alzaba enhiesta y bien trenzada desde la coronilla, llevaba colgada al cuello una gran estrella de David de puntas nacaradas y azules. Otro tenía en la cabeza una cruz cristiana prendida a una cinta. Me conmovió ver en esa banda de forajidos la prueba evidente de que en Al Ándalus se han unido, en convivencia generosa y provechosa para todos, las tres grandes religiones: mahometana, judía y cristiana.

—Que Dios te dé muy buenos días, fráter —exclamó el más elegante de ellos, en perfecto román y en señal de respeto a mi

condición de preste, como si su esbirro no acabara de patearme.

Me había cuidado de no esconder mi calaña religiosa en aquel viaje, pese a que llevaba en el zurrón ropa seglar: hay bandidos que creen que es de mal agüero robar a un miembro de la Iglesia.

—No temas —continuó—: somos un pequeño grupo de amigos que dejaron hace unas semanas Córdoba, al ver la que se le venía encima. Solo te vamos a pedir que nos ayudes con un poco de comida, o cualquier cosa que tengas por ahí, unas monedas... Cada vez es más difícil echarse un buen desayuno en estas tierras. ¿Dónde crees que andará tu compañero? No lo veo por aquí, y me gustaría presentarle también mis respetos.

Todo lo rodeado de secuaces que se quiera, pero él era cristiano y de buena cuna, mostraba modales intachables y vestía como un mahometano adinerado, aunque tras su elegante túnica asomaba la cota de malla. Uno de esos jóvenes aventureros que se desgarran de su familia para hacerse viajeros, juglares o actores ambulantes. No es raro que acaben asesinando con buenos modales a quien se cruce en su camino.

Además, a todos se les veía que habían desayunado bien ya.

—Digo yo que habrá ido a buscar desayuno —conseguí responder señalando el asombroso horno que había montado Alvar esta vez, un gran cajón con chimenea, al lado del cual se veía una rama larga como una lanza y varias lianas trenzadas con maleza del lugar.

Cualquiera sabía qué esperaba capturar esa mañana, pero la cuestión ahora me traía sin cuidado. Me castañeteaban los dientes, y no de frío: despejado, cortés e impredecible, el cabecilla era con mucho el peor de la cuadrilla. Ese no dormía en el campo. La primorosa melena dorada le caía en rizos sueltos sobre los hombros y las espaldas, dejando bien a las claras que había tenido al barbero acicalándolo esa misma madrugada. Sin duda aquellos forajidos

vivían en algún caserío escondido en la montaña, y no pasaban ningún tipo de necesidad.

Mientras calculaba las expectativas de salir de aquella con vida yo solito (una conjetura al alcance de mis saberes: no había ninguna posibilidad), me estaba haciendo entre mí la misma pregunta: ¿dónde diablos andaba Alvar Colodro, el montaraz explorador a cuyas órdenes viajaba yo por aquellos reinos infernales? Lo imaginé en un escondite muy bien buscado, del que sin duda no iba a salir hasta que aquellos salteadores de caminos no se hubieran largado con mi zurrón tras hacerme tiras la piel.

Comencé a levantarme para ver si encontraba con la charla modo de corregir el desenlace, pero el descabalgado dio dos pasos hacia mí alzando la espada y de pronto me entraron ganas de quedarme sentado como estaba.

El elegante alférez de salteadores me informó de que, mientras venía y no venía mi acompañante, y en vista de que llevábamos más caballos de los que necesitábamos, iba a entregárselos todos a quien sin duda los aprovecharía mejor que nosotros. Mientras discutíamos de caballos todo iba bien, así que, aunque el argumento, bien ornado, escapaba a las reglas lógicas que ambos habíamos estudiado, iba a aceptarlo sin discusión cuando vi aparecer a Alvar, como surgido de la nada.

¿Había estado escondido cerca? ¿Tras una palmera que crecía allí mismo, muy inclinada por los vientos de la sierra? ¿O tras la barbacana semiderruida que había junto a la palmera?

El caso es que ya había conseguido salvar buena parte del trecho que nos separaba de su escondite, fuera el que fuera. Los bandoleros también lo localizaron, siguiendo mi mirada indiscreta.

Cuando el pastor Alvar se sintió observado por todos, agachó la cerviz, se puso a cuatro patas y comenzó a arrastrarse lloriqueando:

—¡Piedad, señor, piedad, para gente humilde y sin dinero!

Tras cierto momento de estupefacción, el que me había atizado soltó la carcajada sin poder contenerse, y el resto lo siguió, a excepción del cabecilla, que ni siquiera sonrió.

—Tranquilo, caballero —le soltó el alférez previniéndose—. Y no te acerques más que...

Pero Alvar, en vez de detenerse, dio de pronto pasos rápidos de galope más perruno que humano, y al tiempo lanzó un grito, una especie de ladrido de hiena que nos dejó a todos sobrecogidos:

—*¡Despierta, hierro!*

¿Había gritado en latín? El latín era impensable en un pastor acostumbrado a departir filosofía con cabras, pero era latín lo que había berreado, preludio de lo que iba a suceder.

El grito y el ataque asustaron al caballo del alférez, el más cercano, que se puso de manos, y el atildado cristiano, sin descolocarse, desenfundó con presteza su espada jineta de la vaina en que la llevaba a la espalda. Entonces, alzándose de golpe y sacando de entre las ropas un alfanje que nunca antes me había mostrado, Alvar detuvo la cuchillada primero, y luego y de un tajo desjarretó al caballo, que, sin decir este hocico es mío, se volcó de costado sobre su jinete. No contento con eso, el irreconocible pastor se lanzó sobre el siguiente bandolero, el de la estrella de David al cuello, que todavía no se había enterado bien de que le había llegado la hora de rezar sus oraciones, y, sin darle tiempo siquiera a levantar el brazo con la maza, lo acometió con el alfanje de punta atravesando la cota de malla y trinchándolo a él como a un pollo. Lo tiró por la grupa, saltó sobre su montura y, a golpe de talón en los ijares, embistió con ella al tercer jinete.

Viendo venir sobre él al mismísimo diablo, el tercero, un negro que sí había tenido tiempo de armarse, lanzó sobre Alvar un tajo de

diestra tan desatinado que le dejó al descubierto el flanco, por donde recibió su no buscada y mortal recompensa.

No salía de mi asombro con el merodeador caprino. Sabía latín (¿dónde había oído yo esa frase?) y con su pequeño sable y sin defensa había dejado fritos a tres salvajes en un santiamén.

A todo esto, yo, atento a cualquier oportunidad que surgiera para salvar el pellejo y viendo que el que me había despertado con modales poco refinados se había girado a contemplar la irrupción inclasificable de Alvar sin guardar las distancias conmigo, le devolví la patada desde el suelo, alcanzándolo con el talón en sus partes más débiles, lo que lo dejó doblado y como pidiendo que, al incorporarme, le atizara en la nuca con uno de los muchos cascotes diseminados por aquellas ruinas.

El joven caudillo cristiano andaba medio reventado por su caballo e incapaz de levantarse, palpándose el costillar hundido bajo la grupa con esa expresión desorientada que tantas veces he visto en los que sufren heridas mortales, como diciendo: «No es nada, chico, no hay de qué preocuparse, esto se cura con un poco de paciencia. Una semana vendado en cama y a vivir, que son dos días». Así que Alvar se lanzó a por el cuarto jinete: un balletero que debía de acabar de enrolarse en la banda, porque tenía cara de niño, con sus ricitos morenos, y llevaba una de esas cotas de malla que te cubren entero, aunque con la capucha quitada. Al ver lo que sucedía, el muchacho aguijó su caballo y salió a todo galope en dirección hacia el llano en vez de buscar el bosque para esconderse: yo creo que se le había desbocado.

Mi jefe pastor me abandonaba a mi suerte con el quinto jinete, que vino a por mí con la bestia bufando mientras él agitaba, con giro de aspa de molino, el hacha de doble filo que traía. Así que le lancé el mismo pedrusco con que había abatido a su compinche, del que

fácilmente se libró con una adarga redonda y pequeña que también portaba. Pero eso me bastó para esquivar de un salto el hachazo de la primera embestida. Corrí entonces hacia la palmera inclinada que había servido de escondite a Alvar, y gateé por ella, trepando hasta alejarme en la altura de su brazo. Cuando me volví, el quinto jinete se había detenido abajo y tomaba impulso para lanzarme el hacha y demediarme en dos Gonzalos.

Si sabía manejarla, me iba a resultar bastante difícil esquivarla, así que me arrojé desde la palmera impulsándome lo justo para caer sobre él. No me esperaba, y consiguió parar solo a medias el golpe que le di con ambas rodillas entre el pecho y la adarga. Vinimos los dos con el caballo al suelo, perdió él en esto el hacha, y cometió luego el error garrafal de arrastrarse a por ella sin pensar en cómo había caído yo: tan cerca la veía. Pero con algo de suerte, yo había conseguido caer erguido y trastabillante, y pude arrearle con fuerza y en la cabeza tal patada que me dejó dolorido una semana el pie descalzo. Llegué el primero al hacha y, asiéndola con ambas manos, la puse ante mí para cuidarme de su embestida, imitando una posición que había visto hacer en ejercicios a quienes manejan bien un armatoste así, entre los que no me encontraba.

Ya era mío, de cualquier modo. Y cuando vi que empezaba a recobrar el sentido, le di órdenes claras, para que no me obligara a volver a pelear:

—Arrodíllate y levanta las manos, que las vea yo muy bien.

La saeta que le atravesó el cuello dejándolo seco cuando las rodillas aún no hincaban la tierra se la lanzó Alvar, que volvía al galope, con la ballesta que le había quitado al bandolero jovenzuelo.

Estaba claro que prefería no andarse cuidando de prisioneros. Me juré no preguntarle nunca qué había sido del muchacho de la ballesta.

Así que el pastor amante de su ganado no era tal. Cualquier zagal puede sobrevivir en el monte y encontrar atajos que otros ni imaginan, pero nunca había visto a un guerrero capaz de acabar sin despeinarse con cuatro jinetes armados. Ni mucho menos un disparo de tanta precisión lanzado al galope y con la presa en movimiento.

Entonces, pasado el peligro, podía ya recordar de qué me sonaba a mí el latín *Despierta hierro*: el grito de guerra de los almogávares.

Era un almogávar, y de los buenos: uno de esos mercenarios montaraces que frecuentan desde hace siglos las fronteras y han hecho de la guerra su vida y su pasión, casi siempre sacados de las majadas por otros como ellos, y en busca de una existencia mucho más lucrativa y algo menos aburrida. Yo por entonces creía que solo los había en la frontera de Aragón, reclutados en el Pirineo, pero me equivocaba. Los soldados de fortuna surgen como setas al paso de la guerra.

—Si ves venir en la batalla a un almogávar, es porque ya te ha atravesado con la espada —me dijo un viejo soldado una vez.

Cuando vi que Alvar desmontaba sin esperar a que el caballo parase, lanzaba al suelo la ballesta y se dirigía a donde había caído el alférez, que estaba boqueando sin aire, recostado con la espalda en su caballo herido y quieto, eché a correr también hacia allá.

—¡Espera! —le grité, pero solo se me ocurrió añadir—: ¡Ese es cristiano!

Se rio con esa risa suya, que parecía más bien un aullido de chacal.

—Está reventado —me dijo—. Es lo mejor para él, y para mí.

Y le propinó cuatro elegantes tajos de su alfanje. Con el primero le cortó una oreja, con el segundo la otra, con el tercero —el más doloroso, que le provocó a su víctima un quejido largo y desgarrado

— la nariz, y con el último le rebanó con finura la cabeza, que rodó por el suelo.

Caso resuelto, me dije. Ya sabía quién había degollado a Yusef después de torturarlo, y a Aixa después de acecharla y violarla, dejando únicamente rastro de su paso por los escenarios del crimen en sus cuerpos vapuleados. El mercante en sedas y el imán de la morería de San Millán abandonaban la corta lista de sospechosos para siempre.

Ahora solo había que averiguar qué buscaba Alvar en casa de Yusef. Y, después, incriminarlo, detenerlo y llevarlo ante la justicia. O recibirlo en confesión, escuchar durante una semana o dos sus pecados y ponerle una penitencia que lo encaminara por la senda del bien hacia la gloria eterna.

Porque ya no me quedaban noches a solas con él para la solución aparentemente más sencilla: matarlo mientras dormía, si uno juntaba valor para acercarse ante sus rugidos.

Lo contemplé con asombro mientras decapitaba también a los dos que había dejado yo fuera de combate. Era, sin duda, un salvaje de nacimiento, el mismísimo demonio en carne y hueso, que después, como un niño entusiasmado con el desayuno que le esperaba, calentó en el magnífico horno que había preparado por la mañana unos tasajos de lobo que le quedaban de su última caza, me ofreció mi parte, y comió la suya de dos bocados. A continuación tomó la cabeza del alférez, la despojó del cuero cabelludo con la lustrosa melena incluida, y la colocó en un compartimento del horno en el que se acumulaba el humo antes de salir por la chimenea.

Lo había fabricado precisamente para ahumar la cabeza. Así que ya sabía de antemano que nos andaban siguiendo los salteadores.

La refriega me había dejado tan débil que por más que quisiera no pude excusar comer, y hube de apartarme de allí para hacerlo. Comí

con asco, pero comí.

Desde muy joven he aceptado que lo que hace cualquier hombre no está muy lejos de lo que en el fondo soy yo, ya se trate de un monje, un soldado, un campesino o un vihuelista. Y ya sea moro, judío o cristiano. Pero aquel día me resultó muy difícil mantenerme en esa idea. Y al tiempo me sorprendía no sentir odio hacia aquel salvaje, culpable de la muerte de Yusef y Aixa. ¿Por qué? ¿Quizá porque me acababa de librar de morir a manos de aquellos infelices? ¿Mi cuerpo estaba agradecido? Yo había peleado por mi vida igual que él, y no lamentaba haber vencido.

No. Salvada la enorme distancia en habilidades bélicas, no había tanta diferencia entre Alvar y yo.

Pero, vergüenzas y asombros aparte, había aún un enigma fundamental pendiente de aclararse. ¿Qué buscaba Alvar en casa de Yusef y Aixa? ¿Por qué los torturó? Por entonces no sabía, como ahora sé, que la mutilación del rostro es una costumbre persa adoptada y traída por los árabes a nuestras tierras como castigo de prisioneros y esclavos a los que se deja vivos para ejemplo de otros. Alvar, según imaginaba yo y aún creo, había utilizado ese recurso para torturar a Yusef, y quizá también a su hija, en busca de una información que a lo mejor había conseguido. Pero al bello alférez de los bandoleros no quería torturarlo: como mucho fastidiarlo antes de darle muerte...

Vi desde lejos, con indiferencia, cómo rapiñaba los cadáveres. Amontonó junto a su zurrón el lamentable botín de cruces cristianas, anillos de plata musulmanes, estrellas de David... Y fabricó una lanza pelando con su alfanje la rama que había visto junto al horno al despertarme. Tras aguzar el extremo hincó en la punta de la lanza la cabeza ahumada del cristiano, le restituyó con habilidad el cuero cabelludo con la vistosa melena dorada y enganchó la lanza a su

caballo con las lianas que también se había preparado, para llevar la cabeza a modo de estandarte.

—Vamos, que hemos perdido demasiado tiempo —exclamó subiendo al caballo.

Enseguida comprendí el sentido de sus pertrechos. En zonas de frontera siempre hay ejércitos, y tras un ejército van invariablemente hordas de carroñeros, con mucho el grupo más temible de una tropa. Estábamos expuestos a nuevos encuentros como el que habíamos tenido, pero las medidas de Alvar funcionaron, los salteadores hablaban su mismo lenguaje, y aunque sentimos el aleteo de aves ignotas ululando cerca del camino que llevábamos, y movimientos repentinos y fugaces entre los matorrales, nadie nos molestó, ni se dejó ver ante la presencia de la espantosa insignia almogávar: la cabeza ahumada y mutilada del alférez de forajidos.

Pensé que si encontrábamos un libro con palabras cristianas que obligaban a la paz, el primero al que habría que leerle la devota fórmula era Alvar Colodro. Con aquel salvaje a mi vera y bajo un sol cada vez más agobiante, estaba a punto de completar un viaje en vertical hacia las tinieblas de mi corazón y de la guerra.

Tres castillos y un león

A pleno sol, la muralla relucía como nueva e inexpugnable. Habíamos aprendido de los mahometanos a utilizar las defensas ajenas como propias y a evitar que se arruinaran, pero no tanto a preocuparnos con dejar el acabado como para una fiesta.

En vez de entrar en Córdoba, cruzamos río abajo el Guadalquivir, hacia la orilla siniestra, en una barcaza conducida por un barquero con aspecto también de pastor desubicado, que se puso a las órdenes de Alvar como si fuera su mayoral tras un saludo entre rústico y militar. Antes de subir los caballos a la barcaza, Alvar arrojó al río la cabeza del bandolero.

—*¿Fue bien el viaje?* —preguntó en perfecto árabe el barquero a Alvar.

Me dejó impresionado, no me esperaba que hubiera moros entre los almogávares, pero ¿qué más les daba a ellos ser de aquí o de allá con lo sospechosamente parecidos que éramos todos?

¿Y en qué se distingue a un moro de un cristiano? Lo sé. Muy fácil: por la ropa, por el peinado, por el idioma, por la forma de rezar... Eso hace muy sencillo que veamos venir a un moro en nuestras villas y lo sepamos distinto. Pero en la frontera todo el mundo se imita la ropa y los gestos, se roba los perfumes y la comida, contesta en el idioma en que le preguntan... No hay por ahí nunca una línea que te indique con claridad de qué lado estás.

—*Todo muy bien* —le contestó Alvar—. *¿Verdad, Gonzalo?*

Quería solo que el barquero se diera cuenta de que yo entendía árabe y por tanto ellos dos no podían hablar con libertad.

—De maravilla —respondí yo en román, dirigiéndome al barquero—. Como un paseo por un jardín al atardecer. Hemos convivido amistosamente con los animales del camino y, ya ves, también hemos cortado alguna cabeza y la hemos ahumado un poco.

—¿Se ha cerrado ya el cerco? —le preguntó Alvar sin reírme las gracias.

—Por todos lados, como una ratonera —respondió el barquero—, menos el tramo que hay entre la muralla y el río.

Lo estábamos viendo ante nosotros: el Guadalquivir hace un gran meandro para acercarse a los muros del costado sur de la ciudad. Y deja a su paso, en la orilla diestra, demasiado poco espacio para que los sitiadores acampen a salvo de lo que les quieran arrojar desde las almenas, sean flechas, teas en llamas, pedruscos o calderos de agua hirviendo. Había, desde allí hasta la puente de piedra, una zona ligeramente arbolada y tranquila, con pequeños grupos de cordobeses sentados en cerco o paseando y mirando al río. La gente en las guerras intenta fingir que no pasa nada hasta que le cae encima lo que ni siquiera imagina.

—Pero con el río defendido arriba y abajo —añadió el barquero—, en la medina no entra ni sale nadie.

El campamento cristiano estaba situado en la orilla a la que íbamos, en la explanada que deja en su interior el meandro del río, a la que hasta los propios moros llaman Secunda, en latín. La torre que allí defiende la entrada a la puente había sido tomada también, dejando el viaducto inútil y solitario, cerrado en ambos extremos. Alvar cruzó impasible las defensas del campamento sin atender a los saludos que nos hacían los centinelas. Entramos con paso franco

hasta su centro mismo. Unos y otros se volvían a nuestro paso y hasta los altos mandos se nos cuadraban. Como era imposible que hicieran eso por el pastor mercenario, pensé que me habían confundido con un personaje de importancia.

Un preste con el que nos cruzábamos se paró ante nosotros. Más que él me llamó la atención el monje descalzo que lo acompañaba, que al vernos se detuvo algo alejado, encapuchado en su hábito negro, con la cara en sombra. Tenía el hábito raído, y los pies descalzos calludos de los monjes errantes.

—Le ruego, don Alvar Colodro —dijo el preste tras hacer una reverencia, como burlándose del almogávar pero sin cara de guasa—, que me presentéis a vuestro acompañante.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó Alvar con su habitual descortesía.

—Me llamo Gonzalo de Berceo, hermano, y soy preste como tú —me presenté yo viendo que el otro se había quedado pasmado ante la reacción de Alvar.

—Que me place, lo imaginaba: el experto en códigos mahometanos —contestó volviendo en sí.

Y después se presentó con el nombre de Lupo de Fitero, y me dijo que estaba allí para hacerse cargo «humildemente» del próximo obispado de Córdoba:

—... cuando hayamos acabado con los infieles —añadió.

Y luego el futuro obispo continuó camino, seguido de su monje acompañante, esquivo y achaparrado, que tan mala espina me daba, no sabía por qué.

En la puerta del enorme pabellón de mando, Alvar pidió que fuéramos anunciados a un lancero tembloroso y en tensión por nuestra presencia.

Entonces, mientras esperábamos fuera, fisgando por aquí y allá, vi el pendón que lucía el pabellón y me asusté de verdad: tres castillos y un león.

¿Estaría allí el rey? Imposible.

—Mi majestad os da su permiso —dijo el lancero nada más volver.

Habría dicho «majestad» por decir, pensé. Hay ministros que llevan el pendón real y guardias que llaman majestad a cualquier tuercebotas. Las últimas noticias de su majestad, la de carne y hueso, que habían llegado a San Millán lo situaban hacía muy poco en Valladolid, en el entierro de su mujer y de una infanta recién nacida. Los desplazamientos de los reyes no suelen ser ni sencillos ni veloces, pero ni con trescientos almogávares abriéndose paso por ríos, quebrados y montañas le habría dado tiempo a llegar con su corte hasta Córdoba, según mis cálculos.

Entramos caminando por una alfombra bermeja que daba pena pisarla, llenos de polvo como veníamos. En torno al palo que sostenía la cubierta del pabellón había una gran mesa presidida por un personaje que, o yo andaba borracho por vía de encantamiento, puesto que no había probado gota, estaba bordando un estandarte.

De camino, el maestresala me preguntó el nombre. Se lo dije con suma claridad, pero no era el más hábil en su oficio:

—Alvar Colodro y fray Gonzalo de Berzas —nos anunció.

Iba a corregirle, pero me quedé pasmado cuando me di cuenta de que, en efecto, el que bordaba el estandarte era el mismísimo Fernando el Santo, como ya empezaba a llamársele por entonces, pese a que todavía no eran públicos los muchos milagros que su hijo Alfonso proclama de él, convencido de que conseguirá más pronto que tarde santificarlo.

No me lo esperaba ahí, y menos en labores de costura tan indispensables, pero con eso quedaba demostrado que era el rey

nuestro señor, y por consiguiente de naturaleza distinta a la del resto de los humanos. Lo último que he oído decir sobre el mausoleo con su cuerpo incorrupto de la catedral de Sevilla es que quien se acerca a tocarlo queda curado en el momento de distintas enfermedades, preferentemente el garrotillo y la ceguera.

Y no había ninguna duda de que se trataba de él: lo delataba la media melena ni rubia ni bermeja, herencia normanda de su abuela Leonor Plantagenet. Pero sobre todo se lo identificaba por su rasgo más genuino, aunque comentado solo entre susurros por los que acostumbramos a ser chusma enredadora: la bizquera.

Era mi rey. Un ser casi sobrenatural, dueño de la tierra que pisamos y al que hay que pagar, sin parar, pechos y diezmos por causas también casi sobrenaturales, o no siempre comprendidas por las mentes simples de los súbditos.

Por primera vez estaba en presencia de un rey, y comprobé, como había oído, que hablan en susurros y sin mirar a su interlocutor. Quizá por la bizquera, tardé en darme cuenta de que no se dirigía a Alvar, sino a mí, cuando, a pesar de haberme extendido antes de nada la mano para que le hiciera la merced, me regañó:

—¡Venga, déjate de cortesías, por favor! —Y añadió—: Es un honor tenerte con nosotros, mi querido fray Berzas.

El tacto de su piel tendría efectos prodigiosos, pero no me curó la melancolía ni el cansancio.

—El honor es muy mío —le contesté—, y me gustaría conocer también quién me ha recomendado a vos para agradecérselo.

—Todos sin excepción hablan maravillas de ti, ¿verdad, Alvar?, como gran experto en códigos. ¡El ideal para tan alta misión!

Estaba claro que la ocurrencia de llamarme no era del rey, y que además de no recordar mi nombre no tenía ni idea de quién me

había propuesto. Alvar, cuya única virtud era su desprecio de la lisonja al rey, estaba descartado de antemano.

—Pero hazme la merced de sentarte a mi siniestra, que la diestra la tengo para mi adalid, iel heroico y grande Alvar Colodro!

¿El zapato de madera, el almogávar, el seductor de cabras? ¿Ese era su adalid?, ¿el héroe?, ¿el hombre señalado por el destino? No quería imaginar qué salvajada habría hecho Alvar para que el rey lo tratara así. Entonces, ¿era él el que ponía firmes a todos a nuestro paso?

Trajeron comida y cubierto para Alvar y para mí, pero nadie nos sirvió vino. Así que solo se me ocurrió una solución: acerqué mi copa a la del rey hasta dejarlas juntas, pues la del comensal de mi zurda, dom Gonzalo —otro obispo, el de Cuenca, según supe luego—, me quedaba muy lejos. Después esperé el momento oportuno.

Alvar le contaba al rey que el viaje había sido aburrido y sin incidencias. Por su parte, el rey nos mostró los pinchazos que llevaba en las yemas de los dedos.

—Esta enseña fue acuchillada por los moros cuando llegábamos a Córdoba en una algarada en que mataron a mi portaestandarte —sentenció desplegando el trapo en que bordaba cuando llegamos—. ¡La Virgen de las Batallas se me apareció para decirme que la cosiera con mis propias manos!

Era, sí, una efigie de la Virgen, pero le había quedado como un eccehomo, con la boca abierta en gesto torcido, como si gritara de espanto.

—Ya se va notando el halo de gracia en torno a vos —exclamó con arrobo, sentado junto a Alvar, el obispo de Salamanca, dom Martí, al que recordaba bien de una lección magistral que nos dio de jóvenes en el Estudio General de Palencia.

Enseguida llegó mi momento estelar. Aprovechando que todos estaban entretenidos atacando el puerco asado con castañas que nos habían servido, cogí con absoluta naturalidad, en vez de mi copa vacía, la del rey a su lado, que estaba bien llena, y me la apliqué de un trago a la salud perdida de mi pobre Lope, del que, observando cómo me la robaba cada vez que comíamos juntos, aprendí bien que si uno obra con total desparpajo nadie se fija en las barrabasadas que hace.

Fue el único momento de paz que tuve desde que todo empezó, y casi puedo decir que hasta que regresé a casa. Y no solo eso, sino que pronto recibí mi recompensa, porque, cuando el rey notó que su copa estaba vacía, pidió que le trajeran una frasca a la mesa.

—Este maestresala —me murmuró— en vez de catar el vino se lo aprieta sin dejar gota. Lo que nos vamos a reír el día que alguien intente envenenarme.

Me pasé la comida al servicio de mi majestad, rellenándole la copa en cuanto se mojaba apenas los labios sonrosados, y llenándome a continuación la mía hasta los bordes, para recuperar el tiempo perdido en los veinte días de viaje.

—Amigos míos, queridos todos —exclamó el rey cuando retiraban los restos del banquete, y se levantó y alzó su copa después de limpiarse con gesto muy cortés la grasa de los labios con el mantel—: he decidido dar nombre ya a la torre que tres valientes disfrazados de árabes tomaron en el barrio cordobés de la Axerquía, y a la puerta que abrieron para tomarlo y pasar a cuchillo a los incautos que vivían allí, dejándonos la medina preparada para la conquista. El nombre de quien, al mando de los tres y con ayudas de dentro, consiguió que comenzáramos con tanto provecho el cerco de Córdoba: ¡puerta de Colodro, por Alvar Colodro, que hoy regresa con nosotros!

Hubo una intensa ovación para el héroe, que, tan inmune al halago como incapaz de practicarlo, se mantuvo ocupado maniobrando con su distinguido mondadientes.

El único que no celebró nada allí fui yo. ¿Era posible que esa «ayuda de dentro» se refiriera a Lope, asesinado por una turbamulta que lo acusaba de traidor? ¿Estaba Alvar, el asesino de Yusef y Aixa, implicado también en la muerte de Lope?

Todos callaron al ver en el rey ademán de continuar el brindis:

—Os quiero recordar lo que me dijo la Virgen de las Batallas cuando se me apareció en sueños —y aguzó la voz un poco—: «Ve, hijo mío, y hazme a Córdoba cristiana, conviértela en cuartel de invierno y recreo de tus huestes. ¡Que no quede allí moro vivo ni mezquita sin bendecir! ¡Arrásala!». ¡Bebamos, por la Virgen!

Todos bebimos con solemnidad, yo más que nadie en honor de Lope, y solo después se desató la locura de los vivos y los mueros, la lluvia de restos de vino de las copas lanzadas contra la cubierta y los cánticos de batalla coreados. Los ánimos se fueron apaciguando mientras el servicio traía los aguamaniles, y al final, inclinándose desde su silla a la mía, el rey me tomó del brazo y me dijo:

—Habrá que arrasarla, no cabe duda, pero antes está tu misión. No puedo entrar hasta que me traigas tu trofeo. Alvar te habrá dado ya los detalles.

—No todavía, mi señor —le dije—. Pero ¿arrasar Córdoba decís? ¿No habrá dentro siquiera un hombre bueno?

El rey lanzó una carcajada, y celebrando mi humor como «sabio en libros y palabras sagradas» afirmó, no sé con qué grado de burla, pero alto sin duda:

—Ahora serás en Córdoba mi heraldito y mis ojos y mis oídos. ¿Has visto alguna vez el *Códice Wallada* que vas a buscar? El mismísimo papa ha puesto para este asedio dinero de varias de las diócesis, y

espera disponer de sus secretos cuanto antes. «Después de Al Ándalus viene Jerusalén», ha proclamado.

Se entendía entonces la razón de tanto quebrantahuesos revoloteando por allí. La de siempre, en verdad: nuevas tierras a cambio de un adelanto de dinero de cada diócesis, que sería luego devuelto en edificaciones, fincas, siervos moros para trabajar el campo y privilegios. Córdoba ya no era nada en comparación con el mítico califato de los tiempos de esplendor, pero se decía que había allí para repartir más riqueza, aún, que en Toledo cuando se tomó, entre palacios, mezquitas y huertas, por no hablar de las famosas alquerías rodeadas de sembrados a lo largo del río.

—No, por cierto —le contesté—. No sé qué sea ese código ni lo que contiene, y cuantas más pistas se me den para encontrarlo, mejor. Ni siquiera...

—Todo se andará con Alvar, y sobre ruedas. Tendrás la información y protección necesarias, descuida —dijo quitándose el problema de encima—. Ahora interesa que me jures fidelidad y que ni bajo tortura has de dar a nadie noticia de tu encomienda ni de lo que puedas averiguar del código y su contenido.

Quizá se tomaba muy en serio los secretos ocultos en códigos difíciles de encontrar. El caso es que me dio una espada para que me la ciñera, y a continuación me hizo subirme encima de un escudo que el maestresala había plantado en el suelo a un costado de la mesa. Tuve que poner una mano sobre el adefesio del estandarte, y levantar la otra desenvainando la espada. Varios pastores que habían entrado me alzaron sobre el escudo y me giraron mirando hacia naciente.

—Repite conmigo tras dar dos tajos al aire haciendo la señal de la cruz: «Yo, fray Berzas, desafío en el nombre de Dios a todos los enemigos de la fe, y de mi señor el rey y de su tierra».

Pronuncié con solemnidad aquella tontería con la también infantil esperanza de que, al jurar como fray Berzas, a nada me comprometía y podría impugnar el juramento si acaso resultaba necesario.

Hubo aplausos, ovaciones y vivas al rey y a fray Berzas.

—Ahora devuélveme la espada, que es de las buenas —añadió su majestad al final.

Luego me llevó ante el futuro obispo de la nueva Córdoba, el maestro Lupo de Fitero, con el que ya había hablado yo al entrar en el campamento, como hombre de importancia. Antes de que llegáramos se levantó para largarse el monje que lo acompañaba y que en ningún momento del festejo se había quitado la capucha.

Hubo quien durmió allí mismo la siesta harto de vino, y yo entre ellos, hasta que me despertó Alvar, el adalid del rey, pidiéndome que lo siguiera a las afueras del campamento.

Alvar se detuvo ante un cercado que delimitaba un amplio terreno en el que un caballero con la cruz de la orden de Calatrava al pecho andaba lanceando un toro no pequeño. Siempre he admirado a los caballeros de Calatrava, que presumen de rezar doscientos sesenta y siete padrenuestros cada día. No es poco mérito. Desde detrás de la cerca lo observaban varios compañeros de su orden y, más allá, otros de no tan buen ver, gentes de rapiña de las que siguen a los ejércitos y, junto a ellos, soldaderas de las que viajan a la caza de los jornales de los soldados o de un marido cualquiera, pues bien se sabe que bueno, lo que se dice bueno, no lo hay, y menos entre soldados.

El caballero andaba muy ufano con su inalterable media melena repeinada hacia atrás, templando con los recortes, quiebros y caracoleos de su caballo al toro, al que ya había picado cuatro o cinco veces con la lanza, dibujándole finas listas de sangre roja

sobre el cuero negro. Nunca había visto una forma tan aburrida de entretenerse, y una vez más sentí una sincera compasión por quienes no saben leer ni escribir ni dar un paseo ni quedarse tranquilos en casa viendo caer la tarde. Para sentirse vivos, necesitan cualquier cosa que los ponga en peligro, como suele ser el caso de un toro si le das la lata y le buscas las cosquillas.

—Cuando entres en la medina de Córdoba —me dijo Alvar sin preámbulos y sin atender a los alardes del caballero—, te llegas a un palacio conocido como la Casa de los Siete Jardines. ¿Cómo? Muy sencillo: con la ayuda de *nuestro hombre en Córdoba*—recalcó como si se tratara de la solución de todos los dilemas—. Allí hay una biblioteca en la que se encuentra el *Códice Wallada*. Escondido entre demasiados libros, por desgracia.

—Bueno, antes tendrás que explicarme —le recordé— qué gano yo con entrar de infiltrado cristiano a husmear casas en una ciudad asediada... poniéndome a tiro de sus defensores.

—La vida.

—Si no la pierdo en mi misión, ¿no?

—La pierdes aquí mismo porque te rebano el cuello si traicionas tu juramento al rey, que te convierte en almogávar y por tanto a las órdenes del adalid real, que soy yo.

De que a las primeras de cambio me iba a rebanar el cuello no había ninguna duda, desde luego.

—Vale. Sin ningún problema entonces. ¿Puedo hacerte una pregunta sobre otra duda?

—Al servicio de vuesa merced —dijo mostrando su esencia de pastor vasallo de algún abusivo señor.

—¿Soy almogávar ahora con lo que ha hecho el rey? ¿No tengo que pasear un rebaño o tratar de hacerme amigo de alguna cabra?

—Ya está todo —contestó sin entenderme.

—Otra cosa más: ¿a quién se le ha ocurrido la bonita idea de que voy a poder encontrar un libro que no conozco en un palacio que no conozco?

—Tú sabrás la fama que te has creado en la Iglesia, yo no decidí quién entraba, ni menos ir a buscarte tan lejos. Orden real.

Mi limitada fama en la Iglesia hasta ese momento era de poeta de arriendo, que yo supiera. Quizá estaban buscando a alguien que no cobrase los encargos.

—A propósito —añadí, cambiando de tema, ahora que lo tenía mirándome a los ojos—: ¿no podrías decirme tú dónde localizar cuando esté dentro a un cordobés llamado Ben Saíd, de nombre cristiano Lope Ruiz, que dicen por ahí que trabaja para ti?

Me mantuvo la mirada sin inmutarse mientras pensaba una respuesta adecuada. Cuando no llevaba la piel del león, Alvar se ponía la del zorro.

Arrabales

En ayuda de la indolencia de Alvar vino, para colmo, el grito de horror que lanzaron los espectadores del alanceo. Los dos nos volvimos. Dentro del cercado, el toro le acababa de descoser las tripas al caballo, que cayó rendido con las entrañas esparciéndose en tropel ante sí. Y ahora se disponía a hacer lo propio con el jinete, al que vimos correr en busca de la cerca y con escasas posibilidades de alcanzarla antes de que el toro lo hiciera picadillo.

Los espectadores huyeron en dos grupos en direcciones opuestas. Todos menos uno, que saltó adentro, corrió hacia el toro llamándolo a imponentes voces y silbidos de pastor, y lo distrajo, mientras el caballero se ponía a salvo aterrado, dándose un buen porrazo al saltar la cerca, entre las carcajadas de las soldaderas. Entonces el recién aparecido enfrentó al toro corriendo hacia él y, cuando la embestida parecía inevitable, dio un salto salvando su paso con una voltereta en el aire, para caer en el suelo tras su grupa, de pie, con los brazos en cruz. Sin saber dónde se había metido su víctima, el toro se frenó clavando las pezuñas en la tierra y levantando una enorme polvareda.

La ovación ante aquella peligrosa extravagancia se oyó en Córdoba y hasta en Sevilla.

—Déjalo por tu bien, Benito de Baños —masculó Alvar entre sí—, que ese ya ha catado la sangre y está muy vivo.

Así que se trataba de uno de los almogávares de Alvar, pastores de rebaños variados. Me pregunté si después de marear al toro, el tal Benito se entretendría enamorando a sus vacas.

Pero sin atender a Alvar, el almogávar siguió citando al animal y anduvo volando saltarín una y otra vez sobre él hasta que la bestia, que había perdido bastante sangre con las lanzadas iniciales, se detuvo agotada a coger aire, mientras el matatoros se llegaba a la cerca, para felicidad de las soldaderas y rabia de los de Calatrava.

—Ben Saíd, o Lope, está muerto —contestó al fin Alvar volviendo a mirarme y sin pestañear—. Lo acorralaron en el zoco y lo mataron.

—¡Ma-ta-to-ros!, ¡ma-ta-to-ros!, ¡ma-ta-to-ros! —rugía la gente en torno al ruedo.

—Ya. No parece muy seguro trabajar con vosotros allí dentro, ¿eh? —le dije a Alvar, como de pasada.

El toro estaba parado, con la cabeza gacha y la lengua fuera, listo para que alguien lo rebanara en filetes, y Baños volvía ahora, acercándose a él con una espada en una mano —un estoque francés de esos que de punta atraviesan las cotas de malla como si fueran mantequilla— y en la otra la camisa, que se había quitado y mantenía baja, agitándola a ras de suelo ante el toro, que seguía como modorro el movimiento pendular con que Benito lo adormecía.

Entonces Baños avanzó dos pasos, y el toro embistió tozudo hasta ensartarse él solo por la cerviz en la estocada que le venía. Cayó redondo.

Aquello fue el acabose. Varios compañeros de Baños saltaron la cerca para felicitarlo, mientras las soldaderas gritaban para que se acercara a donde estaban, pues ni por asomo pensaban arrimarse ellas al toro muerto.

—Yo mismo le avisé a Lope de que no le convenía exponerse, pero bebía demasiado y resultaba incontrolable —dijo Alvar encogiéndose

de hombros.

La interrupción del revuelo con el toro había dado a Alvar tiempo suficiente para buscar una excusa, pero lo que decía sonaba razonable: el sedero le había contado a Yusef que Lope iba borracho y como perdido cuando lo perseguían.

De pronto, por el otro lado de la cerca, el caballero de la cruz de Calatrava al que Benito de Baños había salvado, jinete en nueva montura, saltó el obstáculo lanza en ristre y enfiló hacia el matatoros, que lo vio venir y detuvo a sus amigos mostrándoles con gesto altivo la palma de la mano, erguido y sin alterarse.

Parecía que al repeinado no le había sentado bien que un vulgar vaquero le hubiera salvado el pellejo y arrebatado los aplausos generales.

—Pobrecito mío —dijo Alvar.

Se refería al caballero, entendí por la sonrisa que se le había puesto.

No hubo tiempo para contradecirle. Sin atender a los chillidos de las soldaderas, Baños se mantuvo inmóvil mucho más de lo necesario, amagó con saltar por donde el caballero traía la lanza, a la siniestra, pero por sorpresa dio un salto sin apenas impulso que lo desplazó a la diestra del pecho del caballo. Cuando el caballero intentó rectificar la orientación de su ligera lanza, ya lo estaba rebasando. Y al erguirse tras su salto, el matatoros lanzó un tajo seco con el filo del estoque que le rajó a su oponente el muslo de la pierna izquierda, haciéndolo caer como un saco por el costado de la lanza.

Sin órdenes que cumplir, el caballo se detuvo.

Aquí no hubo ovaciones, sino un silencio asombrado. Ni falta que le hacían a Benito de Baños. Saludó a su compañía lanzando besos volados en círculo que no concluyeron hasta que los recibió también

el grupo de patidifusos caballeros de Calatrava. Abrazado por los suelos a su pierna herida, el alanceador se retorció y chillaba de dolor.

—¿Y qué le pediste a Lope que hiciera para que se lo cargaran por traidor? ¿Os abrió una puerta de noche? ¿Mató a alguno de los vigilantes?

Se rio con ganas. ¿Lope ayudarle a pasar a la Axerquía? Jamás le habría confiado a un borracho información sobre un plan de ataque. Me explicó que Lope a lo que le estaba ayudando era a localizar el *Códice Wallada*. El rey, pese a que no sabía ni cómo me llamaba, le había encargado a Alvar que fuera a buscarme a San Millán, pero Alvar había preferido tomarse su tiempo para ver si daba con el manuscrito sin mi ayuda. Infiltró a uno de los suyos en el lugar donde estaba la biblioteca, el palacio al que llamaban Casa de los Siete Jardines, y se enteró de que había por allí un cristiano renegado, Lope. Y entonces tuvo una plática con él y lo convenció de que le ayudara a localizar el código.

Imaginé que lo habría convencido como a mí, con el cuchillo en la garganta.

—Era un borracho muy leído —añadió—. Lo mataron de una puñalada, imagino que por presumir de contactos con cristianos.

Una puñalada por buscar información de un libro secreto no son treinta puñaladas por una traición que pierde a una ciudad. La muerte de Lope tenía ahora dos versiones y, por tanto, más misterio de lo que parecía.

¿Qué más dará una que treinta?, pienso ahora. La muerte, cuando viene, no se para en minucias como esa. Conozco guerreros que han muerto de un romadizo y niñas que han sobrevivido a una soldadesca de borrachos. Todo depende de si te ha llegado la hora o no.

Pero entonces necesitaba darle vueltas a todo eso. Y quizá, si estaba condenado a pasar a la ciudad, como parecía, podría buscar algún testigo del asesinato de Lope distinto del sedero, quien probablemente no habría conseguido salvar el cerco a su regreso.

—Pero ¿qué estáis buscando en el código? Si me voy a meter en el matadero y van a hacer embuchados conmigo, quiero saber al menos para qué me estoy jugando el tipo, y reconocer el libro cuando lo vea. Por fuera y por dentro. ¿Qué hay escrito en «El bastón de Dios»? ¿Un discurso divino que volverá pacíficos a los hombres? ¡Por favor...!

—Nada de cuentos religiosos. Por si te sirve de ayuda, el texto trata sobre un arma.

Así que en esas estábamos. La paz se iba a conseguir con un arma, el bastón de Dios. Si quieres la paz, ten a mano la garrota, dijo el artesano de garrotas. Estaba claro: armas, comercio, dinero y nada de paz, sino todo lo contrario.

¿Un arma de puño, arrojadiza, tipo ariete o de rueda?, iba a preguntarle para divertirme un rato. ¿Como una catapulta o como un carro de combate? Pero la cuestión tampoco me importaba tanto. Era el momento, y se lo lancé:

—¿Y eso es lo que buscabas en casa de mi amigo Yusef? ¿El libro con un arma? ¿Y él qué tenía que ver con armas? ¿Por eso lo torturaste?

Lo que más me sorprendió de la caja de sorpresas que era Alvar lo conocí a lo largo de aquella breve conversación: su desparpajo. Ni le temía a la verdad ni le preocupaba su reputación.

—Tu amigo había estado a cargo del código en los tiempos en que vivía en Córdoba, o no sé si en su busca, como él juraba —contestó—. Pero quedó claro que no sabía nada de nada. Si no, me lo habría dicho. No hubo suerte.

Daban ganas de atizarle de repente, tan relajado como parecía, aunque sabía bien que no llegaría a rozarlo y que después haría de mí lo que quisiera, el imprevisible alfeñique.

—¿Y la niña? ¿Qué sabía la niña?

A eso, al menos, no contestó.

No me apetecía conocer al compinche de Alvar, el matatoros Benito de Baños, que se dirigía a donde estábamos después de demorarse en un saludo burlón a todos los espectadores que había reunido. Me di la vuelta y eché a andar hacia el campamento, a ver si encontraba donde tumbarme un rato y se me pasaba el dolor punzante aquel que me atravesaba la cabeza por la nuca.

—Nos vemos al anoecer —me dijo.

—No te preocupes, no voy a irme muy lejos —le contesté.

—No puedes —exclamó con sorna.

Con la edad he aprendido que los días son largos y los años muy cortos, hasta el punto de que a veces me pregunto cómo podrán caber esos días interminables y tristes en un año tan fugitivo. Pero entonces era joven, y me sorprendió que, desde que un bandido me había despertado aquella misma mañana de una patada, la noche se demorara como si hubiera desaparecido en la eternidad.

Y caía al fin la noche cuando Alvar me llevó Guadalquivir arriba a cruzar, con otro barquero, a la orilla diestra, donde estaba el barrio que había tomado por sorpresa, al que llamaban la Axerquía, al este de la medina cordobesa. Uno de esos barrios por los que se desbordan las grandes poblaciones en arrabales, defendido por muralla propia, excepto en los lienzos medianeros que compartía con la ciudad.

Almogávares del mismo aire entre ovejero y borreguil que su jefe nos saludaron cuando accedimos a la Axerquía por una puerta fortificada con una pequeña torre albarrana. La calle principal, la

única despejada, partía de ahí y atravesaba el arrabal desde el exterior hasta la muralla medianera. Para evitar cualquier intento de asalto desde la medina, las demás calles estaban cortadas y, según íbamos andando, más y más atrincheradas o barradas: atravesadas de vigas y restos de muebles de las casas, varias de ellas tiznadas por el fuego.

La ruina de una ciudad, como la de una familia o la de una persona, nunca deja de ser una visión instructiva, porque cada casa que se derrumba deja a la vista algo que duele al verlo, el caballito de madera de un niño, un libro calcinado, un cántaro roto, una olla con restos de arroz, alguna prenda de ropa manchada de sangre..., los alrededores del alma de sus habitantes, que persisten en el lugar donde vivieron sus penas y alegrías.

Atravesamos primero una zona residencial de villas separadas entre sí por amplios jardines, varios de ellos ahora devorados por el fuego. Cerca ya de la muralla, Alvar me llevó por otra zona de pequeñas calles, y, sorteando obstáculos, llegamos a un caserón con un farol colgado en la puerta, que iluminaba la entrada, y un cartel en árabe sobre el dintel:

FONDA DE LA CHATA CRISTIANA

Fondas llaman en Al Ándalus a esos tabernuchos que sirven lo mismo para borrachos que se afanan en el vino que para mercaderes que toman habitación allí mientras paran en la ciudad y guardan el género en sus dependencias. Alvar me explicó que había mantenido el lugar en funcionamiento para solaz de sus hombres en los relevos, pero no se veía mucha gente por ahí. La sala grande, llena de mesas rodeadas de sillas de tosca madera, estaba casi totalmente vacía, como los salones adyacentes, de esos que usan los

mercaderes para hacer sus cambalaches o subir de consuno el precio de la harina y echarle después la culpa a la guerra, la lluvia que anegó cosechas o el empedrado.

En medio de la sala había un patio cuadrangular rodeado de sobrias columnas, y en el centro del patio, sobre un anafe con brasas, hervía un caldo contra el que me previno Alvar.

—Dicen que lleva sin parar de bullir desde el comienzo del califato. Renuevan las brasas y los huesos...

Por el desagradable olor, me parecieron huesos más bien de viajero endeudado que de res o de cabra.

Detrás del patio, al fondo, en un pequeño tablado, se representaba un espectáculo sin espectadores y más entristecedor que deleitable, a cargo de dos mujeres que, juntas, resultaban inverosímiles. Una era escuálida como un suspiro y frotaba con un arco un rabel abombado con forma de pera. Debían de faltarle o sobrarle cuerdas, salvo que el propósito fuera aquel chirrido semejante a un gato que araña una plancha de metal para afilarse las uñas. La otra, muy voluminosa, soplabá con desatinado ahínco una flauta delgada a la que parecían haberle taponado la mitad de los agujeros. Cualquiera habría sentido prisa por salir corriendo de allí sin mirar atrás, salvo un almogávar casi anciano, adormecido por la embriaguez, que sonreía complacido sentado a una mesa.

Solo se veía a otro cliente, un hombre del tamaño del portón de una sala capitular. Sentada en sus rodillas, con los pechos rebosando por el escote, retozaba una mujer que le susurraba con cariño y picardía alguna terneza al oído. El hombretón se puso en pie con la chica en volandas, se dio la vuelta, la dejó en el suelo, e hizo restallar un cachete en su trasero, al que ella respondió escupiéndole en árabe un insulto desconocido para mí.

Nos reconocimos casi al mismo tiempo el uno al otro.

—¡Gonzalo de Berceo! ¡He ahí el fruto prematuro de una barragana y un ahorcado! —bramó el enorme hipopótamo abriendo los brazos, a la espera de que fuera yo allí, a desaparecer entre los pliegues de sus carnes—. ¡Qué lozano os encuentro! ¡Parece mentira que además de sietemesino seáis tan gran hijo de puta!

Pese a que debían de haber pasado ya más de quince años desde la última vez que lo vi en una taberna de París, durante un infausto viaje de novicio que hice, Odón de Cheriton no había cambiado en absoluto. Pero yo, sin saber por qué, había borrado hasta ese momento por completo de mi recuerdo su rostro esférico y barbudo de sonrosadas mejillas.

Me acerqué como demandaba, conteniendo todas mis emociones para evitar que ninguna línea de mi rostro las desvelara. Y cuando lo tenía ya apenas a un paso, en vez de meterme en su abrazo, le lancé un ictus de gancho a la barriga. Espiró con un resoplido todo el aire que llevaba dentro y cayó al suelo de rodillas, desfondado.

—Levantaos, Odón de Cheriton, viejo pervertido, y pelead como si fuerais un hombre y no escoria —le dije apretando los dientes.

Ya sabía quién era el culpable de que las más ilustres cabezas de la Iglesia y el rey mismo me hubiesen puesto en el punto de mira de una saeta que comenzaba a buscarme las espaldas en aquella inhóspita ciudad de frontera.

La carcajada de Alvar logró que el estridor del rabel y la flauta se apagarán de una vez. Huyeron las madamiselas músicas al olor de la refriega, y la acompañante de Odón escapó también, pero con mayor discreción, por una portezuela que había, tras un pequeño mostrador, en un rincón del lugar.

Cuánto daño me hizo y qué poca vergüenza tenía mi excelente profesor y abyecto ser humano.

—Bien: ya habéis probado lo fundamental de mi bodega... Aunque es evidente que carecéis de la sensibilidad necesaria para apreciar este tinto de los valles del Mosela. O este clarete de Burdeos, en la Aquitania. O aquel blanco de los bancales del Rin... Ah, ¿y qué me decís del vino de las colinas de Chianti, en la Siena toscana, de cuerpo sangrante y traslúcido como el cutis de una doncella? ¿Nada? Cuando os doy a beber mis caldos, Gonzalo, tengo la sensación de estar derramando el vino... ¡Hay más entendimiento sensible en vuestros calcañales que en vuestras mientes!

Ni la muerte, tan a mi acecho ahora, conseguirá que olvide la tarde en que Odón de Cheriton, mi maestro de Teología en el Estudio General de Palencia, se adueñó por fin de mi pensamiento, mi alma y la mayor parte de mi tiempo.

Me había invitado a su gabinete en lo alto de la torre del palacio en que vivía, en la gran Rúa del centro de Palencia, desde donde se dominaba el atardecer rojizo y brillante reverberando sobre las aguas del Carrión, tras la muralla. Como novato al que un gran maestro le honra con su familiaridad, yo estaba tan entusiasmado que había descuidado la defensa.

El viejo Odón llevaba ya dos años empeñado en mi educación, desde la primera clase en que, en vez de darnos la anunciada disertación sobre las personas de la Santísima Trinidad, nos sorprendió hablando, en su tan culto como brusco román, del mercado Viejo de Palencia y todo lo que se podía encontrar de buena mañana en sus tenderetes, y luego de las hazañas de Alejandro Magno, y por último de la necesidad de encontrar y practicar un verso que, como el alejandrino galo, hijo predilecto del verso goliardo, traspasara las cadencias del latín al román local:

—¡Dam-DUM, dam-DUM, dam-DUM-pa!, un hemistiquio. ¡Dam-DUM, dam-DUM, dam-DUM-pa!, el otro. ¡Este es el verso del futuro! —escandía golpeando con las palmas de sus manazas el pupitre del estrado desde el que gobernaba el aula—. Es difícil de creer, pero usáis el oído con más torpeza que lo que os cuelga entre las piernas, infectos aprendices de nigromante.

En el estudio de Palencia, alumnos y maestros nos tratábamos de vos para dar pábulo a la ficción que hace a un hombre de letras algo de importancia. Recuerdo que, cuando acabó la clase, pidió que alzaran la mano los que supiéramos hablar árabe, y yo, que había jugado de niño en esa lengua con una muchacha, levanté la mano.

Fui el único imbécil que lo reveló, aunque muchos otros lo hablaban y mostraron más prudencia.

Ahí empezó todo. Me presentó al maestro Andrés, otro profesor del estudio, un sabio judío que manejaba a la perfección la lengua árabe —además del hebreo, el arameo, el griego y el latín—, y me emplazó a recibir clases de él para aprender a escribirla y leerla sin coste alguno para mí.

Tiempo después, ese otro día en su casa, tras la cena, me tenía a su merced en el final ya de un largo asedio que había llevado a cabo enredándome sin prisa. Apretó el nudo sin piedad y se cerró sobre mí la trampa.

—Y ahora, hijo: silencio —me pidió cuando el fulgor sangrante de la noche se imponía alrededor de la torre de su palacete—. Voy a perder un poco más de mi valioso tiempo dándoos a probar algo que sobrepasa vuestras pobres expectativas. Llamarlo vino es depreciarlo. He pensado referirme a él como néctar, ¿qué os parece...? No. Demasiado amanerado. Lo que vais a probar, Gonzalo, es un milagro.

Me había invitado a cenar, me había mostrado su curiosa biblioteca —a la que comprobé que habían ido a parar por algún azar varios de los libros desaparecidos recientemente de la del estudio—. Me había preguntado qué iba a hacer cuando cerraran las aulas en tiempo de Pascua, y yo le había dicho que estaba a la espera de que me aceptaran como sirviente de prelados en la catedral durante las vacaciones.

Me explicó que el vino había que paladearlo, pero que no me olvidara de aguzar todos los sentidos, y en especial los más primitivos y hondos, preferidos de los reptiles que somos en nuestro interior: el gusto y el olfato, porque convocan el recuerdo de lo sublime, de lo que nos hace estremecernos, todo lo que provoca al tiempo fascinación y temor.

—Y esa es la fuerza de este vino sobre el espíritu —pontificó—, os devuelve en sus efluvios al tiempo ya perdido: al patio con el puchero de la madre si sois joven, al granero en que alborotabais las primeras faldas si sois viejo, o al rubor de la primera mentira que nadie descubrió si sois rico. ¡Vino de tierra de moros!, ¡preparaos a caer de culo! —dijo poniéndose en pie para rellenar mi copa.

Aunque yo ya estaba bebido más que de sobra, objeté que a los moros no les permiten beber vino (no sabía entonces que mi familia había aprendido de moros a hacerlo). Odón se rio con ganas de mi desconocimiento del mundo. Me habló de las viñas, de los borrachos y de los poetas persas que cantan el vino de Samarcanda, una ciudad del Asia en la ruta de la seda, o de los andalusíes en Córdoba.

Me habló también de su familia, intentando hacer pasar por leyenda de amor y de aventuras la crónica de la ambición de siempre, la misma de todos los poderosos, porque los desposeídos

carecen de historia de familia, y su heredad es un horizonte invariable de pobreza y sometimiento.

La fábula familiar de los Cheritones empezó a desplegarse con un antepasado normando, un pirata que, en el asalto a la ciudad mora de Xerez, había robado, en una de las alquerías del puerto del Guadalete, por todo botín, una muchacha y una barrica de vino. Y cómo, en cuanto se enteró de que la raptada pertenecía a la poderosa familia omeya —la de los primeros emires y califas de Al Ándalus—, había vuelto con la joven cargada de joyas para llenar de regalos y pedirle matrimonio al padre y otra barrica de *sherry*, como llamaba él a la ciudad y a su bebida. Y así comenzó el comercio de ese vino en la ciudad de Cheriton del condado de Kent, en la Inglaterra normanda, donde su antecesor se instaló con su ya legítima esposa mora e hizo la gran fortuna familiar.

—Hasta hace unos años —me explicó Odón—, en que se acabó el *sherry*, ¡ay de mí! Os estoy dando, a un inútil sin paladar como vos, la última botella de la última barrica que me queda, Gonzalo —bramaba el maestro de Teología—. Admiradlo, oledlo y probadlo. Descubrid este otro mundo de placeres inmensos..., ¡y despedíos para siempre de él!

Como mi maestro me pidió y pese a estar yo ya más borracho que la misma cuba de la que aquel vino se había extraído, observé su color de oro pálido, olí aquella fuerte marea salada en anuncio de tormenta y, apurando hasta la última gota de un trago, paladeé su amargo y seco sabor a almendras y manzanas verdes, mientras el veneno que traía se apoderaba de mí.

Después no recuerdo nada más.

Desperté al día siguiente en el camastro de un lupanar al que no sabía cómo había ido a parar, con el cuerpo sucio y molido como si me hubiera pasado por encima una caravana de carros de guerra, y

con mis calzas de novicio enfundadas al revés: la bragueta en la culera y la culera en la bragueta.

—Lárgate en mala hora y busca buenas compañías de aquí en adelante, mocoso. Ese hombre que te camela es el demonio —me soltó la madona de aquel antro, que se conformó a duras penas con que vaciara los restos de mi exigua bolsa en su mostrador.

Mentiras y sofismas

—Levantad de una vez, viejo venenoso, para que os dé el trato que merecéis —dije impaciente ante un Odón derribado por mi puñetazo, muchos años después, en La Chata Cristiana, el antro de mala muerte al que me había llevado Alvar al final de nuestro paseo por la Axerquía.

—Pero ¿quién os ha mentado, hijo mío al que crie enseñándole cuanto sé sobre la religión verdadera y el insensato diablo? —gimoteaba Odón de Cheriton buscando el resuello arrodillado—. ¡No creáis lo que de mí van pregonando las raposas en los lupanares!

Seguía siendo el mismo, capaz de liar a tres obispos y hasta al propio rey de Castilla y León para que me obligaran a jugar me la vida en busca de un libro.

—Haz lo que te plazca, como si quieres filetearlo —comentó Alvar Colodro cuando consiguió dejar de reírse de Odón—, pero es él quien tiene que darte las señas del *Códice Wallada* en Córdoba. Y sin el código no puedes regresar de allí.

Y, además, ¿de qué me servía darle una paliza a un saco de carne y sebo sin principios? Él no iba a cambiar, ni yo tampoco. Por pura pereza, dejé caer ahí el telón sobre nuestra melodramática e improvisada comedia.

—Me habíais asustado, muchacho —exclamó mi viejo maestro, mientras, sin quitarme la vista de encima gateaba hasta la mesa y se

ponía en pie, apoyándose en ella y en la silla y a punto de volcar ambas—. Ea, brindemos por los viejos tiempos. ¡Rosafresca!, ¡Rosafresca!, ¡Encarnación! ¿Dónde se habrán metido estas rameras de pocilga...? ¡Ah! ¡Al fin! ¡Acoged al fiero Alvar y a maese Gonzalo como merecen tras su larga odisea, pese a que ninguno de ellos sería capaz de distinguir una hembra de un saco de hortalizas! ¿Queréis que os lleven algo de comer a sus habitaciones, por cierto? Cuando desaparecieron los mercaderes de aquí, dejaron los almacenes llenos de grano y vino y pescado en salazón. Gonzalo, para vuestra falta de brío siempre es necesaria una mujer de cierta edad, con paciencia. Alvar: tú con Rosafresca, que te va a enseñar la única pelea que pierden siempre todos los valientes.

—¡No no no! —exclamó Alvar, rojo como una sandía cordobesa cortada por la mitad y atemorizado igual que si le hubieran plantado delante las seis cabezas serpentinas de la mismísima Hidra.

—Vamos, ven con tu mamá que no te va a pasar nada —dijo lanzando una carcajada la tal Rosafresca, y lo atrapó del brazo—. Pero que luego no me pague como hacen los suyos, dejando armas en prenda —le espetó a continuación a mi profesor.

—¡Será por dinero! Odón se encarga del pago, mira que eres rapiñera.

Al ver la encerrona, casi echa a correr Alvar, el adalid del rey.

Aquello merecía un cantar de frontera de cinco mil versos, cuya composición aplacé para cuando saliera de allí, si es que salía. Y luego ya se sabe lo que pasa con esos grandes poemas, que los va dejando uno hasta que se desvanecen en el éter. Sin duda, con solo el título de *Alvar el almogávar* me habría dado ya buenos dineros. Menos mal que todo está escrito, a la espera solo de que alguien lo recuerde en una mañana de arrobamiento.

Allí estuvo negociando, parecía que en vano, el correveidile Odón, que sin duda quería hablarme sobre el código a solas. Como un pájaro en una mazmorra o una sortija en un charco de barro, apareció, para mayor estorbo, una niña de siete u ocho años que se puso a tirar de la falda de Rosafresca pidiéndole que jugara con ella.

—¡Encarna! ¡Cuídame a la niña que tengo lío! —pidió la madona.

—¡Ven acá, corazón! —dijo su comadre saliendo de la portezuela tras el mostrador.

No sé entretanto qué le diría Odón a Alvar para cerrar el acuerdo, el caso es que el almogávar se fue siguiendo los pasos de Rosafresca más animado.

—¡Y que alguien nos traiga de una vez una cántara de vino, Encarna! —gritó Odón—. Que parece que andáis dormidas, y yo aquí, disecado.

No solo se acomodaron de nuevo las tañedoras de rabel y laúd en el estrado, sino que, por si tuviéramos poco martirio, se les unió una más, corcovada, cantando una vieja canción en román:

Agora que sé de amor, Ay Dios qué grave cosa...

—El *Código Wallada* es la obra perfecta —me decía, una vez que nos acomodamos en uno de los escusados—. Se trata del asombro del mundo, Gonzalo, y esto no lo sabríais medir ni aunque la Santísima Trinidad se posara sobre vuestra indigna cabeza y os iluminara con su verdad, pero habréis de asumirlo de quien es más sabio que vos. Con las joyas engastadas en sus tapas de cuero se puede comprar Córdoba y aún sobraría para proveerme de por vida de un vino bastante mejor que esta basura aguada. Y guarda en su interior los secretos de la ingente ciencia que acumuló durante años la familia omeya: ¡la flor de Al Ándalus! Una panda desbocada de rijosos.

Iba a ser bastante difícil hacerse una idea del libro, porque la imaginación de Odón se disparaba en todas las direcciones posibles al hablar de él. Me explicó a continuación que el arma de la que se hablaba en «El bastón de Dios», el libro que lo cerraba, no era un arma cualquiera.

—Un arma nunca vista capaz de poner en fuga al más temible ejército o de rendir los muros de una ciudad en el tiempo que tarda en asomar completo el disco del sol. ¡El arma del Armagedón! —exclamó con entusiasmo apocalíptico—. Ligera como un venablo, pero cargada con una aguja de metal candente, que atraviesa desde la lejanía los escudos, las armaduras y los cuerpos, así tengan el sebo de tres barrigas como la mía. —La capacidad soñadora de Odón no daba tregua—. ¿Podéis imaginar un ejército de soldados —dijo poniéndose en pie y agitando el brazo desarmado en el aire—, cada uno con un bastón de Dios, a pie o a caballo, en mitad de la batalla?

De acuerdo. Daban ganas de echarse a correr ante un arma así, suponiendo que pudiera existir, y el miedo se convertía en pánico de solo imaginarla en manos de cualquiera de los reyes del entorno o, peor aún, de Alvar, que la pondría rápido en manos de ambos bandos a un precio escandaloso.

—¿Y desde cuándo os interesa a vos la santa guerra, venerado maestro en el arte del vicio y la holgazanería? —le pregunté, bastante harto.

—Es evidente que ni un proyectil lanzado por el bastón de Dios lograría abrirse camino por tu mollera rocosa —se lamentó.

Con su irritante tendencia a remontarse hasta los días del santo Job, me explicó que desde que llegó a Palencia y se instaló como profesor había establecido correspondencia con uno de los descendientes de la familia omeya, con la excusa de intercambiar

sabidurías místicas y el verdadero fin de interesarse por la carestía del *sherry* que le enviaban a su familia para comercio desde tiempos inmemoriales. El sabio omeya lo invitó a su palacio de Córdoba, y allí le contó que el bodeguero que elaboraba en Xerez el vino para la familia se había largado años atrás con la fórmula a Sicilia. Y ya nadie conocía el secreto para hacer aquel vino único.

Sin embargo, hablando con los siervos de la casa, Odón se enteró de que en la enorme biblioteca de la familia se hallaba el *Códice Wallada*, cuyo verdadero título era *Tesoro de la sabiduría de los omeyas*, una joya del conocimiento con varios opúsculos acumulados a lo largo del tiempo por los omeyas: el del arma, que efectivamente no le interesaba demasiado, y otro indispensable para Odón.

—Se trata de un estudio fundamental que contiene la fórmula del *sherry*, escrita por el sabio fenicio Magón. ¿Alcanzan vuestros sesos sin sustancia a hacerse una idea de lo que os estoy diciendo? Un secreto fenicio ancestral que, por extraños procesos alquímicos de su cocción, convierte un mosto insulso en el legado más importante de la Antigüedad.

—¿Queréis decirme que me habéis metido en una misión suicida para conseguir una receta de fermentación de vino que os enriquezca? —le lancé a la cara.

Odón miró con preocupación mis puños crispados de nuevo.

—Sosegad, Gonzalo: sosegad. ¡Yo no necesito dinero! ¡Tengo mucho más de lo que vuestra familia de prostitutas y zorras podría acumular vendiendo sus cuerpos treinta veces cada día desde el principio hasta el final de los tiempos! ¡Soy lord por fin! Pero os excuso el tratamiento, aún ni lo he comentado en mi entorno, no quiero que esa caterva de miserables huela el dinero. Mi padre, avaro como una rata de cloaca, al fin se ha retirado al infierno, y ya

estará sorbiendo fuego por su robusto trasero, para alegría de mi difunta madre.

Me explicó que, sin embargo, el que iba a hacerme rico era yo, explotando la fabricación del vino. Me cedía el secreto en cuanto lo encontrara, con su habitual generosidad, con tal de que le enviara lo que necesitaba para su retiro: apenas cuatro barricas anuales, una pequeña asignación con la que daba su generosidad por pagada. El comerciante era su abuelo, él solo había llegado a maestro de Teología, sermonero y bebedor impenitente, y con eso se conformaba.

Me sosegué. ¿Qué lograba yo obligándole a comerse su sombrero a golpes? Nadie iba a conseguir meterle nunca entre sus espesas cejas que hay quien prefiere a cualquier dinero seguir vivo los años que buenamente pueda.

Luego Odón pasó a hablarme de la hija del sabio teólogo con el que se escribía, que andaba al frente de la biblioteca de la Casa de los Siete Jardines.

—Mujer tan juiciosa como fascinante, con tetas como manzanas del Líbano, pero peligrosa cual gárgola... Vos, con la sensibilidad de alcornoque que tenéis en todo lo que os cuelga, no podríais juzgar algo así.

Y, por supuesto, la mentada gárgola, seducida por Odón, le había proporcionado acceso libre a su cuerpo, primero, y de inmediato al código. Así de fácil, buena jugada, la dama y el código. Tan sencillo que no me creía ni la mitad del cuento.

Me explicó entonces que, con el cierre definitivo del Estudio General de Palencia, Odón había pasado a dar clases en el de Salamanca. En algún momento le reveló al obispo dom Martí la existencia del *Código Wallada* con «El bastón de Dios».

Luego el obispo, como era de esperar, había hablado con el papa y, por mandato de este, con el rey Fernando, para ofrecerle dinero aportado por las diócesis para la toma de Córdoba.

—Ciento veinte mil maravedíes, ni uno menos —decía Odón, pero sería otra de sus exageraciones—, a cambio de compensaciones en tierras y casas tras la captura de la ciudad, y de la asociación entre los bandoleros del Vaticano y todos los lameculos de la corte castellana y aragonesa, incluido ese asno sodomita que tienen por rey, para la construcción del arma, en el mismo tiempo.

Es decir, todo lo que en buen latín llaman los prelados el *santo negocio*. Gracias a esto el rey Fernando había convertido la conquista de Córdoba en la cruzada cristiana del momento, y se había apañado para que la empresa se hiciera solo con ejércitos castellanos y leoneses.

La inminencia de nuevas de guerra larga y creciente era espantosa, qué duda cabe. Pero yo seguía pensando en otra cuestión:

—Bien, si vuestra gárgola os dejó ver el código —le comenté entonces—, imagino que cogeríais la receta del vino y la descripción del mecanismo del arma, y por tanto ya no necesitamos localizarlo.

Me miró con ojos vidriosos.

—Como sabéis no puedo leer árabe —alegó—. Dejo esas minucias para zánganos sin futuro como vos. Y no me permitieron encargar una copia.

—Tampoco entiendo cómo es posible que los omeyas se quedaran sin vino por ausencia de su bodeguero, pese a tener acceso a la fórmula del código —añadí acorralándolo.

Bebió un trago largo de su copa antes de responder:

—Aquella mujer, Leila, la pérfida gárgola, me embrujó. Con su rara belleza y mirada de gorgona, capaz de succionar los espíritus de

quien cae en sus brazos, me extrajo a mí el corazón mismo por la boca para arrojárselo a los perros. No había conocido más intensos placeres en todos los días de mi vida, Gonzalo: vuestro lujurioso ánimo de sodomita, pero pasivo y femenino, no puede entender todo esto. Fue también una pesadilla cruel. Hui de aquel infierno poco antes de que semejante bruja me arrebatara el alma para vendérsela a Shaitán, el Satanás sarraceno.

Me dolía sobre todo que considerara posible hacerme tragar que la heredera de la más prestigiosa familia andalusí hubiese aceptado compartir su lecho con semejante adefesio sin miedo a que se hundiera bajo su peso. Osadía nunca le había faltado.

En ese momento irrumpió Rosafresca, muerta de risa, contando a voz en cuello en árabe:

—Menudo almogávar, tiembla como un niño y no ha habido forma de que se le enderezara. ¡No había visto cosa igual en mi vida! Y, mirad, me ha dado tres dinares de plata por atizarle con un palo, lo único que lo pone contento. ¡Hasta mi Virgen del Auxilio se reía, desde su hornacina!

Hubo fiesta y carcajadas de mujeres. Odón se levantó a intentar poner calma y evitar que el almogávar se enterara de que las burlas eran con él, y al rato salió Alvar como si nada.

Y yo me quedé envuelto en mis dudas.

A esas alturas solo tenía una cosa clara: lo más probable era que Odón jamás hubiese visto el *Códice Wallada* y estuviese hablando de oídas, a partir de rumores de sirvientes.

—Lárgate en mala hora y busca buenas compañías de aquí en adelante, mocoso —me había dicho la madona del antro en que

desperté medio roto, con las calzas embutidas al revés, la noche en que Odón me dio a probar, para remate de mi borrachera, el xerez, con sus sombras ácidas y amargas de manzana y almendra.

No conseguía recordar nada después de haberme dejado llevar en aquel viaje de sabores y olores, pero al llegar dolorido y abochornado al Estudio General me entregaron recado del mismo Odón: una nota en papel y un rollo en pergamino. En la nota me avisaba de que pasaría a recogerme temprano a la mañana siguiente de camino a Toledo. El rollo de pergamino era la copia mía de un documento de contrato que traía al pie su conocido sello —la estampa de un san Odón de Cluny escribiendo en su pupitre bajo un dosel, pero mucho más orondo de lo que conviene a un monje de vida beata— y mi rúbrica con escritura temblorosa de enajenado. Me había comprometido a trabajar con él en la vieja ciudad durante los seis siguientes meses por un jornal que no aceptaría ni un mozo de mulas.

Intenté echar atrás el acuerdo, pero no había escapatoria. Era ir con Odón a Toledo o volver a casa de mi padre, donde a aquellas alturas de mi juventud nada se me había perdido.

En Toledo, mi misión fue buscar para mi maestro libros de relatos de procedencia oriental en la biblioteca que había reunido el arzobispo del lugar, el temible y erudito Rodrigo Jiménez de Rada —cuya fama cruel conocía yo de primera mano de la campaña en las Navas de Tolosa—. El buen arzobispo se había empeñado en evitar la quema de tanta idolatría árabe para recabar en ella información sobre la religión mahometana con la candorosa pretensión de impugnarla y destruirla a través de sus propios textos. No funcionó, como era de esperar. Los libros de quienes adoran a Dios con otros nombres suelen parecerse demasiado a los nuestros.

Una vez localizados los cuentos, tenía que traducirlos al latín para surtir las compilaciones y los sermones que, a su vez, Odón de Cheriton publicaba y vendía por toda la cristiandad bajo su prestigiosa firma.

Pero la cosa se torció de entrada: Odón estaba mal informado y allí no había sino códigos de astronomía y medicina, tratados de astrología, epítomes de magia para deanes y de alquimia para perturbados, opúsculos sobre las propiedades curativas y místicas de las piedras, herbolarios con recetas de bebedizos prodigiosos... Nada de verdadero provecho para mover los corazones y desnudar las bolsas de los fieles incluyéndolo en un sermón eclesiástico.

Puesto que mi maestro no sabía una palabra de árabe y me pagaba a tanto la hablilla traducida, empecé poniéndole en latín cuanta fábula de Esopo recordaba, fingiendo que las traía de una compilación de por allí, pero sabía bien hasta dónde podían llegar mis pocas letras por entonces, y hube de moverme por las aljamas de la ciudad en busca de otras bibliotecas. Fue así como entré en contacto con eruditos mozárabes, tanto judíos como cristianos, a los que debí de resultar simpático, porque me fueron abasteciendo del material que buscaba. Comencé con la *Historia de Ahiqar*, un Esopo asirio que me proporcionó tiempo de gracia para buscar sin agobios más material.

Mientras tanto, Odón desaparecía, para mi alegría, hasta que de vez en cuando me invitaba a cenar en alguna alquería de los arrabales toledanos y luego me llevaba de gira por los antros y me atiborraba de vino hasta que me salía por las orejas.

En Toledo, la gran ciudad, aprendí al tiempo a navegar en la lectura de códigos lejanos que trataban de mí y a perderme sin mí en tugurios donde la vida de un hombre o de una mujer no vale casi nada —dos monedas o una palabra dicha al oído— y los amigos

vienen y se van con un soplo de viento y sin dejar señas, o se convierten en desconocidos, o encuentran la muerte sin motivo que pueda averiguarse, y son reemplazados por enemigos al momento. Allí no se hacían preguntas e, igual que había muertes instantáneas, había también amores eternos que duraban apenas unas horas. Alguno contaba que al volver a su casa la había encontrado convertida en un convento de monjas coptas o en un lujoso burdel, si no tomada por una familia de bereberes o un regimiento de soldados cristianos en amenazador estado de embriaguez.

En sitios así, luego nunca nadie recuerda nada, ni yo tampoco a la mañana siguiente de aquellas noches de gira con Odón, cuando, arrojado en el camastro de alguna mancebía de mala muerte, amanecía con el cuerpo y las calzas desgarrados, la cabeza abrumada por una resaca tremebunda y la bilis pugnando con el vino por escapar del sufrido estómago. Nada ha ocurrido, me repetía, pues solo recuerdo voces lejanas, mordiscos en la piel, carcajadas, besos inmundos, música atronadora, achuchones, aullidos de can siempre despierto en lejanía: como si ya no hubiera una vida anterior ni tampoco esperanza de un porvenir.

Pasaron los meses y tenía ya el trabajo casi acabado cuando Odón me comunicó que había de regresar con urgencia a Palencia por la repentina enfermedad de un sobrino a su cargo.

¿Un sobrino normando de Odón?, ¿a su cargo?, ¿un descendiente del pirata y la princesa estudiando en Palencia? Qué absurdo que nunca hubiera ni oído hablar de él, me decía yo mientras lo ayudaba a trasladar el equipaje desde sus habitaciones en el palacio del deán, donde vivíamos, a la taberna de postas del norte de Toledo.

Solo cuando mi maestro agitaba la mano por la ventanilla del carro que partía, recordé aquel consejo que una vez me diera:

—Si os veis en la necesidad de mentir, mentid con convencimiento, pero contemplad que vuestra mentira sea lo más inverosímil posible. La gente inculta y arrastrada como vos cree con más facilidad lo inverosímil. Confían en que nadie se atrevería a decir algo tan increíble al mentir. Ya lo afirmaba Tertuliano, a quien no os conviene leer: *Se cree, precisamente, porque es absurdo*.

—¿Y vos mentís? —le pregunté al oír su consejo, pues ya me había parecido escucharle mentiras como catedrales en distintas ocasiones.

—Siempre miento —dijo, atrapándome de nuevo en uno de sus sofismas.

Esa misma tarde, mientras en mi cuarto, en un altillo del palacio del deán, andaba traduciendo el último relato del penúltimo código pendiente, intitulado *El libro de los engaños de las mujeres*, oí abajo, en portería, inoportunos gritos de mujer. Y, como el escándalo no remitía, bajé a ver lo que se cocía allí.

Había en el portal una dama de muy mala catadura. Estaba gritándole al deán de Toledo, Domingo Pascual, que el arzobispado le debía veinticuatro sueldos.

Yo intentaba siempre alejarme de Domingo Pascual, mi anfitrión en Toledo, un hombre santo al que muchos habían visto en la batalla de las Navas de Tolosa entrando y saliendo por entre las filas de sarracenos y mamelucos como Pedro por su casa, sin otra arma que la cruz del primado que portaba con la cabeza muy alta, y sin que nadie lo hiriera. Como aseguraban algunos, los moros ni lo veían, porque la Virgen volaba a su lado dándole protección.

Pero, esta vez, Domingo Pascual no se las prometía tan felices. Aquella mujer lo tenía enfilado y ni la Virgen habría podido evitar que se echara sobre él a destriparlo, si no me hubiera visto bajar a mí. Se giró al oír mis pasos y me señaló:

—¡Y ese...!, íese era el embriago que venía a veces con él! Una lástima de mozo que iba siempre empapado de vino hasta las calzas. Menudas algaradas armaba el par de pecadores. El otro era grande como un oso y azufrado, y ladraba igual que perro callejero.

Me quedé como si un rayo me hubiera paralizado en pleno descenso por la escalinata, con cada pie en un escalón y la boca cerrada. En la puerta del palacio del deán se había agrupado un puñado de curiosos desocupados, sin duda fabulando con el motivo por el que una meretriz le lloraba al deán.

—¡Y me deja a deber nada menos que veinte y cuatro sueldos de vellón! Aquí lo pone escrito con tinta —y enarbolaba temblorosa un papel—, con su dos delante y su cuatro detrás: veinte y cuatro. Que una su algo tiene de cuentas y números, y es honrada y trabajadora, y nada se inventa, y en lo tocante a su persona humana, limpia es como una patena.

Domingo Pascual tomó el papel y lo leyó con desgana.

—¿Qué broma es esta? —me preguntó extendiéndomelo.

Era la letra de Odón:

Eres una zorra y me vas a chupar el culo 24 veces.

Firmado: Ebrahim de Torremocha

—No tengo idea, señor deán —dije después de tragar saliva—. Yo a esta mujer no la conozco de nada. Pero parece la letra de Odón de Cheriton.

—Ni Odón de Farfantón, ni Odón de Farfanton. Se llamaba Ebrahim de Torremocha, y me debe a mí veinte y cuatro sueldos, que me dijo que trajera aqueste papelote para cobrarlos al monseñor deán o al monseñor arzobispo, y si está el arzobispo, con él quiero hablar. ¿Y este —añadió refiriéndose a mí— de qué se va a acordar, si venía hecho unos zorros con el otro, que lo manejaba como a un títere? Me cago en todo —concluyó la perdularia.

Mientras yo me quedaba ayudando al portero a convencer a aquella mujer de que dejara de gritar, el deán Domingo Pascual subió las escaleras y bajó al rato con una bolsa que le entregó. Ella se sentó en los escalones de entrada y contó las monedas de seis en seis.

Leer no sabría, pero contaba a velocidad de vértigo y sin error. Cuando se fue en buena hora, me comunicó el deán:

—La bolsa tuya que nos diste a guardar, de diez sueldos, queda confiscada —esa palabra usó— hasta que tu maestro Odón nos devuelva los veinte y cuatro.

—Pero pero pero... —objeté yo, carente de argumentos y de la desenvoltura para discutir con un deán sobre el que cuentan que la Virgen voló una vez.

Eran los ahorros del jornal que Odón me había ido racaneando, y que, por temor a posibles robos, yo había entregado a quien al final me los robó.

Cuando, tras luengos días de camino a pie y comiendo lo que a mi vez me acostumbré a confiscar en huertos y jardines, llegué de vuelta a Palencia, me fui directo al palacete de Odón a pedirle mi dinero confiscado por el arzobispado.

—La muy zorra os ha engañado a vos y al mentecato del deán —me dijo—, con un papelucho con mi letra falsificada por algún novicio sin vergüenza ninguna. La verdad es que me ofreció su cuerpo con entrega apasionada, presa de amor por mí. Pero, despechada cuando vio que no volvía, decidió vengarse. Y vosotros, botarates, le habéis pagado el cuádruple de lo que cobra por sus servicios a los que no la enamoran.

Con Odón aprendí muchas cosas: a hacer sermones que enardecieran al espectador, a hacer míos los cuentos ajenos, a comprender y trabajar la cuaderna vía, a beber como si no hubiera

un mañana... ¿Lo hay acaso? Ya no importa. Lo cierto es que no consigo recordar ni un solo conocimiento teológico ni una enseñanza de verdadero calado moral que me transmitiera en aquellos años, pero sí varios pensamientos heréticos que expresaba con tanta desenvoltura que me hizo creer, durante mucho tiempo, que yo no entendía lo que decía.

Así que de todas sus enseñanzas no literarias solo puedo agradecer una. Fue durante una de las discusiones retóricas con las que solía enredarme a partir del quinto vino, sobre el sentido de la vida, a propósito de una conocida línea del Eclesiastés en la que se habla de la ausencia de novedad en el presente con respecto a los tiempos pasados.

—Es cierto. Es innegable: nada hay nuevo bajo el sol. Todo lo que pensamos y lo contrario ha sido pensado ya, y lo que hacemos fue hecho antes y carece de valor —decía yo, ufano.

—Entonces, ¿por qué creéis en Dios? —me dijo.

—Creo en él por revelación de la Iglesia: porque existe, y es mi fe —solté de corrido.

—Es posible que sea a la inversa —dijo mirándome burlón.

—¿Cómo sería eso a la inversa?

—Que Dios exista porque vos, que no servís más que como despojo para usar en la vanguardia de una batalla perdida, creéis en él.

Permanecí en silencio hasta que me atreví a preguntar:

—¿Me está permitido pensar eso?

—Pensarlo sí: para pensar no necesitáis autorización. Pero no vayáis comentándolo por ahí con la simpleza que os caracteriza.

—Cuando empiece el jaleo, en marcha: tírate al agua y remonta el arroyo hasta que hayas sobrepasado por debajo el muro —me susurró Alvar—. Luego no te detengas hasta llegar a la salida. Y una vez fuera, ¡cuidado con la guardia!

Me había proporcionado una camisa y una chilaba que me estaba grande y tenía que recogerme sobre el cordel de la cintura. Además de incómodo estaba aturullado, tras mi encuentro con el pasado en La Chata Cristiana. No podía ni pensar. ¿Y de dónde venía aquel penetrante y espantoso olor?

Acabábamos de llegar al pie del muro, en el costado medianero entre la Axerquía y la medina. De poco habían servido mis protestas: existiera o no existiera aquel maldito código, ¿cómo iba yo a hacer para encontrar en una ciudad desconocida una casa con siete jardines sin que sus habitantes, gárgolas o lo que fueran, me denunciaran a las autoridades o me lapidaran allí mismo? Alvar me garantizó que él mismo se haría cargo de mi ejecución, sobre la marcha y donde fuere menester, en caso de que diera señales de intentar incumplir mi juramento al rey. Por lo demás, añadió, todo estaba solucionado de antemano por medio de nuestro hombre en Córdoba:

—Te estará esperando al otro lado del muro y, al llegar, te pedirá el santo y seña. Ponte en sus manos. Él sabe cómo evitar a la guardia y dónde podéis pasar la noche sin peligro, y te proporcionará luego las instrucciones para llegar a la Casa de los Siete Jardines y acceder a la biblioteca.

Pan comido, era asunto más para chiquillos que para curtidos hombres como yo.

Una luna recién salida, mediada y creciente, iluminaba el lugar, pero yo había perdido toda noción del tiempo en aquel día que no acababa nunca. Y andaba sopesando lo que iba a hacer cuando,

como decía Alvar, comenzara la fiesta, fuera lo que fuera eso, momento en que debía remontar el arroyo que venía por debajo del muro en busca del río. Dudaba si, tras tirarme al arroyo ante Alvar, debía detenerme bajo el muro para regresar al rato y escapar de aquella encerrona lo más deprisa que pudiera, evitando la posible vigilancia almogávar por la zona, para salvar el muro y marchar luego hacia el norte, sin parar hasta llegar a la Francia y, desde allí, desaparecer de incógnito por los caminos de la vieja Europa, vagamundo de monasterio en monasterio, como un goliardo sopista, igual que había hecho de joven pero con un buen puñado de años más auestas...

¿Podía considerarse eso una traición a Lope muerto, a su memoria, con un duelo fallido, falto de un tiempo de meditación ante una tumba, en el rincón de algún cementerio? No sabía.

Tenía miedo. Miedo, más que nada, de mí mismo. Si entraba en aquel arroyo, yo solito me metía en la trampa. Y, ante la expectativa, mi cabeza era una tempestad en la que se agolpaban impacientes las preguntas. ¿Qué pasaría si nuestro hombre en Córdoba no estuviera allí? ¿Había que esperarlo hasta que llegase la guardia a cortarme en pedazos? ¿Cuánto faltaba para el amanecer? Y, sobre todo, ¿cuál era el santo y seña ese que tenía que recibir o contestar yo?

—Pero ¿de dónde sale esta peste que no me deja ni pensar? —fue la única y absurda pregunta que le hice a Alvar.

Durante un instante, Alvar parecía decidido a responderme a puñetazos, pero de pronto comenzó la anunciada fiesta. Tras un golpe seco resonó el estruendo de un derrumbe, como si se nos estuviera cayendo la muralla encima. Después, gritos cristianos y árabes llamando al arma a un buen puñado de varas de distancia, y hierros chocando, y juramentos a patadas...

El silbido de una flecha perdida me pasó rozando la cara y me lancé al suelo para cubrirme.

—¡Vamos, vamos, vamos! —me azuzó Alvar ayudando a levantarme y empujándome por el terraplén hacia el arroyo.

Me metí a zancadas en el agua y supe entonces sin duda de dónde venía aquel penetrante pestazo. El arroyo era pura cloaca plagada de heces y restos que solo podían venir de curtidurías, por su olor pungente.

Me volví hacia Colodro para preguntarle cuál era el santo y seña, pero ya no estaba, así que me agaché y tomé aire para sumergirme y pasar por el hueco abovedado, no sé con qué inventada seguridad de que pronto podría erguirme y caminar. Pero el paso que di hacia delante fue en falso. Me hundí completamente en el agua y bucéé hacia delante con fuerza. Cuando intenté subir a la superficie, me di un coscorrón con un techo sumergido. Aterrado, en vez de volver atrás, cometí el error de buscar a ciegas la salida hacia delante.

Enseguida me di cuenta de que me iba a quedar sin aire. El día más largo de mi vida se estaba convirtiendo en el último. No volvería a ver la luz y me ahogaría en la oscuridad.

En la medina

Seguí avanzando en las tinieblas, sin pensar en la muerte que chapoteaba a mi lado, con el firme propósito de vivir para siempre o morir en el intento. Me impulsaba con brazos y piernas, y con esa esperanza que adquiere la dureza del diamante porque nace de la desesperación. Tenía por cierto que iba a morir, pero seguía nadando bajo el agua, y de pronto mi mano derecha no tropezó otra vez contra la piedra, sino que salió a la superficie.

Emergí con los pulmones a punto de reventar. Ahí estaba el mundo, a mi alcance, lleno de aire, aire sin confines ni fondo, aire fresco por todas partes. Lo respiré todo de golpe. Entero, hasta el último soplo.

Dicen por ahí que es dulce morir por la patria, y honorable también, pero en mi arrinconado corazón nada es tan dulce como estar vivo, aunque sea sin honor, ni patria ni motivo, sin demasiadas ganas y sin saber para qué, pero siempre vivir.

Iba a tumbarme a descansar, pero en la oscuridad noté que algo me atenazaba un dedo, tiré de la mano y golpeé con la otra al tiempo y oí el chillido de una rata y movimiento a mi alrededor. Me levanté de golpe y me di otro enorme coscorrón. A tientas supe que estaba en un túnel con bóveda de ladrillo, una de esas cloacas que dan fama a las ciudades árabes.

Durante un trecho avancé a gatas, largando manotazos a ciegas para apartar a las ratas, hasta que llegué a una zona iluminada por un resplandor de arriba. El conducto vertical era la salida: llevaba a algún sitio iluminado y había una cuerda, imaginé que dispuesta para mí. Descansé hasta recuperar el resuello y trepé por allí sin demasiada dificultad. Emergí en el suelo de una casa que parecía deshabitada. Comprobé que lo estaba, y medio derruida.

La puerta de salida daba a una calle. El fingido ataque que habían montado los almogávares al otro lado de la muralla había acabado ya, y el silencio se había apoderado de la ciudad. Pero allí no había nadie esperándome.

¿Y ahora?

Nuestro hombre en Córdoba era una falacia más, una ficción, una fábula para contar a corros de niños en torno a la hoguera, como debería haber previsto. Siempre que no lo hubieran descubierto y, sometido a tortura, me hubiera delatado. Ya tendrían hasta mi descripción física. Y habrían puesto un precio a mi cabeza, pensé, apenas unas monedas.

Oí pasos que llegaban y me aparté del umbral. Venían varios hombres. Cruzaron ante mí, calle arriba. Eran soldados. Entre dos de ellos llevaban a un herido. Por fortuna no se estuvieron a husmear por la casa, pero uno comentó en árabe al pasar:

—*¡Huele que apesta!*

A todo se acostumbra uno, y yo ya no sentía el olor que llevaba. Cuando se alejaron, salí y comprobé que la casa estaba empotrada en la muralla. No podía permanecer mucho por allí, porque tras el simulacro de ataque era esperable que se montaran rondas de vigilancia por todo el muro y se registraran los posibles escondites. Me asomé por la calleja que salía frente a mí, avancé por ella sigiloso. Y caminando a sombra de tejado, molesto por la chilaba

demasiado grande y empapada, que dejaba un reguero húmedo tras de mí, llegué a una pequeña plaza con una fuente de varios caños y pilón.

Me sumergí en el agua limpia en silencio, después me quité la ropa, la escurrí y volví a vestirme. Iba a regresar a las cercanías de la casa en que había emergido por si veía rondar por allí a nuestro hombre en Córdoba, cuando oí un silbido. Alguien se aproximaba con tranquilidad. Me escondí tras el pilón, y al asomar la cabeza lo vi venir caminando con paso vivo, de puntillas, pero más por costumbre que por sigilo. Entonces me di cuenta de que silbaba el mismo viejo cantar que había oído en La Chata Cristiana:

Agora que sé de amor, Ay Dios qué grave cosa...

La melodía me transportó. Volví a escuchar a mi madre y las vecinas cantando en el lavadero, adonde las acompañaba de niño. Comprendí de pronto, por puro instinto, que era la contraseña. Y respondí sobre la marcha con un silbido semejante que concluía el estribillo:

... Agora que sé de amor, iagora me metéis monja!

—¡Bravo! —dijo el buen mozo en mozárabe, el dulce román que se habla en Al Ándalus—. ¿Dónde estás, que no te veo?

Salí de mi escondite. La chilaba me arrastraba por el suelo.

—Pero ¿qué haces ahí? —me preguntó.

Era alto y apuesto, y llevaba con elegancia sus pobres ropas, el pelo pulcramente cortado en un coqueto flequillo y la barba rasurada que dejaba a la vista, cuando sonreía, dos hoyuelos sobre su prominente mentón y una dentadura envidiable, en la que no advertí la falta de ninguna pieza.

—No he podido quedarme junto a la casa de la alcantarilla —le confesé agobiado—. Ha pasado la guardia y pensé que iban a volver y a caer sobre mí. Es la primera vez que estoy en Córdoba y no sabía dónde esconderme.

—Tranquilo, tranquilo —zanjó nuestro hombre en Córdoba—. No temas por la guardia, que eso es cosa mía. Ya estás a salvo. Ven conmigo —añadió, echando a andar con sus joviales pasos de puntillas—. Te voy a llevar a nuestra guarida, no temas. Me llamo Muley Muza. ¿Y tú?

Parecía aún más desnortado cuando abría la boca, pero resoplé aliviado.

—Gonzalo de Berceo.

—Ya. —Se detuvo a mirarme con una sonrisa de reproche—. Y yo Mateo Sancho, pero digo tu nombre árabe, no nazareno. Si vas por ahí hablando en mozárabe y diciendo que te llamas Gonzalo de Berceo, mañana duermes en la cárcel.

—Pues no sé...

—Te voy a llamar Abdalá. Sí. Ese es tu nombre. Abdalá te viene como anillo al dedo.

¿Tenía que ser tan majadero mi único aliado en la ciudad?

—¿Y árabe sabes, Abdalá? —me preguntó en árabe.

—*Poco las hablo pero mucho las entiendo bien* —le dije para que se asombrara con mi acento y mi soltura.

—Tendrá que valer —replicó con cierta soberbia—. Diremos que eres de un pueblo del sur de Orán. Los bereberes de por allí hablan el árabe a su aire.

Fui tras Mateo Sancho por toda la medina pasando calles como cuentas de un rosario. En más de una ocasión tuve la sensación de llegar por segunda vez a un lugar, y supuse que intentábamos confundir a posibles perseguidores. Atravesábamos de vez en

cuando plazas en las que había grupos de personas tumbadas durmiendo, a veces familias enteras. Me explicó que eran de los que habían podido escapar de la matanza de la Axerquía, y no encontraban otro acomodo.

—Son combativos, porque están en la ruina y la guardia los maltrata, así que pueden sumarse a la causa contra el gobernador.

¿La causa contra el gobernador? Por si no tuviera bastante con andar de puntillas, resultaba ser idealista y humanitario. Sin duda, Alvar se habría buscado el modo de apoyar una suerte de rebelión de los cristianos mozárabes que quedaban en Córdoba, o nazarenos, como ellos decían. Pero yo no sabía en qué medida era consciente Mateo Sancho de que los mozárabes no le parecían, ni a Alvar ni a la mayoría de los cristianos, medio moros sino moros completos.

En cierto momento paró mirando hacia todas partes y golpeó rítmicamente una pequeña portezuela de madera con los nudillos:

Agora que sé de amor, Ay Dios qué grave cosa...

Debía ser esa la guarida de los nazarenos, porque la puerta se abrió de inmediato, por sí misma o al conjuro de la contraseña, sin que apareciera nadie. Entramos y comenzamos a caminar enhebrando salas, escaleras y crujías, caminando por lo que parecían varias casas unidas entre sí por corredores internos. Me explicó que la comunidad cristiana cordobesa hacía ya muchas generaciones que vivía de incógnito en aquel pequeño barrio, y que habían unido sus casas para poder defenderse y escapar.

—Desde la llegada de los almohades, hace ya varias generaciones cada uno de nosotros somos dos: un mahometano y debajo, escondido, un nazareno.

Los habían obligado a islamizarse bajo amenaza de desterrarlos o eliminarlos.

—Aquí estarás bien —añadió abriendo la puerta de un cuarto—. Aquí teníamos nuestro nido de amor Rosafresca y yo. ¿Cuánto tiempo quieres quedarte?

El nombre de Rosafresca me hizo gracia. Como el de la coima de La Chata Cristiana. Sería común entre nazarenas, como decían ellos, para oírlo dos veces en tan pocas horas.

—Bueno, no sé. Lo que sea necesario antes de entrar en la Casa de los Siete Jardines —contesté—. Tengo que hacerme con el *Códice Wallada* cuanto antes.

—¿El código qué? —preguntó.

—Wal-lada —le dije, intentando esforzarme en la pronunciación.

Me pareció preocupante que nuestro hombre en Córdoba tuviera tan poca información. Pero entonces me di cuenta de que quizá estaba siendo indiscreto. No sabía hasta qué punto podía hablar con él sobre mi misión, y menos en voz alta, exponiéndome a que alguien nos escuchara.

—Ah, sí. Muy bien —dijo—. Yo duermo aquí cerca. Descansa, Abdalá. Mañana te convocarán para el desayuno. Y allí me cuentas.

Se fue sin más.

Mi cuarto tenía un pequeño camastro y dos puertas: malo de guardar, pero bueno para huir. Abrí la segunda puerta y vi que daba a otra escalera. Subí para husmear un poco y había allí una torreta desde la que se podía contemplar toda Córdoba bajo la luna. La huida era poco menos que imposible. Había que volar un buen rato para alcanzar los tejados más cercanos, siempre volcados a un agua sobre patios centrales.

Regresé al cuartucho y me tumbé en el camastro a intentar dormir.

En la pesadilla estaba huyendo de los soldados de la guardia por callejuelas inmundas, así que cuando desperté y oí ráfagas de gritos en árabe, pensé que provenían aún de mi fastidioso sueño.

—*¡Alto!*

—*¡Todo el mundo al suelo!*

—*¡A mí la guardia!*

—*¡Somos la guardia, imbécil!*

—*¡Ah, me has matado, perro!*

Todo eso sonaba fuera de mi cabeza, me decía mi miedo, y le di la razón. Me puse en pie justo cuando Mateo Sancho irrumpía en la habitación.

—Huye, huye, Abdalá —me dijo—. Yo voy a expulsarlos de aquí.

¿A expulsarlos? ¿Él y por su cuenta?

Salió gritando con voz no muy potente y más bien musical:

—*¡Muera el gobernador! ¡Muera el gobernador!*

¿Y huir yo? ¿Adónde?, me pregunté. Asomé la cabeza a la puerta y vi a Mateo detenido ante un soldado con la espada desenfundada en un extremo del pasillo. Por el otro extremo cerraba el paso un segundo soldado con una maza en las manos. Sancho se lo debió de pensar bien, dio media vuelta y corrió hacia mi habitación de nuevo. Dejé la puerta abierta por si le daba tiempo a alcanzarla, crucé el cuarto, abrí la que daba a la escalera y subí corriendo. Con las prisas me pisé la chilaba y caí resbalando al pie de la escalera. Volví a subirla con la chilaba remangada y la seguridad de que no encontraría más remedio que un salto al vacío seguido de un aleteo tan furioso como inútil.

Como había comprobado la noche anterior, la torreta hexagonal tenía seis columnas de ladrillo que sostenían un tejadillo. Me subí a una de las dos que flanqueaban el hueco de la escalera, con la idea

de trepar al tejadillo, sin saber muy bien qué ganaba con eso. Justo entonces entró corriendo Mateo Sancho. Tras él llegaron los dos soldados con paso más tranquilo. Ya se imaginaban que de una torre no había escapatoria.

Mateo Sancho saltó sin vértigo ninguno sobre uno de los muretes de ladrillo en que se apoyaban las columnas, vuelto hacia los dos guardias.

—*¡Alto o me tiro al vacío!* —amenazó.

Ni a mí ni a los guardias nos pareció una amenaza solvente.

—*Y si no te tiras tú, te tiro yo* —comentó yendo hacia él uno, el más ágil, que tenía casco y espada.

Por fortuna no se habían dado cuenta de mi presencia. Me descolgué de la columna lanzándome sobre el que se había quedado detrás, que llevaba una maza y la cabeza al aire, con la capucha de la cota de malla colgando a la espalda, y le aticé con todas mis fuerzas un ictus en el oído. Se desplomó sin sentido y sin saber de dónde le había venido el golpe.

Pero su compañero me había oído saltar y, dando la espalda a Mateo Sancho, se vino hacia mí y me lanzó un mandoble para evitar que cogiera la maza caída del otro, que era mi esperanza. Tuve que saltar hacia atrás para esquivar el tajo, con tan mala suerte que pisé un pie del guardia caído y trastabillé.

Me vi perdido. El soldado aquel era rápido con la espada. Segó el aire ante mí un par de veces haciéndome retroceder gateando de espaldas, hasta que topé con los hombros contra el murete del perímetro.

Pero cuando el soldado tomaba aire para acabarme, Mateo Sancho, que se había hecho entre tanto con la maza del otro, le atizó un golpe tal sobre la crisma que el casquete que llevaba, una

de esas cervelleras de acero que cubren como una cofia solo el cerebelo, se le incrustó en el cráneo abriéndolo por la mitad.

Se veía que Mateo Sancho no era un hombre acostumbrado a la pelea. Me provocaba una creciente sensación de irrealidad, pero el golpe resultó muy efectivo para salvarme el pellejo. Se lo agradecí.

—Vamos —le dije, para que no se quedara embobado mirando el estropicio que había montado en la cabeza del guardia—. Ayúdame a desnudarlos.

Disfrazados de soldados bajamos la escalera. Abrí con cuidado la puerta de la habitación en que había dormido. No había por ahí nadie a la vista.

—Sígueme —dijo Mateo echando a correr por el pasillo.

Cuando llegamos abajo, el revuelo casi había acabado. Nos mezclamos con los soldados. Mateo Sancho vio con horror cómo los guardias tenían ya encadenados a muchos de sus compañeros, mujeres y niños incluidos.

Un soldado anunció entonces la llegada de alguien importante:

—*iAbulcasán! ¡Todo el mundo firme!*

Hubo revuelo de agobio, y formamos todos, Mateo y yo incluidos. La verdad es que en general teníamos mala pinta. Bajo el asedio, la gente andaba bastante descuidada, sea en el afeitado, el peinado, la indumentaria o el aseo personal. Entre los mejor apañados estaba el impecable Mateo Sancho, al que incluso le sentaba bien la maza que todavía llevaba en la mano, y entre los más lastimosos, un servidor, que daba pena, con la capucha puesta y la cota de malla sobre una chilaba que me cubría los pies.

Entonces entró un moro bastante normal, excepto porque era sin duda el último gordo de aquella ciudad hambrienta, con las manos entrelazadas a la espalda, sin galas, en unas pantuflas rojas ricamente bordadas, y con unos bombachos blancos y una camisa

de seda posada con ligereza sobre la barriga. Nos sonrió campechano a todos, como si la cosa no fuera con él.

—*Bien, bien*—dijo—. *¿Tenéis al cabecilla, Mateo Sancho? ¿No? Que nadie se preocupe.*

Levantó con gesto admonitorio la mano, que quedó casi ante mis narices. Tenía ahí el único artículo de lujo de su atuendo, un sello con una cruz de ocho puntas y, dentro, un pajarraco con alas extendidas.

—*No hace falta ninguna explicación. No pasa nada*—añadió, paseando entre sus soldados—. *Vamos a montar una ejecución en la plaza con los que tenemos. Comenzamos a ahorcarlos hasta que salga el tal Mateo Sancho. Primero un hombre, luego una mujer, luego un niño, luego una niña, hasta que se entregue. ¿De acuerdo?*

—*¡Te voy a matar, canalla!* —masculló Mateo a mi lado, como un niño rebelde, con el mentón alzado, los dientes apretados y la nuez bailándole en la garganta.

Por fortuna, el gobernador Abulcasán pidió en ese momento que rompiéramos filas y salió por donde había venido, así que cada uno se fue a lo suyo. Y yo pude detener con disimulo al buen Mateo antes de que se lanzase tras el gobernador.

Le pedí que me siguiera a la puerta de salida, pero olvidándose de Abulcasán y preocupado solo en escapar de allí.

—*¿Habéis atrapado en la red muchos pescados nazarenos?* —nos preguntó un soldado en la puerta.

Puesto que Mateo no respondía, lo hice yo escogiendo con cuidado las palabras para que no se notara que era extranjero:

—*¡Sí, por ciertamente, hermanastro! ¡Pescaditos en la rede bailando van!*

—*¿Y tú de dónde has salido?* —me preguntó con la mosca en la oreja.

No sé qué habría podido notar de raro, e iba a decirle que de un pueblo del sur de Orán, pero con ímpetu juvenil Mateo Sancho le arreó un mazazo de costado que lo estampó contra la pared.

Le había cogido gusto a su herramienta. Hay personas así. Les das un instrumento cualquiera, una maza, un arado, una espada, un arpa, un cepillo de carpintero o una pluma para escribir, y nada más comenzar ya se entusiasman, no pueden parar.

Mientras alguien llamaba al arma, salimos corriendo de allí como almas que el diablo lleva, yo con mi chilaba arremangada. Tuvimos que adelantar a Abulcasán y su séquito, que llevaban nuestro mismo camino pero con ritmo de paseo.

—*¡Muera el gobernador!* —gritó Mateo al adelantarlos.

Como iba delante yo, doblé la primera calle a la izquierda y, sin parar de correr, fui torciendo en cada esquina a la que llegaba un tanto al tuntún, pero asegurándome de que nos alejábamos de allí. Detrás de mí iba Mateo Sancho gritando: «¡Abdalá!», «¡Abdalá», pero yo ya no recordaba que ese era mi nombre. Paré, e iba a quitarme la cota de malla cuando Mateo pasó a mi lado a toda la velocidad que le daban sus largas piernas. Tomé nota de que esta vez no iba de puntillas.

—¡No no!, icuida, Abdalá! —me gritó.

Un soldado salió de la puerta ante la que me había parado. Y también gritó al vernos:

—*¡Aquí está el que ha atizado a Mohamed!*

—*¡Muera el gobernador!* —contestó Mateo Sancho a la carrera.

Habíamos ido a parar por el laberinto de calles al mismo sitio del que huíamos, así que corrí de nuevo tras nuestro hombre en Córdoba, que más que ayudarme iba a conseguir que me atraparan sin pérdida de tiempo.

Al rato llegamos a una plaza bastante concurrida, un zoco con puestos, y fuimos quitándonos poco a poco las prendas de soldado, intentando no llamar la atención.

—¡Por aquí! —me animó mi guía.

Nada más decírmelo, alguien gritó desde el otro extremo de la plaza:

—*¡Allí van, a la alcaicería!*

Entramos por un pasaje que atravesaba los bajos de un edificio y daba acceso a un mercado algo más lujoso que el anterior, sobre todo de ropas, que es a lo que llaman alcaicería allí. A ambos lados se alineaban puestos que exhibían su pobre mercancía de ropavejeros, adecuada a los tiempos: casi nada, pero mucho para una ciudad sitiada desde hacía varios meses. El pasaje concluía en un amplio patio ajardinado con más puestos y se bifurcaba por sus soportales. Corrimos y en cierto momento pasamos ante un tenderete de sedas que estaba junto a otro de especias.

Se me encogió el corazón al imaginar allí tirado al desventurado Lope, tal y como se me aparecía en las pesadillas que venía sufriendo desde que supe de su muerte.

¿Íbamos a morir como él?, ¿donde él?

Nos metimos por unas escaleras que se abrían en el muro y daban a los pisos superiores, con más galerías y puestos. Llamé a Mateo Sancho para que se detuviera. Comprobamos que nadie nos seguía.

—Es mejor que nos separemos, Abdalá —me dijo cuando nos habíamos calmado un poco.

Compró dos velos y me enseñó a colocármelos tapando el rostro casi por completo, como hacían las mujeres. Me pareció un disfraz disparatado, pero me explicó que era el modo en que muchos hombres iban también por la calle, una vieja costumbre almorávide.

Decidimos vernos justo a mediodía en la plaza del zoco por la que habíamos accedido a la alcaicería.

Ya a solas, bajé al primer nivel y localicé de nuevo la sedería que estaba junto al puesto de especias. Dentro se movía la sombra de un hombre. Entré y vi con desaliento que no era el sedero que me había preguntado por la casa de Yusef un mes atrás, en San Millán, sino un joven de aire despistado.

—*¿Habita por aquí el dueño, que yo le hablaré?* —le pregunté al joven recurriendo a toda la elegancia de que era capaz en aquella lengua ajena.

—*Mi señor está en el puesto de la plaza, sahíb*—me contestó hosco—. *¿Y tú de dónde eres para hablar así?* —añadió haciendo gala de su más desagradable orgullo cordobés.

Tiempo antes de que el sol alcanzara la mitad del cielo, fui a la plaza de la entrada a la alcaicería a buscar a Mateo Sancho, y estuve vagando por los puestos semivacíos por si encontraba al sedero por allí, pero no vi ningún puesto de telas.

Sí vi un patíbulo en un extremo de la plaza que estaban remozando en aquel momento y que me dejó cierta flojera de piernas.

En el tienducho más grande del lugar, un casetón con su puerta de entrada y todo, había un regatón que llevaba una extraña máscara de bronce, triangular, con los ojos tallados y bigotes finos y largos que apuntaban a las orejas. Para llamar la atención o asustar a los niños sí servía. Un cartelón junto a la puerta tenía escrita la leyenda: CONOCE TU DESTINO. El regatón se me quedó mirando atentamente moviendo sus ojos desde detrás de los tallados en la máscara.

—*¿De dónde tu máscara pueda ser del origen?*—le pregunté.

—*Persiana* —me respondió—. *De la misma Isfahán. ¿Quieres que te diga tu destino?*

—*Buen me lo sé—aduje—: De los Siete Jardines, a la casa voy.*

—*¿Eres del mismo Orán o más al sur?*

Y dale con Orán. ¿Qué deshonor o mérito habrá en nacer en un sitio o en otro? ¿Qué orgullo o qué superioridad en creer en un dios o en otro? Todos, en cualquier lugar, somos las mismas desoladas criaturas sin amparo. Di por no oír su impertinente pregunta.

—*¿Sabes cuándo es la casa?* —pregunté a mi vez.

—*Si quieres saberlo, pasa y pregunta al gran jefe de los ejércitos persianos.*

¿Así de fácil? ¿Estaba el general comandante supremo de los persas de visita en aquella tienda de babuchas desparejadas y amuletos mágicos? ¿Era uno de los más queridos amigos de aquel truhan enmascarado y majareta? Faltaba aún un rato para el mediodía, y por la plaza no se veía peligro alguno. Me animé a pasar, aunque con prevención, porque este tipo de comerciantes se dedican a desplumar a los viajeros a cambio de humo.

En el interior había colgada en la pared una máscara como la que llevaba el regatón, pero bastante más grande. El tendero se sentó cerca, en un trípode alto.

—*Pregúntale al espíritu del gran Aquémenes.*

—*¿Sabes por cuánto se llega a los Siete Jardines de la casa?* —pregunté, dirigiéndome a la máscara.

—*Son tres dírhams* —me apuntó el regatón—. *Se admiten sueldos: si me das uno, o doce dineros, está hecho.*

De momento había adivinado que no llevaba moneda árabe, lo que me pareció de buen augurio.

—*¿A sueldo? ¡Tan caro se me parece!* —le dije, para que viera que no me chupaba el dedo.

—*¿Por tu destino? ¡Vamos! ¿A quién quieres engañar?* —soltó con dignidad agraviada.

Abrí mi bolsa como con disgusto y eché doce dineros en el cuenco de cerámica que estaba al pie de la máscara. Me animó a preguntarle.

—*Muy señor Aquevienes, sapes cuánto está la de los Siete Jardines Casa?* —pregunté, otra vez como si me dirigiera a la máscara.

—*Sí*—dijo el regatón.

Estuve esperando.

—*¿Y buen? ¿Cuánto?*

—*Doce sueldos, si quieres saber dónde.*

—*Ya los he ponido.*

—*Pero le has preguntado si lo sabía, y te ha respondido que sí. La máscara responde lo que le preguntas.*

Le expliqué que no era tonto: había respondido él, no la máscara, lo sabía por mucho que tuviera la boca tapada. Y la respuesta no era completa. Hasta ahí podíamos llegar. Estuve discutiendo hasta que cedió y admitió responder por solo seis dineros más.

Luego me costó otras dos preguntas afinar cómo se llegaba. Y por fin, cuando ya me había vaciado media bolsa, me enteré de dónde estaba la casa.

—*Es justo esta casa que está aquí, detrás de la tienda, la fachada de uno de los edificios. Tienes que subir por el callejón. La única puerta que veas en él.*

—*¿Lo eres viendo? No contesta la máscara, sino tú, ¿eh?*

—*Te lo digo yo porque si no la máscara te va a arruinar* —me soltó un poco harto, levantándose del trípode de largas patas, y tropezándose al poner el pie en el suelo.

Se le doblaron las piernas, trastabilló, cayó al suelo y se le desprendió la máscara.

Lo reconocí en el acto: era el sedero, el hombre que me había preguntado por la casa de Yusef y le había contado luego a él la muerte de Lope tres semanas atrás.

—Pero... ¡eres tú! ¡Te vengo buscando desde San Millán! —le dije en román, que recordaba que hablaba perfectamente.

—Oh sí, claro —me dijo levantándose sonriente y amable—, pues ya me tienes a...

Se lanzó hacia mí por sorpresa, me empujó y caí contra las tablas de una pared de su tenderete, que se vino abajo con tejadillo y todo.

Desde el suelo vi cómo corría plaza abajo.

—¡Alto! —grité en román.

Como acostumbra a suceder, no se detuvo al recibir mi orden, sino que aceleró su carrera. Y ahora todo el mundo me estaba mirando. Entre ellos, algunos componentes de la guardia de la que nos habíamos pasado buena parte de la mañana huyendo, que echaron a correr hacia mí. Mateo Sancho estaba allí también. Levantó las manos para que lo viera a mi vez. Y gritó, al ver que me perseguían:

—*¡Rosafresca mía, ya no volveremos a coger rosas tú y yo!* —y luego, mucho más fuerte—: *¡Muera el gobernador!*

A su lado había más guardas, que lo rodearon lanza en ristre mientras yo me levantaba y salía corriendo, con no pocos remordimientos. Nuestro hombre en Córdoba se había sacrificado. ¿Por mí? ¿Por la misión que nos traíamos entre manos? Quizá. O quizá, aprovechando que me servía de ayuda a mí, se había entregado para que no comenzaran las ejecuciones de sus compañeros nazarenos. Por mi parte, entré por la primera calle que tenía a mano, que no era otra que el callejón de la Casa de los Siete Jardines, según me había indicado el sedero. La calle hacía una curva que pronto me iba a ocultar de mis perseguidores. Pero para

mi sorpresa era uno de esos callejones sin salida que tanto se estilan en las medinas andalusíes. Había allí un muro demasiado alto para salvarlo, y una pequeña puerta, que no parecía en absoluto la puerta de un palacio con siete jardines dentro.

Se oía a la guardia entrando al principio del callejón con paso marcial.

Llamé a la puerta golpeándola con ambas palmas, fuerte y rítmicamente, como un poseso:

Agora que sé de amor, Ay Dios qué grave cosa.

Agora que sé de amor, ¡agora me metéis monja!

La puerta se abrió. Y tengo que decir que lo que vi me quitó el aliento.

Nunca he podido entender cómo no caí al suelo desmayado en ese mismo momento.

Sueños de piedra

Muchas son las noches en las que sueño con piedra esculpida. Paseo por iglesias, catedrales, monasterios, al encuentro de criaturas imposibles. Dragones devorándose las colas entre sí, basiliscos vivaces de mirada asesina, grifos violentos y solemnes... Me persiguen o los persigo, y cuando estamos a punto de atraparnos, me despierto. Nunca llego a tocarlos. No hablo con ellos ni escucho voz alguna.

En mis sueños también aparece la tentación de la carne labrada en piedra, hermosos monstruos de mujeres tan atractivas como amenazadoras: melusinas que muestran al salir de la bañera, desde la cintura, su cola de serpiente, o gárgolas grotescas de mueca desencajada y ojos febriles, o sirenas con cola de pez y el pelo recogido en una larga coleta que les baila sobre los pechos tallados en roca caliza, o arpías que me sobrevuelan en círculos con aleteo furioso, y van y vuelven desde el infierno, y caen en picado sobre mi almohada.

Sueños de piedra y carne. Pesadillas de amor.

Aquella mujer parecía hecha de la materia de mis sueños, cincelada a martillazos por el mismo escultor loco que trabaja en los capiteles que sostienen mis pesadillas, otorgándoles con paciencia ese atractivo inexplicable.

Tenía ya cierta edad. Tenía un parche en un ojo y el otro, zarco, muy abierto. Tenía la frente ancha como el desierto. La boca habría resultado demasiado grande en cualquier rostro, pero en el suyo era necesaria. Tenía la piel blanca, casi transparente. Tenía el pelo rojo y peinado con complicación deliberada de silogismo, las trenzas engarzadas en un laberinto trágico. Llevaba un hermoso brial de seda blanca ceñido al cuerpo, que le apretaba los pechos grandes — uno algo más que el otro— y las caderas a distinta altura, como nubes recortadas contra un cielo gris.

Imagino que otros se burlarían de su deformidad, pero yo soy un caso perdido, a mí me pareció hermosa como una escultura gótica, me pareció inventada sin otro propósito que la mezcla azarosa de formas y sentidos, que le otorgaba a su contemplación la eficacia sorprendente de erradicar la melancolía.

—*¡La guardia son viniendo!* —le dije en buen árabe al colarme en la casa y cerrar la puerta tras de mí—: *¡Con la venia!*

La sorpresa y la irritación ante mi osadía aumentaron su atractivo al dejarla a ella de piedra. Por mi parte, corrí hacia uno de los siete jardines, que se veía al fondo, en busca de otra salida al exterior por la que huir de la casa a la llegada inevitable de la guardia. Era un patio amplio y cuadrado y, además de la fachada por la que había entrado, tenía a diestra otro edificio con una puerta, al frente un muro enorme sin puerta a la vista y a siniestra otro muro más pequeño, que parecía dar a un nuevo jardín arbolado, al que me fui sin dudarlo. Trepé a un naranjo que había junto al muro, y desde las ramas escuché a la gárgola hablar con la guardia, que amenazaba con echar la puerta abajo. Inmóvil en el árbol, comprobé con alivio que nadie salía al jardín. Y las voces, apremiantes primero, ahora más sosegadas, comenzaron a parlamentar.

—¡Pero pasad, pasad a esta sala a comer algo y reponer fuerzas con un vaso de vino! —dijo ella.

Así que era una gárgola parlante y de verdad. En mis sueños, las mujeres monstruosas nunca hablan, y menos aún con moderación y acierto. Solo a veces siento su respiración o un suspiro fugaz, quizá más mío que de ellas.

Y no cabe duda de que sabía persuadir. En una ciudad sitiada y hambrienta, ¿quién podía rechazar comida y bebida? La guardia no, sin duda. Y aunque eso me tranquilizaba un poco, no quise descuidarme. Era mejor volver a aquel lugar en otro momento, sin moros a la vista. Pasé de la rama al muro y del muro salté al segundo jardín. El recinto parecía albergar una sucesión de palacetes de distinto estilo en la construcción, pero contiguos, con muros compartidos. ¿Tendría que atravesar cinco jardines más antes de alcanzar el exterior?

Al caer me di cuenta de que no estaba solo: una sombra se había ocultado tras unos arbustos. Corrí hacia un portillo que parecía dar al exterior de la finca, pero estaba cerrado. Vi entonces, al volverme, al hombre, de espaldas, escuchimizado, abandonando a la carrera el jardín por la puerta que daba al nuevo edificio. Tenía calado en la cabeza un bonetillo de fieltro bermejo, del que pendía, como una coleta, un penacho de hilos negros.

¿Huía de mí, que huía a mi vez?

Había asuntos más importantes que resolver, como el de salvar el pellejo. Me oculté en un macizo de ruda que había en un rincón del jardín. Desde ahí podía controlar los accesos al patio, un lugar despejado excepto por un cenador central, a la sombra de un viejo y denso laurel, entre dos estanques alargados, cada uno con un caño en el centro, del que saltaban con parsimonia dos chorrillos de agua.

Hacía un calor horrible, con el sol en el cenit, pero no se estaba mal en aquel rincón, gracias al arrullo del agua cayendo en los estanques y pese al penoso olor de la ruda. Tras una noche sin apenas dormir y una mañana huyendo estaba agotado.

—*Ten cuidado, mi dueña, ique puede ser peligroso!*

—*¿Peligroso este? Pero si parece un vagamundo, iun arrastrado!*

—*Sí, ipero puede llevar un hacha o un cuchillo o un venablo!*

—*Pues aquí no va a quedarse, así que...*

Me despertaron voces de mujer en árabe.

—*iUy! iHa movido una pierna!*

Mientras me ponía en pie, entumecido e intentando orientarme, se alejaron de mí en tropel y chillando, entrecruzándose, esbeltas como corzas espantadas por un cazador en la ladera del monte. Sin velo, llevaban cotas y jubones y almejías de distintos de colores, que dejaban a la vista más piel de la que se exhibe en un prostíbulo de Toledo: brazos y tobillos y cuellos al aire me deslumbraron más que el sol espeso de la tarde. Sin recordar dónde estaba ni mi llegada a aquel lugar, por un momento pensé que había muerto. ¿Me encontraba acaso en el paraíso con las huríes? Y, en ese caso, ¿por qué de las setenta huríes prometidas no me había quedado a mí ni media docena?

—*¿Estás bien?* —dijo la única que no se andaba ni con sustos ni con melindres, la gárgola del brial de seda, plantada ante mí con los brazos en las caderas y cara de muchos enemigos—. *La guardia ya se ha ido. Estás a salvo. Pero es hora de que salgas también de aquí. A no ser que quieras que los llame y vuelvan ellos a echarte.*

Al verla recordé dónde estaba, y me esforcé por apartar de mí la fascinación que me provocaba. Vano empeño en achaques de amor, tan inútil como correr para separarse de la propia sombra, confiando en que se quede en el suelo a la espera de convertirse en la sombra de otro. Y cuando recuerdo ese tiempo, siempre llego a la conclusión de que me enamoré en sueños, aquel día. Algo que, como supe después, es muy común entre poetas árabes.

—*¿Es aquí la de los Siete Jardines Casa?* —le pregunté.

—Sí —me contestó en un muy comprensible román mozárabe, pese a mi demostración de maestría en su lengua—. Y estamos de duelo. Te ruego que nos dejes a solas con nuestra pena.

¿Y yo por qué tenía la sensación de haber interrumpido una fiesta?

Le agradecí que no me hubiera delatado, me presenté y ella me dijo su nombre: Leila. Le expliqué que había ido a Córdoba y había conseguido entrar en la medina con grave peligro solo para visitar aquella casa. Mientras hablábamos intenté en vano evitar mirarle los pechos, que mi maestro Odón había comparado con manzanas del Líbano. Rechacé el parecido pese a no haber puesto en mi vida los ojos en una manzana de tales tierras.

—Tengo un encargo en esta casa que no puedo revelarte —traté de confesarle a medias—. Y mi vida depende de llevarlo a cabo. Necesito tu ayuda, mi señora.

—¿Quieres que te permita cumplir un encargo en mi casa sin saber en qué medida podría perjudicarnos a mí o a mi familia?

No tenía mucho sentido, en verdad. Probé por la única vía que se me ocurrió:

—Es un encargo de un viejo amigo de tu padre, al que también conociste, si no me equivoco: Odón de Cheriton.

Al oír aquel nombre, Leila se quedó mirándome fijamente y en silencio. ¿Eran imaginaciones mías o estaba respirando fuerte y con cierta dificultad? Parecía una serpiente de lengua bífida, venenosa e inmóvil, a punto de lanzarse como un rayo para morder a su víctima. El ojo sano había comenzado a crecer tanto que amenazaba con salir disparado contra mí como una piedra.

—¿Odón? —dijo con la sonrisa algo torcida por una ira a punto de explotar—. No puede ser. ¿Odón de Cheriton? ¿Esa sabandija..., esa infame ballena..., ese inmundo hijo de perra, ha osado pronunciar mi nombre con su boca sucia ante nadie?

De nuevo, las muchachas se alejaron, esta vez poco a poco y en silencio, como para refugiarse de una tormenta a punto de desatarse.

—No hay duda, hablamos de la misma persona —le dije—. Por una de sus insidias me he visto obligado a entrar en Córdoba, donde él y tú y yo sabemos que mi vida no vale nada.

—Dime qué buscas —solicitó con impaciencia.

—No puedo decirlo así, delante de... —Señalé a sus sirvientas, que volvían a acercarse y nos miraban con curiosidad sin perder palabra de nuestra conversación.

Leila les dio orden de preparar el cenador. Al caminar hacia allá me llamó la atención su cojera, que le hacía balancear no sin encanto las caderas y justificaba su diferencia de altura. Mientras nos sentábamos y nos ponían delante dos copas de jarabe de uva, como me confesó sin pudor una de las huríes, me fui haciendo a la idea de que cualquier excusa que inventara para quedarme allí iba a ser rechazada por inverosímil, así que, en contra de mis principios y costumbre, me dispuse a contar la verdad, incumpliendo también mi patético juramento ante el rey.

La sinceridad requiere fortaleza de carácter, así que sin aclaraciones, sin titubeos y sin ruegos, fui al grano:

—¿No tendrás para mí, mejor, un poco del vino ese que has ofrecido antes a la guardia?

Respiró hondo, alzando su único ojo azul hasta dejarlo en blanco.

—Si no hay, es igual —corregí enseguida—, me tomo el jarabe y ya está.

Pese al frondoso laurel estaba bastante acalorado, así que habría sido capaz hasta de beberme aquel mejunje. Pero trajeron vino y algo de comida.

Hasta ese momento no me había dado cuenta del hambre que tenía. Conseguí contenerme para no abalanzarme sobre el pan ácimo, las aceitunas y el queso en aceite, pero me bebí sin poder evitarlo el cuenco de vino de un trago. No era mal vino, por fortuna.

A una señal de aquella mujer que parecía deshecha y reconstruida con fragmentos de varias muy distintas, una sirvienta me rellenó la copa. Daba la impresión de que aquella casa en el corazón mismo de la ciudad no hubiera sufrido la penuria del cerco cristiano.

—Sé que hay aquí una gran biblioteca. Y vengo a copiar un libro —dije lanzando con pulcritud los dados, para que se viera mi jugada de una vez.

En lugar de preguntar qué libro era, me miró extrañada y expectante obligándome a seguir.

—El *Códice Wallada* —añadí en un susurro.

—¿Wallada, la poeta omeya?

Ladeó la cabeza. Sin inmutarse, tomó su copa de jarabe de uva y bebió un sorbo. Aproveché para acabarme el nuevo vino. Ahora sí, a la segunda, se me encendió por dentro una luz largo tiempo apagada. Qué paz.

—Ese libro es una leyenda. No existe —dijo posando la taza en la mesa sobre un mantel con flores primorosamente bordadas—. Uno de los delirios de mi abuelo, que heredó la biblioteca. La biblioteca es la que tuvo Wallada, pero el libro aquí no está, ni ha estado nunca.

¿Mentía, como era de esperar? Le di una descripción del códice a partir de la muy imaginativa que me había hecho a mí Odón. Me respondió que no había ningún libro de lujo por allí.

—Son todos de conocimiento y para lectura, en ningún caso ornamentales.

Puse la cara de preocupación más convincente que supe. En realidad, su respuesta me aliviaba. Si era cierto y no estaba librándose de mí, yo podría, tras corroborar que allí no se encontraba el códice, volverme por donde había venido y decirle a Alvar que Odón había engañado al rey, como cabía esperar de él.

—Entonces, si es así, solo necesito demostrarlo.

Le expliqué que no veía más modo de probarlo que uno: que me enseñara la biblioteca para comprobar lo que decía. Si encontraba algún modo de demostrar a quienes me enviaban que allí no había libros como el descrito por Odón, mi misión estaba acabada y podría volverme a mi casa. ¿Tenían, le pregunté, un listado de obras de la biblioteca como los que se usan en la de cualquier monasterio?

Leila me miró con desconfianza.

—¿Eres un ladrón de libros?

—No —dije clavando mis pupilas en la única suya—. Soy copista. Leo libros. Hago versiones en román de libros latinos y a veces también de árabes. Nunca he robado un libro.

Pura mentira. Mis órdenes eran claras: localizar el *Códice Wallada* y escapar con él, para traducirlo después. Pero desde pequeño sé mentir sin que se note demasiado. Para detectar las mentiras, los

confesores benedictinos siempre obligaban a los niños a mirarlos a los ojos, arrodillados ante sus sillas. No servía de nada decirles que la contrición impedía mantener alzada la cabeza. Había que aprender a mentir mirando a los ojos.

No creo que Leila me creyera, de cualquier forma. Pero estuvo un rato pensando.

—Hay un listado, sí —dijo al fin—. Y los libros están perfectamente ordenados. Si me prometes que antes del anochecer te vas, y si me prometes que no te vas a llevar ningún libro, te enseño la biblioteca y te doy de plazo hasta el anochecer para revisar, en mi presencia, lo que consideres que tengas que revisar.

Lo que más le interesaba era librarse de mí para siempre.

Pero ahí no parecía haber trampa. Estaba empezando a creermela la inexistencia del *Códice Wallada*, lo cual me animaba bastante, en el fondo. Por lo menos, ella parecía convencida. ¿O sabría mentir tan bien como yo?

Por grande que fuera la biblioteca, no iba a tener demasiado problema en moverme rápido entre aquellos libros clasificados y registrados. ¿Cuánto había dormido? Poco pero suficiente. No debía de ser aún la media tarde, y ya había comprobado que en aquel horno la luz del verano se alargaba bastante.

—Prometo marcharme antes del anochecer y no volver si el código no está, y si me aseguras tú que me ayudarás a comprobar que es así. Pero si está, voy a suplicarte que me dejes tiempo suficiente para copiarlo —mentí—. Entiéndelo.

Meneó la cabeza con hartura. Los dos sabíamos que para librarse de mí no tenía más que avisar a la guardia. Pero había algo entre nosotros, pensé, que nos conectaba.

Leila me propuso ir en ese mismo momento a la biblioteca, que estaba en el edificio que teníamos delante.

Bajamos del cenador y, de camino al edificio, tuvimos que bordear una tumba.

—Estamos de duelo —me recordó—: un familiar.

Le pregunté si era normal enterrar a la gente en los jardines, algo que nunca habría ocurrido en la morería de San Millán.

—Ya no había acceso a los cementerios de fuera. Y pronto tendremos otra tumba aquí. Mi padre agoniza en su lecho. No es nada: el mundo, que se hunde —añadió como intentando quitárselo de la cabeza mientras caminábamos hacia las vidrieras del portón de la biblioteca.

Entramos a una habitación espaciosa y alargada, con cuatro pupitres de escritorio en el centro... Y lo que vi ahí me dejó sin aliento.

Leila, la amable anfitriona, me había engañado como a un crío.

La biblioteca de Alhakén

En la sala a la que acabábamos de entrar, los lucernarios de los techos altos dejaban pasar la luz por vidrieras con adornos de arabescos y lacerías, coloreando las estanterías que cubrían las paredes con códices apilados, los lomos a la vista, y con escalas de madera colgadas de listones en los estantes más altos para acceder a ellos. Al final de la habitación, otra puerta vidriada daba acceso a una sala semejante, y esa a otra y a otra más... Cuatro salas llenas de libros que no podían contarse por decenas ni por cientos, sino por miles: más libros de los que había visto juntos hasta entonces sumando las muchas bibliotecas de monasterio, estudio o catedral por las que había pasado.

Mareado a la vista del panorama que se desplegaba ante mis ojos, recordé el día de mi juventud en que decidí cambiar el hábito del rezo sagrado, siempre desoído desde el más allá, por el de la lectura, que de forma eficaz me ponía en verdadero contacto con el murmullo de los muertos desde una eternidad más manejable.

—Todos los de esta sala son libros traducidos del griego —me dijo Leila.

Como un sonámbulo, me acerqué a la estantería más cercana. Muchos de los códices tenían el título inscrito en el lomo, algo que no vería en bibliotecas cristianas hasta bastante tiempo después.

Leí el título de uno de los libros al azar: *Vida de Edipo*. Lo abrí. Fui al final, que en los libros árabes está donde tienen su principio los cristianos, porque los musulmanes leen y comienzan la vendimia igual que transcurre la vida para quien mira sin temor al norte: desde donde nace la luz del este hasta el ocaso. En la última página escrita encontré repetido el título con su nombre de autor. Lo deletreé: *H-m-r.Humirus...*

¿Homero?

Sabía que había una tragedia griega con el nombre *Edipo rey*, de Sófocles, de la que había leído una traducción latina en mi juventud, pero nunca había oído hablar de un poema del fantasioso Homero sobre Edipo, el rey amante de su madre, cuyos hijos eran también sus hermanos. No podía entretenerme con algo tan absorbente en aquel momento: cerré el libro y lo dejé en su sitio pensando que volvería a hojearlo despacio en cuanto sacara un rato.

Nunca volví a verlo.

Con los años he lamentado no haber mirado ni siquiera el primer verso, para guardarlo en la memoria. Pero sobre todo he lamentado no haber sido capaz, en aquel mismo momento, de seguir a ciegas mi primer impulso: salir corriendo a la carrera y sin soltar el libro de la biblioteca, y dejar atrás Córdoba y Al Ándalus, y volver con él a mi pequeña casa, lejos de cualquier peligro y de distracciones, para leerlo con tranquilidad y quizá entregar mis tardes a trasladar el texto, con esmero y algo de pereza, del árabe a buen román y en cuaderna vía.

Mientras recorriamos las estancias, Leila me explicó que aquello solo era una pequeña parte de la enorme biblioteca de Alhakén, el segundo califa omeya de Al Ándalus. Alhakén era un obseso de la lectura que dio desde el principio de su reinado orden tajante de copiar, comprar al precio que fuera, hurtar o robar con fuerza

cuando no hubiera más remedio cualquier tipo de manuscrito que apareciese en cualquier lugar del mundo, y había reunido una biblioteca de cuatrocientos mil libros.

Una cifra bastante sospechosa, por ser la misma que dan las crónicas para la de Alejandría. Una cifra mágica que significa, pensé, «los infinitos libros».

Cuando cayó el califato omeya, en los tiempos de la muerte del padre de Wallada, se quemó una buena parte de la biblioteca y el resto se dispersó por orden de los nuevos gobernantes. La princesa Wallada había conseguido quedarse con apenas una décima parte del legado, casi todo el literario, es decir, el de historias imaginarias —que no dejan de serlo por más que las consideremos reales— en verso y en prosa. Eso era lo que se conservaba aún ahí.

Supe entonces que los libros de la biblioteca del arzobispo de Toledo que yo había expurgado en vano a las órdenes de Odón de Cheriton venían también de la biblioteca de Alhakén: una pequeña parte de su colección de obras mágicas, que tampoco dejan de serlo cuando las consideramos doctas.

Un poco preocupado por el acuerdo de largarme de allí al anochecer, le pregunté a Leila dónde estaba el listado de obras.

—En la siguiente sala, que es la dedicada a traducciones de otras lenguas, como el latín, el persa, el acadio, el hindi... —contestó, llevándome hacia allá—. Lo hizo Lubna, la bibliotecaria de Alhakén, con sus ciento setenta mujeres copistas. Y luego se fueron incorporando las adquisiciones. Aquí lo tienes.

Señaló unas estanterías bajas que ocupaban el centro de aquella sala, al alcance de los pupitres de lectura, con mamotretos infolio.

—Tiene cuarenta y cuatro volúmenes. Está a tu disposición ahora mismo, si quieres consultarlo —continuó.

Se veía que estaba disfrutando con la encerrona que yo mismo le había puesto en bandeja. Imaginé a infinitas mujeres elaborando el listado infinito de la biblioteca de Alhakén. Iba a tardar más en buscar en aquel catálogo de cuatrocientos mil libros que en ir mirando uno a uno los ejemplares de la biblioteca que aún quedaba por ahí, con cuarenta mil, si no había entendido mal.

—¿Y cómo está ordenada la lista? —le pregunté.

—Como la biblioteca. Por disciplinas. Por géneros. Y luego por autores.

Le expliqué que debía de tratarse de un códice con obras sin un tema común reunidas por su familia a través del tiempo y encuadernadas conjuntamente. No quise hablarle de «El bastón de Dios», pero le señalé la existencia de un tratado fenicio de un autor llamado Magón, sobre el vino de Xerez que había hecho desde siempre su familia.

—Los libros con obras varias reunidas sin razón conocida aparecen indexados en el sitio de cada uno de sus opúsculos. Veamos —dijo sentándose en el diván.

Escogió uno de los treinta y cuatro volúmenes y estuvo pasando páginas.

—Aquí está —exclamó—: Tratados de agricultura. Ben Bassal, Hesíodo, Columela, Magón, Paladio, Plinio... Todo esto no está en nuestra biblioteca. Cualquiera sabe dónde acabaría...

Pero ¿qué biblioteca disparatada era esa de Alhakén? Le pedí a Leila que me dejara echar un vistazo a la página. El volumen se había confeccionado con la piel de no menos de cincuenta terneros, magníficamente tratados. Había entradas de distintas manos a dos columnas, y amplio espacio entre líneas que preveía la incorporación de nuevos códices. Estuve allí intentando leer. Tenía

que aferrarme a esa página si no quería pasar el resto de la tarde dando bandazos entre salas y estanterías.

Una de las entradas últimas se había escrito con tinta roja y una caligrafía de las que llaman cúficas, hecha con primor.

—Abú Zacarías, *Libro de agricultura*—leí.

—Sí, ese es importante, muy conocido —dijo Leila.

Me había detenido en él al ver que se le había escapado a la hábil calígrafa un pequeño borrón de tinta en la entrada. ¿Por qué? Levanté el códice y sostuve la hoja a contraluz. El sol pasaba deslumbrante a través de aquella piel fina como cristal.

Había ahí un palimpsesto: la entrada del libro de Zacarías estaba escrita sobre otra entrada que había sido borrada previamente con sutileza. Alguien la había raspado siguiendo el rastro de la caligrafía con la punta de un punzón afilado para raer la tinta y poder escribir encima la nueva entrada. Pero en el verso de la hoja, que afortunadamente estaba en blanco, el texto sobresalía invertido en relieve, con una huella clara como pasos de pájaro en el barro, dejada por la escritura con cálamo, primero, y ahondada después por el raspado del punzón, tan preciso.

—¿Tienes recado de escribir por aquí? —pedí.

Había de todo en los cajones de los escritorios. Tomé una de esas bolas de tinta seca para disolver que hacen allí con hollín y resinas, la froté sobre la página en blanco con el texto en relieve, y las palabras árabes se tiznaron de negro, en caligrafía invertida.

—¿Y un espejo, tienes, para leerlo? —le pedí.

Como Leila, que me estaba mirando con su gran boca abierta de par en par, no parecía tener uno por ahí, hice el esfuerzo de leerlo yo mismo así, del revés, silabeando:

—«*Sobre el vino de Sharis Siduna. Ver: Libro dieciséis del...*».

Me explicó Leila que Sharis Siduna era el nombre árabe de Xerez.

—Claro —exclamé antes de seguir leyendo la entrada—: «... *Libro dieciséis del Tratado de agricultura de Magón de Cartago, en el Tesoro de la sabiduría de los omeyas*». Ese es, según tengo entendido, el verdadero título del *Códice Wallada*.

Tomó aire, mientras yo escudriñaba su rostro de gárgola. ¿Se había dado cuenta de que no iba a ser sencillo librarse de mí y estaba a punto de llorar?, ¿o había por ahí una sonrisa de burla o de dolor, como si le hubieran clavado un cuchillo en el pie?

Entonces se levantó decidida, tomó otro volumen del catálogo, lo abrió, pasó páginas atrás y adelante, hasta que llegó a la que buscaba. Puso ella misma a contraluz el texto. Y sin duda encontró ahí un nuevo palimpsesto.

—*Tesoro de la sabiduría de los omeyas*. El *Códice Wallada* existió —dijo, incrédula aún.

Tomé el catálogo. La entrada principal del *Códice Wallada* había sido borrada también, y luego sobrescrita con otras entradas. Esta vez iba a ser más dificultoso leerla, porque el verso de la página estaba plagado de anotaciones de obras, en rojo.

—¿Y cómo se sabe en qué parte de la biblioteca está? —le pregunté.

—Al final hay un código, la signatura, el número que indica la posición de cada libro en la biblioteca.

Busqué a contraluz el final de la entrada y, poniendo el catálogo sobre la mesa, tizné con la bola de tinta negra la parte donde calculaba que andaba. Pese a que estaba arruinando la página del catálogo, Leila no me detuvo. Surgió ahí, entre las anotaciones en rojo, en relieve tizado, una ristra de números arábigos invertidos.

Leila estuvo un rato descifrando la signatura.

—¿Te dice algo? —le pregunté.

Asintió cerrando los ojos.

—Es en la zona de poesía árabe, en el estante con las obras de mi antepasada Wallada bint al-Mustakfi, la dueña del código. Sé bien lo que hay ahí, y no está.

—Vale, pero déjame echar un vistazo —pedí, pese a que no sabía si, además de sorprendida, estaría a punto de lanzarme un grito monstruoso para expulsarme de la casa.

Se levantó y fuimos a la tercera sala, que, al parecer, contenía solo literatura árabe.

—Allí arriba, en el último estante de la izquierda —me señaló mi dudosa anfitriona.

Tomé una de las escalas de madera. Se podía deslizar por el listón del que colgaba para acercarla a la estantería a la que quería ascender.

Había en el estante dedicado a Wallada una veintena de pequeños códigos, ninguno lujoso. Leila me indicó desde abajo que los dos estantes de al lado tenían las obras de un poeta llamado Abenzaidún con el que Wallada había mantenido una relación apasionada y, por consiguiente, poco duradera. La fama de ese tal Abenzaidún sí había llegado a mis oídos. No sé cómo. Por casualidad sería.

En sucesivos ascensos y descensos bajé todos los libros.

Fui abriendo primero los de Wallada, en su mayoría poemarios que habían sido escritos con letra primorosa. En poco rato descarté la presencia del *Código Wallada* entre ellos.

—... Y esto es una biografía de Wallada hecha por su esclava Muhya, también poeta —me indicó Leila al abrir el último código.

Wallada, Abenzaidún, Muhya... Vaya nombrecitos se gastaban, dije entre mí. Como para retenerlos.

Tomé ese último libro. Se titulaba *Historia de la princesa Wallada, el poeta Abenzaidún y la esclava Muhya*. No era muy extenso, aunque sí lo suficiente como para entretenerme dos o tres días en

una lectura minuciosa en busca de pistas del *Códice Wallada*. Lo abrí por el final. Intenté leer en silencio la última entrada, pero, aunque estaba escrita también en caracteres árabes, resultaba tan incomprensible para mí como para Leila. Solo entendíamos una palabra, que estaba subrayada: Wallada. Y alguien antes de mí había intentado comprender aquello, porque había otra palabra más, destacada con una llamada y una pequeña glosa al margen, de otra mano, y esta sí en árabe: «serpentear», ponía.

Lo cerré y le pedí a Leila que me permitiera quedarme dos días allí para leer la biografía. Lo que imaginaba es que a continuación me iba a expulsar con cajas destempladas.

—Dos días son mucho tiempo... —titubeó.

Eso sí que no me lo esperaba. ¿La había convencido? ¿En qué momento que a mí se me había escapado?

—Yo misma puedo leértela mañana —continuó—. Y te doy permiso para quedarte si me prometes no abandonar la casa hasta que hayamos comenzado la lectura. Y dejarla para siempre cuando la terminemos.

El libro me interesaba, pero lo que quería yo en realidad era, mientras leía y le daba vueltas al asunto, moverme con libertad por la biblioteca, sin Leila vigilándome.

—De acuerdo —dije—. Pero entonces quiero ver ahora la anotación del *Códice Wallada* completa. ¿Puedo?

Me permitió tiznar esa página y ni una más, como fiel guardiana de la biblioteca. Pero ¿por qué no lo impidió? El comportamiento de la gárgola me cuadraba casi tan poco como su aspecto. De cualquier modo, ya tenía lo que necesitaba, y en cuanto se ausentó para que me dispusieran un dormitorio, salí al cenador del jardín a buscar la frasca con el resto de vino, que, aunque se había caldeado bastante,

me ayudó a encontrar la entereza de ánimo necesaria para continuar mi búsqueda.

En la larga entrada sobre el *Códice Wallada* se daba también la lista de opúsculos que lo componían, con una breve descripción de cada uno, que estuve repasando un rato.

La primera obra era una genealogía de la familia omeya hecha por Alhakén, el califa que reunió la biblioteca. La segunda, un diván de poemas de Wallada, el poeta Abenzaidún y la esclava llamada Muhya. Después había un opúsculo sobre técnicas para esculpir en la piel practicadas por las reinas kandake en el antiguo reino de Kush, al sur del Egipto. Había, además, un tratado sobre la fabricación del pergamino de trapo firmado por uno que se decía papelero de Xàtiva. Y una receta de una pócima para curar el dolor de muelas, seguida de otra para la cura de la irritación de encías provocada por la pócima anterior... Recuerdo también un tratado sobre el cultivo de la adormidera. Y otro sobre la elaboración de una triaca con más de sesenta y nueve productos distintos y supuestamente eficaces, pero la breve nota no decía para qué. Otrosí, un estudio en el que el reconocido sabio Abbás ben Firnás enseñaba a tallar cristal de roca para hacer *piedras de lectura*, que Leila me explicó luego que eran lentes convexas que se usan como lupa de aumento poniéndolas sobre los textos para leer con tanta comodidad como aprovechamiento. Y otro tratado del mismo autor para construir unas alas mecánicas, quizá con el fin de estrellarse saltando con delirios de Ícaro desde algún acantilado...

Era un verdadero compendio del conocimiento y la estupidez humana en batiburrillo desbarajustado. Pero al final, tras el tratado sobre el vino del supuesto sabio Magón intitulado «Regla para transformar en oro de Xerez el vino», figuraba por fin la obra codiciada por tantos: «El bastón de Dios».

Ahora solo faltaba averiguar dónde podía haber ocultado el *Códice Wallada* la misma persona que había borrado y tapado en minucioso palimpsesto las distintas entradas en el catálogo. Casi nada. Resoplé.

Cuando Leila regresó, quedaba tiempo aún para el anochecer, pero yo estaba empezando a notar los estragos del embate de los acontecimientos de los últimos días, y amenazaba con quedarme dormido sobre los libros. Me dijo que ya habían preparado mi habitación, le pidió a una de sus sirvientes que me acompañara al lecho y quedamos en vernos al amanecer en aquella misma sala, para la lectura.

Tenía poco tiempo para pensar, y menos aún para actuar. Así que en cuanto me dejaron en mi cuarto le quité el lienzo a una estrecha tronera que había en una de las paredes. Daba a un recodo de la plaza del zoco, bastante despoblada ahora.

Los tenderetes se habían desmontado, incluido el del sedero y adivino. Pensé que andaría ahora por la tienda de la alcaicería. Si no estuviera tan cansado, dije entre mí, me iría en ese momento a hacerle las cuatro preguntas sobre Lope pendientes de respuesta.

Me quité la idea de la cabeza. Le había prometido a Leila que no dejaría la casa hasta que me marchara definitivamente. Pero si me marchaba, nunca podría encontrar la tumba de Lope. ¿Y qué? ¿Qué tipo de rezo absurdo quería hacer allí?

Si me esforzaba metiendo tripa y aguantando la respiración, pensé, seguro que cabía por aquel ventanuco. Pero las posibilidades de romperme la crisma después eran muchas.

Tomé el pañuelo que me había dado Mateo Sancho, nuestro hombre en Córdoba, para velarme siguiendo la costumbre indumentaria almorávide. Abrí la puerta y lo primero que hice fue constatar que no sabía cómo volver desde allí a la biblioteca o cómo

llegar a cualquier otro sitio en el que ya hubiera estado dentro de aquel lugar laberíntico. Tomé a la izquierda por el pasillo. No tardé en desesperarme de tanto subir y bajar escaleras, cruzar corredores y atravesar jardines (en mis cuentas me salían muchos más de siete), y tuve que admitir que estaba perdido. Entonces vi una sombra con gorro doblar una esquina a lo lejos. Me lancé a la carrera y avisté al hombre del bonetillo bermejo justo cuando se perdía por el recodo de una escalera. La bajé en pos de él, pero le perdí la pista.

Sin embargo, reconocía el lugar al que había llegado: estaba junto al zaguán de entrada. Lo crucé, abrí la puerta y salí al callejón dejándola entornada para poder regresar. Dispuesto a todo.

—¡Se hace saber...! ¡que en la gloriosa defensa de nuestra medina...!, ¡la guardia bendita que vela por nuestra paz y seguridad...!, ¡de nuevo demostrando su brío y su valentía...!, ¡ha apresado a un puñado de traidores nazarenos...!, ¡los cuales...!, ¡escondidos como vecinos nuestros...!, ¡andaban tramando para el enemigo...! ¡el modo de abrirle nuestras puertas...! ¡con el fin de favorecer la destrucción de nuestras casas...! ¡Y entre los presos se encuentra, nada menos...!, ¡que el rebelde maldito y con denuedo perseguido...! ¡Muley Muza, por nombre nazareno Mateo Sancho...!, ¡renegado confeso y que será ejecutado...! ¡en el tercer atardecer después del que está llegando...! ¡y en esta misma plaza, para ejemplo de todos!

Eso andaba gritando a voz en cuello, cuando salí a la plaza, un pregonero subido a la tarima del patíbulo, que había conseguido convocar frente a él un grupo no pequeño de curiosos. Me metí entre ellos mientras concluía el anuncio. En la tarima había ya varias picotas con cabezas expuestas de traidores lugareños. De las que estaban sin ocupante, una esperaba sin duda al doncel indolente. En

una guerra nunca sabes si son peores los salvajes que te atacan o los que te defienden. Descubrí con alegría que uno de los que seguían atentamente el discurso era el sedero, con el que tenía pendiente un intercambio de cortesías. Lo seguí al finalizar el acto y, cuando vi que se metía en los bajos que daban a la alcaicería, decidí adelantarme a sus pasos por otro camino y esperarlo en su sedería, donde sin duda podría mantener con él un intercambio de opiniones.

Cuando entré en el comercio, el joven al que ya había visto la otra vez se acercó a mí con gesto lastimero:

—*Lo siento mucho, sahíb*—dijo—: *estamos cerrando.*

Por única respuesta le aticé en el mentón. Con los jóvenes sobran las palabras, ellos entienden mejor los hechos consumados, sobre todo si les duelen. No obtuve de él ninguna información, porque se tiró al suelo desmayado con la insolencia común a los de su breve edad, así que arrastrándolo por los pies lo llevé a un rincón de la tienda y me aposté junto a la puerta. El sedero entró tranquilo, llamó a su dependiente, lo localizó allí caído y, lamentándose, se agachó a ver qué le había ocurrido.

Esta vez no se me iba a escapar. Lo enganché de la capucha de la chilaba, lo alcé en volandas y lo estampé contra un gran armario. Luego le di la vuelta y lo agarré de la pechera.

—Por fin solos —mascullé.

—¡Eres tú, amico! ¡Qué alegría de los mis ojos! ¡Bienvenito a la mi casa!

Tenía carácter, todo hay que decirlo.

—Ahora me vas a contar exactamente cómo y dónde murió mi amigo Lope Ruiz.

—¿Lope Ruiz? Yo no... ¡Ah! ¿Ben Saíd? ¿El renegado?

—Sí, Ben Saíd. Cuéntamelo despacio porque lo tengo que comprender bien.

—¡Pero yo non sé, yo non lo ha visto!

—¿Y por qué le contaste en San Millán a Yusef el Cordobés que lo habían acuchillado ahí fuera, en la puerta de tu tienda, con treinta puñaladas?

—¿A Yusef?

—A Lope, o Ben Saíd.

—¡Yo a Ben Saíd no le conto nata de nata!

Era difícil conversar con alguien tan marrullero y obstativo, así que lo solté, pero solo para atizarle con más impulso un gancho al hígado, a lo que respondió derrumbándose con rostro dolorido que adquirió una tonalidad amarillenta.

Odio hacer esas cosas casi tanto como que me las hagan, pero las prisas son las prisas.

—Le contaste a Yusef que habían apuñalado a Lope —repasé con paciencia—. Escucha bien: como me vuelvas a marear te doy una paliza. Dime para quién trabajas. ¿Alvar? ¿Por qué fuiste a casa de Yusef con el cuento de la muerte de Lope?

Funcionó..., quizá para darle la razón a la sabiduría popular, que sostiene que hablando se entiende la gente. Viendo al fin que no iba a poder librarse de mí, me explicó que cuando decidió ir a Pamplona para vender su mercancía, a la vista de que la toma de la Axerquía auguraba malos tiempos para la ciudad, Leila bint Marwán, mi renuente anfitriona, la gárgola, le pidió que llevara recado del estado agónico de su padre a un tal Yusef, vecino de la morería de San Millán.

Leila mandándole recado a Yusef. Estaba tan agotado, y tan agitado de golpear al sedero (y tan contento de hacerlo, tengo que confesar), que no me di cuenta en absoluto de lo que significaba eso.

El sedero me explicó que llevaba siempre en sus viajes encargos de ese tipo, con los que añadía propinas a las ganancias mercantiles.

—Vas muy bien. Dime también cómo te llamas —le pedí, igual que hacen los comerciantes como él, con la excusa de dirigirse a sus víctimas por su nombre, pero con el único fin de acumular información.

—Benamí Benamí —repitió.

—¿Cómo?

Le había entendido: «Ven a mí. Ven a mí», como si para decírmelo necesitara que acercara la oreja.

—Benamí Benamí —repitió de nuevo.

O quizá dijo «Benamí ben Amí», que es como decir allí «Benamí hijo de Amí». Para no perderme en detalles pasé por alto el asunto y le pedí que continuara.

Tras una prolija exposición de los sinsabores del comercio textil, añadió que, al intentar salir de Córdoba, y habiendo pagado a los almogávares la cantidad habitual en casos así, lo detuvieron los mismos que se la habían embolsado. Y lo llevaron ante Alvar.

—¡Es mala hente! ¡Moocho pelicoroso, Alvar Colodro! —tuvo la cortesía de advertirme.

Para su sorpresa, no para la mía, Alvar conocía a la perfección adónde iba y el recado que le había dado Leila.

—¡Mi robaron di la mercadería toda! —lloró.

Alvar le había hecho viajar a caballo hasta San Millán, pero por caminos que no eran de herradura sino aptos solo para cabras, y, una vez allí, le había obligado a espiar en mi casa y en la de Yusef. Sobre todo en la de Yusef, de la que le había pedido toda clase de señales: qué accesos tenía, cómo estaba distribuida, dónde se encontraba el dormitorio de la niña, cómo era el patio, en qué sala guardaban los libros... El sedero Benamí no sabía para qué quería

todo eso Alvar, hasta que al día siguiente de su visita, antes de partir de vuelta a Córdoba, oyó con horror comentar en la taberna de postas la trágica muerte de Yusef y de su hija Aixa.

—Nada contra ellos tenía yo, sahíb —me aseguraba—. Ni los conocía ni los malquería. Pero los mis ojos ven bien que non si puede desobedecer Alvar y luego vivir mocho para contarlo. ¡No! ¡Mala hente!

Añadió que cuando llegó a la casa de Yusef, le dio la noticia de la enfermedad del padre de Leila, de la que Yusef quedó muy consternado, y se apañó para que lo invitaran a tomar infusión de menta. Y, para amenizar la velada, como si no hubiera ya suficientes malas noticias, consciente de que Yusef tenía algo que ver con Leila, le contó también la toma de la Axerquíá por los cristianos y la muerte de Ben Saíd, o Lope, al que había visto en casa de Leila cuando le hicieron el encargo del recado, y cuya ejecución había cantado el pregonero en la plaza justo cuando el sedero salía de la medina con destino a Pamplona.

—Mientes —le resumió—: Le contaste que habías visto su muerte en la puerta de esta tienda.

Benamí sudaba. Me juró que había ambientado esa historia a las puertas de su tienda para darle amplitud, colorido y fuerza al relato, y entretener a Yusef mientras fisgaba y memorizaba la ubicación de los libros y la distribución y los accesos de la casa. Desde su punto de vista, aquello no era una mentira.

—¡Ricursos di buen comirciante!

Lo dejé ahí, harto de su palabrería, y salí de la tienda.

—¡Amico! ¿Y te vas sin nada me comprar? —me dijo—. Nunca sale nadie de mi tienda sin mercaduría en mano. ¡Acabas con el mi prestihio!

Ni que decir tiene que la puerta estaba cerrada cuando volví ya de noche a la Casa de los Siete Jardines. Llamé con los nudillos, aplicando la contraseña de nuestro hombre en Córdoba, por costumbre ya, más que por necesidad, e intentando imaginar una excusa convincente para el incumplimiento de mi promesa ante mi anfitriona, mi sueño de piedra y carne.

Maldita alborada

—*En el nombre de Dios, el clemente, el misericordioso: honor al vino de la mañana y gloria a quien recoge las vidas de sus cercanos y queridos como fuente de enseñanza...*

El desayuno de vino caliente con azúcar, un endulzante que hacen por allí y prefieren a la miel, me había dejado el cuerpo capaz de escuchar cualquier cosa en la voz de Leila, desde la música de las esferas a las trompetas de Jericó anunciando la destrucción de Córdoba, pasando por la *Historia de la princesa Wallada, el poeta Abenzaidún y la esclava Muhya*.

Para mi sorpresa, Leila no me había pedido explicaciones y tampoco había prestado atención a las que intenté darle sobre mi desaparición de la tarde anterior. Se desentendió con displicente superioridad. Imaginé que, para librarse de mí, habría juzgado más expeditivo que expulsarme leerme el libro cuanto antes.

El principio de la historia biográfica que leyó evoca el mismo momento en que Muhya, la esclava que la narra, conoce de niña a la princesa Wallada, una mañana de mercado en la plaza de Córdoba.

El padre de Wallada, un noble omeya, lleva a su hija de la mano y se para en el puesto de un libio vendedor de higos. A los pies del vendedor está su hija Muhya jugando a la taba. Wallada, al ver a la niña de su edad tirada en el suelo y llena de barro, se agacha y le pasa la mano por los mofletes.

—¿Con qué te has pintado la cara? —le pregunta.

Muhya renuncia a convencerla de que su piel negra no está pintada y le enseña a jugar a la taba mientras los padres se entregan al cansino regateo por los higos. Hecha la venta, la princesa monta una pataleta. No quiere separarse de su nueva amiga pintada de negro. Acaba obedeciendo a su padre, pero antes de marcharse le susurra a Muhya, con lágrimas y una sonrisa:

—Eres mía y mi padre te va a comprar.

El futuro califa regresa esa misma mañana al zoco a regatear otra vez con el vendedor de higos, que es viudo y no tiene problema en deshacerse de su hija. Cuando Muhya llega a la casa de Wallada, su nueva familia se está preparando para trasladarse a Xerez. El padre de Wallada acaba de recibir el encargo de administrar la alquería familiar en esa ciudad para controlar allí la producción de vino con que comercian por todo el califato omeya y más al este.

—Hemos pagado por ti cuarenta feluses —le dice Wallada a Muhya cuando las sirvientas de la casa omeya la llevan ante su presencia, después de bañarla y vestirla con una hermosa túnica de seda.

—¿Cuarenta? —pregunta abriendo los ojos.

A Muhya, que una vez encontró en el suelo un felús, del que se adueñó su padre tras darle una bofetada, cuarenta le parecen una fortuna. Pero Wallada, la futura princesa, la saca de su error:

—Vales lo mismo que dos brazos de cebollas o medio conejo despellejado.

El sobresalto que me había producido conocer a Leila, unido a la expresividad de su voz grave y la claridad de su lectura, me tenía atado al testimonio. Y contribuía al encantamiento el abandono de la

postura que había adoptado al leer. Las mujeres musulmanas descuidan en las casas la ocultación de la piel que practican en la calle. Asomaba a mi vista entre los pliegues de su túnica un muslo que me distraía de la historia de las niñas Wallada y Muhya. Y sin saber ni querer saber la razón, la deformidad de Leila me excitaba más que la armonía y simetría de otras mujeres. Levantarme y caminar mientras ella leía me pareció lo más sensato, y lo hice, pero mi renuncia me distraía más.

Somos así, siempre utilizamos nuestro menguado juicio a favor de nuestras debilidades, para justificarnos. Pensé que aquel pecado podría interesar a mi abad sin escandalizarlo, y tomé nota para mi siguiente confesión. Hallar la penitencia por mirar la piel rotunda de un muslo... ¿quizá en relación con su tamaño? Eso le iba a dar trabajo a dom Juan.

Pese a su posición y su infancia fácil, pronto llegan las complicaciones: Al Ándalus se desvanece en la *fitna*, la guerra civil que divide el califato en reinos de taifas. Tras la captura y muerte de su padre, que se había convertido en el efímero califa Muhammad III, la princesa Wallada pasa años difíciles en las cortes de los nuevos califas que se suceden arrebatándose el poder. ¿Son invitadas o prisioneras, ella y su madre, una cristiana que había ascendido de esclava a esposa preferida del padre?

Respetada por unos y esquivada por los que le piden que se una a su ajetreado harén, Wallada consigue preservar a duras penas su independencia durante la primera juventud. Es la época en que, con su esclava Muhya, descubre la poesía gracias a los maestros de la corte, en donde las dos destacan por su ingenio. Como única

heredera de las posesiones de su padre, aprovecha sus posibilidades de emancipación a la muerte de su madre y, una vez fuera del alcázar, restaura una de las pocas propiedades que puede conservar de su patrimonio: la misma Casa de los Siete Jardines en donde Leila me leía la historia, que se convierte pronto en el principal salón literario de la ciudad. La habilidad y el descaro de ama y esclava para improvisar versos procaces las hace célebres en las más lejanas cortes del islam. Todos los poetas musulmanes quieren asistir allí para escuchar el canto y contemplar el rostro y el baile de Wallada.

En ese tiempo de prosperidad, regresa a Córdoba el joven poeta Abenzaidún, cordobés de nacimiento que trabaja como espía para el rey de la taifa de Sevilla. Abenzaidún ha recibido el encargo de hacerse con un valioso libro de la biblioteca de Wallada. Consigue infiltrarse al servicio del rey de la taifa cordobesa y se pasea por sus salones literarios mostrando su habilidad poética. Hasta que le llega, como buscaba, la invitación a asistir al salón de Wallada, donde lo recibe al fin, una noche, Muhya.

Mientras la esclava negra lo incienso y le unta algalia en el cuello, Abenzaidún le niega la palabra y la mirada, cómodo en el desdén del servicio, pese a que no le pasa inadvertida su belleza.

Después, intenta hacerse invisible en el salón, lo que logra sin dificultad, puesto que apenas conoce a nadie. Observa y se prepara para acaparar la admiración por sorpresa mediante su habitual solvencia poética.

De pronto Wallada irrumpe con altanería, el rostro oculto a sus invitados por un nicab negro del que el rasgado deja ver solo el brillo azul oscuro de los ojos. A su paso, los poetas se retiran en un silencio que muestra respeto y codicia. Ella cruza el salón y se recuesta con gesto perezoso en un diván que hay en la alcoba situada al fondo, sobre el suelo elevado por una tarima.

—Hace calor, ¿no es cierto? —dijo Leila interrumpiendo la lectura.

El comentario me impacientó. Metido en la historia, me había identificado con aquel poeta infiltrado en busca de un manuscrito. ¿Se identificaba ella también, quizá, con la princesa? ¿Me estaba arrastrando a reproducir la conducta que siguieran los protagonistas del relato? ¿A qué elaborado juego estaba jugando?

Entonces no me daba cuenta, pero en aquella estancia nadie era inocente, ni Leila ni yo, ni mucho menos los personajes del relato de Muhya —la esclava a la que Wallada enseñó a leer, entregándole así las llaves de su historia—, ni la luz tremenda de la mañana, ni la odiosa brisa ardiente que venía del río. Y si es que alguna vez cualquiera de nosotros había tenido inocencia, se nos había acabado de pronto, por causas que no lográbamos recordar.

Pero era verdad: hacía calor. La luz entraba cenital por la claraboya de la segunda sala de la biblioteca y el rostro de Leila brillaba por el sudor cuando soltó el códice sobre la mesa y se quitó con pereza la aljuba. A través de la túnica de lino que llevaba debajo, ligera como gasa en el talle, se transparentaban, a ambos lados de un escote de cerradura, los botones negros de los senos..., si acaso no me los había imaginado, porque, en cuanto sentí que ella me vigilaba de reojo, aparté la mirada de su cuerpo como si me hubiera quemado.

Había notado que la túnica era más gruesa en la falda, lo que me molestó y al tiempo me descubrió un inexplicable interés por la pierna coja que no mostraba.

La imaginación nunca se cansa. Creo haber dicho ya que no tengo enmienda ni salvación. En lugar de preguntarme de dónde venía mi

oscura curiosidad, me preguntaba, nervioso, si me dejaría ver lo que ocultaba y tocarlo.

Estuve bastante tiempo perturbado por el cambio de atuendo y de postura, distraído y como alejado del cuento, pero poco a poco conseguí borrar de mi mente lo que había visto para interesarme de nuevo por los amores de Wallada y Abenzaidún que Leila leía desde su diván.

Abenzaidún permanece en el salón literario durante largo rato en silencio, vigilando a los invitados y escuchando versos no siempre felices. Nadie se acerca a la anfitriona, que sigue recostada, y él tampoco lo hace. Como ave de presa, sabe esperar.

Los músicos comienzan a elevar con suavidad el volumen. Se suceden las bailarinas, que dejan ver su rostro, el cabello, los brazos, los tobillos... La esclava Muhya se convierte pronto en el centro de la velada por el descaro de su baile, con su larga melena rizada y sus fascinantes muslos y pies negros descalzos, muy blancos en las plantas. Otras esclavas sirven xerez, un vino dorado exclusivo de las bodegas de aquella familia, de cuyo poder para invocar la poesía Abenzaidún ha oído hablar en más de una ocasión. Lo prueba, lo apura y pide más. Un poeta local parlanchín se acerca a él para ilustrarlo en tono cómplice y confidencial, pese a que nadie se lo ha pedido:

—Quizá muestre su rostro Wallada hoy. O quizá baile. A veces lo hace.

Cuando menos se lo espera, Muhya lo ataca directamente a él con un poema, mirándolo a los ojos.

Aunque bailan por él, ninguna esclava amaba

del salón de Wallada por el que retozaba
a los bellos poetas acechando sin traba:
que lo ensarte un rabo Abenzaidún tramaba.

Cuando las carcajadas de los presentes saltan al final de los versos, él ríe también, divertido. Sabe que está pagando su desprecio a la entrada y que no hay nada más alegre en un salón que un forastero puesto a prueba por un poema mordaz. Todos esperan su respuesta, pero rechaza el enfrentamiento y contesta a la provocación de Muhya con un elogio de halagos afinados y nada convencionales. Sabe lo que hace: consigue sorprenderla y apaciguar su saña. O eso le parece.

Si la esclava es así, ¿cómo será la señora?, se pregunta.

A medianoche, cuando los invitados se disponen a retirarse sin que Wallada haya abandonado el rincón desde el que contempla con desgana la fiesta, la esclava Muhya le hace llegar a Abenzaidún un billete de la anfitriona que el poeta abre ya fuera del palacio: se le invita a regresar y entrar por otro acceso rodeando la casa. Decide acudir, pero sigue sin tener prisa, por el momento le basta con establecer algún tipo de familiaridad que le permita visitar a la princesa otras veces y robar, tal y como le han encomendado, un códice religioso, según imagina por su título: *El bastón de Dios*. La esclava Muhya lo está esperando en un postigo que da a un descampado frente a la muralla de la ciudad, tras la que se oye cercano el paso del Guadalquivir. Entra en un jardín con un estanque circular en el que hay una isleta con un gran surtidor y dos palmeras. Caminan hasta el interior del edificio y, a través de pasillos, salas y miradores, llegan a la habitación de la princesa.

Al entrar en ella, Abenzaidún se queda paralizado.

Wallada lo aguarda tumbada en su amplio lecho. Se ha quitado el nicab y el resto de la ropa. En aquel cuerpo extremadamente blanco,

solo cubierto por sus largos cabellos rojos, brillan con fogonazo zarco los ojos. Pero casi le sorprende más que la princesa se dirija a él con voz tranquila, como si fueran viejos amantes. Le pide que se siente en la cama a su lado, y él lo hace, intentando esconder su desconcierto, como si estuviera acostumbrado a situaciones así.

Ella, entonces, le da dos opciones, con voz algo cansada, como si las repitiera a menudo. No es más que un juego: puede tomar su cuerpo a lo largo de esa noche y hacer con él lo que quiera, pero si lo toma no volverá a entrar en el palacio. Sin embargo, si tiene dominio de sí y alcanza la alborada recostado junto a ella, sin tocarla, le entregará su cuerpo en la siguiente velada y en todas las que quiera, cuantas veces vaya a visitarla. Le advierte que nadie lo ha conseguido hasta ahora.

Y a cambio de su cuerpo, tomado una o mil veces, según decida, solo tiene que darle un poema escrito para ella en el que refleje el deseo que ha sentido esa noche a su lado.

Abenzaidún medita.

—¿Que habrías escogido tú en su lugar? —preguntó Leila de pronto, tras haber detenido con un largo silencio la lectura.

Esa misma pregunta me estaba haciendo yo, al fin y al cabo. Mi falta de carácter me inclinaba a aprovechar los placeres seguros y complacerme luego en el recuerdo incandescente. ¿Por qué no apostar a una noche inolvidable en lugar de resignarme a una libertad tan amplia que, con el tiempo, acabaría pareciéndose a la monotonía matrimonial?

—En cuestiones de amor siempre obedezco al instinto —contesté, intentando dárme las de entendido, por pura debilidad.

—¿Y qué hay de la castidad de los sacerdotes nazarenos? —se extrañó.

Era incapaz de imaginar qué gesto o palabra míos me habrían revelado ante ella como clérigo, puesto que el tamaño de mi tonsura nunca supera el de una pequeña moneda y ya se había cubierto de pelo durante el viaje, pero intenté no mostrarme cohibido, y sentencié, como ese cura de pueblo que soy, con tanta manga ancha para las debilidades ajenas como para las propias:

—Bueno, una cosa es predicar y otra dar trigo.

No me esperaba tampoco su carcajada, mucho más sarcástica que cómplice. Menos aún que se quitara el escaupín del pie izquierdo. La sinuosidad del empeine primero, la planta que me mostró luego tras retorcerlo y, en fin, la vida propia de cada pequeño dedo regocijándose en su repentina libertad se me colaron en el cerebro y lo pisotearon.

De cualquier forma, el asombro de saber que el poeta Abenzaidún buscó en tiempos, como yo buscaba ahora, un manuscrito de algo así como ingeniería bélica y por encargo del rey, junto a la ausencia de comentarios por parte de Leila al respecto, me había descolocado.

Así andaba: balanceándome entre el misterio de la historia leída y las sensaciones que hacía brotar el cuerpo de Leila en el mío, sin conseguir explicarme por qué me atraía en ella lo que siempre había considerado espantable. El calor de la hoguera interna excedía incluso al del horno cordobés.

Desesperado como un camello con bozal que arriba a un vergel—así lo expresaba el manuscrito que Leila leía—, Abenzaidún intenta

dormir junto a la tentación sin aceptar que la alternativa elegida lo condena al desvelo. Primero se ha sentado en una silla cerca de la estancia, pero, una vez que entiende que Wallada se ha dormido, el deseo de descansar y, sobre todo, la posibilidad de la contemplación minuciosa del cuerpo de la princesa lo han llevado al fin a tumbarse vestido a su lado. Es consciente de que la continencia, por insoportable que parezca, puede proporcionarle facilidades para hacerse en el futuro con el libro que busca —por no hablar de otros beneficios acaso más apetecibles—. Observa perplejo la tersura de la carne hirviente y traza a su través líneas que unen lunares en constelaciones. Le parece que puede escuchar con nitidez el ritmo de la respiración pausada y hasta los latidos del corazón de Wallada. No consigue evitar el aroma que exhala, con matices de azahar y de miel y de vino que lo emborrachan más que el xerez que hoy ha probado.

Como era previsible, ninguno de los rezos que recuerda de su infancia lo protege o lo distrae del deseo de lamer la miel que tiene a un costado. Un movimiento perezoso de Wallada buscando una nueva postura lo aterroriza, a punto de causar la debacle con la visión de su espalda estilizada.

Se concentra entonces en el recuerdo de una pantera enorme que vio cuando era niño, de la mano de su madre, en el zoco de Fez. Aquel animal ocupó buena parte de sus pesadillas infantiles. Abre en su mente la jaula en la que estaba y entra cerrándola a sus espaldas, para ver si consigue distraerse un rato mientras asiste al festín imaginario de la fiera con su cuerpo.

Maldita alborada: nunca llega si los enamorados la necesitan. Solo cuando la rehúyen. Y él ¿qué hace allí quieto? ¿Por qué no acerca sus manos a lo que desean?

Entonces ve que en el hombro izquierdo Wallada lleva esculpido un extraño dibujo. Intenta distraerse descifrándolo, pues ha intuido a la primera que esconde escritura. Descifra una a una las palabras sincopadas hasta que las resuelve en dos versos:

Para gloria fui hecha, Alá será garante,
y altiva voy mi vía, que yo tracé fragante.

Y en el hombro derecho descubre y descifra otros dos:

Del sol de mis mejillas doy riendas al amante
y mis besos te ofrezco si vienes suplicante.

Cuando Leila leyó aquellos versos, mi cuerpo se sacudió en un respingo. La memoria los había volcado de inmediato en cuaderna vía, tal y como los había traducido cuando los encontré inscritos en los hombros de Aixa, la muchacha que unas semanas atrás había aparecido decapitada y ahogada en mi pozo.

Hermosa deformidad

—¿De quién son esos versos? —pregunté confuso interrumpiendo esta vez yo la lectura.

El cabello de Aixa aún se me aparecía en sueños aterrador, flotando en guedejas sobre la superficie circular del agua del pozo como la cabeza de Medusa en el escudo de Minerva.

—De Wallada —respondió Leila.

—Si un cristiano se graba una inscripción en la piel —dije intentando esconder mis emociones—, se arriesga a que se la quemen con una barra de hierro candente. Dicen que son estigmas que el diablo esculpe en la carne de sus adoradores para anotar sus deudas.

Leila volvió a reírse, esta vez con alegría.

—En Córdoba se dice lo mismo. Pero algunos no lo creen.

—¿Y cómo se podría grabar con nitidez un texto así en la piel? —le pregunté, ya que estábamos.

—Un amante nazareno que tuve llevaba el Cantar de los Cantares inscrito en griego en la espalda. Pero hay modos ancestrales de escribir el árabe en figuras que ocultan la escritura dándole apariencia de adorno.

Entonces, posándome una de sus manos en la rodilla y mirándome con profundidad de cíclope cruzado con basilisco, me susurró:

—¿Por qué buscas el *Códice Wallada*, Gonzalo? Solo si me lo dices podré ayudarte.

Y después, como si supiera que no iba a contestar, con la mano detenida en donde estaba como un pájaro distraído y temerario, me hurtó el azul tormentoso de su ojo y siguió leyendo como si nada el código, que sostenía en la otra mano con elegancia.

Me vi perdido.

En el mismo instante en que un rayo de luz entra con timidez en las habitaciones de Wallada por el balcón del mirador —según me iba leyendo Leila—, Abenzaidún sale del estupor que le provoca el cuerpo desnudo y dormido de la princesa: la carne blanca de los senos, las areolas terrosas, los pezones brunos... Se pone en pie de un salto y huye de allí sin mirar atrás. Se acuerda de su misión, pero puede aplazarla sin problema ahora que tiene para siempre la confianza y el amor de la princesa.

Al salir de la cámara se asusta al ver que lo espera fuera la esclava Muhya, solícita. Lleva ahora una camisa ocre, labrada de oro y seda, que ni siquiera alcanza a cubrirle las rodillas. Su figura es un nuevo golpe inesperado para el cuerpo del poeta, maltrecho por la tortura añadida al calor cordobés y ya casi sin defensas. Pero Abenzaidún se arma de valor y la sigue de nuevo por los pasillos y las escaleras del palacio, intentando concentrarse en las plantas blancas de sus pies negros sin mirar nada más. Cuando por fin ella se detiene, se da cuenta de que no van a abandonar la casa: están en otra cámara, menor que la habitación de Wallada, pero con una cama igual de grande.

Acostumbrado al amor de jóvenes de buena familia, siempre tan perfumadas, Abenzaidún se siente desfallecer al recibir en la cara la vaharada de olor ácido y salado que desprende el cuerpo de Muhya cuando la camisa de seda y oro cae a sus pies.

—A Wallada ya la tienes para siempre, celébralo conmigo ahora —añade.

Las fuerzas con que Abenzaidún ha resistido toda la noche como soldado en torreón mal guarnecido acaban de abandonarlo. Alza a Muhya en brazos, camina dos pasos hacia la cama, la arroja allí, se arranca la camisa, salta poniéndose de rodillas ante ella, se baja los bombachos sin desanudar el lazo. Penetra y empuja, empuja... Empuja una tercera vez, ve el placer dibujado en la cara de Muhya, que se retuerce para mirarlo, y entonces se va su vía por fin, harto de esperas, de miramientos y de juegos cortesanos.

—¿Eso era todo, *habibi*?—le pregunta Muhya a Abenzaidún con una sonrisa burlona e insatisfecha.

Que le dejen en paz, piensa el poeta mientras cae tumbado bocarriba a un costado, resoplando para apartar una pequeña pluma de oca que planea sobre su nariz, escapada del colchón durante los embates.

—Bueno —añade la esclava—, dime si necesitas algo más antes de marcharte, porque en el futuro ya no podré ser tan complaciente.

Entonces el poeta decide aprovechar al máximo su mañana de suerte tras la noche de suplicio:

—Hay un libro en la biblioteca de tu señora que me gustaría llevarme para leerlo. Uno pequeño y sin mucho valor, de teología anterior al islam, pero de lectura muy preciada para mí, titulado *El bastón de Dios...* Si me lo consigues, mañana mismo te lo devuelvo.

Muhya le sonríe.

—Vaya, no recuerdo ahora qué libro es ese —dice—, pero no será difícil encontrarlo, Wallada me hace tener los códices bien ordenados.

Cuando la esclava sale en busca del libro, Abenzaidún se molesta un poco consigo mismo. ¿Qué prisa tenía? Ahora lo que necesita es dormir, y si se queda ahí tumbado, acabará haciéndolo. Se levanta, se acomoda la ropa. La camisa ha salido malparada. Anuda dos jirones para que no se le quede el costado al aire. Va a parecer un pordiosero de vuelta a casa, a pleno día, por la medina siempre tan concurrida.

Pero el tiempo se alarga sin que regrese Muhya, lo que empieza a inquietar a Abenzaidún.

Cuando se abre la puerta, respira con alivio. Hasta que ve que la esclava no viene sola.

Wallada se adelanta. Está radiante, se ve que ha descansado a su gusto. Le pide con voz serena que se siente. Era todo un juego. A Muhya y a ella les gustan los juegos de amor. Y él ha perdido, sí, pero es lo habitual. Ellas ganan siempre. ¿De verdad creía que iba a tener su cuerpo? Para tener no solo hay que desear.

Las dos ríen.

En realidad, el juego consistía en eso, sigue Wallada. Su esclava Muhya necesita de vez en cuando el torpe amor de los hombres, aunque no le gusta demasiado que se demoren en cortesías y cariños, como suelen. Prefiere algo rápido y apasionado. Es caprichosa. Por eso Wallada la quiere tanto.

La princesa lo ha dicho pasándole la mano por el hombro a la esclava. Las dos se besan despacio. Abenzaidún escucha y observa todo cada vez más preocupado. Se ha comportado como un principiante y ahora está en manos de aquellas dos mujeres cuyas intenciones no consigue prever.

Si todo hubiera ido bien, continúa diciéndole Wallada a Abenzaidún, ya habría sido expulsado a patadas de la casa para siempre, como ocurre con tantos. Pero les ha estropeado el juego con su intento de robar *El bastón de Dios*. ¿Para qué quería ese libro en concreto?

Abenzaidún intenta mostrar su rostro más compungido, pero lo que consigue es solo una mueca de miedo.

—Estoy haciendo un poema épico —dice al fin.

La molesta risa sarcástica de Muhya le hiere gravemente esta vez.

—¿Para quién trabajas, *habibi*?

No responde. Tras una breve espera, Wallada mira a Muhya, que se da la vuelta y abre la puerta.

Entran varios soldados. Uno de ellos se anuncia como comandante de la guardia del gobernador de la taifa de Córdoba.

—Soy visir suyo, yo... —alega el poeta.

Le ordenan guardar silencio y, a continuación, lo detienen acusado de traición.

En los primeros días de cárcel, Abenzaidún escribe el poema sobre su deseo en la vigilia que le prometió a Wallada, pero no consigue hacérselo llegar. Poco a poco, a lo largo de los quinientos días de encierro, enloquece de amor y melancolía por el recuerdo de la princesa. El gobernador no le da audiencia ni posibilidad de excusarse, pero tampoco lo ejecuta, lo que le hace imaginar que Wallada no le ha revelado el contenido del libro que buscaba. Concibe esperanzas de vislumbrar otra vez su cuerpo, aunque solo sea eso.

Las gestiones de varios amigos consiguen sacarlo de la cárcel y él les asegura que va a regresar a Sevilla, pero en las noches siguientes se lo ve bebiendo de fiado en las fondas de Córdoba, o

mendigando borracho por las calles, o arrojado durmiendo en el callejón que da a la Casa de los Siete Jardines.

Al fin, con la ayuda de sus amigos, marcha a Sevilla, donde durante los años siguientes escribe las casidas de amor y odio por Wallada que le darán la inmortalidad.

Aunque aún quedaban unas páginas para el final de la historia, Leila interrumpió la lectura, hurtó de mi rodilla la mano que seguía posada allí como un pájaro osado, cerró el códice con parsimonia y se inclinó hacia mí. Sus labios atraparon con suavidad los míos, que querían retirarse pero no se retiraron. Después, su rostro desconcertante se alejó despacio, lo suficiente para contemplar el mío con dulzura. Me pidió que aguardara un momento y salió cojeando de la biblioteca.

Durante mi infancia, en el monasterio, me habían dicho que las lecturas paganas llevan sin remedio a la perdición. Me engañaron como a un niño, por supuesto, perderse no es empresa fácil, y hacerlo empujado por un libro es una fantasía halagadora para el que escribe, pero poco creíble para el que lee. Quizá lo más cercano y peligroso que he leído son los confesionales, donde descubrí que, como confesor, debía preguntar al penitente por pecados que ni siquiera yo había imaginado jamás, y están allí descritos en latín, sí, pero con tantos pormenores que dan ganas de ponerse manos a la obra. La imaginación de quienes imponen las reglas es mucho más enrevesada y oscura que la de quienes ignorantes e inocentes las transgreden.

Tomé el códice que había estado leyendo Leila dispuesto a hojear las pocas páginas pendientes, pero me fui directamente al final,

donde me aguardaba de nuevo la frase escrita en caracteres árabes aunque incomprensible que cerraba la obra y había detectado el día anterior. La copié, con la glosa «serpentear» incluida, en un papel. Lo doblé y lo guardé en la bolsa casi vacía del dinero. Algún modo habría de traducir eso, aunque no me fiaba de Leila lo suficiente como para pedirle ayuda. No mucho más allá del punto en que detuvimos la lectura, había algunos poemas que leí para distraerme y calmar el deseo. Eran los versos satíricos de aquellos tres poetas locos, Wallada, Abenzaidún y Muhya, en los que se insultaban groseros como goliardos: sodomita, hi de perra, rijoso, zoofílica..., cosas así de ocurrentes. Cada poema llevaba al pie el nombre de su autor. Pasé páginas hasta volver al final. Antes de la frase ilegible con que acababa el texto, había un último epigrama encabezado con el titulillo: «De Muhya a Wallada»:

Sin guía soy la yegua que irrumpe en cuadra en llamas.
¿El xerez de tu boca me niegas y otro amas?
Tósigo dé en mortaja ropa de nuestras camas:
fosa donde resuena música de las damas.

La imagen de una yegua que regresa por querencia a su establo en llamas estaba lejos de las convenciones de la poesía amorosa árabe que yo había podido leer hasta el momento. Pasé el epigrama a cuaderna vía para grabarlo en una cámara iluminada del palacio de mi memoria. Y entonces apareció una de las muchachas del servicio de Leila.

—Mi señora —dijo— me pide que me acompañes.

Me di cuenta con asombro de que estaba llegando la noche sobre las vidrieras de los techos de la biblioteca. Las tripas me rugían mientras seguía a aquella alegre gacela con la acostumbrada sensación de no saber cuántas vueltas dábamos y casi olvidado de

hacia dónde íbamos. El vaivén acorde y simétrico de las nalgas de la muchacha me hizo pensar en la cojera de Leila y la causa de sus deformidades. Un tropiezo de niña bulliciosa saltando por las rocas, una caída de caballo, agua hirviendo que se vuelca sobre su pierna, una de esas fatalidades de nacimiento que los libros astrales atribuyen a la disposición del cielo...

La sirvienta me dio paso a una cámara amplia, apenas iluminada por la temblorosa luz de varias lámparas de platillo, donde había una cama enorme cubierta con un dosel del que colgaban cortinas de seda bermeja.

La puerta se cerró tras de mí, y comprobé que la criada no había llegado a entrar.

—¿Tienes palabra, Gonzalo? —preguntó ronca y suave la voz de Leila tras las cortinas.

Le juré que ni bajo tortura diría jamás que había entrado en sus habitaciones. Estaba adquiriendo, al parecer, esa fea y arriesgada costumbre de jurar solemnemente. Pidió que le sirviera una copa de vino. Apoyada en el borde de la mesita en que estaba el servicio de vino y copas, había una pata de palo terminada en un reposarrodillas y las cinchas para atarla. Serví las dos copas y fui con ellas a la cama. Descorrí un poco el cortinaje. Con la espalda recostada en grandes almohadones y el pelo suelto cubriéndole los hombros con fulgor de jena, me miraba Leila con su ojo azul enorme. Sobre su cuerpo había solo un ligero paño de seda bermeja.

Le entregué la copa, me senté en la cama y bebimos mirándonos.

Desde siempre sabía yo que la única vía para desembarazarse de una tentación es entregarse sin vacilación y con buen ánimo a su cumplimiento, para luego poder arrepentirse sintiendo el necesario dolor de corazón. En el fondo el pecado es el camino de perfección

más llevadero. Levanté un poco la tela que la cubría y vi poco a poco, primero, una teta blanca y firme, luego la otra, un poco menor, y, por fin, lo que más me asustaba y atraía: un muslo atlético que, bajo la rodilla, callosa de apoyarse sobre la pata de madera, se iba embotando y acababa en un muñón.

Solo aquella noche vi su cuerpo desnudo, pero mi memoria puede rescatarlo ahora con nostalgia sobre el blanco de la sábana, iluminado por la escasa luz. Es hoy, cuando cierro los ojos y la vuelvo a tener delante, cuando me turba esa pierna segada.

Besé el muñón.

—Ya has visto lo que querías ver —dijo ella tapándose la pierna.

Quedé inmóvil. Su mirada era de desprecio.

Me sentí profundamente avergonzado, porque decía la verdad. Todavía, tantos años después, no consigo comprenderme.

Me levanté para marcharme de allí. Pero ella no había acabado conmigo todavía. Me atrapó una mano cuando me daba la vuelta, tiró de mí, caí sobre ella y me abrazó, revolcándose conmigo mientras me quitaba el jubón. Era más fuerte aún de lo que parecía, y yo estaba tan confundido con su furia que me dejé manejar sin oposición.

Solo cuando me tenía atenazado entre sus piernas, hundido en ella, loco de deseo, dio primero un suspiro de victoria y luego desfalleció, perdiendo toda su furia de golpe.

—No sé por qué estoy contigo —añadió con un lamento—. De mí solo te interesa lo que me hace una criatura al margen de las demás, lo que padezco como un castigo desde niña. Besas la pierna que no tengo como quien se acerca a un abismo para sentir vértigo. Eres menos que un hombre, Gonzalo. No me mereces.

Por más embotado que estuviese, no podía quitarle la razón.

—Pones en peligro mi vida atrayendo aquí a la guardia, te ayudo y... Ni siquiera confías en mí —siguió, con una lágrima cayendo por la mejilla bajo su ojo—. No has querido decirme qué buscas en el *Códice Wallada*, y yo me dejo seducir.

—Busco lo mismo que buscaba el poeta Abenzaidún: un arma —dije, atrapado por ella entre la vergüenza y el deseo—. Los planos de un arma, en un libro que se llama «El bastón de Dios» y que se encuentra entre los encuadernados en el *Códice Wallada*. No sé qué haré cuando lo encuentre, pero mi vida depende de ello.

Se agitó en busca de aire, meditando lo que le había dicho. Algo entre ella y yo nos rendía a los dos, a pesar de todo. Había que aceptarlo sin entenderlo.

Me acuerdo de una cicatriz que tenía en la base de la cadera. Me acuerdo de cada dedo de su único pie, capaz de acariciar con vida propia y más ternura que su lengua. Me acuerdo de sus gemidos tan agudos, pero que acababan a veces contrayéndose en una carcajada grave, como venida del interior de una campana. Me acuerdo del recorrido de una gota de sudor cayéndole desde el cuello hasta el coxis cuando saltaba de espaldas sobre mí. Me acuerdo de mi pulgar pasando en vano por los conocidos dibujos, los versos de Wallada inscritos en sus hombros, como si de esa manera pudiera borrarlos.

Del sol de mis mejillas doy riendas al amante
y mis besos te ofrezco si vienes suplicante.

—¿Quién te esculpió los versos de Wallada en los hombros? —le pregunté después, cuando ya nada podía deshacerse.

—Mi madre. Y a ella mi abuela...

—Tengo que darte una mala noticia —le dije al fin.

Me pareció que me miraba con frialdad. ¿Intuía lo que iba a decirle? Tragué saliva. Por lo que había ido averiguando ya resultaba

evidente que tanto Aixa como Yusef tenían algún tipo de relación con la familia omeya, y que de algún modo Alvar, antes de ir a San Millán a recogerme, averiguó que estaban viviendo allí y aprovechó el viaje para buscar sin éxito el *Códice Wallada* en su casa, donde había deducido que podía hallarse.

—¿Conocías a Yusef el Cordobés —le pregunté a Leila— y a su hija Aixa, que vivían en tierra de cristianos, en San Millán de la Cogolla?

—¿Qué dices? —preguntó ella asustada—. ¿Le ha pasado algo a mi primo?

Su primo. Quise despertar de aquel mal sueño muy lejos de donde estaba.

—¿Y Aixa? —añadió con ansiedad—. ¡Dime qué ha pasado!

En ese momento yo ya sabía perfectamente lo que ocurría. Imagino que lo había entendido nada más ver la inscripción del poema en los hombros. Pero no quería aceptarlo. La cabeza me daba vueltas.

—Dime la verdad, por favor —gimió devastada.

Le conté temblando aquellas cosas de su vida que yo conocía y ella no podía ni imaginar. El cadáver de Yusef, el de Aixa en el pozo... Me escuchó en silencio, con las manos tapándose la cara para no dejar traslucir nada de lo que sentía. No comenzó a llorar hasta que no acabé con mi relato.

—Has traído a esta casa la desgracia y la muerte. Lo sabía desde que atravesaste la puerta.

Eso dijo. Y después me expulsó a gritos de sus habitaciones.

Más desconcertado y más viejo de lo que había entrado, y sin otra ayuda que un candil, abandonado a la merced de los inhóspitos pasillos, busqué mi habitación en vano, con aquella molesta y repetida sensación de que alguien me espiaba. De vez en cuando

me daba la vuelta de golpe para sorprender a un perseguidor que nunca aparecía.

En cierto momento salí al jardín del cenador desde un edificio que colindaba con la biblioteca y me di de bruces con la tumba del familiar de Leila. Tenía un pequeño cipo funerario de barro colocado a la cabecera del montículo, con una inscripción toscamente grabada. Acerqué mi candil por curiosidad. Leí y comprendí. Aún la recuerdo porque no supe olvidarla y dediqué el tiempo suficiente a ponerla en román, con temor del olvido suave:

Si a Dios pertenecía, a Dios regreso hace.
Otórguele perdón, dolor y sed aplace,
y, Lope o Ben Saíd, repose donde yace,
que muerte en el camino detiene a quien le place.

Me senté en las escaleras del cenador para descansar de tantas revelaciones seguidas. Nada más sentarme, mi cuerpo se dejó ir y noté de golpe todo el agotamiento acumulado. Ahí estaba enterrado Lope. ¿Tenía sentido seguir vagando por aquella ciudad vencida en busca de armas para llevar el desastre a otras? ¿Por qué no me largaba? Era el momento de echar a andar dejando atrás buena parte de mí.

Pero antes, junto a Lope que dormía para siempre bajo el encarnizado calor nocturno cordobés, estuve evocando el día en que encontré a mi amigo tirado al borde del camino que llevaba a Silos, y la inocencia con que le ofrecí un poco de vino de mi bota cuando recuperó la consciencia, y la facilidad con que se bebió casi todo de un trago interminable...

Cantó el almuédano.

Me había quedado dormido recostado en la tumba.

Me levanté y caminé entumecido hacia la biblioteca, dispuesto a cruzarla sin perder un instante más para dirigirme a mi habitación a recoger mi morral con el hábito y salir corriendo de vuelta a mi casa. Pero, pese a la determinación que llevaba, al pasar por la antesala de la biblioteca me detuvo el ruido de una puerta que se abría. Me agaché tras un diván y escuché un runrún como de carretilla arrastrándose. Asomé la cabeza sin poder resistir la curiosidad.

Pensaba que nada podía extrañarme ya en aquella ciudad, hasta que vi que, en un rincón de la habitación iluminado por la pálida luz del amanecer, atravesando el vano que acababa de abrirse, entraba deslizándose como sobre hielo una camarera fantasmal con una jarra en la mano y una bandeja con una copa en la otra.

La hierática sirvienta, vestida al modo tradicional andalusí, se detuvo en medio de la sala y, con movimientos secos y mecánicos del brazo, comenzó a servir el líquido de la jarra sobre la copa. Para nadie. Sola.

Con la completa seguridad de que estaba soñando, me sacudí como un idiota un fuerte tortazo en la cara. Estaba despierto.

Había oído hablar de la sabiduría de las máquinas árabes, de las ingenierías y mecanismos que se les atribuyen, como las norias que muelen el grano en los molinos o los órganos musicales. Y a veces la veneración llevaba a los más imaginativos a adjudicarles la creación de caballos mecánicos de dos ruedas que el mismo jinete puede impulsar con sus piernas o de estatuas articuladas, herencia de los sabios alejandrinos, capaces de sustituir a siervos para labores como amasar el pan o danzar ante la corte. Pero hasta ese día me parecían cuentos para hacer callar y dormir a los niños.

Y justo en ese momento, sin permitir que consiguiera asentarme en la irre realidad que estaba viviendo, se abrió otra de las puertas, la que daba al rellano de la escalera, y accedió a la antesala el hombre

escuchimizado con bonetillo de fieltro que había visto escabullirse entre las sombras a mi llegada el día anterior, y al que había seguido horas después por la casa. ¿Había caído en manos de aquel fugitivo que me perseguía o era yo el que al fin le había dado alcance?

El amanecer de aquella noche de revelaciones me deparaba una más, la definitiva.

La máquina sentimental

¿Por qué surge la amistad entre dos personas? Ni ellas mismas lo saben: porque era él, porque era yo... Esa es la única respuesta que se aproxima a un sentimiento que carece de justificación, que no pide nada y permanece a través del tiempo y la distancia, que ni conoce el olvido ni garantiza beneficio ninguno, a pesar de que comporta a menudo trabajos y sinsabores. Un sentimiento que quizá nos resulta el más irrevocable y que no se atenúa por la ausencia o el cambio de costumbres, ni siquiera por la muerte.

La silueta del misterioso fugitivo se abrió paso en la penumbra desde la oscuridad. Fue de puntillas a donde estaba la camarera hierática, tomó de su bandeja la copa que acababa de llenar y se la bebió de un trago.

A continuación escupió al suelo lo bebido y estrelló la copa contra la pared. Su voz me estremeció:

—¡Jarabe! ¿Quieres mía muerte, Fata, maledicta venenosa? —le gritó a la camarera impasible—. ¡Jarabe di uva al tuyo caballer dil alma? ¿Mi imponzoñas a mí, que soy il plus tu servidore, primero in denfensar il tu honore y canticar la tu fermosura a la urbe e il orbe?

Por muy muerto que estuviera, era Lope, no había ninguna duda.

Me levanté y me acerqué a él por ver si tocándolo se deshacía el sortilegio. Quería que me aclarara, más que nada, si había bajado yo al infierno o ascendía él a pasearse entre los vivos. Ni me sintió

llegar. Pero sí: él era él, yo era yo y los dos, por tanto, seguíamos siendo amigos. Una amistad recidiva, como las enfermedades más dañinas. Amigos crónicos.

De cerca se veía bien el material de la camarera automática: barro cocido y pintado. Con el mismo gesto sonriente con que había recibido la filípica —el único que tenía pintado—, la muñeca rotó hasta dar media vuelta y enfiló, impertérrita, hacia la puerta de la que había surgido.

—Isto está culpa di Leila, imonstrua tirrible disde niña! —me dijo Lope volviéndose hacia mí—. ¿Lo vedes? Ya no hay en ista casa cortesanía ni rispeto per los invitados. ¿Dónde vamos di parar? Dime tú, per favor.

Seguía siendo el indiscutible e inasimilable Lope de carne y hueso. Y para acabar de alejarse de su tumba, que habría abierto arañando la tierra con las manos o a dentelladas, se comportaba como si estuviera en busca de la próxima taberna, lo cual me parecería muy sensato, dadas las circunstancias.

—Pero ¿a ti no te habían cosido a puñaladas en la calle? —le dije cuando reuní las fuerzas suficientes para emitir palabra, descolocado por completo, sin atreverme a abrazarlo por si estaba ante un sosias suyo surgido de una pesadilla o ante otro muñeco de cerámica—. ¡Todo el mundo te da por muerto!

—¡Pupurruchas!

Lo único que le interesaba en ese momento era ajustar cuentas con la camarera, que cruzaba de nuevo el umbral de su guarida.

—¡Ti voy arrancar la sonrisa di la boca a puñadas, mastuerza! —dijo persiguiéndola.

Y se lio a patadas con la puerta que se cerraba.

—Calma —le pedí, como si no fuera pedir demasiado.

—¡Apertúrate e déjami di pasar, porta crudele! —le decía lloroso al armazón cerrado—, io ti juro que voyme a colgare per lo cuello dil tuyo dintel!

Buenos estábamos si se suicidaba delante de mis narices como un poeta trasnochado, ahora que lo había conseguido recuperar. Intenté ayudarle buscando el modo de tirar de la puerta para abrirla, pero había quedado encajada en el marco. Era metálica, aunque disfrazada por una capa de pintura que la hacía parecer de madera, y no había en la hoja ojo alguno para llave ni modo de asirla. En el umbral desaparecían los pequeños raíles por los que se desplazaba la muñeca, pero no dejaban hueco suficiente entre ellos y la puerta por el que meter una palanca y forzarla.

—¡Pobre Fata: la malcuista e la incona contra mí la mi sobrina maligna Leila! —dijo fuera de sí—. ¡Il diábolo la lleve!

Leila era su sobrina, sí. Y eso explicaba su tumba en el jardín... O la explicaría si estuviera muerto.

—¿Y no sería más fácil ir a los almacenes a por vino? —le propuse, conmovido por su resurrección pero enredado ya, sin remedio, en una de sus perplejidades.

—¡Non puedo ir en almacén! ¡Non mi pueden ver!

—¿Quiénes?

Entonces se quedó mirándome con gesto de hartazgo ante la obviedad.

—¡Hay un ispía cristiano en casa, y no si sabe cuál es! Y luego viene otro ispía cristiano, il mi amigo Gonzalo di... —Abandonó toda su ira en ese momento, y abrió los ojos dándose cuenta por fin de lo que veía—. ¡Gonzalo, fráter! ¡Dame un brazo!

No entendí bien lo que me estaba pidiendo aquel manco vehemente y desnortado, pero a esas alturas andaba yo más que dispuesto a cambiarle mi brazo por el muñón, si era lo que quería...

Hasta que se abalanzó sobre mí y me apretó en uno de sus fuertes medios abrazos: lo único que necesitaba yo en ese momento.

Como se trataba de Lope, y no en espíritu sino muy bien resucitado, se negó a responder al tropel de preguntas que le hice si antes, siguiendo mi consejo, no nos aprovisionábamos de vino para brindar por nuestro reencuentro. Acababa de cantar el almuédano, me recordó, así que teníamos el tiempo justo para ir al almacén mientras el servicio hacía sus abluciones y rezos.

Leila había escondido también el vino de la bodega, lo que Lope juzgó como una crueldad inhumana, propia de la harpía sedienta de sangre que era para él su sobrina. Solo encontramos una cántara casi vacía que había escapado a sus garras. Salimos con ella de allí de puro milagro justo antes de la llegada del cocinero. Lope me condujo, al través de los edificios, a unas habitaciones cubiertas de paños en los que las escenas de caza habían sido bordadas con un engaño tal que la sangre de las fieras salpicaba las paredes.

—¿Dónde estamos? —le pregunté.

—El cámaro di Marwán, mi defunto fráter —contestó mientras servía vino de la cántara en dos cuencos.

—El padre de Leila que está agonizando es tu hermano —dije intentando asimilar la idea. Aquella familia tenía ramificaciones que se enredaban como zarzas entre la maleza—. ¿Y dónde está él ahora?

—¡In la mía tumba! —contestó Lope.

La situación de la casa era cómica dentro de la tragedia de la ciudad. Además de mí, se ocultaba allí otro infiltrado cristiano, probablemente alguno de los sagaces hombres de Alvar en Córdoba. Y luego había dos hermanos, uno muerto que se fingía vivo y otro vivo que se fingía muerto para ocultarse de los infiltrados. Y luego había también una inmensa biblioteca con todos los libros del

mundo, excepto el que todos los infiltrados del mundo buscábamos desde siempre en aquel palacio.

Brindamos al modo normando que Odón me había enseñado en mi juventud, pero, como éramos gente civilizada y no unos bárbaros salvajes, chocamos los cuencos con extremo cuidado para no desperdiciar ni una gota del poco vino que teníamos. Lope tragó, respiró aliviado y se sentó para contestar, no sin enmarañados rodeos, a todas las incógnitas, empezando por la más urgente: qué hacía él, después de su desventurada muerte, en esa casa, en lugar de estar esperando bajo tierra alguna postrimería, fuera cristiana o mora, con huríes o angelitos de yeso.

Se remontó en el tiempo, como correspondía a su carácter divagatorio: él había nacido en la Casa de los Siete Jardines con el nombre de Saíd ben Saíd, y era el hermano mayor de Marwán —el padre de Leila— y primogénito de un omeya que les dio a sus tres hijos una formación exquisita e intentó en vano transmitirle a él, como primero, el deber de buscar la que consideraba la pieza más valiosa del patrimonio familiar: el *Códice Wallada*, el libro que, montado por la princesa con obras sabias que la familia se había transmitido por largas generaciones, iba a devolver a los omeyas el poder sobre Al Ándalus primero, después sobre el islam y, por último, sobre el cristianismo y la integridad del mundo conocido.

—¡El *Códice Wallada*, una quimera! —me reveló—. ¡Este código está humo y pulvis! ¡Nada di nada!

En algún momento de su juventud, Lope se negó a seguir las pautas de su padre. No le interesaban las armas ni las guerras ni el poder mahometano, sino la poesía y la música, poseído por una ambición mucho mayor, de eternidad. Así que fue desheredado en favor de su hermano Marwán, y entonces, enfrentado a su

progenitor, se hizo renegado cristiano, tomó el nombre nazareno de Lope Ruiz y se largó de casa dispuesto a no volver nunca.

Pues bien, hacía unos meses Lope había regresado a Córdoba al enterarse de la agonía de su hermano Marwán. Y cuando comprobó que el enfermo ya estaba más allá que acá, sin movimiento ni conocimiento, resolvió volver a su vida errante y desastrada, pero le sorprendió la toma de la Axerquía y decidió quedarse para proteger a su sobrina Leila.

Como si acaso lo necesitara, pensé en silencio.

Días después, en una noche en la que andaba recorriendo los lugares de su juventud de poeta bebedor, un extranjero que respondía a las señas de Alvar lo había emborrachado —no entendía Lope cómo y a mí me costaba creerlo—. Se despertó maniatado y empapado de olor a aguas fétidas en una habitación de un lugar de la Axerquía bien conocido por él, La Chata Cristiana, la misma fonda en que me había reencontrado yo con Odón de Cheriton. Alvar le explicó allí que el rey cristiano le había encargado buscar un libro de la biblioteca de su familia, el *Códice Wallada*, y, pese a que Lope le aseguró que esa obra no existía, lo amenazó con matar a su sobrina Leila si no la encontraba y se la entregaba.

Lope entendió de inmediato que Alvar Colodro era capaz de cumplir sus amenazas sin pestañear. Accedió, y lo devolvieron a Córdoba por la misma vía fétida que había seguido yo. Regresó a la Casa de los Siete Jardines y, desesperado por encontrarse otra vez en la misma situación que lo llevó a abandonar Córdoba en su temprana juventud, iba a retomar las pesquisas sobre el *Códice Wallada* cuando su sobrina le comunicó, antes que a nadie, que había muerto Marwán, el padre de Leila y hermano de Lope.

Entonces Lope le propuso a Leila que ocultaran la noticia y que fingieran y proclamaran su propia muerte para librarse así del acoso

de Alvar. Con la ayuda de los hombres más fieles de su sobrina, fueron a la alcaicería para asegurarse de que hubiera testigos, y montaron allí un teatrillo en el que unos justicieros lo perseguían, lo cazaban, lo mataban y lo arrojaban al callejón de su casa. Luego Leila celebró el supuesto entierro de Lope, pero enterrando en realidad a su padre Marwán, mientras su tío Lope se encerraba en las habitaciones del hasta entonces agonizante hermano, a la espera de una oportunidad para escapar de Córdoba.

Así que por eso huía de mí, que también estaba en fuga. Bien mirado, todos huimos siempre de alguien, y no pocas veces de nosotros mismos.

Cuando acabó con su historia y antes de que los restos de la cántara se agotaran, correspondí a mi amigo con la pálida narración de mis correrías entre moros y cristianos hasta llegar allí.

—Il *Códico Wallada* é fumo in aire, pulvus in terra. Fiera phantasia y verba lustrosa ingendran las plus grandes quimeras —proclamó.

—De eso no cabe duda —dije fingiendo entusiasmo.

¿Qué otra cosa podría haber dicho, si a los dos nos iba en ello la vida?

Saqué entonces mi bolsa y, de ella, el papel en el que había escrito con caracteres árabes el texto incomprensible que cerraba la *Historia de la princesa Wallada* escrito por su esclava Muhya. Le pregunté si lo conocía y, sobre todo, si lo podía traducir. Lo recordaba de la época en que había buscado él el *Códice Wallada* siguiendo las órdenes de su padre:

—Mandinga, lengua dil grande imperio de la Ghana.

Me explicó que más allá de las fronteras almohades en África y del gran desierto había un viejo imperio en decadencia, de hombres de rostro quemado que desde siempre habían mantenido intercambios comerciales con los bereberes del norte y que hablaban idiomas que

no conocían la escritura. Idiomas como murmullos de pájaros o del viento entre las hojas. Era aquel, además, según había podido averiguar Lope, el lugar de procedencia del padre de Muhya, la esclava negra de Wallada, que, por tanto, pudo escribirlo buscando entre los caracteres árabes los que reprodujeran el sonido de la lengua salvaje de sus ancestros.

Lope había empezado a traducirlo con los listados de léxico mandinga de los libros de viaje de comerciantes árabes en la zona. Pero antes de descifrarlo tuvo el enfrentamiento definitivo con su padre. Y ya ni recordaba lo poco que averiguó.

Acordamos inmediatamente ayudarnos. Yo convencería a Fata, la ingrata camarera, de volver a servirle vino, y él me ayudaría a traducir el *Códice Wallada*, del que dependía ahora mi vida, pese a estar convencido de su inexistencia. El primer paso era bajar a la biblioteca a por los léxicos de mandinga, pese al riesgo que suponía.

—Non hay peligro plus temible di la parálisis —afirmó—. Máxime la di camareras.

Mientras bajábamos con sigilo, le pregunté si conocía dónde estaba el mecanismo que movía la muñeca.

—Per conoscere eso, está preciso di consultar otro código di la biblioteca: *Il libro dil conocimiento di dispositivos mecánicos e ingeniosos* di uno ingeniero turco nominado Al Jazari.

Cuando él era niño, me explicó, había un montón de autómatas arrumbados en un establo de aquel palacio, y el padre de Lope contrató a Al Jazari para arreglarlos. La mayoría fueron dejando de funcionar con el tiempo, pero su padre, que consideraba el vino como una vía para el encuentro místico, se esforzó por mantener la camarera y algún otro en funcionamiento. Así, de niño, Lope pudo probar uno de los primeros vasos de vino que sirvió la autómata.

—¡Vino di Xerez! Non ti puedes di imaginare —me aseguró Lope sin saber que yo conocía y admiraba esa ambrosía—: ¡la gloria di los cielos! ¡Mi innamoré di la mochacha!

Y, para él, el funcionamiento de aquella camarera a la que llamaba Fata era magia de su niñez, como el secreto de la producción de vino de Xerez, un misterio que nunca había querido desvelar, por mucho que lo lamentara, ahora que el bodeguero de su familia se había marchado con el secreto.

Mientras él buscaba los libros, yo analicé el cubículo de la camarera autómatas en la antesala. En el rincón por el que salía la muñeca se había construido una pared con puerta que formaba un cubículo techado de planta triangular y una altura algo mayor que la mía, con espacio suficiente para albergar dentro a la propia tabernera. Podía ser que estuviera ahí mismo parada, al otro lado de la puerta, y la jarra se cargara con vino traído por algún conducto desde alguna habitación cercana. Pero ¿dónde estaba la maquinaria que la movía? ¿En el subsuelo? Aquel rincón daba al rellano de la escalera y a un largo pasillo.

Lope regresó con los manuscritos que necesitaba para la traducción del texto mandinga. Traía también el código del ingeniero turco Al Jazari, miniado con ilustraciones de curiosos autómatas y de sus mecanismos móviles. Mientras él se afanaba con la traducción del texto, estuve revisando los dibujos de las máquinas, demasiado esquemáticos para mi comprensión. Pero parecía que los mecanismos estaban controlados por esos relojes llamados clepsidras que, en vez de arena, llevan circuitos de agua capaces, imaginé, de impulsar los autómatas en momentos programados con el goteo de su llenado.

Le pregunté a Lope cómo se accedía a los sótanos de la biblioteca. Pero, que él supiera, no había sótanos en el palacio. La cercanía del

río desaconsejaba su construcción.

Decidí subir a inspeccionar la cubierta, dejando a Lope enfrascado en su texto mandinga. En un terrazo que había junto a los tejados encontré una enorme alberca con agua de lluvia y un desagüe que bien podía dirigirse por conductos bajo el techo hasta volcarse donde se quisiera. Pero ni rastro de un depósito para la maquinaria, ni donde almacenar vino o jarabe de uva.

Cuando, bastante desalentado, regresé a la antesala de la biblioteca en la que mi amigo seguía peleándose con la traducción del texto mandinga, me enfrasqué en la lectura del final de la *Historia de la princesa Wallada* desde donde Leila la había interrumpido la noche anterior, pero en el resto del relato la esclava Muhya recorría largos años en palabras breves. Averigüé apenas que con la madurez de la princesa había llegado la decadencia a la Casa de los Siete Jardines, y se vio obligada a buscarse un protector, al que Muhya despreciaba, que le había proporcionado dinero suficiente para mantener una vida sin excesos.

Sin avisarme de que había concluido la traducción, Lope comenzó a leerla mientras la anotaba en el mismo papel en que había transcrito el texto yo:

—«Ista oscuritá...». ¡No! «Ista noche ho serpienteado...», isto no si entiende..., «... y ho entierrado a la mi Wallada..., con il su amante códico, il fin di la su naturaleza...» No: «... il fin di la su vida, y la mi escritura».

—¿Cómo? —exclamé boquiabierto.

Escribió un par de correcciones y me entregó el papel:

Al atardecer he *serpenteado* y enterrado a mi ama Wallada con su amado códice. El fin de su vida, y de mi escritura.

—¿Y dónde la enterró? —le pregunté fastidiado.

—Isto no dice.

Entonces recordé el poema airado que acompañaba a aquel texto en el final de la obra y que yo mismo había vertido en román para memorizarlo. Ahí se hablaba también de muerte:

Sin guía soy la yegua que irrumpe en cuadra en llamas.
¿El xerez de tu boca me niegas y otro amas?
Tósigo dé en mortaja ropa de nuestras camas:
fosa donde resuena música de las damas.

Le enseñé a Lope el texto en árabe.

El poema y el texto dialogaban entre sí al final de la *Historia de la princesa Wallada* aludiendo a su muerte, uno de manera prosaica y otro metafóricamente. El poema, además, retrataba a Muhya como una mujer celosa, lo que probablemente tuviera que ver con el protector de Wallada:

¿El xerez de tu boca me niegas y otro amas?

Quedaba claro el deseo de que un «tósigo», algún veneno, convirtiera en «mortaja» la ropa de las camas en las que se habían amado la princesa y su esclava. ¿Y dónde se amarían? Por lo general, los señores cristianos visitan a sus esclavas en los cuartos de servicio y a escondidas de sus mujeres. Los señores musulmanes, sin embargo, acumulan a las mujeres y siervas en un harén, y tienen la posibilidad de acceder a todas sin deshonorar a ninguna. Quizá el último verso aludía entonces al harén, como lugar en que resonaba la música que practicaban las mujeres para entretenerse. Un lugar semejante a una tumba:

Fosa donde resuena música de las damas.

Había oído varias historias también de cómo entre las mujeres surgían luego, a espaldas del dueño del harén, amistades y hasta amores intensos con que se entretenían los días en que el dueño no las visitaba, pero semejantes cuentos más bien parecían fantasías de hombres con gusto por el acecho.

Me quedé mirando el escrito que había traducido Lope. Quizá la clave estaba en lo que no se entendía: «he *serpenteado* y enterrado a mi ama». Lope había constatado en los glosarios que se trataba de un verbo derivado del mandinga *serpiente*. Quizá un modo de aludir a un ritual mortuario o un sinónimo de «enterrar», pensé. Todo lo demás encajaba: la negra Muhya transcribiendo en la lengua de su infancia su dolor por el entierro de su ama amada y los celos.

Para buscar la tumba en donde se encontraba el manuscrito, Lope propuso contar con un viejo amigo, compañero de estudios en la madrasa, que ahora era cadí en la ciudad. Me explicó que los cadíes, entre sus tareas de jueces, tienen en Al Ándalus la de administrar los cementerios, y quizá él podría averiguar con facilidad en los archivos el lugar de una tumba de alguien de importancia.

Me apuntó en el mismo papel en que había traducido la nota de la esclava Muhya el nombre de su amigo, Ben Ubay, y la dirección de su casa. Cantó el almuédano. Intenté convencerlo de que viniera conmigo, pero se negó:

—Ahora il mi amigo é yendo a rezare per la mezquita. É la midia tarde, cuando la sombra di un homne mide e vale cuanto él. Y la malvada Fata istá per salir con su abominante bibedizo —se lamentó, volviendo a su camarera traidora.

La única forma de conseguir su ayuda era dejar en suspenso la búsqueda del manuscrito y enfrentarme a la autómatas, para lo que tenía ya un plan. Junto al brasero de la habitación había una bolsa de chisquero con la que encendí un candil. Me aproximé a la puerta,

arrimé la oreja y al rato oí el runrún de un mecanismo, lejano al principio pero cada vez más claro, hasta que se detuvo con un chasquido. Y luego, tras un segundo chasquido, se abrió la puerta y salió la camarera, ufana, dejando a la vista el oscuro cubículo, en el que me introduje para explorarlo con el candil encendido.

Estaba limpio y cuidado como cualquier otra habitación de la casa, y no había rastro de conducto alguno que pudiera llevar el líquido a la jarra. El suelo era metálico como la puerta. Los raíles lo atravesaban y, en vez de detenerse en el centro del triángulo, morían en la esquina opuesta a la entrada, donde yo sabía que no había nada que permitiese el avance de la máquina.

Salí, de nuevo desconcertado. Cuando me acerqué a la camarera para darle un buen repaso, Lope estaba vuelto de espaldas a ella, castigándola con su indiferencia. Entonces vi algo: en su base, la falda talar hacía un rellano en el que bien podía subirse una persona. Lo hice justo antes de que la máquina se pusiera en marcha de vuelta al cuchitril sin resentirse de mi peso. Estaba preparada para algo así.

—¿Vienes? —le pregunté a Lope, con el candil en la mano, dejándole un hueco en la peana.

—¡Nunca con Fata! —contestó.

Pero al darse la vuelta y ver que me dirigía también al cubículo corrió para montarse a mi lado, aferrándose a la muñeca, aunque rehuyendo su mirada.

Nos detuvimos en aquel lugar estrecho mientras se cerraba a nuestro paso la compuerta.

—¿Cuándo sale la próxima vez? —le pregunté un poco preocupado a Lope bajo la luz del candil.

—Al cripúsculo, cuando la sombra dil homne e plus larga dil mundo —contestó.

Ya no había retirada posible.

Buscando tumbas

Al parecer, la camarera, a la que Lope llamaba Fata, salía como un hada puntual a las cinco horas del rezo de cada día, siempre precedida por el canto del almuédano. Si me había equivocado en mis cálculos, íbamos a pasar un mal rato allí los tres. Eso andaba yo pensando en el tiempo interminable que tardó en sonar el chasquido que esperaba. Tras una sacudida, la plancha triangular que hacía las veces de suelo comenzó a descender despacio por su pozo, tal y como había imaginado.

A la luz del candil vi la expresión adusta de Lope, dispuesto a viajar hasta el mismísimo infierno para recuperar el vino y el aprecio de su amada.

Quizá no estuviera tan fuera de sus cabales mi amigo. Las mujeres de carne y hueso son imprevisibles y no siempre sonríen ni traen bebida sin cobrarla.

Dimos en una amplia cámara excavada y cuyo único acceso, como comprobamos enseguida, era el que habíamos seguido. Las paredes y el suelo habían sido contruidos como los de un estanque y revocados a menudo. Del techo colgaban candiles que encendimos para poder contemplar despacio el sofisticado mecanismo hidráulico de la autómeta. Ocupaba buena parte de la estancia, y su cuerpo central consistía en una clepsidra cuyo tanque se iba llenando con un circuito de agua. Antes de comenzar su itinerario, la jarra de vino

se rellenaba ahora desde una tinaja con jarabe de uva, como Lope comprobó enseguida, sin disimular su asco.

Había varias tinajas apiladas al fondo de la cámara. Catamos el vino que contenían, no muy malo, y sustituimos con una de ellas la de infame jarabe. Después removimos un montón de maderas que había en un rincón de la estancia en busca de asiento para esperar la subida de la autómatas, y fue ahí cuando dimos con una tinaja más, de aspecto cochambroso.

No estaba vacía. Llenamos la copa. La escasez de luz no permitía ver bien la apariencia del líquido.

—¡Xerez! —exclamó Lope nada más probarlo.

Y lo apuré de un trago.

No esperaba menos de él. Tuve que arrebatársela la copa cuando la había vuelto a llenar y, sin ninguna delicadeza, estaba a punto de trasegársela también.

Bebí despacio. Su aroma y su sabor olvidados me transportaron sin rodeos a la primera cena en casa de Odón de Cheriton, el día lejano en que lo probé. Demasiado tiempo había pasado hasta volver a sentir aquel perfume seco y profundo, el crepitar salado que erizaba la lengua.

Lope lloraba de felicidad.

—Vamos di morir in Corduba, pero está un bel morir con xerez.

Su padre, al hacerle el encargo de buscar el código, le había comentado que incluía un opúsculo en el que se hablaba del secreto de la elaboración del xerez, fragmento del mismo tratado agrícola del que me había hablado Odón en La Chata Cristiana, el desaparecido del sabio fenicio Magón. Lope proclamó que habría dado el brazo que le quedaba y hasta habría sido capaz de dejar de beber (temporalmente) si con ello pudiera conseguir esa fórmula.

Nos sentamos por fin a compartir un vino sin urgencias, como nos teníamos bien merecido desde su resurrección. Hasta entonces no me había atrevido a hablarle de la muerte de Yusef y su hija Aixa en San Millán, temeroso de que los apreciara como parte de su familia y se hundiera con la noticia.

Escuchó la información terrible y quedó abatido, en silencio.

—¡Mísera Leila!, ¡mísera Leila! —dijo.

Le expliqué que el *Códice Wallada* estaba detrás de aquella muerte, pero no entendía por qué. Entonces me contó.

A Aixa no la conocía, pero Yusef era otro sobrino suyo, hijo de su hermano menor, el tercero, contando a Marwán. Una incursión cristiana en Xerez lo había dejado huérfano de padre y madre cuando era un bebé, y fue acogido en la Casa de los Siete Jardines por el padre de Lope y Marwán, en el momento en que la mujer de Marwán había tenido a Leila, junto a la cual creció y a quien cuidó desde que quedó maltrecha.

—La salvó di grande incendio di niños e fue unida per sempre a illa. ¡Uña e carne!

Cuando, unos meses atrás, Lope regresó a la casa, supo por Leila que Yusef, al que Marwán había encargado que lo reemplazara en la búsqueda del *Códice Wallada*, había aceptado el encargo pese a que dudaba mucho de su existencia. Pero eso no lo libró de que, como Lope, acabara enfrentado con la familia. Por razones muy distintas.

—¡Leila fue grávida, e il súo páter Marwán, mi fráter, in furor entró!

Esa era la pieza que me faltaba para entender el mecanismo de mi pobre gárgola Leila.

Me contó que Leila no quiso revelar el nombre de quien la había dejado embarazada. Y Marwán, entonces, encargó a su hijo adoptivo Yusef vender en el zoco al bebé.

—¡E Yusef per siempre desapareció con il infante!

Con Aixa, entendí y corregí por mi parte.

Eso era lo que le había contado Leila a Lope. Y le había añadido que ella solo tenía una ilusión:

—Cuando muera tu hermano Marwán —le dijo como si no estuviera refiriéndose también a su propio padre—, Yusef podrá regresar con mi hija.

Bebimos, entonces, Lope y yo, con causa justificada por primera vez en nuestras vidas. Por Leila y su dolor, cuyas razones quedaban claras. Como quedaba claro que la maldición del *Códice Wallada* había destruido a la familia e iba a acabar con los que faltaban y, de paso, conmigo.

Hubo luego tiempo para recordar y para hablar, tiempo para nosotros que convirtió el final de aquella tarde en el mejor momento de mi estancia en Córdoba, después de los peores. Y cuando surgimos de la tierra en brazos de la autómatas, como en una aparición de la santísima Virgen de los Dos Hijos, yo me había olvidado ya de todos los problemas. Estábamos bastante borrachos e íbamos cantando:

Agora que sé de amor, Ay Dios qué grave cosa.

Agora que sé de amor, ¡agora me metéis monja!

—¿Qué hacéis ahí los dos si puede saberse? ¡Aparte de lo que salta a la vista!

La voz severa de Leila nos enmudeció.

Venía vestida de blanco, con luto señorial por su padre, que bien sabía yo que era en realidad por su hija Aixa y por su amante Yusef. En sus manos vi el papel que habíamos dejado sobre la mesa de la antesala, con el texto mandinga de la esclava Muhya y las señas del amigo cadí de Lope.

Nos había descubierto in fraganti, y, ante nuestro silencio cabizbajo y delator, se lamentó por la ciudad a punto de destruirse, nos echó en cara nuestra irresponsabilidad y nos recordó que nuestras chiquilladas nos exponían a que el espía cristiano localizara a Lope, si no lo había hecho ya.

—Istoy il cabeza di familia, y puedo divirtirme con un amico di vez in cuando —protestó Lope con una autoridad menoscabada por el abuso del vino.

Se enredaron en una bonita discusión familiar, tan alejada de la realidad como suelen estarlo.

—No te conviene beber —le explicó ella con afilado gesto—. ¡Todo el mundo sabe que te cazaron y te mataron cuando andabas borracho por la calle!

—¡Non era borracho cuando mi mataron seno mocho cuerdo! Isto está un cuento di asesins mintirosos, ise non lo inventas tú per difamar tu tío dil ánima! —protestó él haciéndose el incomprendido.

Leila se fue cargada de razón y dejándonos con la felicidad interrumpida. Sin mirarnos, Lope y yo nos retiramos a la cámara de Marwán para reflexionar un poco en tanto dormíamos la borrachera.

Pese a la resaca tenaz, la llamada del almuédano nos despertó a la mañana siguiente plenos de ímpetu y con ganas de abandonar nuestro encierro. Le propuse a Lope que, en vez de buscar a su amigo cadí en su casa, lo hiciéramos en la mezquita, donde siempre parecería un encuentro fortuito a ojos de quien pudiera seguirnos. Y sin dudarlo más abandonamos a hurtadillas la Casa de los Siete Jardines y nos dirigimos al templo dando un buen rodeo, y separándonos de vez en cuando para poder vigilarnos las espaldas el uno al otro y asegurarnos de que nadie nos seguía.

La mezquita estaba abarrotada. Los visibles estragos del hambre en la gente me hicieron sentir vergüenza de la carne que cubría

generosamente mis huesos: los niños, flacos como sarmientos, si no lloraban pidiendo comida era por falta de fuerzas, y se acostaban contra el muro a ensimismarse en una espera sin esperanza. Había allí más hombres abatidos, más mendigos, más locos hablando y gesticulando solos de los que suelen verse en una ciudad populosa, que nunca son pocos.

Mientras hacíamos nuestras abluciones junto a uno de los estanques del patio, contemplé el entramado ortogonal de troncos de palmeras que intentaban abrazarse con las largas y curvas hojas de las copas. Dentro de la mezquita, conectada con el patio por los vanos de los arcos que daban paso a la luz de la amanecida, la retícula del bosque se prolongaba en la misma proporción armónica, pero ahora petrificada en columnas como mi alma.

Entre la muchedumbre que rezaba, alguno llevaba, igual que nosotros, el velo masculino almorávide. Lope oteó el gentío genuflexo, localizó a su amigo y hacia él nos dirigimos. Afortunadamente, estaba cerca del muro opuesto al de la alquibla, que es como llaman al situado en el este y hacia el que se orienta la oración. Desenrollamos las alfombrillas tras él y a espaldas del resto de los orantes.

Cuando acabaron los rezos y la gente comenzó a salir, Lope, quitándose el velo, se dirigió a su amigo:

—*iMañana de luz, querido Ben Ubay!*

El cadí sonrió con bondad al reconocerlo. Ambos se llevaron la mano al corazón e inclinaron las cabezas, y después se acercaron y se besaron las mejillas.

—*La última vez que nos vimos estabas seguro de que nunca ibas a volver a Córdoba* —contestó el cadí con alegría contenida—. *El tiempo nos corrige, para mi felicidad, pero no has escogido buen momento en tu regreso.*

—*Este es mi primo Abdalá* —me presentó Lope.

No sé si me sorprendió más que hablara árabe docto con aquella exquisita cortesía o que me bautizara con el mismo nombre que me había colocado ya Mateo Sancho cuando entré en la ciudad. ¿Tenía yo acaso cara de Abdalá?

—*Disculpa su silencio, hermano* —continuó—, *pero Abdalá es mudo.*

Cuando no había bebido demasiado, situación infrecuente, Lope era un saco sin fondo de ideas originales para evitar problemas inexistentes, porque mi breve estancia en Córdoba había afinado rápido mi capacidad para hablar el árabe como un nativo.

—*Abdalá perdió la familia, la voz y casi la vida en la infancia, en el asalto a Sanlúcar de unos piratas normandos* —seguía y seguía Lope—. *Pero es un hombre muy instruido. Me está ayudando a continuar la crónica familiar que comenzó el venerable califa Alhakén II, mi ilustre antepasado.*

Pensé que podría acomodarme a mi nueva biografía con facilidad: una niñez trágica y la incapacidad de hablar de ella con nadie es una combinación de personalidad sugerente y atractiva como la mía.

—*¡Tú siempre ajeno al mundo, por más que se derrumbe a tu alrededor!* —seguía sonriendo el cadí Ben Ubay, que me pareció más ajeno aún al mundo que su amigo.

Intercambiaron después cortesías y recuerdos, y Lope le dijo que estaba investigando la muerte de su antepasada la poeta Wallada, de la que nada sabía. Y ya que se habían encontrado, quería preguntarle si él podía mirar en los archivos en qué fecha murió y en qué almacabra de Córdoba estaba enterrada.

—*Sé que son días difíciles* —añadió con aquella novedosa y fluida parla arábica que manejaba con inusitada soltura—, *pero, si la ciudad cae, ya nunca podremos localizar la información, y es una*

tarea que necesitamos completar, pensando más en el futuro de nuestra desdichada familia que en su glorioso pasado.

—Pues habéis tenido suerte, justo ahora me dirigía al archivo— contestó Ben Ubay para nuestra sorpresa—. *¿Queréis acompañarme y lo miramos?*

Lope se mostró entusiasmado por la propuesta. Caminamos dirigiéndonos hacia el patio. Fuera estaban a punto de cerrar el acceso a la calle.

*—Es por aquí—*nos dijo sin embargo el cadí, señalando hacia la alquibla al final de la nave.

¿Adónde iba?

—¿Están en la misma mezquita, los archivos? —preguntó Lope—. Yo creía que...

—No. Están en el alcázar. Los metimos allí cuando el edificio de archivos se habilitó como cárcel, que, por cierto, ahora se ha llenado con esos pobres nazarenos. Y vamos a pasar al alcázar por el sabat, no es necesario que salgamos a la calle. Ahora soy el cadí principal de Córdoba.

En ese momento me eché a temblar. No sabía lo que era el *sabat*, sonaba a cosa de judíos, pero pedirle ayuda al cadí principal de Córdoba y meternos con él en el alcázar me parecía el mejor modo de caer en manos de la guardia.

*—¡Estupendo!—*exclamó sin ninguna prudencia Lope—. *Nunca he cruzado al alcázar por el sabat, como un califa.*

*—Tu primo parece sufrir algún contratiempo—*le dijo el cadí a Lope.

Se me habían acabado de pronto las prisas por encontrar la tumba y el código. Pero resulta bastante complicado mentir sin palabras. Cuando Lope se volvió hacia mí, señalé hacia arriba, hacia donde

debía de andar el sol, como si estuviéramos en la calle, intentando significar que se nos hacía tarde y teníamos que irnos.

—*¡Oh! Bueno* —me dijo Lope—, *todos nuestros compromisos pueden esperar. No te preocupes.*

No me quedó otra que seguirlos. Con una sonrisa capaz de tranquilizar al más inquieto de los diablos, el cadí me explicó que en un momento estaríamos allí, y que podríamos localizar con facilidad la tumba en los archivos.

Crucé tras ellos el bosque de columnas hasta llegar al muro de la alquibla, en cuyo centro había un gran nicho o capilla con una puerta con su arco de herradura y muy bellamente labrada. Subimos al piso superior, hasta un balcón desde el que se divisaba el interior de la mezquita, y nos encaminamos después por una galería con troneras que daban a la calle. El *sabat* era, supe entonces, aquel pasadizo elevado, como una puente de piedra con galería cubierta, por donde en los tiempos de esplendor cruzaba el califa a rezar desde sus aposentos.

—*¿Y cómo dices que se llamaba la poeta?* —le preguntó a Lope.

—*Wallada bint al Mustakfi* —respondió mi amigo con voz firme—. *Es raro que no la recuerdes, sus poemas la hicieron inmortal.*

—*Claro que la recuerdo, pero para saber dónde buscar necesito su nombre completo, Ben Saíd* —afirmó poniendo los ojos en blanco el cadí.

—*Ah, ¡es cierto!*—Lope se detuvo para hacer memoria un rato y luego carraspeó, volviendo a echar a andar, como si los pasos le fueran trayendo los nombres del pozo del recuerdo—: *Wallada bint Muhammad al-Mustakfi bi-Allah ibn Abd al-Rahman ibn Ubayd Allah ibn Abd al-Rahman al-Nasir li-Din Allah ibn Muhammad ibn Abd Allah ibn Muhammad ibn Abd al-Rahman ibn al-Hakam al-Rabdi ibn Hisham al-Rida ibn Abd al-Rahman al-Dakhil ibn Muawiyah ibn*

Hisham ibn Abd al-Malik ibn Marwan ibn al-Hakam ibn Abi al-As ibn Umayya ibn Abd Shams al-Umayyad al-Abshamiyya al-Qurashiyya—concluyó, sin apenas respirar.

Yo casi me mareo, pero el cadí, que caminaba a su lado, lo miraba asintiendo, ponía morritos meditativos y de vez en cuando levantaba las cejas, como sorprendido por algo, antes de volver a asentir.

—*¿Al-Umayyad al-Abshamiyya al-Qurashiyya?* —repitió para asegurarse Ben Ubay.

—*Claro: de los Banu Umayya*—le confirmó Lope un poco molesto—. *Como todos.*

—*También es cierto* —reflexionó el cadí.

Al final del *sabat* había un portón al que llamó el cadí. Un ventanillo se abrió y, al otro lado, bailaron los ojos de un guarda.

—*Con esto nos ahorramos rellenar instancias y demás bagatelas.*

Ben Ubay informó al guarda de quiénes éramos y a qué veníamos. Tuve que quitarme el velo para que me registraran, y me eché a temblar cuando reconocí al encargado de hacerlo. Ya habíamos alternado. Era el soldado al que sacudí, dejé fuera de combate, desnudé para ponerme sus ropas, amordacé y até en lo alto de la torre de las casas nazarenas en que pasé mi primera noche en Córdoba.

Afortunadamente, había tomado la acertada precaución de atacarle por detrás para que no pudiera identificarme más tarde. Son tácticas elementales para cualquier infiltrado en ciudades enemigas.

Íbamos caminando hacia los archivos a través del patio de armas que daba acceso a un recinto en el que se agrupaban palacetes de muy distinta factura, algunos muy moros y otros de aire grecorromano, cuando el cadí Ben Ubay se excusó con el cuento de

que se le había olvidado pedir una información al guarda que nos había dado acceso. Y volvió sobre sus pasos.

—Me da mala espina tu amigo —le dije a Lope cuando Ben Ubay se coló otra vez en el edificio del *sabat*.

—¿Desdi cuánto has ricobrato la parla? —me preguntó él con asombro.

Daba igual ya. No había vuelta atrás. Nos habíamos metido en la boca del lobo, así que mejor no asustar a Lope. El cadí regresó rápido y nos guio hacia un edificio que tenía una gran escalinata de entrada, y otra en el interior. Por ellas accedimos a una sala con las paredes cubiertas de estanterías en las que había códigos, rollos y legajos colocados en perfecto orden. Ben Ubay se puso a seleccionar documentos y luego, con tres códigos bajo un brazo y varios rollos en el otro, se dirigió al centro de la sala, en donde había una de esas mesas circulares de bronce de patas inevitablemente cortas.

Cómodas no me parecen, pero no dudo que el ahorro en sillas pueda ser una ventaja.

Nos sentamos los tres en la alfombra alrededor de la mesa, ellos dos con las piernas cruzadas y yo sobre los talones, arrodillado. Empecé a calcular el poco rato que podría resistir allí sin calambres.

Y entonces ocurrió lo que más me temía. Mientras el cadí comenzaba a hojear sus legajos, un doble portón que teníamos enfrente se abrió, dando paso a varios soldados. Se iban situando en fila, firmes e imponentes, de espaldas a las estanterías de archivos.

No sin antes comprobar que Lope había empalidecido bastante, agaché la cabeza.

—¿Tú li habías dicho a alguno moro lo que hacías per Córdoba? —me preguntó en un susurro Lope acercando la cabeza.

—¿Yo? ¡Qué va! ¡A nadie! —le contesté, pero no las tenía todas conmigo—. ¡A Leila y a nadie más!

—¿Leila? —me dijo abriendo los ojos como descomunales huevos de avestruz friéndose en aceite—. ¡Leila tienen corazón di sierpe!

El mando entró el último, avanzó por la estancia, dio un taconazo en el suelo y anunció la entrada de su señor con un grito:

—*¡Abulcasán, príncipe de Córdoba!*

Buena la habíamos hecho. Cuando se empeña uno en buscar una tumba, pensé, tarde o temprano una tumba acaba saliéndole al encuentro.

El cementerio arrasado

Con las manos entrelazadas a la espalda y sonriendo, sumergido en otro de sus apacibles días de bienestar y desentendido de todo lo que pudiera suceder más allá de sus pantuflas bermejas, entró por la puerta el último gordo de Córdoba. Gordo y feliz, venía de nuevo. Caminó hacia nosotros y se sentó a nuestro lado como un invitado de honor al que estuviéramos esperando. Se quitó el turbante y lo depositó en la mesa para secarse el sudor antes de hablar.

—Que Dios os dé un hermoso día, hermanos míos. Bien bien bien: ¡así que tú eres el traidor Ben Saíd!, ¿no es cierto? —dijo dirigiéndose a Lope con una sonrisa franca—. Y este otro será tu amigo nazareno—me señaló con la cabeza—, el que entró en Córdoba en busca del Códice Wallada: Gonzalo de Berceo.

Como hacía Lope, incliné la cabeza llevándome la mano al corazón con un no tan fingido respeto. Era un modo como otro cualquiera de ocultar el temor.

—Para que no nos diéramos cuenta de que es nazareno, se ha hecho pasar por mudo —comentó el cadí Ben Ubay mirándome con simpatía.

—Muy astuto —celebró el gobernador.

—Pero puedes dirigirte a él sin problema. Entiende el árabe, aunque parece que lo habla fatal.

Me extrañó esa afirmación, porque denotaba un orgullo desmedido que hasta el momento Ben Ubay había disimulado bien y que le iba a impedir apreciar mi soltura con su idioma. Quizá estaba mal informado en aquella ciudad de heraldos, infiltrados y soplones tan poco experimentados como Lope o yo mismo.

—Pues bienvenidos los dos a mi casa —nos saludó afable—. He sabido —añadió dirigiéndose ahora a mí— que eres el único capaz de encontrar la solución para esta ciudad, el Códice Wallada, y estoy dispuesto a negociar contigo.

Me quedé mudo, aunque ya no hacía ninguna falta. De nuevo mi fama me precedía. ¿Quién le podía haber dicho algo así? ¿Estaba Odón de Cheriton, como nosotros ahora, al tiempo trabajando para los atacantes y los defensores de Córdoba?

—Pero no os detengáis por mí, os lo ruego: vamos a seguir con la búsqueda. Tenéis mi bendición y toda la ayuda y recursos que necesitéis de mí para encontrar el libro o, por lo que parece ahora, esa tumba principesca, ¿no es así, Ben Ubay? ¿Cómo va la cosa?

—Bueno, no hay archivo sin error ni familia sin pecador, como digo siempre. Así que habrá que salvar algunos problemas—comentó el cadí escurriendo el bulto—. Hay veinte y una almacabras en Córdoba, casi todas extramuros, por desgracia. Y en general no se anotan en los archivos los sepelios, ni ahora ni entonces, aunque nos queda registro de las compras y ventas de terreno para tumbas.

Así comenzó nuestra inopinada colaboración con la alta jerarquía cordobesa. Mientras yo me preguntaba por qué razón nos trataban con tanta deferencia en vez de cogernos por el cuello y sacarnos la información a patadas como habría hecho cualquiera, el gobernador se preocupaba por la salud de Lope. Al parecer había tenido noticias totalmente exageradas que lo hacían con un pie en la tumba.

—*Bien en general, aunque hay días en que tengo fuertes dolores en la mano que me falta, y no encuentro manera de aliviarlos. A veces me gustaría cortarme el brazo*—le dijo mi amigo levantando el muñón.

Por su parte, Ben Ubay se concentró en dar vuelta a los papeles con una profesionalidad fuera de toda duda. Pasaba páginas hacia delante, murmuraba algo ininteligible, volvía a pasarlas hacia atrás. Escogía algún rollo, le quitaba el lazo y lo desenrollaba haciéndolo girar con suma ligereza en busca, parecía ser, de alguna parte concreta del texto. Y a veces tomaba notas en sus tablillas de cera, colocándose luego el estilo en la oreja con soltura. Y exclamando muy de vez en cuando: «*Bueno bueno bueno... ¡Muy bien!*».

—*Una pregunta antes: ¿somos tus prisioneros, Abulcasán?* —le interrogó entonces Lope.

Me extrañaron sus dudas. Yo no tenía ninguna.

—*Sois mis invitados, Ben Saíd. Mi casa es vuestra casa*—respondió el gobernador con prosapia y levantando los brazos para que supiéramos que estaba exagerando.

—*Y entonces* —protestó Lope—, *¿a qué viene negociar sin vino?*

Poco después estábamos los cuatro tomando un baño en el hamam del alcázar, con varios de los mismos guardias rodeando la piscina, pero cada uno con una mesita a su lado y una copa de vino, que, padre de la concordia entre los humanos, volvió la conversación reposada, si no menos ardua.

Entonces no me asombraba tanto seguir vivo como me asombra ahora recordarme en taparrabos y sumergido con otros en una piscina de agua demasiado caliente: a mí, que no me baño más de

una vez al año, incluso si no hace ninguna falta, por simple obediencia a los consejos de mi madre sobre el deber de todo buen cristiano, y también siguiendo la filosofía carnavalera de mi padre, con su exaltación de las bondades de practicar una locura anual.

Para Ben Ubay habían instalado un pupitre cuyo tablero asomaba también sobre el agua. El cadí de vez en cuando mojaba el cálamo en un tintero y apuntaba con diligencia de escribano todo lo que decíamos en su cuaderno.

Desde el agua, el hamam del alcázar parecía inmenso, con varias naves sostenidas por incontables columnas de mármol e iluminadas con la luz que nos llegaba desde los jardines de alrededor, filtrada por las hojas de los árboles y trémula en los reflejos de las piscinas.

Viendo que Lope manejaba bien la cosa, intenté no decir palabra, como mudo reciente. Pero cuando el gobernador habló de la próxima ejecución de Mateo Sancho, nuestro hombre en Córdoba, le pedí que tuviera misericordia con él.

—*Bienevolencia es de gobernador corona por portarla orgullosa*— le recordé.

Y se reía.

—*Mateo Sancho no es ninguna amenaza, sino un divertimento*— me explicó—. *Y casi me divierte más cuando está suelto que cuando está preso...*

Lope convino con él tras muchas vueltas en que, a cambio de las preciadas vidas de Mateo Sancho y sus nazarenos (y las nuestras, claro, aunque esto no se mencionó en ningún momento), nos comprometíamos a entregar el *Códice Wallada* con los planos de «El bastón de Dios» al gobernador Abulcasán, y no al rey cristiano. Lope y yo tuvimos que jurar solemnemente que colaboraríamos con el cadí para localizar la tumba de Wallada. Me pareció en cierto modo atractivo, además de peligroso, hacer juramentos incompatibles con

la intención de incumplirlos todos. Pero, dichosos de mantener la vida que dábamos ya por perdida, Lope y yo habríamos aceptado con entusiasmo cualquier otra encomienda, así fuera atrapar liebres tocando el tambor, sembrar perejil sobre ascuas de fogata o contarle los pelos del culo al diablo, uno a uno, si era necesario.

—*Y bien, ¿cuándo empezamos?*—se animó el gobernador—. *A ver, Ben Ubay: conozco esa sonrisa que se te ha quedado al salir del archivo. Algo tienes que me estás ocultando.*

Tras apuntar antes la pregunta, el cadí dejó el cálamo sobre el pupitre e inspiró con fuerza para comunicarnos la respuesta.

—*Es solo una posibilidad*—comentó—, *pero a lo mejor nos encontramos con que no está tan lejos la tumba esa.*

Me eché a temblar. Si dábamos deprisa con la tumba de Wallada y dentro estaba el código, la vida de Lope y mía perdía el poco valor que tuviera para ellos, y pronto nos hallaríamos contemplando una bonita vista de la plaza del zoco desde nuestras cabezas expuestas en picotas.

El portero probó por enésima vez con la llave a abrir la puerta que daba acceso a la Rauda, el mítico panteón de los omeyas en el alcázar.

—*¡Dios nos asista! No se abre desde no sé ya cuándo*—dijo.

Pero esta vez, al girarla, le pegó a la puerta un enorme empuellón que la separó unos dedos del quicio. Y ya solo tuvo que empujar y patear, y volver a empujar, hasta abrirnos paso.

—*Adelante, adelante*—proclamó Abulcasán pasando el primero.

—*Al final del todo está la almacabra con los familiares de los califas, príncipes, princesas y demás*—decía el cadí Ben Ubay.

El panorama que vimos, sin embargo, no era ni lujoso ni halagüeño. El pequeño recinto amurallado estaba plagado de palmeras y cipreses y laureles que atemperaban el horno cordobés. Tenía que haber sido, en tiempos, un jardín adecuado para el descanso eterno. Pero se veía que lo habían arrasado hacía mucho. La maleza se había adueñado del lugar y los mausoleos yacían derruidos, las lápidas quebradas y los huesos mondos arrojados fuera de las tumbas por doquier.

El cadí nos guiaba por entre las tumbas, salvando lápidas partidas o atravesadas en las calles de cualquier modo, o rodeando montones de escombros. Las zarzas se me enredaban en las perneras de los bombachos, y era inevitable pisar de vez en cuando un fémur o un cráneo despedazado.

En el centro del cementerio había restos de lo que debió de ser, en otro tiempo mejor, un largo y estrecho estanque rectangular. La pila estaba agrietada por doquier, y de las grietas crecían arbustos en busca de luz.

—En esta parte, la más cercana a la Meca, están los restos de los primeros emires. Los archivos no mienten: por aquí, Abderramán I. Y los califas por ahí. Esta debe de ser la tumba de Alhakén II. ¿A ver? Eso es —decía, señalando primero un mausoleo derribado, luego una tumba descubierta y llena de maleza, más allá placas de mármol rotas—. Trasladaron aquí sus restos justo antes de que arrasaran Medina Azahara. Así que la que está ahí tirada debe de ser su calavera.

Pudimos así comprobar todos sobre la marcha que, como sospechábamos, una calavera de califa se parece a la de cualquier mentecato.

—Pero venid, venid —nos pedía inaccesible al desánimo el cadí Ben Ubay—: vamos más adelante.

Lope estaba tan asombrado como yo.

—*¿Quién profanó así este cementerio?* —preguntó—. *¿Y por qué?*

—*La fitna. A los almorávides no les gustaban las almacabras suntuosas* —explicó el cadí.

Con la *fitna* se liaron ellos solos en guerras internas cuando se hartaron de la poca resistencia que les ponían sus enemigos cristianos. Y, claro, en la guerra siempre se encuentran buenas razones para tirar abajo edificios y mausoleos. Pero el odio de remover y esparcir huesos de cadáveres es de otro orden, me parece a mí: necesita mucha más fe. Fe en la vida eterna, en Dios y en uno mismo.

—*¿En la fitna?*—preguntó entonces Lope—. *Pero Wallada era todavía muy joven cuando cayó el califato. Su tumba no puede estar aquí.*

Los cuatro nos quedamos mirándonos en silencio.

Me di cuenta entonces, viendo la cara de indolencia de Ben Ubay, de que un cadí mahometano no es muy distinto de un juez cristiano. Ni sabe lo que está haciendo ni le interesa demasiado enterarse.

Volvimos después sin hablar todavía a la habitación con la gran mesa redonda en donde habían comenzado nuestras pesquisas. Al llegar se puso en pie una mujer vestida de blanco que aguardaba allí.

—*Querida Leila, siento haberte hecho esperar*—le dijo el gobernador Abulcasán a la sobrina de Lope.

Y se inclinó con una reverencia cortés para después fundirse con ella en un cariñoso abrazo.

Cuando vi ahí a Leila, ya no tuve ninguna duda: me había manejado como a un niño, y, después de que le demostrara como un idiota mis capacidades para buscar el libro, me había sacado, utilizando hábilmente su deformidad tan hermosa y seductora, toda

la información que necesitaba para, luego, entregarnos a su tío y a mí a las fauces del gobernador.

—*Siéntate, por favor, Leila. Sentaos todos* —continuó Abulcasán—. *Necesitamos descansar y meditar un poco. Pero estás de luto, querida amiga. ¿Ha muerto ya tu padre?*

—*Eso es* —contestó ella mirándome con su único ojo azul.

Se había pintado el rostro de albayalde y los párpados de kohl para la visita, y estaba más bella que nunca. Pero ¿para qué la había convocado Abulcasán? Demostrarnos que nos había atrapado a través de ella no me parecía cosa de suficiente interés para el mandamás de la ciudad.

Ajeno a mis dudas, con la excusa del luto de Leila, el gobernador comenzó entonces un largo lamento por los tiempos que nos había tocado vivir.

—... *Y yo* —concluyó—, *como no venga pronto mi emir Abenhud a rescatarnos, no sé qué voy a hacer.*

Parecía muy cercano en su papel de príncipe lastimero y comprensivo.

—*Me temo que el emir de Murcia, tu emir, no va a venir, príncipe* —replicó Lope—. *Ya vino, de hecho, y al comprobar el volumen de las tropas cristianas decidió abandonar Córdoba a su fortuna.*

Lo que me tenía verdaderamente pasmado, y más aún que verlo vivo tras saberlo muerto, era escuchar a Lope hablando su lengua de modo tan exquisito y razonable. ¿Había fingido hasta el momento ser el vagabundo disparatado que yo conocía o fingía ahora ser el analista de conflictos de frontera?

—*Aquí el único que no se entera de nada soy yo* —casi lloró el gobernador—. *Tantos años cobrando impuestos para él, y cuando vienen mal dadas... Pero ¿cómo sabes tú, sin haber salido de la ciudad, que mi emir vino y se largó?*

—*Todo el mundo en Córdoba lo sabe.*

—*Y, ahora, ¿qué voy a hacer?* —se lamentaba el gobernador, olvidado ya del luto de su amiga y contento de que atendiéramos todos al fin a sus grandes problemas, e intentando hacernos creer que estaba desesperado.

Yo en su lugar lo estaría.

—*Hay que rendir Córdoba cuanto antes. Pedir parlamento al rey Fernando, y misericordia, si no quieres que no deje aquí piedra sobre piedra.*

Eso dijo Lope: el traidor ajusticiado por la turbamulta, intentando salvar su ciudad.

—*¡Pero Córdoba es una de mis esposas! ¡Amo sus ojos de gacela y sus pechos como manzanas del Líbano!* —exclamó con lágrimas en los ojos el gobernador, que era también poeta, como todos por allí.

—*Escucha a mi tío, Abulcasán* —dijo Leila—. *Está hablando con prudencia.*

Era lógico que Leila y Lope se empeñaran en salvar la ciudad. Y yo, aunque había oído con claridad el deseo de arrasarla del rey, no quise rebajar sus esperanzas. El gobernador les prometió meditarlo a fondo, como debía hacer con cualquier súbdito cuando algo no le interesaba. Y luego volvió a lo que en verdad le traía de cabeza en ese momento:

—*Y bien, Ben Ubay: ¿alguna noticia más que puedas darnos del código?* —preguntó.

—*Hay un hilo suelto en la búsqueda de la tumba de Wallada que estoy devanando aún*—nos aseguró el cadí—, *una almacabra nazarena que había descartado y ahora se ha convertido en el lugar más factible. He averiguado que la madre de la princesa había sido una de las esclavas cristianas del califa antes de convertirse en la preferida.*

Pero nos dijo que necesitaba hacer antes una serie de averiguaciones.

—Vamos a continuar la colaboración que hemos comenzado hoy—concluyó levantándose el gobernador—. Leila me ha confiado que la misión está en buenas manos ahora. Tenéis que encontrar el códice, con la ayuda de mi cadí... Pero si no es así, de cualquier otro modo, y entonces, cuando aparezca, ivoy a haceros más ricos de lo que os podéis llegar a imaginar!

Cuando, sin alternativa, asumimos su propuesta, nos explicó que acababa de decidir soltar ya al alborotador Mateo Sancho, para poner de una vez remedio a la total ausencia de información interesante por parte de sus infiltrados entre los pocos nazarenos escapados a la redada. Su guardia real se había quedado en pleno asedio sin objetivos ni entretenimiento.

—La falta de propósitos y el ocio son el principio de todo desorden—moralizó—. Pero os lo comento sin demasiada convicción.El pueblo necesita entretenimiento, ahora que no tiene comida. Y una ejecución es una diversión insuperable.

Abulcasán pidió un carro para llevar a su casa a Leila, pese a la cercanía.

—Es por la protección, mi bella—le dijo cuando ella protestó.

Nos pidió a Lope y a mí que lo acompañáramos después a dar las instrucciones al jefe de la guardia para liberar a Mateo Sancho. Quería que simularan un descuido en el traslado a su ahorcamiento. A sus secuaces nazarenos los iba a mantener allí un día más o dos, nos dijo, para intentar fomentar un asalto al alcázar organizado por Mateo Sancho y los que pudiera reunir entre los escapados, que siempre sería fácil de repeler. Eso daría algo de distracción a su aburrida guardia.

Con todo acordado, cuando el cadí había regresado ya a sus tareas, Abulcasán hizo ante nosotros un elogio desmedido de Leila:

—Para otros mi amiga Leila no es atractiva, pero yo la quiero más que a cualquiera de mis mujeres. Su espíritu libre y esos senos como manzanas del Líbano...Y ella se desvela por vosotros. ¿Os creeríais que me ha hecho dar mi palabra de que no os sucederá nada en Córdoba mientras tenga el mando?

Lope y yo intentamos sonreír.

—Entiendo que todos la queremos y que a ninguno de nosotros le gustaría que le pasara algo horrible —continuó—, una de esas cosas que les ocurren a las mujeres en las ciudades sitiadas. Hasta los propios guardias que la protegen pueden volverse locos, en un ambiente de tensión como el que vivimos aquí.

Quedaba claro al fin para qué nos había traído a Leila.

Luego intentó animarnos, sin mucho éxito: nos recordó que había escuchado las razones de Lope para salvar la ciudad, en la misma línea de lo que Leila le pedía cada vez que se veían. No le quitaba razón a ninguno de los dos. Había que pensar en todos aquellos miserables cordobeses, quejicas y hambrientos, pero al fin y al cabo hermanos en Alá, ¿no era cierto? Iba a meditar sobre todo ello en profundidad y nos comunicaría sus decisiones al respecto.

No le creímos ni una palabra.

La fábula de la oveja

Salimos los dos del alcázar por la puerta grande, libres, aturdidos y cabizbajos. Con muy poco ánimo dimos un paseo por aquella ciudad desolada, aplazando el momento de dirigirnos a nuestro único refugio posible, la Casa de los Siete Jardines.

—*Una limosna para el último poeta de Córdoba.*

En el callejón nos asaltó un mendigo cubierto de harapos y con gesto patético. Con camaradería gremial, le pregunté a Lope si llevaba algo encima para darle.

—Soy más limpio di la patena dil Corpus Christi —me aseguró.

—*Ya me siento, mico mío* —le dije al pedigüeño—. *Vamos límpidos los dos.*

—*iQué bien hablas nuestra lengua, con sensibilidad y tono y ritmo!* —me contestó, zalamero—. *¿Dónde conseguiste esa pronunciación tan lugareña?*

Me provocaba una enorme ternura aquel hermano poeta. Parecía un hombre inteligente.

—*Guarda a ver si alguno llevo* —le dije abriendo la bolsa y tomando dos dineros—. *¿Y cómo se debe que no hay más poetas para Córdoba sino tú, dímelas?*

—*Cuando cayó Úbeda* —me explicó recibiendo las monedas—, *fueron yéndose los ricos y los ilustres a Sevilla, poco a poco, y detrás los poetas. Ahora Sevilla, además de los músicos de allí, tiene*

también los poetas de aquí. Pero yo soy cordobés cordobés, y aquí me quedo. Y si me das seis más de esas monedas, mis seis hijos te lo agradecerán, sabio nazareno que tan bien hablas nuestra lengua. ¿No serás tú también poeta?

Le di tres dineros más y le deseé toda la buena suerte que pudiera encontrar.

Una vez en la cámara de Marwán, ni siquiera nos decidimos a visitar de nuevo el antro de la camarera autómatas Fata, sacudidos por la melancolía.

Por mi parte, tampoco quería descansar, y tenía una discusión pendiente, así que me excusé con Lope.

Era la primera vez que pisaba ese jardín, pero lo reconocí como el lugar por el que, en el relato de la *Historia de la princesa Wallada*, el poeta Abenzaidún vuelve a la Casa de los Siete Jardines convocado por la anfitriona, y entra a través de un postigo, el mismo que estaba abierto ahora al exterior. Como en el cuento, el jardín tenía en el centro un gran estanque octogonal presidido por una isleta de la que surgía, entre dos palmeras, un enorme chorro de agua de un surtidor.

Al contemplar el patio, otro más entre tantos de aquella casa, sentí añoranza del monte agreste, del río imprevisible que a veces anega la ribera y de la amenazadora vegetación del sotobosque, donde los zorros y los jabalíes agitan con pezuña hostil los arbustos. Aquellos huertos parecían falsos, puestos allí para inspiración de artistas cortesanos o recreo de damas suspirantes.

Y si la pintura del lugar no resultaba aburrida, era solo por el chafarrinón que estampaban sobre ella varios niños que entraban por el postigo, algunos solos, otros del brazo de sus madres, la mayoría famélicos y semidesnudos, con barrigas hinchadas brillando al sol de la tarde.

Cuando llegué allí buscando a Leila, estaba de pie, a la sombra de un naranjo, tomando una infusión y pidiéndole a una muchacha sentada junto a ella con las piernas cruzadas que comiera más despacio un guiso que tenía en un cuenco de pan. Impecables, las gráciles criadas de Leila atendían a las madres desesperadas y a otros niños, que lloraban reclamando más comida.

La gárgola me vio venir pero me retiró de inmediato la mirada y se acucilló junto a la muchacha. De cualquier modo, la ira que llevaba contra aquella mujer se me escapó de golpe al ver el moratón en que se había convertido su única ojera, una vez lavado el rostro de los afeites con que lo había acicalado para la visita al alcázar. ¿Quién era yo para irrumpir ahí poco antes del fin del mundo exigiendo explicaciones a una mujer a la que había hundido en la melancolía con mis noticias aciagas y mi falta de delicadeza?

En la biblioteca, tras mi presumida exhibición de habilidades para detectar el rastro del *Códice Wallada* ante ella, tras darse cuenta de que verdaderamente existía, Leila había manejado mi deseo para arrastrarme a su lecho y arrancarme la información de lo que había de valioso en él para que un cristiano se jugara la vida intentando localizarlo. Y cuando supo de la existencia de un arma secreta entre sus tapas, decidió pasarle el secreto al gobernador y dejarnos a todos, ella incluida, al albur de sus amenazas. Todo eso me parecía ahora, de pronto, bien mirado, más una consecuencia de mi mala cabeza que de su perfidia. Cada uno ofrece su lealtad a quien considera oportuno, y yo mismo, al fin y al cabo, había prometido ya mis servicios a los dos bandos enfrentados, incapaz de decidir cuál era peor. Solo el hecho casual de compartir con ella aquella desgracia me restaba indignidad. Eso y acaso también el deseo inútil de que todo acabara lo antes posible, aun sabiendo que acabaría mal en cualquier caso.

Entonces la niña que comía a sus pies le tomó a Leila el cuenco con la infusión que estaba bebiendo y lo agitó.

—*Aquí estás tú abrazada a un rey* —exclamó escudriñando los posos, jugando a ser maga y fingiendo adivinar, como acaso fingirían a menudo su madre o su abuela—. *¡Casada hasta que la muerte os separe! Y es un rey cristiano, con futuro.*

Al darme la vuelta para salir del jardín, más hundido aún de lo que había llegado, sentí que algo extraño sucedía en el estanque: un temblor ligero agitó la isleta, y en uno de sus costados se abrió una compuerta dando paso a un batel en el que navegaban tres muñecas autómatas. Familia cercana de la camarera debían de ser: una flautista, una tamborilera y una laudista. Interpretaban a su paso una melodía que quería sonar alegre, pero que, mecánica y algo desafinada, resultaba más bien triste. Poco a poco los niños se fueron acercando. Inesperadamente capaces aún de ilusiones y sonrisas, se sentaban al borde del estanque a acabar la comida contemplando el espectáculo.

El batel rodeó el estanque a poca distancia de la orilla hasta desaparecer en el interior de la isleta por la puerta del costado opuesto, para decepción de los niños.

Incapaz de volver a ser niño, abandoné el jardín sin más propósito que aislarme en mis habitaciones.

Lope me estaba esperando allí:

—*¡Fogatas en la ribiera al atardecer! Homnes cantando, vino garganteando..., iven con mí a celebrare!* —proclamó.

Lo cierto es que, por mi parte, ya había perdido todo interés por libros y tumbas. ¿Había mejor manera de esperar la catástrofe que festejando? Si algo he aprendido junto a Lope es que, cuando el sentido común deja de servir, no hay vía de escape más sabia que la locura.

Cantó el almuédano cuando abandonábamos de nuevo la Casa de los Siete Jardines.

Los que festejaban en el pequeño tramo de ribera que separaba el Guadalquivir de la muralla no eran otros que Mateo Sancho y el pequeño grupo de inocentes nazarenos que había escapado a la redada de la guardia la mañana siguiente a mi llegada a Córdoba. Habían conseguido rescatar de su madriguera asaltada una barrica de vino de consagrar. Y con ellos nos reunimos Lope y yo, para buscar refugio en los brazos de Baco, ya que los de la Fortuna se mostraban tan hostiles. Entendí de una vez por todas, aquel día, por qué tanta gente, y no solo los niños, sigue su rutina sin alteración ninguna en tiempos de guerra, como si nada estuviera ocurriendo.

Puesto que Lope, previsor, se había procurado una cántara de vino para contribuir a la fiesta, nos recibieron con alegría. Obnubilado por la celebración y la bebida, nuestro hombre en Córdoba y héroe del momento, Mateo Sancho, estaba maquinando una de sus insensatas filantropías.

—¡Es nuestra obligación salvar a los compañeros y buscar luego comida para los niños y las mujeres! —clamaba vehemente en el mozárabe que usaban entre sí los nazarenos.

—Y algo de comer para nosotros tampoco estaría mal —apuntó uno de sus acólitos.

Al parecer, los que no habían pasado por prisión se alimentaban ya solo del vino que les iba quedando.

Sancho tenía un plan. Llamarían a las puertas del alcázar fingiéndose fontaneros o albañiles requeridos para el arreglo de los conductos de agua o para enlucir las paredes de la cámara del gobernador. Una vez dentro liquidarían a los porteros, soltarían a los presos y entrarían luego sigilosamente hasta las despensas, para arramblar con la comida que encontraran.

Se trataba del descabellado plan previsto ya por el gobernador Abulcasán, ni más ni menos.

Por mi parte, intentaba escudriñar los rostros de sus compinches para imaginar cuáles de ellos trabajaban como infiltrados para Abulcasán. Pero el único infiltrado fácil de detectar ahí era yo mismo.

—Propongo atacar mañana. ¿Quién está de acuerdo? —zanjó Mateo Sancho.

Todos levantaron el brazo menos Lope, que tenía el único posible ocupado con la copa, y yo.

—¿Y por qué no le pides comida a Alvar? —le pregunté a nuestro hombre en Córdoba.

—¿Quién es Alvar? —me preguntó a su vez él.

Entendí que no podía descubrirse ante los demás nazarenos como infiltrado de Alvar y le seguí la corriente eludiendo también la respuesta.

—El alcázar es una fortaleza —recordé—, y sin embargo hay comida a mansalva al otro lado, en la Axerquía.

—Buena idea —se corrigió Mateo Sancho—. Vamos a empezar por ahí: abrimos una de las puertas de la muralla medianera, liquidamos a los almogávares que las vigilan y entramos de noche en el campamento cristiano. Luego volvemos y ya nos ponemos con la toma del alcázar.

Para evitar que se delatara como colaborador de Alvar, comenté a todos que yo mismo había entrado en Córdoba remontando un albañal que atravesaba la muralla por debajo. Y les expliqué que, como le había oído decir a Odón, en los almacenes de la fonda de La Chata Cristiana había cereales, vino y salazones para repartir.

Entonces a Mateo Sancho le entró un inoportuno ataque de melancolía que nadie supo explicarse, hasta que nos reveló que en esa misma fonda trabajaba su amada Rosafresca, dama indefensa,

de la que nada sabía desde la toma de la Axerquía, y que pensaba que estaría muerta.

—Está viva. O al menos lo estaba la noche en que pasé por la fonda —le dije, sorprendido de que la enamorada de Mateo fuera la misma mujer a la que había conocido yo.

—E viva in dimasía, a fe di los mochos almogárives que por allí entran e salen —añadió algo más indiscretamente Lope, que había visitado el lugar, como yo, llevado a la fuerza por Alvar.

—¡Rosafresca mía!, iten esperanza, que corro a salvarte! —clamó el arrojado nazareno.

Y todos gritamos y brindamos y bebimos.

Simulando no conocer la casa en ruinas por la que había accedido a Córdoba tras cruzar el muro, Mateo Sancho me pidió sus señas. Y no supe dárselas.

—Cerca de la fuente donde nos encontramos por primera vez —le dije.

—¿No habéis di oíre como un balare de ovieja? —preguntó de pronto Lope.

Yo también lo había oído, pero me había parecido música fingida por el vino en mis tripas, necesitadas en aquel momento de algo más sólido que las ocupara. Y solo de mentar la oveja rugieron varios estómagos al unísono.

—¡Por ahí viene! —proclamó Mateo Sancho señalando al río.

Constatar que los demás veían lo mismo que yo me impidió sucumbir a la idea de que se trataba de un espejismo. Corriente abajo, con la cabeza asomando entre las aguas, venía nadando una oveja en busca de la orilla. Y viendo que todos se querían lanzar al agua a por ella, llamé a la calma y les pedí que nos organizáramos para llevarla a buen puerto. Primero había que hacer cadena humana y adentrarnos en el agua.

Eso mismo hacíamos los niños de San Millán de la Cogolla en el río Cárdenas. ¡Cuántas veces no habré pescado yo allí desde pequeños cabritos y cochinillos lechales hasta vacas y bueyes de considerable tamaño! Pero sin duda lo más satisfactorio venía cuando en la cena, con el asado de oveja humeando, el abad rezaba un paternóster, y luego exclamaba: «¡Bendice, señor, este pescado!, pues siguiendo tu mandato damos hoy con fruición comienzo al ayuno de Cuaresma».

Pronto tuvimos en la orilla a nuestra oveja nadadora. Pero cuando los que habían prendido el fuego la reclamaron, Lope, que había asistido a nuestras maniobras sin ningún entusiasmo, limitándose a beber mientras los demás se afanaban, nos avisó:

—Oveja no tan buena si enviada per nemigo. ¡Ha di estar imponzoñada!

Nuestros bríos decayeron de inmediato. Nos propuso a todos que, aunque no creyéramos posible lo que decía, hiciéramos el esfuerzo de dejarla media hora pastando por ahí, antes de sacrificarla y cocinarla.

Al menos nos quedaba el vino. Con desprendimiento nunca visto, Lope sirvió a todos para apaciguar los ánimos.

—¡Non hay alimento más provechoso ni mejore medichina qui non tomare ninguna, sino vino! —decía.

La oveja, por su parte, no tardó mucho en poner cara de vinagre y tumbarse de medio lado. Si acaso protestó, fue solo con aquella lastimera mirada ovina, que mantuvo hasta que la muerte le cerró los ojos.

Más se quejaban los nazarenos, de hambre y de rabia.

La enterramos profundamente, para que nadie cometiera el error de recuperarla.

Mientras lo hacíamos llegó el cadí Ben Ubay preguntando por mí. Lo vi eufórico y deseando comunicar nuevas. Pero no le dejé hablar

delante de los nazarenos, consciente de que apenas había en Córdoba un puñado de ciudadanos infiltrados entre tanto espía, y me aparté con él.

—*He encontrado la tumba de Wallada*—me dijo con emoción—. *La pista que tenía ha resultado verdadera.*

—*Muy bono* —le contesté rápidamente—. *¿Y hais ido a vere de si era el código allí entierrado?*

A mí no era tan fácil engañarme. ¿Para qué me quería ahora si ya lo tenía?

—*No podemos: la almacabra es cristiana y está fuera de la ciudad, como casi todas.*

Me explicó que aparecía en el registro del cementerio una anotación de compra a nombre de una tal Wallada.

—*Compró terreno para una tumba inopinada, quizá cerca de la de su madre nazarena.*

Abulcasán, dijo, me ordenaba que fuera a la Axerquía, me llegara al cementerio, abriera la tumba y volviera con el código para entregárselo.

Nada más sencillo, por supuesto. Le dije que eso haría sin dudarlo y sin dilación.

—*¿Y cómo lograréis salir de Córdoba?* —me preguntó él, guiñando los ojos y sonriendo.

Y entonces me entregó una bolsa de cuero con un salvoconducto de Abulcasán para sus tropas. Y una carta para el rey, pidiéndole parlamento. Los dos pequeños documentos venían enrollados y sellados con la enseña de Abulcasán, la estrella de ocho puntas con el aguilucho dentro. Tomé la bolsa, la guardé y me despedí de Ben Ubay decidido a entregarme al vino, que seguía siendo, al menos a mis ojos, lo único coherente que se podía hacer por aquellas tierras.

Regresamos a casa ya de noche, yo cargando a duras penas sobre los hombros a Lope, incapaz de locomoción por causa de ebriedad, y él guiándome desde las alturas, equivocando el camino a cada paso y saludando a todo el que nos cruzábamos.

Como siempre que atravesaba aquellas calles, intentaba apartar de mí la constante sensación de que nos seguían, mayor aún desde que nos habíamos convertido en doblados espías, y agrandada en ese momento por efecto del vino. Pensé, para apartar los temores, que podía hacer algo provechoso todavía: buscar de nuevo a Leila y, en vez de reprocharle sus traiciones, pedirle perdón por el daño que le había hecho con mis noticias. Quizá, si no hacía eso ahora, llegué a pensar, no iba a tener otra oportunidad mañana.

Sin duda el vino estaba haciendo estragos en mi manera de actuar, como suele.

Lo último que recuerdo es que cuando llegamos al callejón de la Casa de los Siete Jardines, en la curva que hace antes de alcanzar la puerta, tuvimos un inesperado encuentro.

—*¡Una limosna para el último poeta de Córdoba!*

Conseguí explicarle que no podíamos parar y que a la mañana siguiente se la daríamos, y seguí subiendo el callejón.

Entonces se me apagaron de golpe todas las luces.

Ni me di cuenta de que me habían atizado un buen coscorrón. Fíate de los poetas.

Ahora que estoy ya completamente calvo, si me tiento con la yema del dedo el colodrillo, noto todavía la cicatriz de la brecha, que tiene forma de cuerno.

Campo de sangre

—¡Señoras, señoras, haya paz!

No sabía si de fuera o desde el fondo de mi pesadilla, me llegaban voces de mujeres insultándose en cristiano, y de alguien intentando calmarlas, un obispo al parecer, pero que no hablaba en latín sino en un sobrio y culto román. La luz dañina entraba por una tronera que rasgaba la pared de enfrente.

Necesitaba palparme la cabeza para intentar reconocer la causa de un dolor tan agudo, pero me resultaba imposible mover las manos, atadas a mi espalda y sujetas a una cadena. Tras varios esfuerzos logré incorporarme y sentarme recostado contra el tabique. Tenía la ropa muy húmeda, y el origen del olor que me atufaba era mi propio cuerpo, que había despertado tirado en un jergón dentro de aquel cuartucho.

Lo último que recordaba era el entierro de la oveja y el mucho vino bebido. Me habían puesto unos grilletes de hierro tan apretados que me quemaban las muñecas. Sentía en el costado, bajo la camisa, la bolsa en la que llevaba el salvoconducto y la carta para el rey de Abulcasán, pero ignoraba si seguirían dentro o me los habrían robado.

Las voces no pararon en ningún momento, revelándose ajenas al sueño. Y la cadena era lo suficientemente larga para levantarme, pero la debilidad me obligó a ponerme de rodillas antes. Entonces

me di cuenta de que la habían enlazado a una pata de la cama, así que no necesitaba más que levantar la cama para sacar la cadena. No había caído en manos de gente demasiado brillante, al menos. Me puse en pie.

¿Y si estaban deseando que me intentara escapar para acabar de una vez conmigo? Pensé que al final iba a lamentar no haber rezado mientras estaba genuflexo.

Salí a un corredor. Enfrente había otra puerta cerrada con una cadena. Por la rendija se veían sacos y toneles apilados, y regueros de garbanzos y arroz por el suelo. Recorrí con precaución el pasillo, que desembocaba en una amplia sala.

Entonces pude reconocer el lugar: La Chata Cristiana, la fonda de la Axerquía.

Las dos mujeres que gritaban enfurecidas eran las propietarias del lugar y estaban a punto de llegar a las manos. Sentado a una mesa las contemplaba con indiferencia la inconfundible figura de Odón de Cheriton, como si no se hubiera movido de allí en todo el tiempo que había pasado yo en el interior de Córdoba, aunque ahora tenía al lado, a su mesa, a mi amigo Lope, con su único brazo atado también a una pata de la mesa por unas manillas como las mías. A Odón no le quedaba más remedio que ayudarle a beber de vez en cuando, poniéndole la copa en la boca.

También vi, acodado en una mesa del fondo, al traidor poeta que me había sacudido, poniéndose las botas con un asado. Uno más caído en las garras de Alvar, sin duda.

—... Y no hay que olvidar —estaba comentando Odón— que los obispos podemos siempre mantener en nuestra casa dos e incluso tres buenas amas, por zorras que sean, sin contar las sobrinas, que autoriza hasta el papa, al que Dios mismo arroje al infierno por putaño.

Quizá porque la mentira hizo su efecto, o quizá porque no hizo sino el contrario, las dos mujeres se largaron olvidando sus desavenencias entre sí y concordando en insultar juntas al falso obispo.

—¡Mujeres! Quien entienda al diablo las entiende sin duda —añadió Odón buscando más interlocutores, puesto que Lope solo estaba preocupado por recibir la bebida. Y entonces me localizó a mí —: ¡Pero si estáis aquí, Gonzalo! ¡Maldito mulo solo aprovechable como pitanza para puercos! ¿Y cómo os habéis podido escapar de la fuerte presa que hicimos a la cama, decidme?

Me había sentado a una de las mesas de la fonda a la espera de que acabara la trifulca.

—Ya ya ya —continuó el teólogo—: lo sé, creedme que lo sé. Y escuchad la verdad: tengo las manos tan atadas como las vuestras, aunque las mías no tienen el aspecto infecto de un siervo de labranza. ¡Así es la corte, ese nido de víboras y aduladores pesebristas!

—¡Non ti olvidas di mis nesecidades, magister! —le pidió Lope con ojos de carnero degollado.

Odón le alzó la copa y se la puso en los labios.

—Os trajeron ayer los hombres de Alvar a los dos como fardos de estiércol —continuó luego—. Nos hicieron poneros las esposas, pero Alvar se guardó la llave... Y me dijo que, si te escapabas, me iba a destazar para freírse mis pobres sesos con la grasa inocente de esta barriga.

—Como siempre, tu ayuda para solucionar los problemas que provocas es inestimable —le dije, sin enfado siquiera.

—A mí el pájaro de mal agüero Alvar no me da miedo ninguno, ¿eh, Gonzalo? —prosiguió él, que, acostumbrado al púlpito, no escuchaba—. Yo soy de una madera menos dúctil que la vuestra,

que no sirve ni como alimento de carcoma. ¡No iba a temblarme el pulso si me obligara a enseñarle una lección! Temo sobre todo a mi espada, que, una vez descubierta, jamás ha regresado a su guarda sin que tuviéramos que lamentar una o dos cabezas segadas a cercén. No me gusta andar disputando, bien lo sabes, hijo mío.

Sí, algo sí que sabía. Odón era tan capaz de cortar la cabeza de Alvar como de regalarle un saco de maravedíes a la prostituta a la que estaba engatusando.

—¡Aunque ese hijo de perra es de los que te buscan cuando estás dormido y te asignan caravana para cruzar el desierto del infierno en un santiamén! ¿Y vos? ¿Habéis encontrado ya el *Códice Wallada*? No hace falta que os excuséis: por el olor a cuadra y lo delgado que os veo deduzco que tendréis la tarea a medio hacer. No sé por qué, pero os imagino cazando gárgolas de huerto en huerto.

Tenía arrestos para comentarle a cualquiera maniatado con grilletes eso y mucho más.

—¡Así devuelven los discípulos tanto desvelo en su enseñanza a este anciano maestro... que arde en deseos de tomarse un *sherry*! Me bebo uno despacio en sueños cada noche, pero la pesadilla empieza de pronto al despertar con las manos vacías. Decidme: ¿no vais a encontrar de una vez el código? Tenemos entre manos un proyecto fastuoso tu amigo Lope y yo.

Mientras tanto, harto de pedirle vino, Lope había cogido con los dientes el cuenco y se lo estaba bebiendo. Y a esas alturas la taberna se estaba llenando de almogávares y soldados que iban desparramándose por las mesas y reclamaban vino a gritos. Se veía que el asedio no los tenía demasiado atareados. Las camareras no daban abasto con el servicio, y aunque ninguna era autómatas, resultaban bastante antipáticas, como suele suceder en las tabernas sin competencia.

De pronto se abrió la puerta y se hizo el silencio poco a poco hasta que todas las caras estaban vueltas hacia la entrada. Irrumpían Alvar y su lugarteniente, el matatoros Benito de Baños.

—Buenas tardes nos dé Dios —dijo este último.

Hasta ese momento pensaba que era aún de mañana. Todo el mundo respondió el saludo al unísono y luego cada uno siguió a lo suyo, tal y como prescribe la urbanidad en tabernas y prostíbulos.

Alvar se había quedado mirando a Lope como a la espera de que le diera alguna explicación por seguir vivo.

—Il vino qui habéis in ista alhóndiga é más bautizado qui yo mismo, siento di decirte —le reprochó Lope, que no tenía buena memoria para los rostros y quizá lo había confundido con un camarero—, pero accheptaría uno cuenco más si viene rapidito.

Vi a punto de romperse la cuerda floja por la que Lope siempre pasea.

—Buenos días tengáis, Alvar —saludé desde mi posición para distraer al almogávar—, maestro pastor y adalid del rey de Castilla y León.

Y conseguí distraerlo. La mala noticia era que venía hacia mí con andares de placentero paseo. Me arrepentí enseguida de mi gesto altruista.

Cualquiera puede ser violento si se lo propone, pero los peores no son ni mucho menos los que caen con facilidad en arrebatos de ira, como suele creerse. Hay que temer más a los que se templan y saben escuchar, porque así aprovechan para ir acumulando y afilando su inquina. He conocido a pocos así, y he procurado alejarme siempre de ellos. Alvar era uno de los más imprevisibles.

Intenté animarme pensando que todo el mundo esconde un punto débil, alguna grieta de viejas fracturas, y me hice ilusiones con la idea de que me quedaba una ligera oportunidad de librarme de la

paliza. Pero eso era factible solo si antes conseguía desquiciarlo, y no parecía sencillo. Ya vería después cómo me apañaba con el matatoros, que no parecía tampoco presa fácil.

—Quería darte las gracias por tu ayuda —continué mientras se acercaba—. Ese Mateo Sancho es un experto en protección, casi consigue que me maten dos veces: te lo perdiste. ¿Te puedes creer que ni me llevó al palacio de la biblioteca, ni parece haber oído hablar en su vida del *Códice Wallada*? Fue todo muy divertido.

El almogávar se plantó ante mí con su gesto más tranquilo, pero no me engañaba: bastaba un poco más para que estallara. Nadie con tantas ínfulas está acostumbrado a las burlas de un prisionero maniatado. Me preparé con todos mis sentidos para esquivar el primer golpe. Si conseguía atizarle una patada certera en los bajos justo antes de que me pusiera la mano encima, igual me daba tiempo a levantarme y romperle la cara de un rodillazo. Seguro que llevaba las llaves de mis prisiones encima.

—Me parece que de tanto convivir con cabras —seguí, muy sonriente para que no se me notara la crispación con que preparaba el contraataque— se te ha contagiado su capacidad para la estrategia. Cualquier animal de tu rebaño habría servido como guía en Córdoba mejor que Mateo Sancho.

Entonces me di cuenta de que estaba desconcertado. ¿Por qué?

—¿Y quién diablos es Mateo Sancho? —me preguntó, con gesto de ignorancia difícil de fingir.

—¡Pues quién va a ser!: nuestro hombre en Cór... —estaba yo respondiendo, más desconcertado que él.

No vi venir el ictus que me metió en la cara, de arriba abajo. Había sido él, al final, quien me había cogido a mí desprevenido, como a un novato. Caí redondo, y creo que fue la cabeza lo primero

que golpeó el suelo. Justo lo que andaba necesitando para que se me multiplicara el dolor.

Tardé un buen rato en rehacerme y volver a sentarme en el escabel, que se había volcado. El silencio se estaba adueñando de la fonda tras el golpe. Imagino que todos nos miraban a la espera de que el adalid me hiciera picadillo.

—¿Ves? —dijo mientras se agachaba a mi lado—. Has conseguido ponerme nervioso. Perdona, no quería hacerte daño. Déjame que te quite los grilletes.

No me tranquilizaba en absoluto lo que estaba diciendo, pero el hecho de que me desatara las manos me dio ciertas esperanzas.

—¿Estás mejor así?

Iba a darle las gracias cuando me atenazó un brazo, me volcó y me arrastró por el suelo. No opuse resistencia, para que todo fuera menos dañino, lo que él aprovechó para voltearme y lanzarme como una paca de forraje contra una de las columnas que rodeaban el patio.

Entonces intuí una posibilidad espantosa: Alvar se había enterado a través de algún infiltrado entre los hombres de Abulcasán de que el *Códice Wallada* estaba en una tumba del cementerio cristiano de la Axerquía. Había localizado la tumba, la había abierto y ya tenía el libro. Así que ahora me iba a matar despacio.

—¡Cobardo! ¡Ven si ti atreves por uno di tu tamaño —gritó Lope, que se había levantado e intentaba arrastrar la mesa, demasiado grande para sus fuerzas, sin darse cuenta de que solo necesitaba levantarla para desasirse de ella.

Sin hacerle el menor caso, Alvar me aprisionó un brazo, me lo retorció a la espalda y me arrastró hasta el centro del patio, donde borbollaba el caldero eterno. Nada pude hacer, aunque lo veía venir. Me metió la mano izquierda en el caldero.

El grito me ayudó a soportar el dolor, tan profundo que el brazo salió disparado fuera del agua, él solo, por puro instinto, con fuerzas que yo ya no tenía. Alvar se lo esperaba, porque se quitó de en medio para que cayera yo hacia atrás al suelo, donde quedé como un trapo.

—No sé si tirarte al río con una piedra al cuello o arrancarte las tripas y ahorcarte de ellas —dijo desde arriba, con voz sosegada—. ¿A ti qué te parece?

No contesté porque andaba atareado en recuperar la respiración. Necesitaba agua fría para la quemadura, pero no conseguía levantarme.

—¿Puedo? —preguntó una voz femenina.

Era Rosafresca. Por allí nadie, excepto el temerario de Lope, había dicho esta boca es mía.

—Vale —aceptó Alvar al verla.

La extraña ascendencia que tenía aquella mujer valiente sobre el pastor endemoniado me salvó. Traía una palangana de agua y me metió la mano en ella. Sentí un momento de alivio y luego dolor. Y de nuevo más alivio y más dolor. Sé que grité porque ella me dijo:

—Si duele es que va bien.

El silencio expectante de los que estaban bebiendo indicaba su confianza en que la diversión continuaría, pero pasó un rato y las conversaciones se retomaron en un murmullo ascendente. Fin del espectáculo. Alvar tenía suficiente, al menos de momento. Rosafresca me arrastró con cuidado para que pudiera recostarme contra una columna. Dejé que me examinara la mano. Se estaba convirtiendo en una enorme ampolla bermeja y reluciente, como recién encerada.

—Ahora vuelvo —dijo mi salvadora.

—Bueno, ya está. Mira lo que me obligas a hacer —comentó Alvar—. Responde ahora a todo despacio y seguro que te perdono. Uno: por qué no esperaste sin moverte a la llegada de nuestro hombre en Córdoba. Dos: para qué te metiste en lo de los omeya sin tapadera ni nada, poniendo en peligro la misión. Tres: qué hacías tú ayer tarde en el hamam del alcázar con el gobernador de Córdoba y su cadí. Y cuatro: dónde está el dichoso *Códice Wallada*.

No lo tenía en sus manos, entonces. Me concentré en responder a todas las preguntas con la verdad. Y me escuchó con calma, afortunadamente, lo que demostraba que su ira no era impulsiva sino meditada, impersonal y eficaz, como la de Satanás. De hecho, reconoció que se le había olvidado darme la contraseña y que nuestro hombre en Córdoba —al que nunca llegué a conocer— había sufrido un percance con la guardia de la ciudad que lo obligó a no aparecer en mi busca sino al amanecer, cuando yo ya me había ido detrás del primer loco que pasó silbando, con contraseñas y complicidades imaginadas.

Entretanto, Rosafresca había vuelto con otra palangana con miel medio diluida en agua, y me dio a beber adormidera. Un galeno me comentó tiempo después que había tenido bastante suerte con esos cuidados. Tanta que mi mano izquierda, aunque algo deformada y con la piel rugosa y desteñida, muy desagradable a la vista, no ha perdido utilidad.

Informé a Alvar también de cómo había empezado a buscar la tumba de Wallada tras averiguar que el código no estaba en la biblioteca sino enterrado con ella. Le expliqué que Odón nunca lo había visto, sino que lo había imaginado, cosa que podría corroborar con él sin necesidad de darle una paliza, y cómo la búsqueda de la tumba provocó nuestra caída en las garras del gobernador Abulcasán.

—No eres el único que tiene espías en la Casa de los Siete Jardines —le hice saber.

Mi propósito al comenzar a hablar, rendido ya a su poder, era decirle también que Ben Ubay había descubierto el cementerio en que estaba la tumba. Pero tuve la lucidez suficiente para no hacerlo. Si salía de esa y las cosas se ponían peor, lo cual siempre era posible, la información podía servirme como último recurso.

Le hablé entonces de la necesidad de continuar en contacto con el cadí Ben Ubay, y añadí que solo gracias a la ayuda de Lope había podido avanzar en la investigación. Temía que al final de nuestra conversación se lanzara sobre él.

—Cuando coja a quien yo me sé, se va a enterar —dijo.

Problemas para el espía de la Casa de los Siete Jardines por su incapacidad para detectar al enemigo a su alrededor, supuse. Me dio algo de lástima, pero logré dejarla atrás con mi acostumbrada fortaleza de carácter.

Entregarle a Alvar casi toda la información que había ido acumulando logró el efecto buscado, no por ello menos sorprendente para mí. Ni siquiera volvió a ponerme las esposas.

—Si quieres seguir con la ayuda de ese borracho, tú sabrás —me dijo acercándose a Lope, que por fortuna no rechistó—, pero no vale ni la flecha necesaria para liquidarlo. Tenéis un plazo de dos días más para encontrar el código. Al tercer día se acabó —dijo.

Fue al ver que las parcas se alejaban sin cortar el hilo de mi vida con el que habían estado jugando todo aquel rato cuando me sobrecogió un temor mayor del que había tenido hasta entonces. Que Lope y yo estuviéramos en manos de Alvar significaba que habíamos escapado del gobernador de Córdoba, Abulcasán. Y eso quería decir que quien verdaderamente estaba en peligro ahora era Leila.

Antes de nada tanteé la bolsa en el costado sin atreverme a sacarla. Parecía que los dos pequeños rollos con el salvoconducto permanecían ahí. Quizá el botín había resultado poco atractivo para curtidos almogávares.

Rosafresca se acercó de nuevo a observar la evolución de mi pobre mano, y entraron en ese momento, por la puerta de la calle, dos cabreros más.

—A esos dos solo les falta la lira para convertirse en pastores de corte —le dije a mi salvadora.

Sin embargo, tras ellos entró como sombra silenciosa uno al que conocía: el misterioso monje encapuchado que acompañaba a Lupo Fitero en la comida del pabellón real a mi llegada a Córdoba.

—Es el rey de las huestes cristianas, que viene cada día de esa guisa a buscar a mi comadre Encarna —me explicó Rosafresca.

Cuál no sería mi sorpresa al darme cuenta de que, efectivamente, los pastores de égloga eran Fernando, cuyo ojo se le disparaba por la sala, y Lupo de Fitero, el prelado al que todos daban como futuro obispo de Córdoba. Quizá el rey buscaba, además del desahogo del guerrero, confundirse de incógnito con sus tropas para pulsar el sentir de sus súbditos, como dicen que hacen los más grandes.

Con gesto más cortesano que pastoril, Lupo de Fitero llamó a Lope tomándolo por uno de los sirvientes de la fonda:

—¡Vino para dos hombres sedientos!

Lope se paró ante su mesa.

—Se lo quieres con agua tenemos di uno con todo il Wadialquivir adentro, e se lo quieres con la pez tenemos di uno qui apesta, e se lo quieres...

Odón y Benito de Baños se habían sentado en otra mesa mientras Alvar me destrozaba, manteniéndose al margen y hablando entre

ellos. Solo ahora que las aguas habían vuelto a su cauce, Odón se acercó a interesarse por mi salud.

—Si es ese tu gusto —le dijo manso a Alvar, al ver que Rosafresca me estaba vendando la mano con gasa—, te consigo un rato de charla con la engatusadora, igual que el otro día. Soy como un viejo padre para esa niña respondona, y confía en mis consejos.

—No, mejor que no —balbuceó Alvar.

—Claro que sí, mi amor —saltó Rosafresca, al olor perfumado de las monedas—. Tú llévalo a mi cuarto —le susurró a Odón, olvidada de sus discusiones—, y lo entretienes un rato, que no se te escape. —Y luego, dirigiéndose a Encarna, que trajinaba entre las mesas—: Comadre, saca de mi cuarto a mi hija, y cuídamela un rato.

—Voy enseguida, que me llaman —comentó agobiada Encarna mientras se dirigía a la mesa donde su majestad esperaba de incógnito.

En ese momento entraban en la fonda nuevos soldados cristianos, vestidos de tropa pero con vestimenta aún más falsa que la de los pastores de égloga. Se les conocía bien el disfraz por las sobrevestes, que eran castellanas, pero de cuando las Navas de Tolosa, con su enseña del castillo de oro y sin león por parte alguna. Fiados de sus pésimos disfraces, se sentaron en torno a una gran mesa muy cerca del rey.

—iRosafresca! —gritó el que llegaba al frente dando dos palmadas al aire.

Era Mateo Sancho, nada menos. La taberna se estaba convirtiendo para mi asombro en el albañal donde convergían las aguas peores de cada casa. Rosafresca, que había terminado ya de vendarme la mano, hizo un gesto de disgusto mientras acababa de anudarme la venda:

—iEste imbécil qué hará aquí ahora!

El desdén de las enamoradas es el primer paso a su rendimiento.

—Hominem son in busca di condumio —le dijo Lope, que se había acercado a ver cómo me encontraba y sabía también de amores—. Ayutalos per qui rigresen a la Midina antes di que los discubran.

—Yo les ayudo si quieres, pero si se llevan comida la pagan, y ese no tiene un felús.

Me dio pena el enamoradizo Mateo Sancho.

—Creí que erais amigos —le dije, mientras Lope se iba mohíno.

—¿Yo de ese? ¿Yo que soy tan guapa y tan lista, que me merezco un príncipe, un barbero cirujano...? Y además solo piensa en la carne, ihale!, todo el día que si subimos, pero sin gasto. ¿Y dónde dejamos el alma, le digo yo? ¡No le reza ni a la Virgen del Auxilio que tengo en mi cuarto! Y luego con sus luchas contra el gobernador, que no piensa más que en él...

—Se muere de hambre dentro la gente —le recordé.

Resopló, pero en vez de mandarme a paseo se limpió las manos con un trapo y, mientras Odón se llevaba a Alvar a su cuarto, ella se acercó hacia donde estaba Mateo Sancho, que se arrodilló para recibirla al tiempo que exclamaba, casi en verso:

—Mi señora, tanto tiempo sin ver la luz que ahora me deslumbra —dijo poniendo una mano en su mejilla.

—¡Quita! —le soltó Rosafresca de mal genio y quitándose la caricia de encima de un manotazo—. ¡Qué tomáis, los caballeros!

Luego le estuvo cuchicheando algo, quizá dónde andaba la comida que buscaban, y cuando él volvió a requerirla, lo dejó con aire destemplado diciéndole que había personas de importancia esperándola, y se escurrió hacia su cuarto, donde ya la debía de estar esperando Alvar.

En ese momento se levantó el rey Fernando, que, quizá olvidado de su disfraz, abordó a otro grupo de soldados que había en una

mesa junto a la suya, señalando a Mateo Sancho y sus hombres, y diciéndoles:

—¡Al arma!: hay infiltrados en este lugar. ¡Detenedlos!

—¿Y a ti quién te manda darme órdenes, maldito pastor de cabras? —le contestó el soldado al que se había dirigido.

El ojo del rey bizqueó en busca de explicación y, sin gastar una sola palabra más, nuestra majestad tumbó al soldado de un guantazo. Todos sus compañeros se pusieron en pie desenvainando, menos uno, que le lanzó la copa de vino al rey, con tan poca puntería que se estrelló en la coronilla de Mateo Sancho, dos mesas más allá.

Entonces, el que nunca había sido nuestro hombre en Córdoba se levantó a su vez y soltó su único grito de guerra:

—¡Abajo el gobernador!

La reacción no se hizo esperar. Los falsos soldados nazarenos cargaron contra los verdaderos cristianos, mientras el rey repartía leña a unos y otros y el futuro obispo, Lupo de Fitero, se metía aterrorizado bajo la mesa. El misterioso monje que lo acompañaba, sin embargo, se había puesto en pie de un salto cuando la copa voló hacia el rey. Y se abalanzó a continuación sobre el que la había arrojado, le arrebató su arma aún envainada, lo atravesó con ella y se fue luego a proteger al obispo, al que sacó de su escondite, puesto que el rey, que rompía cráneos imparable sin atender a enseñanzas, no parecía necesitar la menor ayuda.

En ese proceso, el monje perdió la capucha y mostró de espaldas su brillante calva, pero se la volvió a colocar sin que pudiera verle el rostro.

A brazo partido y con todas las de perder, intentaban resistir los cándidos nazarenos de Mateo Sancho contra los bien instruidos

sitiadores, cuando un aullido de fiera herida rasgó el ambiente del lugar y paralizó a todos.

—¡Ay de mí, mis hermanas! ¡Que me muero! ¡Quieren violar a mi hija! ¡Una fiera! ¡Un monstruo! ¡Socorro!

Era Rosafresca la que pedía auxilio, de vuelta al salón con su hija abrazada.

Muchos detuvieron la pelea extrañados. Alguno seguía golpeando aquí y allá, pero en el breve silencio que siguió a sus gritos se podía sentir una agitación creciente que muy pronto se desbocó. De todos lados comenzaron a surgir mujeres de variadas edades, agitadas y veloces como palomas: sus pasos se oían bajando al trote las escaleras de la casa, o irrumpiendo por las distintas puertas de la sala, o sorteando las mesas a la carrera con pie descalzo, para asombro de los comensales, y solapando sus voces en ansiosos gritos en árabe o en román: «¿Quién ha sido?», y «*¡Que intente hacerlo!*», y «¡Dinos quién se atreve!», y «*¡Por encima de mi cadáver!*»... Las mujeres de La Chata Cristiana debían de ser apenas una veintena, pero parecían muchas más, y fue tal la zaragata que montaron que la pelea entre soldados falsos y verdaderos se paralizó sin vencedores ni vencidos.

Hasta que de pronto callaron al tiempo todas, como si el diablo hiciera su entrada para ofrecerse a la veneración.

Tras Rosafresca, solo vestido con sus abarcas anudadas a las piernas y con movimientos más de autómatas fríos que de humanos, caminaba Alvar hacia donde estaban las mujeres para enfrentarse a todas ellas.

Su saña era ya bien conocida en el lugar, y hubo un estremecimiento unánime. Los que persistían en la pelea se detuvieron. El silencio se adueñó de la fonda. Hasta que lo rompió Rosafresca:

—¡Estaba desnudando a mi niña como un diablo cuando he entrado, ante la Virgen del Auxilio, el muy salvaje!

La puente de los trujamanes

Las mujeres avanzaron con paso precavido pero firme hacia Alvar, que, desnudo, pálido y furioso, levantó un dedo como para amonestarlas, pero, sin llegar a decir una palabra, se desplomó.

Tenía un cuchillo clavado en la espalda.

Primero oímos el estremecedor ululato sagrado, el grito trino, gutural y agudísimo que allí llaman zagruda, con el que festejan las mujeres a veces su alegría, otras su ira y muy de vez en cuando ambas al tiempo. Quienes aún peleaban en la sala se detuvieron por fin. Luego rodearon todas al caído como bandada de harpías. Fue Encarnación la primera que asaltó el cuerpo derribado, y tomándolo con ambas manos de la muñeca, apoyó un pie sobre su pecho, tiró del brazo como si quisiera arrancarlo de cuajo, y lanzó una invocación:

—¡Dame fuerzas, Virgen del Auxilio!

—Quita, quita, quita —dijo otra.

Venía enarbolando un hacha, y si Encarnación no se aparta, se la lleva también por delante. Probablemente apuntaba a la cabeza de Alvar, pero le cortó el brazo por el sobaco.

No sé si recibieron todas ellas fuerzas de la Santísima, o quizá fue que había en sus habitaciones, bajo los lechos, más armas que en el campamento real, dejadas en prenda por soldados insolventes. Pero

lo cierto es que se lanzaron sin piedad sobre el enemigo y la escabechina fue asombrosa.

El cuerpo del desdichado Alvar se negaba a morir pese al destrozo. Siguió vivo todavía un rato, mutilado y tendido sobre el charco de su sangre, porque se oían sus lamentos moribundos y tenues tras el pavoroso ululato femenino.

Ninguno de los almogávares o soldados, ni tampoco este clérigo, se atrevió a acercarse al círculo de damas que rapiñaba sobre Alvar.

Pude ver entonces al rey huyendo con el futuro obispo de Córdoba, que se cagaba en las calzas, tras el misterioso encapuchado, acosados por la misma Encarnación, cuya presencia solicitaban antes y que ahora los amenazaba con una espada gritando como loca al frente de un puñado de comadres.

No digo que a mí, como a todos, no me provocara horror aquella escena, pero también se me pasó por la cabeza que, si Leila hubiese huido con Yusef el Cordobés cuando se gestó la tragedia de su familia, otra suerte habría corrido mi querida Aixa. Nadie como una madre para defender a su hija de las bestias.

Aunque no había tiempo para lamentos. Lo urgente ahora era conseguir el *Códice Wallada* y, después, ver a quién diablos convenía entregárselo para salvar el pellejo de los allegados y, de paso, si fuera posible, el propio. Leila era en principio la más amenazada. Aprovechando que Alvar ya no podía estorbarnoslo, y que el dolor de mi pobre mano había remitido desde que Rosafresca me proporcionara la adormidera, salí de la fonda con Lope para dirigirnos al cementerio cristiano, en el norte de la Axerquía, en busca de la tumba de Wallada, siguiendo las indicaciones que me había dado el cadí Ben Ubay. Antes de cerrar las puertas eché un vistazo al interior. Benito de Baños estaba siguiéndonos con la mirada. Llamó a sus hombres. Ahora era el jefe.

Cuando nos alejábamos de la casa, volví la cabeza para ver si nos seguían. Por detrás de la fonda salían Mateo Sancho y sus nazarenos cargados con sacos de comida.

En vez de atravesar la vía principal hasta el punto más cercano al cementerio, le pedí a Lope que me guiara hacia él por las callejas, sorteando las trincheras y los obstáculos que los asaltantes habían puesto para impedir incursiones enemigas. El recinto del cementerio estaba cercado por un muro no muy alto de adobe. Lo rodeamos hasta dar con una entrada en la que una de las dos hojas de la gran puerta metálica había sido abatida hacía tiempo, a juzgar por el óxido de la cerradura. Sobre el dintel de piedra había una vieja inscripción latina que todavía podía leerse:

VUELVE A TU LUGAR

Dentro, bajo el sol y el calor pesado del atardecer, el panorama era tan desolador como en la Rauda omeya del alcázar. Había cruces tiradas y tumbas abiertas por todas partes y, de nuevo, maleza y huesos limpios ya de piel, arrojados aquí y allá.

—Sacar muerto subterra y castigarli il cadáver es acto sacro sumo —comentaba Lope como leyéndome el pensamiento.

Entonces me resultaba incomprensible, pero con el tiempo comprobé que en guerra los cementerios de frontera siempre acaban arrasados. Viéndolos, resulta fácil imaginar lo que los combatientes hacen con los prisioneros... Y se aprende que los que sobreviven a semejantes masacres, por exagerados que parezcan, nunca mienten.

Caminamos por las calles en cuadrícula esquivando cruces y huesos caídos hasta que localizamos el lugar que me había indicado el cadí Ben Ubay. No era una tumba lujosa y estaba intacta.

Pero en la lápida ponía, para nuestra desgracia, en grafías latinas, «Wanda», el nombre visigótico, y no «Wallada», como había leído Ben Ubay en sus documentos.

—¡Una rata di scribano distraído! —se lamentó Lope.

Con toda probabilidad. Como subrayando sus palabras, se oyó un relincho a lo lejos. Para mí, aquello era suficiente para dejar de confiar en la búsqueda documental del cadí: tenía, además, la sensación de que en la *Historia de la princesa Wallada*, las memorias de la esclava sobre su relación con la princesa, latía la clave para dar con la tumba y el libro. Era necesario enfrentarse al texto de nuevo, o tal vez meditar sobre él con calma, para ordenar las ideas, en vez de andar dando tumbos por camposantos.

Antes de salir de aquel, le pedí a Lope que nos separáramos para echar un vistazo por los alrededores, por si encontrábamos rastro de tumbas árabes por ahí. Cuando se alejó, me hice con una tibia robusta, me acerqué al muro y trepé a él con sigilo. Al otro lado, apostado en la columna de la puerta, esperando a que saliéramos, estaba Benito de Baños. El caballo que había relinchado lo esperaba allí cerca, en el huerto de una casa, comiendo de una mata.

Había venido solo, o eso parecía. Deduje que le habría llegado, quizá a través de Alvar, noticia del código y su posible ubicación en una tumba, y que nos había seguido para quitárnoslo en cuanto lo localizáramos. No quería peleas con un almogávar, y menos con uno acostumbrado a tumbar toros, así que caí sobre él como un halcón, y, con la tibia del muerto, le lancé, por primera vez en mi vida, una patada a dos manos en la cabeza. Lamentablemente, al saltar una de mis sandalias raspó arenilla del muro y eso fue suficiente para que aquel hombre de campo se alarmara y se volviera. Consiguió hurtar la cabeza lo suficiente al golpe, aunque le aticé con contundencia entre la oreja y el cuello, y cayó al suelo. En vez de

rematarlo, decidí ser prudente y rodar lo suficiente para apartarme una vara de él. Se quedó quieto y como inconsciente, pero no me engañaba: el golpe no había sido suficiente.

—Vamos, levanta —le dije.

Se movió y se levantó haciéndose el malherido. Desenfundó su espada con la zurda y torpemente, como si no supiera manejarse con ella y la diestra la tuviera inútil, pero tampoco me engañó: había visto pelear a Alvar y manejaba las dos con igual pericia. Se aproximó hasta mí como tambaleándose.

—Ríndete —le dije, y bajé los brazos como si me hubiera tragado su comedia—, no quiero hacerte daño.

Pero él siguió acercándose como turulato y, cuando se vio lo suficientemente cerca, lanzó un tajo de revés que me habría cortado por la mitad de no estar yo bien preparado para recibirlo. Lo esquivé saltando hacia atrás lo justo y golpeándole con la cabeza de la tibia en el hombro zurdo.

El alfanje cayó al suelo. No me daba tiempo a recogerlo sin exponerme, así que lo alejé de una patada mientras él se recuperaba.

Era muy duro. A mí dos golpes como los que llevaba me habrían dejado en cama una semana. Y yo me notaba demasiado lento, el brebaje de Rosafresca me había adormecido los músculos. Pero, de cualquier forma, me alegraba la nueva situación. Me acababa de dar cuenta de que una canilla monda es una excelente arma. Pensé en llevármela a casa, si salía vivo de allí.

Por su parte, el matatoros renunció a los disimulos y se puso en tensión, dispuesto a no dejarse golpear por tercera vez. Comenzó a girar ante mí para quitarse el sol de frente, pero no cedí, amenazándole con amagos de golpes de mi contundente tibia. Y después de un rato midiéndonos, se lanzó de embestida contra mi

barriga. No me daba tiempo a esquivarlo, así que aproveché para darle un tercer golpe, en la rabadilla. Tenía que soltarme por el dolor, pero no soltó. Así que solté yo la tibia al caer para abrazarlo con fuerza y rodar con él, pero logró detenerse encima. Echó una mano a su espalda y me temí lo peor: otra arma que no había conseguido detectar. Pero al desasirme me dejó movilidad: le aticé un ictus en la mejilla, con poco impulso, por la cercanía, y atrapé la mano que venía, efectivamente, empuñando un cuchillo de monte.

Con el peso de su cuerpo sobre las dos manos, el cuchillo iba acercándose a la cara poco a poco, a pesar de mi esfuerzo por detenerlo también con ambas manos. Se supo vencedor y comenzó a sonreír, pero de pronto la sonrisa se le aflojó en un gesto de estupor y su fuerza cedió.

Me lo quité de encima de un empujón.

Allí estaba Lope, el resucitado, con mi magnífica tibia empuñada con alegría victoriosa.

—iSempre arrastrado per terra como monjo mendicante! ¿Quí faces, fráter? —me regañó.

—El código aún no lo tengo, majestad —declamé después de explicarle al rey Fernando en su pabellón que no se encontraba entre los de la biblioteca y habíamos pasado a buscarlo en la tumba de paradero incierto de la princesa—. Pero además de ese almogávar al que hemos encontrado malherido, os traigo una misiva del gobernador de Córdoba que os hará brincar de alegría.

Mientras Lope y yo llevábamos al campamento real a Baños como un fardo sobre su caballo, le había dado cien vueltas a aquella frase exculpatoria aplicándole todos mis conocimientos de retórica, entre

ellos la premisa de que lo simple es siempre contundente, pero más si parece que oculta un misterio y se logra que el que escucha no consiga imaginarlo. Mi conocimiento y estudio de las frases con las que Odón de Cheriton dejaba boquiabiertos a sus estudiantes novicios me ayudó a tramarla. Pero jamás habría conseguido predecir la cara que se le quedó al rey al escucharme. Giró la cabeza a derecha e izquierda sin decir palabra, como si quisiera apuntarme con su ojo vagabundo, mientras yo sacaba mi bolsa, extraía la carta y se la entregaba.

Rompió el sello con impaciencia y desarrolló el pergamino. No pudo reprimir entonces un chasquido disgustado de la lengua.

—¡Está en esa jerigonza del diablo!

—Yo os la traduzco con mucho gusto —dije poniéndome en pie y tomándola de nuevo.

Pero cuando vi lo que ponía ahí me asusté. La sutileza diplomática por escrito no era el fuerte de Abulcasán, tan cordial en persona:

Perro cristiano enemigo...

Eso decía en el saludo.

—«... Y quiero concluir mi misiva emplazándote mañana en la mañana a donde voy a darte, en mano, las llaves de la ciudad» —la concluí yo después de inventarme la carta al completo, en una versión tan plagada de parabienes que a cualquiera que no fuera el rey Fernando le hubiera resultado sospechosa.

—Estos sarracenos saben bien lo que se hacen —dijo sin embargo, sonriendo, mi majestad—. Al menos cuando entienden que han topado con una verdadera autoridad cristiana.

Envueltos en el temprano calor que la mañana arrastraba de la noche, los caballos de la comitiva mora del gobernador Abulcasán cruzaron Bab al-Cántara, la puerta principal de la ciudad que daba acceso a la puente de piedra, con sus jinetes ataviados según los más exquisitos detalles de la última moda abasí: había ropas de seda y satén, y profusión de abultados turbantes, en tonos de bermejo almagre, de verdín o de amarillo oropimente, enlazados siempre con nudos de fantasía, como si el asedio fuera una feria.

Montando su caballo blanco, como hacía en tiempos el mítico emir Abderramán I, Abulcasán vestía con su aljuba de lujo y su banda de seda cruzándole el pecho bordada con hilatura de oro.

Montando su caballo blanco como el de Santiago Matamoros, Fernando el Bizco portaba el estandarte de la Virgen de las Batallas, a la que sus reparaciones daban aire de bruja. Vestía sobre la cota de malla una basta pelliza de oveja que le hacía parecer un salteador de caminos listo para salir huyendo de la guardia del gobernador.

Venía con el cortejo moro Lope. Y yo iba frente a él, en el del rey Fernando de Castilla y León. Los dos teníamos la misión de trujamanes, para conseguir que ambos parlamentarios se entendieran pese a sus distintas lenguas, una misión que se me antojaba imposible.

Lope había regresado a la medina la noche anterior con la respuesta del rey Fernando convenientemente sellada. No hubo forma de conseguir que la hiciera de manera no ofensiva, aunque le tocaba a Lope traducírsela a Abulcasán y parecía que lo había hecho con solvencia, puesto que allí estaban.

Por mi parte, el rey me había pedido que me quedara en el campamento para acompañarlo al día siguiente. El dolor de la mano y la inquietud ante las negociaciones que venían me mantuvieron en vela gran parte de la noche y me hicieron amanecer derrotado.

Pese a que se veía muy molesto a Fernando por su error en el atuendo, el encuentro empezó bien. Los caballos dejaron de patear el empedrado. Los contendientes se saludaron con la cortesía de rigor, y Lope y yo traducimos sus agradables palabras, sonrientes y tranquilos.

Lo malo empezó cuando la negociación se puso seria.

—Voy a darte una última oportunidad, Abulcasán —proclamó solemne el rey Fernando—, y es que me pagues cuatrocientos y treinta miles de maravedíes o dinares que la ciudad me debe. Si tal haces, tú y tu familia podéis salir de Córdoba con cuanto consigáis llevar con vosotros, y libraros así de la muy dichosa degollina que voy a hacer en la ciudad.

—*Qui dice il rey mi señoro* —exclamé en lengua arábica sin alzar demasiado la voz, aunque confiado en que entre tanto señor ensimismado pocos o ninguno conocería bien ambas lenguas—*que si respetará a la chitadanía se li intregáis la medina in buen hora. Y todos podréis di salir di sus murallas in órđine y presto.*

—*Pero Córdoba es para mí la más joven y bella de mis concubinas* —afirmó quejoso Abulcasán.

Lope se quedó dudando un momento, pero tampoco había ningún mal en traducir aquello.

—El señor cristianísimo si lleva una Cortuba joven e bella para su cuncubinato, ¿eh? —dijo el peregrino imposible.

—*Pues a mí me parece una vieja prostituta que no se trajinaría ni el mismísimo Satanás.*

—*Que le place al rey cuidarla y respetarla* —traduje—. *Y bien li ve a Curtuba ojos di gazela y manzanas dil Líbano por tetas.*

—*Pues entonces* —exclamó Abulcasán—*podemos entregártela sin pelea. Siempre que me des cuatrocientos treinta miles de*

maravedíes o dinares. Y luego, a mí, los cordobeses como si los tiras al río.

Por lo menos estaban hablando los dos de la misma cifra, lo que ya parecía un tácito acuerdo.

—Dice il mi señor —tradujo Lope— que li damos al reye la joven y bella Cortuba con il caserío completo per reparto di sus huéstedes y obispos, e los cuatrocientos treinta mil morabetinos, sempre e quando todo hominem chitadano pueda escapare su vía con vita di allí.

—Podemos hacer de Córdoba un refugio de invierno para la corte, si la conseguimos intacta, y montar aquí fiestas y algazaras —se le ocurrió de pronto al rey Fernando—. Seguro que en invierno hace buen tiempo en este horno. ¿Qué dicen mis obispos?

—Que es esa muy santa idea y felicísima —exclamó el obispo de Salamanca, dom Martí.

Concertamos a continuación que el pago se haría un día después de que los cordobeses hubieran salido y los cristianos se hubieran adueñado de la ciudad, pero sin nombrar ni por asomo quién se encargaba de pagar ni quién de cobrar. Como nunca ha habido gobernador ni rey puntual en pagos, confiaba yo en que los aparentes retrasos pasarían desapercibidos hasta que fuera tarde como para arrasar a los cordobeses.

Lo importante ahora era que aquella reunión no acabara como el rosario de la aurora.

—Esta misma tarde voy a mandar al papa Gregorio IX —exclamó el obispo de Cuenca, dom Gonzalo, cuando todo parecía ya acordado— un correo pidiendo la beatificación de nuestro rey, por su compasión y caridad cristiana con los cordobeses.

Un murmullo aclamatorio se elevó de la comitiva cristiana, los obispos lanzaron a coro un contundente «Ave María purísima», al

que toda la comitiva contestó con el preceptivo y tronante «Sin pecado concebida».

La comitiva mora se puso en guardia. Los caballos piafaban y alguno se encabritó y giraba sobre sí. Por un momento creí que se liaba y me fui acercando al pretil de la puente para saltar al agua si empezaba la masacre, mientras alzaba la voz para traducir las expresiones al árabe y que se viera que no eran de guerra.

Se calmaron de un lado y de otro, para mi alivio.

—Tres días tenéis para salir todos, y os perdono la vida a ti y a tus súbditos, siempre que no se vaya nadie más que con lo que buenamente puedan llevar encima, y dejen el resto de los bienes para el reparto, ¡y no me marees mucho más, perro sarraceno!

¿Tres días?

—Pero hay más almas en esta ciudad que en Toledo —le solté al rey antes de traducir.

—¡Qué espanto! —exclamó—. ¡Que se vayan todos de una vez, sí!

Ya puestos, mantuve en mi versión el plazo, calculando que ayudaría a justificar la falta de un pago rápido. A Abulcasán le pareció perfecto, pero se puso a solicitar detalles de la protección para él y su familia en la salida.

—*Tengo demasiadas concubinas, así que armar la caravana es un verdadero jaleo* —aseguraba.

—Pido a su mayestade que permita di guardare la Casa di los Sete Yardines con la su bibliotheca —tradujo Lope barriendo para su casa —, y a la familia que está dintro, un tempo per poter di recogere los librillos que hubieren e levarlos.

Intervine para indicarle en voz baja al rey que la colaboración de esa familia era fundamental para localizar la tumba y el *Códice Wallada*, lo que lo animó a conceder el privilegio.

—Concedido —dijo—, pero quiero que la biblioteca, y quienes la cuidan, se preserven como regalo a mi muy amado heredero, el infante Alfonso.

Ni Lope ni yo teníamos por entonces ni la menor idea de quién y cómo era el tal infante —nuestro actual rey Alfonso—, así que evité el jaleo yendo a una traducción un poco divagatoria. Lo sabíamos nosotros y eso bastaba.

—Ahora pídele a este sodomita mahometano la llave de la ciudad —me dijo Fernando.

Estuve a punto de preguntarle qué llave, pero no quise que me tomaran por idiota.

—*Su mayestate califal cristiano, prigunta per la clave* —le dije a Lope esmerándome en la correcta pronunciación.

—¿Quí clave? —me preguntó él en su román rastrero.

—*iLa clave per la portón principal, hómine!* —le dije como si fuera evidente.

Lope intercambió entonces con el gobernador palabras que no conseguí entender muy bien.

—Non la trujo consigo —me resumió.

—No la lleva encima. Parece que es muy pesada —le dije yo al rey cristiano—. Pero van a dejar la puerta abierta desde primera hora, mañana domingo, al comienzo de la evacuación de la ciudad.

Hasta hoy he oído y leído a lo largo de mi vida múltiples relatos de la toma de Córdoba, unos de carácter lírico —los más prescindibles—, con generoso gasto de metáforas para el lance amoroso entre el rey cristiano y la rendida medina mora. Otros de tono más épico, en los que nunca aminora el río de sangre mahometana hasta cubrir la

cintura de los conquistadores cuando van tomando, en su *cruzada hispánica*, una a una esas trescientas torres que la ciudad nunca tuvo.

Pero yo estuve allí y no necesito cuentos de nadie. La toma de Córdoba fue otro acuerdo entre truhanes. Y uno de aquellos dos sujetos, el rey Fernando, al que ya llamaban entonces los obispos el *especial atleta de Cristo*, será canonizado tarde o temprano, entre otras cosas, porque acabó tomando años después, con mayor beneficio e igual desprecio de sus habitantes, la triste Sevilla, que le había robado a Córdoba tiempo atrás el título de joya de Al Ándalus.

Mientras Lope regresaba a la ciudad con el gobernador, yo volví con el rey al campamento cristiano. Pedí a un barbero que me diera adormidera, para la mano y para descansar, y pasé el día durmiendo y la noche en duermevela, con el ánimo atormentado.

A la mañana siguiente recorrimos de nuevo la puente y cruzamos la puerta abierta de Alcántara con la corte del rey al completo, camino de la mezquita, donde el obispo de Osma, Juan Rodríguez, procedió a asperjar los muros del recinto con agua bendita, para expulsar los demonios mahometanos y abrir paso a los cristianos, que imaginé flanqueando al obispo impacientes e invisibles. Sobre la cima del alminar de la mezquita se estaba erigiendo al tiempo una cruz construida días atrás en el campamento, tan grande y de apariencia tan pesada que durante los siguientes días eran pocos los que se atrevían a acercarse por la zona por temor a que se desplomara sobre sus cabezas.

En cuanto al rey Fernando, quizá escocido por haber recibido el día anterior sopas con honda en cuestión de aliño indumentario por parte del gobernador de Córdoba, seguía portando su estandarte, pero se había vestido esta vez como para la boda del emperador germano: camisa y bragas del mejor lino, guarda con loriga, yelmo

con incrustaciones de oro y espuelas de plata, con su famosa espada Lobera al cinto: un rubí en la manzana y en la cruz una esmeralda.

El único inconveniente es que el calor cada vez más profundo le estaba midiendo el peso de la gloria a chorros de sudor.

Abandoné en buena hora la comitiva para huir del espectáculo e ir a la Casa de los Siete Jardines, y comprobé que la desesperación se había adueñado de Córdoba al divulgarse la noticia de la rendición y la obligación de abandonarla.

En una plaza de camino colgaban ahorcados de sendas cuerdas un hombre y una mujer, quizá unidos así en su último acto, tan inexplicable y conmovedor como casi todos: ese amor tan sencillo ante la muerte, contra la muerte, a pesar de ella o más allá de la muerte. A poca distancia de los amantes se estaba armando ya la fila para salir de Córdoba. Intentaban dejar la ciudad por el camino de Zaragoza, quizá ignorantes de que aquella vía no llevaba más que a tierras ya tomadas por los cristianos en derredor, o puede que con la aspiración de refugiarse en tierra cristiana y renegar. Después encontré mucha más gente ante la puente de piedra: todos los que iban a Sevilla o a Granada, o a cruzar el Estrecho hacia quién sabe dónde.

No había en esas colas otra cosa que el silencio pasmado de quienes lo han perdido todo, que ni siquiera se alteraba cuando, con total impunidad, los soldados cristianos impedían la salida de carros volcándolos sobre la marcha para saquear su contenido o esparcir por el suelo lo que despreciaban.

—*¡Viene el príncipe, perros!* —gritó una voz recia en árabe cuando había renunciado ya a discutir con los soldados y me disponía a seguir mi camino.

Tuvo que echarse a un lado todo el mundo para abrir paso a la comitiva del gobernador, con doce carretas bien cargadas y

custodiadas por su guardia. Sobre su brioso caballo blanco —mejor alimentado que ningún ciudadano—, llegaba Abulcasán.

Me escondí de él avergonzado.

En la plaza del zoco me encontré con Lope, que regresaba a la casa también. Solo quedaba por allí un mercader de esclavos. Me di cuenta al pasar de que se trataba del sedero Benamí ben Amí.

—*¡Esclavos para la carga de pertenencias en la salida de Córdoba!* —cantaba en árabe—. *Solo auténticos renegados cristianos, bien documentados y con todos los papeles. ¡Dos por uno!*

Se trataba de los nazarenos encarcelados. Dos mujeres jóvenes estaban ahora en la tarima. En torno al puesto había una aglomeración de hombres adinerados pujando.

—¡Un morabetino de oro por las dos, como este! —gritó uno, al que no pude ver, lanzando al aire la moneda para que la atrapara el esclavista.

Benamí la miró, la mordió y la lanzó de vuelta por el mismo camino por el que le había llegado, gritando:

—*¡Falso! Morabetino de cobre pintado.*

—¡Malditas perras impuras! —concluyó el comprador atrapando de vuelta la moneda—. ¡Han vuelto a engañar a quien las protege!

Era Odón de Cheriton. Y guardándose la moneda caminó hacia donde Lope y yo salíamos del grupo. Hice como si no lo hubiera visto, pero nos abordó:

—Ya es público y notorio que me he convertido en lord Odón de Cheriton —dijo mostrándonos en su anular un enorme sello que al parecer se había hecho hacía tiempo para colocárselo en cuanto heredara el título: la representación de san Odón de Cluny orondo en su escritorio.

Y como Lope no se inmutó, añadió:

—Y quiero invertir en la producción del *sherry* omeya siguiendo las instrucciones del sabio fenicio Magón en el *Códice Wallada*.

Desde su punto de vista, con Alvar muerto ya no hacía falta que lo ocultáramos, pues estaba seguro de que lo habíamos encontrado. En cuanto a Lope, el hundimiento de Córdoba, no por previsible menos doloroso, lo tenía olvidado casi hasta del vino. Mientras recorriamos el callejón que daba a la Casa de los Siete Jardines, le recordé a Odón que ninguna persona, incluido él mismo, había visto el código desde la muerte de Wallada. Protestó, pero yo ya andaba en otras cosas: me extrañó ver la puerta de la casa abierta, tras la curva del callejón. No había nadie a la vista para recibirnos. Entramos y llamamos a Leila.

—¡Aquí! —oímos.

Era una voz desconocida. Parecía venir de una cuadra que había en el jardín cercano a la entrada, y lo que allí encontramos no nos dio ni placer ni tranquilidad.

Sentado sobre una bala de heno, con tres almogávares en derredor, estaba el monje encapuchado que había visto yo siguiendo siempre a Lupo de Fitero —el que pronto iba a ser el obispo de Córdoba—, pero reconocible ahora con la capucha quitada.

—¡Aznaro! —exclamó Lope conteniendo la rabia—. ¡Non istá morto, il sapo!

El monje giróvago se había afeitado el bigote y toda la cabeza, mas su rostro seguía inconfundible, con aquella sonrisa leporina forzada más allá de todo límite.

Me obligué a pensar, para mi satisfacción, que algún barbero había procedido a pelarlo para cuidarle la brecha que sin duda se le habría quedado de resultas del estacazo que le dio Elo, la tabernera de Silos, salvándome así la vida cuando Aznaro me tenía ya ensartado

con un estilete en la cueva de Cerrolamora, junto al monasterio, hacía no mucho tiempo.

—¡Gonzalo de Berceo! —dijo Aznaro interrumpiendo mis recuerdos—. Imagino que habréis pasado ya por la tumba de Wallada en el cementerio cristiano de la Axerquía, y que después habréis escondido el código convenientemente.

Como viejos compañeros de aula, los letrados manteníamos el vos una vez finalizados los estudios para sostener la ficción de que merecíamos algún respeto.

—Al final no era esa la tumba —contesté disimulando mi asombro, y añadí, con mucha más determinación de la que sentía—: ¿Dónde tenéis a Ben Ubay? ¿Y dónde está la dueña de esta casa?

—Lo tengo aquí mismo. A ver si os atrevéis a decirle a la cara que miente.

Leila era lo que más me preocupaba en ese momento, pero no quise demostrárselo. Nos llevó a una amplia estancia en el interior de la cuadra, en donde había dos hombres colgados de una viga por las muñecas.

El primero era el cadáver de Ben Ubay. A su lado, con gesto altivo y rostro de nazareno sufriente, pendía Mateo Sancho.

Conviene que muramos

A menudo la muerte me visita, a deshora y sin golpes de aldaba ni pasos que la anuncien, como una vieja amiga que quizá haya sido amante alguna vez, por más que ninguno de los dos lo recuerde ya.

Pese a que ella también ha envejecido demasiado, en cuanto me ve pone el grito en el cielo.

Tal vez viene solo para averiguar si sigo vivo. Pero me trae siempre un obsequio, nunca el mismo: un dolor en la espalda, un mareo que me abate, una fiebre galopante. A veces consigue que el rumor de un mundo deshabitado y oscuro se apague y el dolor me abandone, incapaz de sentir nada salvo el miedo. Solo miedo.

Luego se harta y se larga. Cosas de la edad. Ya no nos soportamos la una al otro, aunque cada día nos necesitemos más.

Así que estaré prevenido y sin miedo, con ánimo desapasionado, cuando venga a pedirme de una vez que nos vayamos juntos para no volver.

Pero el día en que el rey Fernando tomó Córdoba arrebatándosela al islam para devolvérsela a Cristo —dicho sea con la retórica de esas ficciones que los vencedores despachan como historia—, la muerte rondaba también por la Casa de los Siete Jardines, y yo, que desde muy pronto sabía que nunca se es lo bastante joven para no morir, sentí la peste de su aliento en el cogote y me estremecí con lo que ve el arquero en los ojos del ciervo al que busca su flecha.

Para morir sin miedo tenía que luchar. Pero, desalentado por la paliza que había recibido dos días antes, desarmado, con una mano casi inútil y la única compañía de Lope y Odón —más lastre que ventaja—, las posibilidades de resistirme con eficacia a Aznaro eran poco menos que nulas.

El trío de almogávares que lo acompañaba nos esposó a los tres con las manillas de hierro que yo ya conocía. El que se ocupaba de mí era un gigante novato, y, con la excusa de mi mano vendada, pude distraerlo chillando mucho antes de que llegara a hacerme daño. Puse las muñecas en tensión sin que se diera cuenta, y no apretó lo suficiente las esposas. A esa rendija de casi imposible libertad me aferré para no rendir del todo la voluntad.

Mientras tanto, Aznaro se arrolló el hábito a la cintura, lo que le permitía exhibir los sudorosos músculos de su abdomen. No sé cuándo llegó a los conventos esa costumbre de imitar con el propio cuerpo el aspecto ilusorio de las esculturas grecorromanas, pero sirve muy bien para distinguir a los lunáticos de las personas que siguen en sus cabales.

—No es necesario que me tengáis aquí esposado, Aznaro —clamaba Odón, que había oficiado también de profesor de Teología para él en Palencia—. Aunque en el aula erais un zote, ahora parece que os habéis hecho hombre de entendimiento: sabéis bien de qué lado estoy y he estado siempre yo.

—Claro, maestro, no temáis. Todo se va a solucionar deprisa. Es solo por no dejar resquicios: aunque confío en vos, no tanto en vuestro alumno predilecto. Y eso me obliga a teneros aquí mientras él me cuenta un par de cosas.

—Genial —respiró Odón.

A mí sus esperanzas me parecieron tan infundadas como su teología.

—Solo necesito que me digáis dónde está el código, y se acabó el problema: os quitamos las prisiones a todos, y os largáis a casa.

—El código aún no lo tengo —volví a explicarle—, porque Ben Ubay se equivocó en la ubicación de la tumba. Pero creo que estoy a punto de encontrarla de otro modo. Necesito solamente pensar, y repasar una obra que está en la biblioteca de esta casa. Creo que fue la esclava de la princesa Wallada la que...

—Muy interesantes vuestras disquisiciones —replicó—, pero los dos sabemos que vuestra memoria no es tan frágil como para que vuestros ojos necesiten releer. Podéis pensar cuanto queráis. Mientras tanto voy a sacarle a vuestro amigo mahometano los demonios del cuerpo en nombre de la cruz —añadió volviéndose hacia Mateo Sancho y mostrándole un cuchillo curvo de desollar ciervos.

—No soy mahometano, sino servidor de Cristo —protestó el colgado.

La carcajada de Aznaro resonaba aún mientras le hacía un largo tajo a Mateo Sancho desde el tobillo hasta la corva de la rodilla. Un chorro de sangre saltó de allí dejando un reguero en el suelo.

—¡Mi señor Jesús! —chilló el mozárabe con voz que le salía de las entrañas—. ¡Tú eres mi dolor y salvación!

—¿Qué hacéis?, ¡parad! —grité a mi vez dando dos imprudentes pasos hacia delante.

—¡Rosafresca, muero por ti! —clamó Mateo.

Me cayó encima el armario para lanzas que me había puesto las manillas. El guantazo me vino de zurdas, lo que redujo mis posibilidades de esquivarlo, y aunque no me atizó de lleno, pude dejarme caer como si lo hubiera hecho. Desde el suelo intenté abstraerme lo suficiente para no escuchar los gritos del torturado.

Recuerdo bien que antes de nada acudió a mi mente la brillante sentencia de san Agustín:

No vayas fuera de ti. Vuelve a ti. Dentro del hombre reside la verdad.

Desde ese día sé que pienso con más celeridad cuando el tiempo apremia.

—¡Madre del Amor Hermoso! —mascullaba Odón a cada tanto, espantado con lo que fuera que estuviera haciendo Aznaro con el pobre Mateo Sancho.

Entre mí le daba la razón a Aznaro: ya debería haber encontrado el código. Si seguía tan alejado de la verdad como al principio, era por haber delegado en Ben Ubay la búsqueda en vez de seguir mi intuición y los indicios que había acumulado. Así que me concentré al tiempo en sacar la mano buena de las esposas y en repasar los textos sobre la muerte de Wallada escritos por su esclava al final de su *Historia de la princesa Wallada, el poeta Abenzaidún y la esclava Muhya*, que guardaba bien en la memoria: el poema seguido de la sentencia mandinga. «La poesía nos salva», me dijo una vez un viejo goliardo que pecaba de pensamiento u obra cada vez que respiraba. «Tú vuelve siempre sobre los versos en busca de salvación.» Y eso hice, removiendo en mi memoria:

Sin guía soy la yegua que irrumpe en cuadra en llamas.

¿El xerez de tu boca me niegas y otro amas?

Tósigo dé en mortaja ropa de nuestras camas:

fosa donde resuena música de las damas.

Al recordar la cuaderna con que había traducido los versos de la esclava comprendí que, centrado en mi versión, no me había detenido lo suficiente en su significado. La belleza de los versos había ofuscado mi entendimiento, que los había leído como otro

poema sentimental, de locura amorosa y desesperación por los celos. No caí en lo cerca que está siempre para muchos el amor de la violencia, del asesinato o del suicidio.

Porque ese poema hablaba, habla para siempre, de algo más: del impulso criminal, del abismo al que puede llevar el delirio amoroso. Es un poema de muerte bajo el disfraz del amor.

Tósigo dé en mortaja ropa de nuestras camas:

¿La poeta expresaba su deseo de suicidarse con un tósigo, un veneno, ante la decepción amorosa, en el mismo lecho en que amaba a su señora? ¿Para convertir su lecho nupcial en lecho de muerte?, ¿el tálamo en túmulo?

Y luego estaba la prosa:

Al atardecer he *serpenteado* y enterrado a mi ama Wallada con su amado códice. El fin de su vida, y mi escritura.

¿Qué diablos era, entonces, ese *serpentear*?

Se oyó un lamento de Lope que me hizo levantar la cabeza distraído y ver el horror que estaba sucediendo allí. Aznaro le había arrancado a Mateo Sancho la piel de medio cuerpo —incluida la de la peluda cabeza—, que colgaba arrugada en grandes pliegues a su costado, y le estaba sacando el resto desde el hombro hacia abajo, cortando con limpieza y suavidad entre la piel y la carne.

Su soltura revelaba que no era la primera vez que hacía eso con un hombre.

En cuanto a Mateo Sancho, aquel rostro rojo y cadavérico, con los ojos tremendamente abiertos, le otorgaba una expresividad insólita a sus gritos, que habían perdido toda sonoridad.

Todavía me despierto alguna noche desesperado oyendo aquellos dolientes mugidos, sordos, guturales y secos.

—¡Sigue, 'or fa'or, sigue! —exclamaba el pobre con su pronunciación sin labios.

—¿Gritas de dolor o de placer, sodomita de Satanás? —replicó Aznaro, deteniéndose para apartarse y observar su obra como un escultor—. Mira que la condena eterna tiene grados de tormento, y los hay mucho peores que el fuego.

—¡Cristo ne quiere!

—¡Cristo te tortura!

—¡Y Rosafresca ne quiere!

¿Por qué no se moría Mateo Sancho? Nunca he podido entender su capacidad de resistencia. Imagino que se debía a la habilidad de Aznaro, más que a su propia fortaleza. Me contaron tiempo después que los especialistas en torturar saben manejar bien todo tipo de recursos. Para que su víctima siguiera viva, Aznaro tenía que haberle proporcionado antes de nuestra llegada algo que impidiera la pérdida de sangre, como caldo de ortiga, además de alguna cantidad de belladona o de adormidera, no excesiva, para que su organismo, sin derrumbarse por el dolor, no dejara de sentirlo. Cualquier veneno es al tiempo una vía de cura, y, para aumentar la paradoja, cualquier cura se puede administrar, con cuidado, como modo de aumentar el sufrimiento.

Entonces me di cuenta de que el *serpentear* de la traducción mandinga podía ser bien una metáfora de *envenenar*, con veneno de serpiente, claro, animal asociado desde siempre y en todas partes a las plantas medicinales, los fármacos y los venenos. La frase resultaba mucho más explícita y coherente así:

Al atardecer he *envenenado* y enterrado a mi ama Wallada con su amado códice. El fin de su vida, y mi escritura.

Y por fin lo supe. La esencia del poema era el propósito de asesinato de Wallada por envenenamiento por parte de su autora, la

esclava Muhya. Y además —¿cómo no me había dado cuenta antes? —, resulta evidente que un cementerio no es el único lugar para enterrar un cadáver. En uno de los patios de aquella misma casa estaba, para demostrarlo, la tumba de Lope, o más bien de su hermano Marwán. Si no hay otra solución, uno entierra un cuerpo muerto en donde puede. Más aún si es de alguien a quien has matado y no quieres que se sepa. El cadáver de Wallada estaría no muy lejos de donde su esclava Muhya la hubiera envenenado. En cualquier jardín de esa casa, por ejemplo.

Pero ¿en cuál de los infinitos jardines?

—¡Despertad, sabandija! —gritó Aznaro.

Abrí los ojos.

No era Mateo Sancho el que, agachado, acercaba su rostro al mío. El muy salvaje de Aznaro se había puesto el pellejo de la cara del pobre nazareno sobre la suya como una careta, y parodiando su acento y gestos me preguntó:

—Decidme ahora: ¿dónde está el *Códice Guallada*?

Sus labios se movían por debajo de los labios crispados y blancos que habían sido de Mateo Sancho. ¿Había algún modo de que acabara esa pesadilla?

—Dejadme pensar, creo que lo tengo —le contesté intentando revestir mis palabras de una calma que estaba muy lejos de sentir.

—Pues si no queréis decírmelo aún, mientras pensáis vamos a seguir entreteniéndonos —añadió al incorporarse—. Indicadme solo con cuál de vuestros amigos sigo: ¿Lope? ¿Odón? ¿Con qué cara queréis que os pregunte la próxima vez dónde está el *Códice Wallada*? Si lo preferís, elijo yo. A ese imbécil de Lope le tengo especial aprecio.

—Con la cara de Odón —concluí, para volver a concentrarme de una vez, e imagino que también para vengarme un poco del teólogo.

—Vamos, hijo, sigo siendo el viejo maestro que os enseñó a mostrar caridad con los afligidos cuando aún estabais sin desasnar —suplicó tristemente el grueso Odón—, ini en broma digáis eso!

—Con Lope lo conseguiría antes, ¿no es verdad? —meditó Aznaro—. Si lo tuvierais, ya me lo habríais dado... A no ser que estéis verdaderamente buscando... Pero sobra el tiempo. Y con esa enorme barriga tenéis un trabajo sencillo —añadió yéndose hacia el grueso Odón—. Os voy a aliviar de esas pieles grasientas para que podáis afrontar más ligero este calor de todos los demonios.

—¡Quitadme las manos de encima, Aznaro, sucio monje sopista y merodeador de monjas ancianas! Soy uno de los hombres del rey. El obispo de Salamanca no os perdonará... Llamad a Benito de Baños, el matatoros, capitán del fallecido Alvar. ¡Él sabe perfectamente en qué lado estoy yo!

Ayudado por el almogávar que vigilaba a Odón, Aznaro cargó con su corpachón y lo llevó junto al espectro carnosos en que se había convertido Mateo Sancho, que estaba rezando el rosario en latín con aquella voz ronca y sorda de ultratumba.

—¡El Ángel del Señor se anunció a Naría y ella concidió por odra del Estíritu Santo...!

—Voy a sacaros la grasa de todas vuestras garganterías, infame borracho —le iba diciendo Aznaro a Odón—, y a haceros recordar uno a uno los pecados con que tentabais a los novicios en vuestras lecciones.

—Escuchad: os ofrezco la solución a vuestra desdichada vida de monje itinerante a cambio de mi impunidad —le dijo Odón, con ansiedad de ánimo—. ¿Me oís? Preguntadle a vuestro condiscípulo Gonzalo, que es tan cernícalo y muerdealmohadas como vos. Podéis ver aquí mi anillo... Desde poco antes de llegar a Córdoba soy lord, y un hombre muy rico.

—Mejor —dijo Aznar—. Iréis más deprisa al infierno.

Mientras Odón maldecía a su antiguo discípulo con lo más escogido de su buen repertorio de insultos, se le ocurrió de pronto una idea para ganar tiempo:

—No quiero bajar a los infiernos sin probar el *sherry* por última vez. Es de pésimo cristianismo no conceder a un hermano la última voluntad, Aznar. Dejad de comportaros como si no fuerais el montón de estiércol de un rebaño de diablos que sois.

—Sé dónde encontrarlo, en un tabernucho abandonado aquí al lado. Hemos celebrado la victoria con vino de ese —dijo, compadecido, el pesado armario almogávar que me vigilaba.

Y, para mi sorpresa, Aznar le permitió que fuera a buscarlo mientras desnudaban a Odón y lo colgaban.

—Veréis como el placer, sea el que sea, aumenta la sensación del sufrimiento que siempre lo sigue —le decía satisfecho el monje giróvago a su nueva víctima—, además de la condena.

Volví a cerrar los ojos, y retomé el razonamiento donde lo había dejado, de vuelta en el poema. Ya solo me faltaba encontrar el jardín en el que estaba la tumba. ¿Quizá el que correspondiera al edificio del harén, como parecía sugerir el último verso?

Fosa donde resuena música de las damas.

Pero no tenía modo de averiguar ahora qué jardín era ese. Me concentré en el verso, como si fuera mi única salida. Sin duda, el centro del epigrama lo había puesto la poeta en aquel último verso, donde sostuviera el mudo peso de tan breve pero densa arquitectura.

Irrumpió en ese momento de vuelta el armario almogávar con una frasca de vino. No pude evitar mirar hacia él y que me rugieran las tripas.

—¡Que te ahorquen, gusano de cadáveres de lupanar! —le soltó Odón—. Corres más que mi desdicha.

Jamás le habría imaginado quejándose de la celeridad con que alguien le traía el vino.

—Se voy a morire ego asimismo, debe di guardarmi un trago —exclamó Lope, que hasta el momento no había dicho ni palabra—, per lo amore de la Vírgine.

—Acepto el cambio de suertes con él, si tanto lo desea —sugirió Odón.

El almogávar se acercó al maestro y le puso la frasca en los labios.

Tal trago le metió que la frasca quedó como desinflada.

—¡Malditos, engañar a un moribundo! —dijo, pero solo una vez que lo había bebido—. No comparéis esta inmunda basura con auténtico *sherry*. ¡Esto es vino de Málaga!

—Pues el que lo vendía dijo que era de la misma Xerez antes de marcharse —se asombraba el recadero oliendo lo que quedaba.

—¡Podéis arder todos en el averno con vuestra cochambrosa ciudad conquistada! —se lamentó Odón—. ¡Traedme el último *sherry* antes de ponerme encima vuestras manos solo aptas para el mamporreo de asnos de carga!

La treta de Odón para librarse de su tortura me pareció inocente, pero yo seguía a lo mío, el análisis literario del poema, sin dejarme distraer.

Había que encontrar el lugar de la fosa de Wallada, que podía muy bien ser el mismo, cabía imaginar, en que ella y su esclava, amante y asesina, disfrutaban de sus encuentros amorosos, escondidas del personal de servicio. ¿Dónde, en qué jardín habría enterrado con el códice la esclava Muhya a su odiada ama?

Fosa donde resuena música de las damas.

Entonces, siguiendo a la carrera la ardua vía agustina hacia el centro de mí mismo, vislumbré con claridad el lugar. En aquella oscura covacha de torturadores, la luz natural de la razón había decidido por fin posarse sobre mis mientes.

Eureka, dije entre mí.

Y al tiempo, con lucidez semejante, dejando de una vez de tirar con fuerza, saqué con suave gesto la mano sin vendar del grillete que la aprisionaba. Ninguna fuerza divina es más capaz de obrar milagros que la ilusión del necesitado.

Al fondo, el espectro de Mateo Sancho rezaba y rezaba sus letanías, e invocaba a Rosafresca con lamentos de enamorado. Odón, barrigudo como un bufón de feria, ya estaba desnudo y colgando por las muñecas de un travesaño, y ahora pataleaba para intentar impedir el comienzo de la tortura.

Aznaro se frotaba las manos, listo para arrancarse contra él.

—¡Ya sé dónde está el código! —grité con todas mis fuerzas, poniéndome en pie.

Al verme gritar, el almogávar gigante y novato que había regresado con el vino se lanzó hacia mí como una exhalación, dispuesto a sacudirme de nuevo. Si lo hubiera planeado todo, no podría haberme salido mejor de como fue, porque esta vez ya conocía a mi adversario. Me agaché lo justo cuando me lanzó el guantazo de zurdas y se desequilibró al darlo al aire, tan seguro como iba. Con la mano herida, le castigué el hígado que había quedado al descubierto, y a continuación le lancé de abajo arriba un ictus de diestra que impactó de pleno en la barbilla, haciéndola crujir, para mi enorme satisfacción.

Dejando a un lado toda modestia, confieso que, pese a que no suelen serlo los que se dan con tantas ganas, le propiné un golpe maestro. El aprendiz de armario tenía la punta de la lengua fuera y

se la machacó con la dentellada, de postre. Eso sí, me hice polvo los nudillos de la mano sana. Era como una roca, el muy almogávar.

Y debo añadir que mientras caía le saqué el alfanje, que llevaba con la empuñadura a la vista.

Aznaro lanzó una carcajada al ver cómo se desmoronaba aquella montaña, y me preguntó:

—¿De verdad habéis pensado que podéis saliros con la vuestra?

De buena ley sabíamos los dos que no iba a sobrevivir como estaba a un enfrentamiento con él, mucho más hábil que yo con cualquier arma o sin ella.

—Sí puedo, y desde aquí no yerro —contesté. Así que, tomándolo de la empuñadura con ambas manos, me puse el alfanje de punta contra el pecho, entre las costillas, a la altura del corazón—. Acabo de encontrar el lugar exacto en donde está la tumba de Wallada —continué— y os aseguro que su esclava Muhya se encargó de esconderla muy bien. Si me mato no vais a ver el libro jamás, y no me apetece caer en manos de un demente como vos. Al cabo —añadí recordando un verso que me había visitado hacía no muchos días—, *los que ahora somos conviene que muramos*.

La espada del rey

Aznaro no podía parar de sonreír, pero quería el código. Y yo tenía la seguridad de que prefería matarme por su propia mano, con dolores rebuscados.

—Bien. A ver qué necesitas —concedió divertido.

—Primero, que acabéis ya la tortura de Mateo Sancho. Y descolgad a Odón.

—¡Nada más fácil! —dijo.

El mozárabe andaba ya por el cuarto misterio del Rosario. Parecía que los ojos iban a saltar de las órbitas sobre nosotros, y en su boca sin labios sonaba acatarrado el latín:

—De la santa 'irgen Naría en el cielo, la asunción contentlanos, y de la güena nuerte gracia 'edinos: 'Aaadre nuestro que estás en los cie...

Hasta ahí llegó el amasijo de carne y sangre en que se había convertido Mateo Sancho, pobre hombre. Para acabarlo, Aznaro le tomó a uno de los almogávares la azcona, que es como llaman ellos a sus venablos, amagó primero con clavársela, para torturarlo un poco más, y luego atravesó con ella su cuerpo desnudo de piel por el estómago, donde más duele.

—Ayayay ayayayay! —gritó por última vez el que nunca había sido nuestro hombre en Córdoba.

—¡Muerto! —grité a mi vez.

Sacó la pequeña lanza de su barriga entonces y le atravesó al fin el corazón, que estaba casi a la vista. Su silencio final nos trajo paz a todos. Y también grande dolor, a mí al menos.

A continuación, Aznaro cortó de un tajo la cuerda de la que colgaba nuestro muy celebrado teólogo Odón, al que vimos rodar por el suelo.

—Ahora quiero que dejéis marcharse ya a Odón y a Lope. Y que me digáis dónde andan Leila y todo el servicio de la casa.

—Pedís más de lo que tengo. Ya no hay nadie vivo entre los varones siervos —dijo Aznaro—, los hemos tirado al río una vez ajusticiados. En cuanto a la señora y las criadas, se las entregué al mercachifle turco de la plaza.

—Pues sin ellas no hay trato —me empestillé.

Odón había tomado ya sus ropas y caminaba de puntillas hacia la puerta, intentando salir sin ser notado.

Dado su volumen, no le resultó tan sencillo.

—¡A ver, lord Odón! ¿Quién os ha dado merced para salir? —le dijo con paciencia. Y luego, dirigiéndose a mí—: Vamos a por las señoras en cuanto me hayáis entregado el *Códice Wallada*.

—*Padre nuestro que estás en los cielos...*—resoplé en latín por lo bajo.

—¿Qué andáis murmurando? —me preguntó.

—Estoy rezando, porque me voy a matar —contesté.

—¡Óltimas dos mujeres a la venta! —gritaba en el zoco el maldito sedero, o mercader persa, Benamí ben Amí—. Las mejores son, e las más bellas. Señora una, de mirada aviesa e cuerpo de genio, e la

otra su sirvienta. De la preciada casa omeya. E dueñas del amor, magia secreta...

Justo antes de acceder al puesto, Odón y yo nos habíamos detenido a charlar con los hombres del obispo de Calahorra, que llevaban a tres jóvenes sirvientas de las de Leila. Los increpé para que las devolvieran al subastero y recuperaran el dinero, alegando que las mujeres eran libres y habían hecho una compra prohibida que el rey les arrebataría en cuanto tuviera noticia de ella. Me enseñaron los papeles de la venta, y adujeron que todo estaba en orden, pero dije que me daban igual los papeles.

—Vamos, Gonzalo. Podéis volver a intentarlo luego con el propio rey —quería calmarme Odón—. Hay cosas más urgentes que resolver.

Tenía razón. Parecía imposible solucionar nada sin entrar abiertamente en pelea con ellos.

—Habla con el obispo de Osma —dijo el que parecía más sensato—. Sigue ante el puesto, ahora que van a vender las dos últimas, las más caras.

Las dos últimas. Recé para que una fuera Leila.

Había perdido un tiempo precioso evitando que Odón se largara al salir de la Casa de los Siete Jardines. Lo amenacé con perseguirlo, si no me ayudaba, hasta acabar con él, culpable último de todo lo que me sucedía en aquella ciudad enloquecida.

Sobre la tarima estaban Leila y su criada más cercana, las últimas mercancías en venta, hieráticas como ángeles de madera coronando un altar. La codicia por la hermosa deformidad de Leila se leía en los rostros ansiosos de los postores. Andaban por allí todos los obispos del cortejo, más los maestros de las órdenes presentes, y varios caballeros nobles.

—¿Lleváis dinero encima? —le pregunté a Odón.

Pero él me miró con displicencia.

—¡No seáis chiquillo, siempre a la cuarta pregunta y pidiendo! — me soltó.

¿Cómo pretendía ganar la subasta con todos aquellos quebrantahuesos de enorme fortuna revoloteando sobre su presa?

Se acercó con aire señorial al escribano, que tenía mesa al pie de la tarima para certificar las ventas, y le pidió carta, pluma y tinta, todo lo cual le cedió el otro con cortesanía, pese al aspecto menesteroso que tenía Odón tras su breve cautiverio.

Mientras escribía algo ahí me explicó que las buenas subastas de esclavos siempre son en Al Ándalus. Porque las que se hacen en Toledo, en Marsella o en Barcelona muy rara vez ofrecen mujeres.

—En terrenos cristianos nunca se ha sabido mercadear, mucho menos en Castilla —concluyó—. Y la venta de esclavos es la que más habilidades exige. La mercancía se niega a colaborar. No es trabajo para mentes sin formar como la vuestra.

—Las mejores, y moocho bellas...

Antes de que empezara la puja, Odón se acercó al mercachifle y le pasó el papel con elegancia. Algo preocupado lo desplegó él, lo leyó, miró a Odón y volvió a leerlo.

El viejo teólogo no modificó en ningún momento la curva de su sonrisa más bonachona.

—Subasta terminada. ¡A recoger! Que tengan buenas tardes los señores —dijo el sedero Benamí en perfecto román, descuidando el acento persa que daba a sus ventas un aire de autenticidad genuina—. *¡Mohamed! Levanta el campamento que nos largamos. ¡Ya!* —añadió en árabe dirigiéndose al escriba, que se apresuró a guardar los papeles y el dinero recaudado en un bolsón que llevaba atado a la cintura, y se puso luego a desmontar la tarima.

Hubo gritos de caballeros, insultos de prelados y protestas indignadas de maestros a los que hizo el mercader oídos de mercader.

—Ahora mismo le entrego las muchachas, descuide el señor —le dijo a Odón, que se inclinó en señal de agradecimiento.

—¿Qué le habéis puesto en el papel? —le pregunté escamado.

—Que el rey cristiano se había pedido las dos mujeres para sí y se las entregamos a él por error, porque eres más sandio que lo que llevo recogido en mis bragas a la espera de atravesaros si seguís haciendo preguntas bobas.

—¿Y se lo ha creído?

—Bueno —añadió Odón—, he añadido por si acaso que había un ballestero real apuntándole a la espalda desde una de las celosías de la Casa de los Siete Jardines.

El zoco estaba ya casi despoblado, y un borrón de nubes oscuras se acercaba por el extremo noreste de la plaza amenazando con cubrirla rápidamente cuando el mercader nos entregó a Leila y su criada. Iba a preguntarles por su estado de ánimo, pero Leila me evitó con desprecio. La detuve.

—Nadie va a la casa excepto yo —le dije—. La casa está perdida. ¡Odón, lleváoslas fuera de Córdoba! Nos vemos en La Chata Cristiana.

—Ni hablar —dijo Leila soltándose con gesto seco—. Yo voy a casa a por mi tío Ben Saíd.

Pero no hubo tiempo para más. La gran concurrencia que había en el callejón de entrada al palacio nos impedía el paso.

—¡Soldados de la guardia real! —exclamó Odón—. Si me excusáis un momento, tengo cosas más importantes que hacer que seguir vuestros descaminados pasos...

Se largó a toda la velocidad que le permitía su trote cochinero en dirección a la Axerquía.

—Vienen las nubes por el lado malo —sentenció Leila.

Quizá ella ya había vivido de antemano todo lo que iba a suceder en una gran pesadilla.

—¡Aquí están!, ¡aquí llegan! —dijo al vernos entrar el soplón Lupo de Fitero, el que acabaría de obispo en Córdoba.

Seguido por Aznaró, el rey se nos acercó con andares inquietos. Venía tal como lo habíamos visto de buena mañana, con la espada Lobera al cinto, muy elegante. Pero bizqueaba sin control, quizá por la exaltación del triunfo.

Muchos años después, en Santiago, su hijo, el aún infante Alfonso el Sandio, me dijo que a su padre Fernando, desde que tenía corta edad, lo llamaban ya Santito, porque un día que correteaba por el palacio, el rey Alfonso IX de Aragón —padre de Fernando y abuelo de Alfonso— lo vio venir de frente, lo atrapó y lo alzó para ponerlo ante sus ojos y mirarlo bien por primera vez. No le gustaban mucho los niños y quería saber si tenía aspecto de rey o más bien de gandul, como su padre, él mismo.

—A este se le va un ojo a tierra de moros —le comentó a su esposa, doña Berenguela, al ver la gracia con que lo miraba su hijo —, ¿le pasa algo?

—Es que es santito —contestó Berenguela—. Trae, anda, no se te caiga, que tú no sabes.

Y le quitó el niño y se lo llevó en buena hora. Y parece que luego el rey Alfonso siempre andaba diciendo: «¡Quitadme al Santito este de encima!», y cosas así, con las que, aseguraba el infante, demostraba su abuelo ser el primero que entendió la marca con que Dios había señalado al niño desde su nacimiento.

Me sorprendía que el rey se presentara en pleno festival de torturas sin que yo hubiera revelado aún dónde andaba el código. Hasta que me pareció captar el disgusto en Aznaro. ¿Quizá mi antiguo compañero de estudios trabajaba por su cuenta, sin orden del rey, para el futuro obispo de Córdoba o incluso para sí mismo? Esa intuición me señalaba una posible salida: la de aferrarme al rey sin soltar prenda de dónde estaba el libro hasta que no hubiese más remedio.

Ahora, al menos, con Leila ahí y Abulcasán fuera de la ciudad, no había mucho que temer ya del bando moro.

El caso es que aquel día el rey Fernando se nos plantó delante con el ojo extremadamente virado hacia el más allá, y me dijo, demasiado tenso:

—¿Dónde estaba todo el mundo? He venido a ver la biblioteca que voy a entregarle al infante para su entretenimiento. Malas lenguas dicen que no es muy santa.

—Santa es la poesía que alberga, majestad —respondió Leila al rey adelantándose a todos—, y santas son las medicinas, y santos son los viajes al través del mundo, y las descripciones de sus gentes y sus ciudades, y santo es el pensamiento de los hombres cuando buscan la verdad, y el conocimiento de los astros y...

A lo largo de su pequeña disertación, la voz de Leila fue apagándose hasta quedar en un ligero murmullo. Le preocupaba el aspecto que había adoptado el rey ante su intervención. Estaba detenido, inmóvil y como atontado, con la boca abierta y esforzándose en vano por enfiar con el ojo trotamundos a la gárgola que se había posado fuera de su tiro.

—Como uranólogo apasionado, me interesan mucho los astros y las cartas astrales —dijo al fin el rey—. Enséñame todo eso que tan bien conoces.

Vi con alivio el mal gesto de Aznaro. Fernando había quedado obnubilado, de pronto, por el ángel o demonio singular que habitaba el cuerpo deforme de Leila. Algo que yo podía comprender no solo por mi propia experiencia: parece que la difunta esposa del rey, Beatriz de Suavia, lo rehuía desde mucho tiempo antes de morir, y eso lo había llevado a él a renegar de las mujeres de forma radical y a tomar la decisión beata de no volver a yacer con ninguna. No la había seguido en absoluto, como sabían bien las comadres de La Chata Cristiana, pero, a ojos del mundo, su voto de castidad le confería una especie de aura venerable, y por añadido lo hacía propenso al arrobamiento amoroso.

—... Y todos esos códices de ahí son precisamente traducciones de la Biblia judaica y cristiana, y de los cuatro Santos Evangelios —mentía Leila, cojeando al lado del rey y señalando los libros más altos, no fuera a querer verlos su acompañante.

Ajeno a todo lo que no fueran los gestos y movimientos de su gárgola, el rey se extasiaba junto a ella.

—Muy bien —comentó deteniéndose de vuelta en la primera sala de la biblioteca tras recorrer las cuatro con su anfitriona—. Ahora quiero que me muestres uno: alguna joya, y que leamos un poco.

—Eh... —dudó Leila temiendo equivocarse.

—Si queréis os escojo yo uno a vuestro gusto —intervine yo al quite.

Aunque siempre podía hacer como que leía e inventarme lo que me diera la gana, tomé uno que conocía bien de aquella sala y estaba al alcance: *La historia de Bayad y Riad*, una vieja e inocente historia de amor en un manuscrito que tenía unos delicadísimos

miniados con los protagonistas bebiendo, tocando laúdes, tambores y flautas y cantando. Todas esas cosas que encantan a los reyes más salvajes cuando dejan la guerra a un lado y comienzan a pensar en solazarse.

Lo saqué de la estantería, lo puse sobre la mesa y me senté en un diván haciéndole hueco al rey a mi lado. Busqué una página con miniados alegres y, convencido de que a una mente tan infantil le vendría bien algo de dibujo y de color, lo abrí con gesto de satisfacción.

—¿Leo? —pregunté.

—Claro. Pero déjame ver..., ¿qué pone ahí? —Debió de fijarse primero en los dibujitos, porque andaba sonriente. Pero de pronto se le contrajo el rostro—. ¿Eh? ¿Otra vez esta algarabía? ¡No, por favor! ¡Quitad tanta basura de mi vista!

Me miró tembloroso, con un ojo amenazante mientras el otro viajaba por el Guadalquivir montado en una barca en dirección a Sevilla. Y yo, bastante arrepentido de mi injerencia en la labor que Leila estaba llevando a cabo con tanta sutileza, no entendía nada. ¿Qué había visto tan terrible?

—¿Están todos estos libros infamados con esta escritura del diablo? —preguntó.

Cualquiera sabe lo que habría imaginado aquel hombre de mente torcida que iba a encontrar en una biblioteca andalusí. Ignorante de si sería mejor responder o quedarme callado, tragué saliva sin poder evitarlo. El silencio nos dejó escuchar el canto lejano pero nítido de un almuédano despistado que llamaba inoportuno a la oración en la ciudad tomada. Tenía que ser ya mediodía. Por su parte, el rey resopló más inquieto aún y luego, harto de esperar, se puso en pie con gesto brusco volcando el diván. Salió echando humo hacia la antesala de la biblioteca, momento en el que, al parecer, con

inaudita insensibilidad —por no decir valentía—, la tabernera mecánica decidió abandonar su escondrijo jarra en mano, con esa sonrisa magna que parecía habersele quedado en la boca tras un paseo por los mismísimos reinos de Belcebú.

—¡A mí la guardia! —gritó el rey, espantado al verla.

Nada más oír el grito me levanté del suelo, donde habían parado mis huesos con el vuelco del diván, y corrí a la antesala.

Lo que sucedió a continuación no puede expresarse con palabras. Yo, cuando lo recuerdo, veo un tropel de imágenes deslavazadas, el caos en movimiento, la locura, el Armagedón.

El rey estaba fuera de control. Había sacado la espada Lobera a pasear y la blandía sobre su cabeza dispuesto a saltar contra la figura infernal de la autómatas, que había comenzado ya a servir impasible el vino de su jarra.

Entonces surgió Lope de la nada y se colocó ante la máquina con su única mano crispada y extendida hacia el rey.

—¡Alto, bizcocho! ¡Retro, atrás! —decía—. ¡Fata é inocenta! ¡Inocenta!

¿Qué quería conseguir aquel peregrino insensato? Eché a correr hacia ellos gritándole a Lope que se apartara, pero jamás habría llegado a tiempo.

—¡Yo te condeno, engendro del diablo! —vociferó el rey, y lanzó de arriba abajo y con ambas manos un mandoble montante imparable.

Pero alguien saltó por un costado arrancando de un empujón a Lope de ahí, en buena hora y de milagro.

No mentían las lenguas que decían que el acero de Lobera tenía el mejor tajo de toda la cristiandad: jamás había visto un corte tan fino en una pieza de cerámica. La pobre tabernera, en vez de hacerse

añicos, quedó limpiamente partida en dos mitades simétricas, dejando a la vista el desolador vacío interior de su mecanismo.

Y vi que, junto a Lope, había caído la coja Leila, a quien nunca habría considerado capaz de semejante salto.

Mi buen amigo y discutible peregrino había quedado en el suelo paralizado en la contemplación de su demediada muñeca, la más desdeñosa, atractiva y antipática mujer que pudiera haber imaginado en sus sueños de amor.

Pero la situación no daba para mucho relajamiento. Esquivé por pura inspiración de las musas un revés de Lobera, dado al desgaire por el rey al sentir a alguien a su espalda, pero al hacerlo caí contra una de esas terribles mesas circulares bajitas, con gran estrépito de bronce.

Fernando el Santito se había quedado necesitado de sangre en la que empapar sus manos, y ahora el único ojo que controlaba buscaba una presa que colmara sus deseos pronto.

Y la vio, por desgracia.

La tumba de Wallada

Tras salvar a Lope, Leila se había puesto en pie ágil, con rostro sereno y leve sonrisa. Se acomodó las faldas y se dirigió hacia el rey Fernando con su elegante y sagrada cojera. Tal vez quisiera calmarlo, pues era consciente de su propio embrujo y de que, durante el paseo por la biblioteca, el rey se había quedado con ganas de hacerla suya, como dicen tantos poetas capaces de pensar como salvajes sin dejar de ser cursis. Pero no supo prever que lo que urde un rey nadie puede descomponerlo.

No hubo obispo ni caballero que moviera un dedo por salvarla.

Aceptando con furia aquel cordero lisiado que se le ofrecía en sacrificio, Fernando apuntó entre los pechos con los dientes apretados y lanzó su estocada limpia.

La espada la atravesó hasta la empuñadura. Luego el brazo firme del rey la alzó y la sostuvo un tiempo así. Ella, con el brillo azul de su ojo sofocado en brumas pero muy abierto, miraba de cerca a su enemigo como si todavía confiara en hacerlo entrar en razón. Tan juntos estaban que Leila extendió los brazos y murió abrazada al rey.

Como un san Jorge de titiritero, el matamujeres se deshizo del abrazo poniendo la manaza en la hermosa cara deforme de su víctima y retirando luego la espada.

Leila se derrumbó y quedó allí, en el suelo, desmadejada como había vivido.

El Santo ya tenía lo primero que su cuerpo buscaba. Ahora quería destrucción. Si no de Córdoba entera, al menos de una fracción simbólica.

—¡Guardias! —gritó—, itraed brea, aceite, salitre, azufre...! ¡Quemad la casa y todos los libros! ¡Que no quede piedra sobre piedra ni página sin borrar de esta hechura de Satanás!

Mientras unos soldados comenzaron a volcar los muebles, otros se adentraron en la biblioteca para esparcir los libros por el suelo, y varios más partieron en busca del material con que arrasar el lugar, que sin duda guardaban en abundancia, como dispuestos desde meses atrás para la conquista de la ciudad. Fui a recoger del suelo a Leila y vi que el rey se daba la vuelta y venía muy serio hacia mí, con la espada desnuda.

¿Tenía sentido defenderme de una ejecución improvisada por mi majestad? ¿Agredirle a él para defenderme, por ejemplo, delante de sus soldados? Sin poder responder a semejante pregunta me quedé paralizado ante él, que se detuvo.

—He pensado que esta hazaña de la toma de *Sevilla*—dijo, volado— podría cantarse en versos, y quizá tú debas ser el poeta elegido. Si lo eres, ven a verme mañana.

Me dejó más helado que si me hubiese cortado en rodajas allí mismo con su magnífica espada. Mi mundo gobernado por un enfermo incapaz de acertar el nombre de la ciudad que acababa de conquistar, acostumbrado a decir con desparpajo la primera necedad que se le venía a la cabeza.

Deseché entonces mi propósito inicial, insultarle, y se me pasó por la cabeza intentar convencerlo de que no quemara la biblioteca explicándole que allí estaba el *Códice Wallada* y teníamos que encontrarlo, pero me abandonaron las fuerzas antes de conseguir hablar. Habrían sido, de cualquier modo, palabras vanas, puesto que

un rey toma decisiones a despecho de cálculos y sin contar con nada ni nadie.

Por eso, Dios los elige.

Así que, sin escuchar queja por mi parte, se dio la vuelta y se dirigió a la puerta de salida. Abandonó la Casa de los Siete Jardines por el pasaje de doble hilera que formaron los hombres de su guardia, golpeando con las espadas los escudos a su paso. Iba en silencio con la cabeza alta, los labios apretados, la melenilla ni rubia ni bermeja asomándole bajo la corona y su Lobera envainada. Al caminar movía en extraña torsión las caderas y los brazos doblados, con los puños cerrados, como simio danzando a su sabor.

El fuego había estado consumiendo el recinto omeya de casas y jardines toda la tarde, con la guardia real empeñada en dos labores: impedir que se extendiera el incendio extramuros e impedir que los pocos habitantes vivos de la casa intentáramos apagarlo.

Cuando la luz del día y del incendio comenzaban a declinar, la tormenta anunciada por Leila se volcó, demasiado tarde, sobre la ciudad, y solo entonces los soldados se fueron.

Hay que reconocer que los zapadores habían hecho bien su trabajo de destrucción, con especial saña en la biblioteca: bajo los escombros de los tejados, los códices de pergamino que no se habían convertido en el barro gris de sus cenizas eran ya puro carbón, calcinados hasta el mismo centro. Comprobamos enseguida que la enorme tromba de agua caída al principio de la tormenta había apagado los rescoldos, pero también había completado con eficacia la labor del fuego, deshaciendo los pocos libros de papel que se habían salvado de la quema.

Pese a que me temblaban las manos de ira, conseguí no insultar a Aznaro ni lanzarme contra él cuando intentó impedir que enterráramos, junto a la mismísima tumba de Lope, a Leila, a Mateo Sancho y a Ben Ubay, aunque no me habría venido mal la consiguiente paliza. Desobedecimos en silencio, sin mirarle. Tuvo que resignarse a que acabáramos la ceremonia, que nadie quiso officiar.

Nadie vino tampoco a llorar a nuestros muertos, la ciudad debía de estar ya medio vacía. Después llevé a Aznaro al jardín del edificio que había servido a Leila de residencia hasta ese día, el del estanque octogonal en donde...

... resuena música de las damas

Cuando traduje esos versos, poco podía imaginar que había en la casa un estanque surcado cinco veces al día por un barco con muñecas autómatas que ejecutaban una música no demasiado estridente. Ni que el estanque escondía debajo una maquinaria para hacer mover el barco y sus instrumentistas. Ni que ahí es donde debería hallarse, por tanto, el lugar en que Wallada y su amante, la esclava Muhya, se escondían del resto de los habitantes del palacio para entregarse al amor. Un lugar en donde resonaría *la música de las damas* autómatas al anochecer. Un lugar con un lecho de amor convertido por la esclava en la tumba de su ama tras envenenarla, celosa.

Las copas de las dos palmeras estaban chamuscadas y el surtidor, mudo. En el fondo del estanque, en un charco de agua, el barco con las tres músicas autómatas yacía descabalado tras el penoso — imaginaba— abordaje y destrucción por parte de la tropa real.

Me dirigí a un costado de la isleta, en donde arrancaban los raíles circulares del estanque, y acabé de desencajar la compuerta que

daba paso al barco desde el interior. Mi suerte ya estaba echada pasara lo que pasara, pero una vez rescatado el *Códice Wallada* era muy posible que Aznaro perdiera el interés por vengarse de alguien más. Intenté convencer a Lope de que no bajara a buscar la tumba con Aznaro y conmigo, y aprovechara el momento para alejarse de aquel recinto abrasado. Puesto que ninguna hipótesis es infalible hasta que se comprueba su certeza, si había errado en mis cálculos o si alguien había saqueado ya la tumba tras hacer las mismas averiguaciones que yo, ningún azar iba a librar a quien estuviera allí abajo de las meticulosas soluciones finales de Aznaro.

Como era de esperar, sin embargo, el cabezota de Lope, que había enterrado con cuidado las dos mitades de la autómatas junto a su sobrina, se negó a quedarse fuera.

—Quiero di vere il código qui ha roto la mi vita —dijo.

En realidad, nadie había hecho caso durante aquel viaje de ninguna de las propuestas razonables que había lanzado yo, y esta vez tampoco hubo excepción.

Dentro de la isleta hueca, la estancia ancha y circular albergaba la plataforma con raíles a la que llegaba y de la que partía el barco. Tras ella se abría un gran hueco horadado en el suelo, en el que se hundían la clepsidra y los engranajes que movían el barco, algo más complejos que los de la tabernera. De un costado partía una escalera, excavada en la pared octogonal e impermeabilizada, que descendía en rotonda.

Aznaro pidió luz en nombre del rey, y dos almogávares con antorchas se sumaron solícitos a la pequeña comitiva.

Abajo no había nada a la vista que no fuera parte del engendro mecánico, así que me puse a tantear las paredes con cierta ansiedad, pese a saber que ahora cada gesto iba a formar parte de los últimos míos, y no me apetecía que resultaran demasiado

indignos. Para mi alivio, noté que en una zona me acariciaba la mejilla una ligera corriente de aire fresco surgida de la pared. De varias patadas con la suela de mis sandalias hice desmoronarse buena parte del revestimiento de yeso y mortero que cubría la entrada.

El viejo portón de dos hojas estaba cerrado por fuera, con llave. Aznaro ordenó a los almogávares que lo derribaran, trabajo sencillo para salteadores de villorrios indefensos.

Entramos en silencio. Aquella sala sin ventilar y ajada por el tiempo guardaba aún sombras del acogedor nido de amor en que probablemente se encontraban, al llegar la noche, la princesa Wallada y su sirvienta negra Muhya, alejadas de la familia y del servicio de la casa y del mundo. En un costado se podían ver aún los restos de una cama con dosel que la carcoma había desmoronado a despecho de la felicidad que tantas noches custodió. Los raídos tapices que vistieron en su día las paredes de aquella estancia estaban caídos, y las alfombras habían perdido su color y sus figuras, cubiertas de una capa de polvo gris.

No hay amores más incitantes que los prohibidos. El pecado conduce a veces a un malsano arrepentimiento, pero el arrepentimiento de no haber pecado acaba en una vía mucho peor, la añoranza, consorte de la melancolía en la ceremonia de la muerte en vida.

Me gusta imaginarlas a las dos saliendo, cada una de su habitación, con el corazón pulsando en la garganta y la piel ardiente, al encuentro de la amada en el fondo de aquel estanque. Quizá fue en ese lecho en donde decidieron las dos hacer desaparecer el libro familiar con el arma de guerra para impedir que otros descendientes de la familia omeya se armaran y comenzaran un nuevo tiempo de guerra y destrucción. Y quizá allí mismo Muhya, enferma de celos,

envenenó a su amada y la enterró con su código, para luego ir a la biblioteca y borrar minuciosamente todo rastro de la obra en el catálogo.

En cuanto a la tumba, había sido excavada en el centro de la estancia, y tapada luego con un austero montículo de tierra, en el que descansaba una plancha de madera con una inscripción en árabe que no dejaba lugar a dudas. Leí en voz alta:

—Wallada bint al-Mustakfi.

Debajo del nombre estaban escritos los versos del poema de Muhya que preludiaba el asesinato por envenenamiento y concluía de manera enfermiza el idilio, como ocurre tantas veces.

Los dos almogávares colocaron sus antorchas en los hacheros de aquella cámara al tiempo nupcial y mortuoria para proceder a excavar la tumba de la princesa, turnándose, con una pala que descansaba desde el entierro contra una pared. Estábamos, por fin, profanando el último enterramiento intacto de aquella ciudad vencida, siguiendo una costumbre victoriosa que unía más de lo que quisieran ellos a los atletas de Cristo y de Mahoma. Crucé los dedos para que la humedad hubiera corrompido el código haciéndolo ilegible, pero la tierra salía seca.

Cuando la pala dio con la mortaja, los almogávares la sacaron y la pusieron a los pies de Aznaro, que la rajó para remover impaciente los huesos y acabó volcándolos sobre la tierra.

El *Código Wallada* cayó al final sobre los restos, sacando de ellos una nube de polvo. Era un código oblongo, cubierto por una bolsa de viaje de cuero que albergaba y protegía al tiempo la encuadernación. No era tan grande como había imaginado, sino manejable para la lectura, en un cuarto mayor.

Aznaro deshizo el nudo de la cinta que remataba la bolsa de cuero y sacó el código. Como no leía en árabe, me lo pasó para que

comprobara yo que «El bastón de Dios» estaba dentro. La encuadernación, del mismo aire de algunas que había visto en la biblioteca de Leila, pero más cuidada, permanecía casi intacta. Parecía el recubrimiento de un portón que diera acceso al paraíso: se había armado, sobre tablas de madera, con un delicado cuero rojo —piel de cabra, parecía—, y mostraba una estrella grande central con otras menores rodeándola, sobre un fondo de lacerías pequeñísimas, delicadas, labradas a mano con gofrado y dorados que esquivaban con primor la simetría. La artesana que había hecho ese trabajo amaba el contenido. Su tapa trasera se extendía en una solapa para volver sobre la principal, donde se cerraba con broches de plata para proteger el canto delantero una vez extraído el libro de su bolsa de viaje. Era muy grueso. Cabía ahí la sabiduría de la familia omeya, y también muchas de sus vanidades y tonterías.

—¡Parese hecho di ayer! —exclamó Lope.

Pero más aún me sorprendió por dentro: como códice armado con distintas obras al través de los siglos, cada codicilo estaba escrito sobre un soporte distinto, desde el papiro de dos caras a la vitela, pasando por pergaminos de variadas pieles, todos igualados al tamaño del menor para la encuadernación, que había sido capaz de respetar intactas las distintas manchas de los textos. Pertenecía a una época ya perdida en la que se valoraba cada palabra y se escribían en la página con la consciencia inefable de estar dibujando el mundo.

Hoy los escribas bostezan sobre las frases que trasladan como autómatas al papel, sin preocuparse de guardarlo también en la memoria para que forme parte de su mapa de pensamientos. Desdeñan la posibilidad de crear en su imaginación un palacio personal que albergue los versos y la prosa de su vida.

—¡É código di cuando il califa daba una libra di oro per cada libra di texto manoscrito! —se emocionó Lope.

Abrí por cualquier parte y vi versos y anotaciones musicales de lo que parecía una canción de amor. Pero enseguida, como lectores ávidos que no pueden resistir la curiosidad de conocer el desenlace antes del nudo de la obra, nos dirigimos al final del libro saltando relatos de aventuras y manuales de bien morir y obras de teatro para sombras parlantes. Allí nos esperaba, tras el tratado del fenicio Magón sobre la extraordinaria fermentación del vino de Xerez, el opúsculo codiciado por tantos: «El bastón de Dios».

La única duda que me quedaba en ese momento era la de si sería un poema ficticio de Muhya o de Wallada, del que podríamos extraer pautas hermosas para entender la vida, o la auténtica descripción de un arma factible y lista para destruirla, encargada a algún ingeniero sin escrúpulos por el pertinente señor de la guerra.

Hubiera preferido, sí, que fuera un poema.

El tratado tenía las instrucciones adecuadas para la construcción de un arma que, más allá de la metáfora del título, llamaba «lanza de fuego». Había una ilustración con una suerte de dragón lanzallamas que, bien visto, no era sino un gracioso caballero montado sobre un caballo blanco, enarbolando una gruesa lanza que arrojaba fuego por un remate trompetero. El caballero sostenía la lanza con la caña apoyada sobre una horca metálica que el caballo llevaba a modo de cornamenta coronándole la testa. Y al pobre animal le habían puesto una coraza que lo cubría por entero, sin aberturas ni en los ojos, para que no se espantara al ver las llamas ante sus hocicos.

Visto así, en manos de un fante y despidiendo llamas, daba más risa que miedo. Aunque ya se sabe que las ilustraciones de los libros las hacen monjes, hombres de letras encerrados, que nunca

han viajado ni visto nada parecido a lo que pintan, y ninguno dudamos de la capacidad de destrucción del arma descrita en el texto, el famoso bastón de Dios, tan enigmático como codiciado.

Pensé que me habría gustado tener tiempo para leer el *Códice Wallada*, un libro que, al fin y al cabo, trataba sobre saqueos bélicos y saqueos de amor. Un libro sin orden ni lección, imaginé, como la vida misma.

—Acabad ya con ellos —dijo Aznaro a los almogávares.

Debo reconocer que me decepcionó bastante que mi íntimo enemigo ni siquiera tuviera ganas de matarme con sus propias manos.

—Un momento —se me ocurrió decir, por puro instinto de supervivencia—. Habrá que leer todo eso y vos no vais a poder hacerlo.

Uno de los almogávares, que estaba desenfundando la espada, se quedó a medio camino a la espera de que se confirmara la orden, y le caí encima propinándole en la frente un golpe contundente con el canto del código, que demostró ahí que al menos como arma tenía posibilidades.

Animado por mi osadía, el muy imprudente Lope se abalanzó desarmado y manco, con un grito, sobre el otro almogávar, que le largó una cuchillada. Recé para que la esquivara pero no pude comprobarlo, ocupado en reducir al mío. Cuando conseguí mirar, comprobé que estaba herido en el pecho y sosteniéndose apenas para no caer. Se me iba a morir por segunda vez en tan poco tiempo.

Por mi parte, había conseguido inmovilizar a mi contendiente montándome sobre él, justo para darme cuenta de que estábamos ya perdidos. Enfrentado a un Lope tambaleante que intentaba taparse el pecho con la mano ensangrentada, el almogávar se

estaba tomando sin ninguna prisa el tiempo necesario para acabarlo de un golpe certero, y en el mismo momento entraban otros dos pastores por la puerta arrojando sus malditas azconas, una hacia mí y otra hacia Lope.

CODA

El arte de no saber

Recuerdo con claridad lo que sentí en aquel momento: un alivio luminoso, definitivo. Por fin iba a poder descansar sin despertarme agitado por amenazas perentorias y enigmas sin solución.

Pero, para mi sorpresa, los venablos abatieron a nuestros contendientes, en vez de a nosotros.

—¡El más peligroso de todos es Aznaro, el monje, aunque parezca un tarugo que no sirve ni para echarlo al fuego, y siempre lleva un arma escondida donde menos podría imaginarse un hombre de bien!

El sabio consejo lo dio Odón de Cheriton, que entraba tras los dos pastores reconvertidos en guerreros. Venía codo a codo con Benito de Baños, el matatoros, que, con una venda de trapo arrollada a la cabeza, por la brecha que Lope le había provocado de una patada con pierna ajena, rugió las habituales órdenes de rendición, azcona en ristre. Aznaro sabía a lo que se enfrentaba, porque se hincó de rodillas en el suelo como le mandaban.

Si creían que con eso lo tenían sometido estaban apañados. Pero no quise avisar todavía, porque no sabía en qué podía acabar la operación de rescate. Me acerqué a Lope, que estaba tumbado, pálido como una fantasma. Le rasgué la camisa y comprimí la herida con un trozo de tela para vendarla luego con tiras del resto. El tajo no era pequeño, pero le había cortado la tetilla sin llegar a daños mayores.

Odón sacó una bolsa y se la entregó ufano a Benito el matatoros.

A veces, no tan extrañamente, los tramposos confían en los tratos que hacen con los de su condición sin ningún problema. Pero desde fuera la jugada se ve con claridad: era lo de siempre. Está claro que un almogávar pelea por dinero, pero, una vez cobrado, ¿qué le impide quedarse con más si lo hay en lontananza y tiene controlada la situación?

Benito abrió la bolsa y contó las monedas de oro.

—Faltan dos —dijo.

—¿Qué? —preguntó extrañado Odón—. ¡Ah! Correcto, ija ja ja!, ise me había olvidado completamente, me cago en tus muertos!

Se levantó el halda de la cota de malla y buscó en un dobladillo de las calzas. Extrajo dos monedas y se las dio.

—Vale —dijo Benito—. ¿Y dónde está el código?

—Hijo, ahora te encuentras al mando de los muchachos en una tierra vencida. Vas a ponerte tibio de oro —le recordó Odón, haciendo gala de su mejor retórica—. Conténtate con lo que tienes, deja de lloriquear como una damisela con la que nadie ha folgado desde los tiempos de Matusalén y vámonos todos a casa. Porque como la avaricia nos haga descuidarnos, este al que estás dando la espalda nos va a pagar con una moneda a cada uno para el puto barquero del infierno. ¡Atento!

Al grito de Odón, Benito se volvió justo cuando Aznaro saltaba sobre él, en busca de la única salida posible. El matatoros era bueno, y consiguió parar en parte la cuchillada, que le pinchó la barriga pero sin llegar a fondo. Sus hombres estaban ya alerta y redujeron al monje sin otro daño que varios coscorriones y un ojo que perdió el más valiente.

—Genial. ¿Ves? Es mucho mejor ayudarse y cumplir los acuerdos en tierras hostiles que andar sodomizándonos los unos a los otros

como carneros descarriados —pontificó lord Odón con el matatoros escuchándole sin preocuparse en absoluto por su herida, que le iba haciendo una flor de sangre creciente en la gonela blanca que llevaba—. Regístralo bien, anda, que seguro que tiene guardada una sorpresa en la trastienda. ¡Y tíralo al río en cuanto puedas, con un enorme pedrusco atado al cuello, para que no vaya por ahí mañana preguntando por mí como una virgen antojadiza!

Mucho más solícito que su descuartizado jefe Alvar, el matatoros se llevó a Aznaro atado y bien atado a su merecido destino, no sin lanzarme una mirada torcida antes.

—Arrieros somos —se despidió.

Él lo sería, pensé, yo en absoluto. Mi plan era volver a casa y encerrarme para siempre con mi huerto a escribir los poemas que cualquiera pagase, plan que, debo confesar ahora, no me salió bastante bien. Crucé los dedos para que se cumplieran los propósitos de Odón con Aznaro, aunque conociendo su capacidad de resistencia no habría apostado por ello ni un sueldo.

—Nuestros proyectos siguen intactos —dijo Odón, dirigiéndose a Lope—. La bodega de *sherry* en la alquería proporcionó vino y riqueza a vuestra maldita familia de omeyas borrachos y lujuriosos durante muchos siglos. Y hoy estamos en condiciones de recobrarla.

—Pero ¿qué hacemos con el libro? —pregunté.

—Ya he tenido suficiente guerra para esta vida y otras dos —me respondió Odón—. Podemos arrancar el tratado del *sherry* y quemar el resto, si no preferís coméroslo vos una vez asado, para ver si así aprendéis letras de una vez.

Los teólogos consideran el fuego siempre la mejor solución para los libros incómodos.

—Podríamos leerlo —dijo Lope, que comenzaba a recuperarse.

Tienen su destino, los libros, como bien sabía el gran Terenciano Mauro, y a veces caen en manos de hombres excepcionales.

—¿Leer un libro que se va a quemar? —rio Odón—. Si averiguan que lo has leído, te buscarán a ti para extraerte la información echándote a las brasas. ¡La idea honra al asno que en el fondo eres, fráter!

Pensé que resultaría curioso que nuestro pequeño grupo de lectores empedernidos se pusiera de acuerdo en quemar el único libro salvado por azar de la biblioteca más grande que cualquiera de nosotros había contemplado en su vida.

—Vamos a decidirlo bebiendo un buen xerez —dije.

En el antro de la tabernera mecánica todavía tenía que quedar algo de la última tinaja.

No quiero acordarme de lo que hicimos con el *Códice Wallada*. Vivimos aprendiendo siempre, entretenidos con la práctica de las artes de amar y de morir y sus entresijos, afanados en la curiosidad de conocer. Sí, pero tenemos también la posibilidad de elegir, cuando conviene, la ignorancia: el arte de no saber. ¿Cuánto queremos saber? ¿Cuánto elegimos no saber?

Parece que tomamos una determinación inspirada aquel día, porque desde entonces hasta hoy ni por asomo he vuelto a oír hablar del *Códice Wallada*, de «El bastón de Dios» ni de ninguna lanza de fuego que ganara batalla alguna. Y, sin duda, el día en que semejante invento se construya y utilice, la nueva correrá como fuego de estío en monte bajo por toda la cristiandad y el islam.

Y, bien pensado, poca importancia tendría que lo hubiéramos dejado a la vista o entregado a cualquier mentecato, ya fuera

mercenario o rey, si es que no son la misma cosa despreciable con distintos nombres. El diablo escribe torcido sobre renglones derechos, y es inútil librarse de un arma, mientras sigamos buscando un enemigo que nos convenza de nuestra bondad, por la evidencia indiscutible de que es peor que nosotros.

Aquel día le oí decir a Lope que ningún arma revolucionará la guerra que no sea una paz firme que la deje atrás. Mi buen Lope, qué cosas tiene, dónde estará ahora, si es que aún vive. La paz es una ficción de poetas pobres, y, finalmente, no hay Armagedón más inevitable que el que sucede siempre en las cabezas de quienes, teniendo poder, buscan dineros. Poder y dinero van parejos como un pájaro y la flecha hambrienta que siempre lo persigue. Y no he visto insomnio ni mal acomodo peores que el que da el exceso de cualquiera de ellos a quien lo tiene.

Las muchas columnas de miles de desterrados que, durante no tres sino varios días más, salieron por todas las puertas de Córdoba se diseminaron por la comarca. Los que se adentraban en tierra de moros iban principalmente a aldeas cercanas o a Sevilla, y rechazados de ahí acabaron años después en el Reino nazarí de Granada, que se fundó por entonces, aunque parece que muchos se dirigieron al Estrecho, para alejarse lo más posible de tierra de cristianos. Se oyó hablar en los siguientes años, sobre todo tras la conquista de Sevilla, de barcos que se hundían abarrotados por la avaricia de los comerciantes marineros.

Pero muchos de aquellos descarriados fueron a reinos cristianos, donde se los admitía a metical de vellón por barba, lo que decidió a varios a subir más al norte; hasta la morería de San Millán llegó alguno de gracia.

Córdoba quedó, desde entonces y hasta hoy mismo, lejana y sola. Los propios soldados que habían recibido allí hacienda y unas

huertas que no sabían trabajar sufrieron pronto otra hambruna que la volvió a vaciar, aunque el gran rey Fernando consiguió repoblarla de nuevo proclamando a los cuatro vientos engañosos mensajes de felicidad allí, que siguen sin cumplirse: no había casa para tanto ingenuo.

Antes de partir le llevé a Rosafresca noticia de la muerte de Mateo Sancho, de la que quedó muy dolida y llorosa, como olvidada para siempre de sus príncipes y cirujanos. Tanto ella como Encarna me preguntaron si era posible que yo les consiguiera trabajo en mi tierra, pero les confesé que solo conocía a abades y prelados que pudieran acogerlas. Y, tras sopesar que ponerse a las órdenes de uno que niega su deseo y lo reprime para acabar obedeciéndolo con furia no sería cambio de oficio sino empeoramiento de las condiciones, prefirieron quedarse practicándolo entre gentes más pobres y menos torcidas.

Supe por Lope —con quien me encontré después más de una y dos veces, siempre sitibundo y en momentos inconvenientes o ante líos monumentales que a menudo provocaba él mismo— que, una vez leído el tratado del sabio Magón de Cartago sobre el vino de Xerez, Odón le había confirmado su petición de ayuda para montar una nueva bodega de su vino *sherry* en la vieja alquería xerezana de los omeyas. Y hoy sigue funcionando, pese a que Odón regresó al condado de Kent natal —en la Britania normanda que ahora llaman reino de Inglaterra—, y Lope se aburrió de aquello al poco de que funcionara.

No tengo duda de ello, porque recibo cada año, en primavera, dos cántaras de xerez con la marca inscrita del orondo san Odón de Cluny en su escritorio.

Odón murió tiempo después, y hasta aquí llegó noticia de su entierro de ricachón en algún vistoso y amplio mausoleo de la

catedral de Rochester. Pero no, las cántaras no han dejado de venir, y desde el primer envío aprendí que no es bueno beberse una de ellas de una sentada, así que bebo siempre las dos de a pocos y sin invitar a nadie que no sea en verdad muy querido, con avaricia de viejo, que tuve la precaución de adquirir mucho antes de serlo. Cada sorbo me trae de vuelta los tiempos difíciles en Palencia y los más difíciles aún en Córdoba, en donde vi una noche la tumba de Lope. Y salió de ella. Y nos dimos un abrazo.

Recuerdo a menudo a Aixa y Yusef, los más inocentes, y lo imagino a él buscando el modo de grabar en los hombros de su hija los versos que leyó en los de la madre... Nunca sabré la verdad de la historia de amor entre mi amigo y Leila, la gárgola asimétrica que sigue apareciendo en mis tenues sueños. Y mi cabeza de poetaastro quiere imaginarla, porque al final nada como esos amores secretos da cuenta de nuestra esencia frágil, antojadiza, incontrolable y cambiante, oculta tras nuestra apariencia de personas ordenadas y en sus cabales.

Una cosa sí he aprendido pensando en Yusef y Aixa: si al final del camino existiera otra vida más dulce, sería solo gracias a personas alegres como ellos y a sus vidas anónimas y trabajadas, porque las han vivido en nombre de toda la humanidad. Si nos olvidamos de ellas, no hay esperanza.

Además del enigma de las fantasmas de esos amigos, me queda de aquel tiempo otro misterio que no he sabido responder: no sé si el poema revelador de Muhya se escribió para que alguien encontrara el *Códice Wallada* o si acaso fue solo el impulso irresistible y sin finalidad que lleva a los poetas a encerrar en versos sus vidas.

¿Por qué escribimos? No para enseñar nada a nadie, desde luego, ni menos aún para desbrozar el que llaman el camino del cielo.

¿Quizá para descifrarnos? Quizá para otorgar a nuestras vidas un valor que no alcanzan, como ilusiones olvidadas de que lo son. O con el afán último de no ser ya más la yegua conducida a una cuadra en llamas por el destino burlón de su querencia.

Una tumba en Al Ándalus
Lorenzo G. Acebedo

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Ilustración de la cubierta: © Clu / Getty Images

© Lorenzo G. Acebedo, 2026

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2026

ISBN: 978-84-1107-830-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla

Pórtico. La muerte de Lope

1. Los peligros del agua

2. Carta de paz

3. En la frontera

4. Tres castillos y un león

5. Arrabales

6. Mentiras y sofismas

7. En la medina

8. Sueños de piedra

9. La biblioteca de Alhakén

10. Maldita alborada

11. Hermosa deformidad

12. La máquina sentimental

13. Buscando tumbas

14. El cementerio arrasado

15. La fábula de la oveja

16. Campo de sangre

17. La puente de los trujamanes

18. Conviene que muramos

19. La espada del rey

20. La tumba de Wallada

Coda. El arte de no saber

Créditos